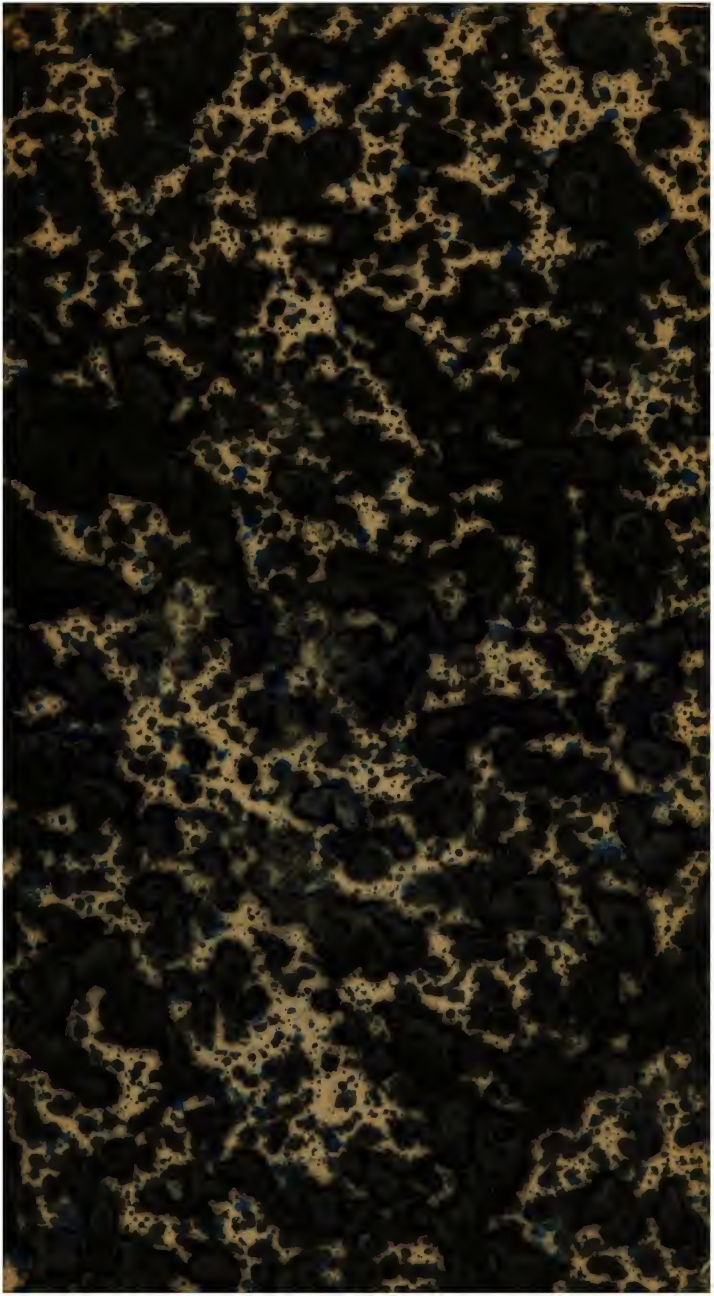
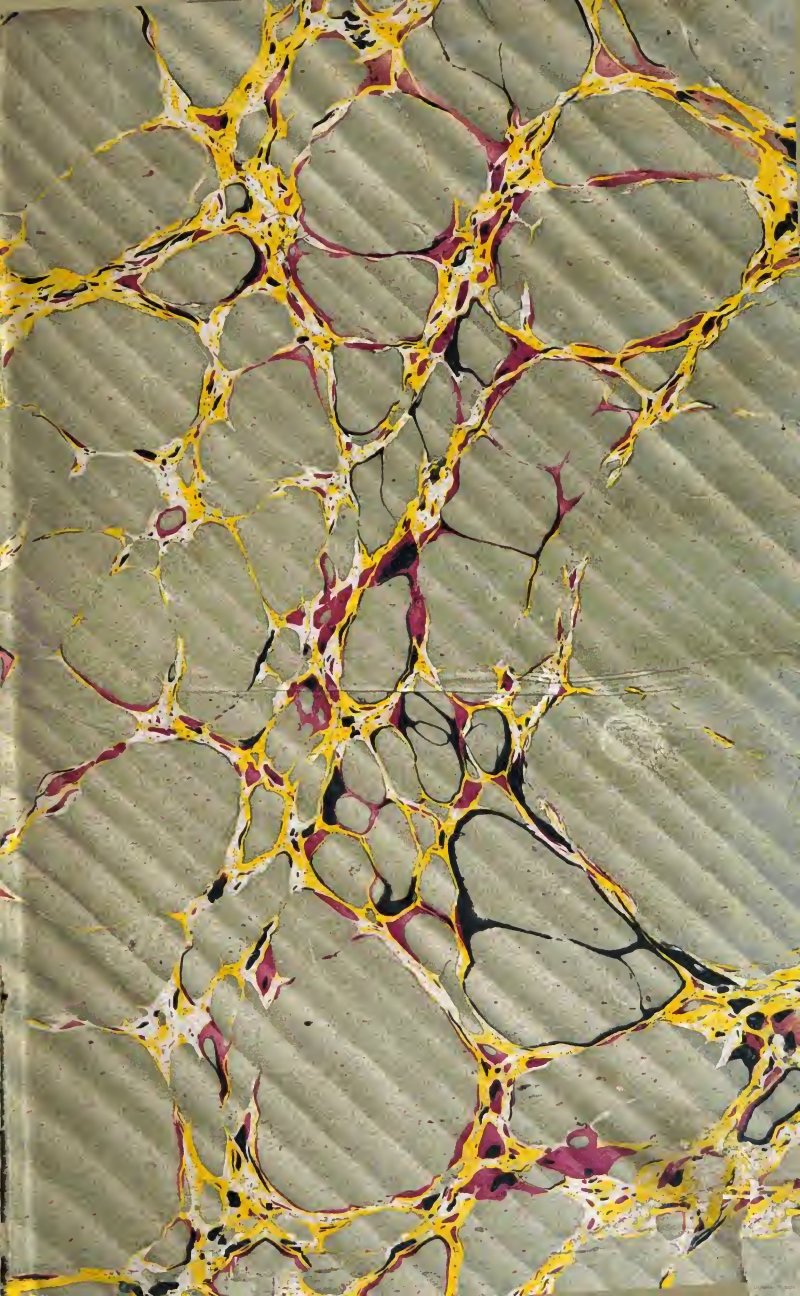


BIBLIOTHECA NATIONALIS RIO EMANUELIS
201
27 D
29



Digitized by Google

Digitized by Google

# EL CATOLICISMO

## EN PRESENCIA DE SUS DISIDENTES.

---

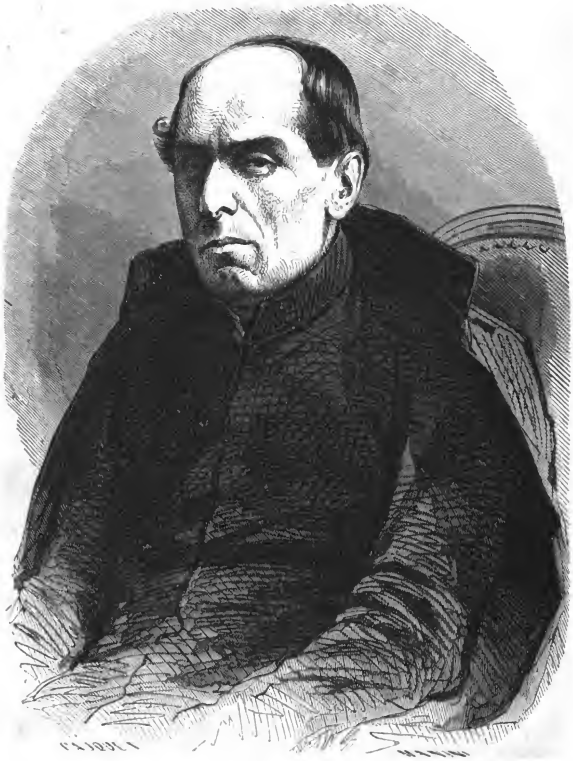
TOMO PRIMERO.

Digitized by Google

El Autor se reserva el derecho de traduccion y reimpresion de esta obra; con este objeto ha llenado todas las formalidades prevenidas por la ley.

Besanzon. — Imprenta de la viuda Deis.

ARCHIVIO SEGRETO VATICANO
IN ROMA



IMP. SIMON RAÇON.

JOSÉ IGNACIO VICTOR EYZAGUIRRE

# CATOLICISMO

## DE SU [illegible]

D. JOSÉ [illegible]

EDICION AUMENTADA CON HERMO[illegible]
DEL AU[illegible]

PARIS
LIBRERÍA DE GARNIER HERMANOS,
SUCESORES DE D. V. SALVÁ,
PALLE DES SAINTS-PÈRES, Nº 6.

1856.

JOSÉ IGNACIO VICTOR EYZAGUIRRE

2544

# EL CATOLICISMO

EN PRESENCIA

# DE SUS DISIDENTES

POR

D. JOSÉ IGNACIO VICTOR EYZAGUIRRE

PRESBÍTERO

EDICION ADORNADA CON HERMOSAS LÁMINAS Y EL RETRATO DEL AUTOR.

TOMO PRIMERO

PARIS

LIBRERÍA DE GARNIER HERMANOS,

Sucesores de D. V. Salvá,

CALLE DES SAINTS-PÈRES, Nº. 6.

1856.

Digitized by Google

# PRÓLOGO.

Las convulsiones políticas que durante medio siglo conmueven sin cesar los Estados de América dilatando su accion, han sacudido tambien el majestuoso edificio de su religion, procurando emancipar las conciencias del imperio de la fe, del mismo modo que libertaron á la sociedad civil de sus antiguas instituciones. La prensa, prestando su apoyo á semejante proyecto, ha esparcido la semilla, cuyo fruto mas tarde ó mas temprano han de probar unos pueblos cuya mayoría carece del discernimiento suficiente para juzgar su calidad. Ya la Nueva Granada y Venezuela lo saborean; y en medio de la confusion que experimentan, voces inexpertas se han levantado en el seno de las asambleas proponiendo la *emancipacion de Roma*, como medida que demandan los intereses sociales. De manera que miéntras la Europa, carcomida por los graví-

simos males que le han acarreado las divisiones religiosas, y por el mas grave de todos, *la indiferencia*, busca en la unidad el único apoyo que puede salvarla de un inminente cataclismo; miéntras que sus políticos mas experimentados no divisan sino *en la regeneracion religiosa el remedio de una sociedad en que se perciben sintomas bien pronunciados de próxima disolucion*, algunos hombres públicos de América se empeñan en precipitar las Repúblicas del Nuevo Mundo por el camino, ya erizado de escollos, ya cortado con profundos precipicios, de que se fatigan por desviar la Europa sus mas hábiles políticos.

En estas circunstancias y cuando las ideas extraviadas de unos ponen en tormento la conciencia de otros, sometiendo á duras pruebas su fidelidad á la única Religion, basada sobre la unidad; la experiencia de lo que pasa en los Estados mas avanzados en civilizacion, en aquellos mismos cuyas instituciones se pretende tomar por modélo de las nuestras, será conveniente poner al alcance de los que corren riesgo de ser alucinados.

¿Cuál es el pensamiento dominante hoy en la sociedad?

¿Qué hace ahora mismo el Catolicismo en todos los países?

¿Qué suerte vemos correr á sus disidentes?

En la presente obrita he consignado la respuesta á estas tres cuestiones, cuya averiguacion es de tanto interes para nuestras jóvenes Repúblicas.

No puedo lisonjearme de presentar sino un bosquejo muy sombrío é imperfecto de esa actitud noble y grandiosa que el Catolicismo sostiene en presencia de sus disidentes, ni seguir mas que desde muy léjos esa marcha solemne, llena de vida

y fortaleza con que él se abre camino por entre el materialismo, el indiferentismo, el cisma y la herejía; pero en cambio refiero lo que he visto, dejando á cada cual que deduzca las consecuencias de los hechos. Al emprender mi larga travesía, no me propuse mas objeto que conocer por mí mismo las tendencias del movimiento religioso que se realiza en el viejo continente; y al dirigir mis observaciones á mis compatriotas de las Repúblicas Americanas, nada me propongo fuera de rectificar la opinion equívoca que alguno pudiera abrigar sobre aquellas tres grandes cuestiones, cuya solucion tanto importa á la ventura social.

Lóndres, 15 de octubre de 1854.

Digitized by Google

## COPIA DE ALGUNAS CARTAS DIRIGIDAS AL AUTOR.

---

**Carta de Su Santidad el Papa Pio IX.**

Amado hijo: Salud y Bendicion Apostólica. Un ejemplar de la obra escrita por ti en español con el título *El Catolicismo en presencia de sus disidentes* Nos ha llegado á una con tu muy estimable carta del 4 de abril próximo pasado, la que explica el objeto de la misma obra y prueba el ardiente zelo que anima á su autor por nuestra santa Religion. No dudamos que esta tu obra, que aun no hemos podido leer del todo, esté en armonía con la opinion de tus esclarecidas letras: te damos por tanto las debidas gracias por el presente que de ella Nos has hecho, y suplicamos humildemente al Dios Óptimo Máximo, de quien procede todo lo que es bueno y todo don perfecto, que se digne presidir siempre tus estudios y ocupaciones, y fortalecerte, propicio, con sus dones. Bajo el auspicio de estos y como testimonio de la caridad paternal con que te amamos, te damos, querido hijo, amorosamente y con la mas afectuosa efusion de nuestro corazon Nuestra Bendicion Apostólica.

Dado en Roma en San Pedro el dia 19 de setiembre del año de 1855, X de nuestro Pontificado.

PIO PAPA IX.

A nuestro muy amado hijo José Ignacio Victor Eyzaguirre, presbítero.

---

**Otra del Conde de Montalembert.**

La Roche (Côte-d'Or), 8 de febrero de 1856.

Muy Señor mio: por nuestro comun amigo Mr. Michel he sabido el regreso de V. á Paris, y me apresuro á darle las gracias por la carta que me hizo V. el honor de escribirme y que no me fué entregada hasta el otoño del año pasado, juntamente con los dos volúmenes de su obra *El Catolicismo en presencia de sus disidentes.*

La bondad que V. me ha mostrado mandándome su obra, me

ha conmovido profundamente, y la he leido con tanto interes como simpatía. Yo admiro el zelo tan puro y tan inteligente que anima á su autor combatiendo por la gloria de nuestra Madre la Iglesia y por la defensa de la verdad católica.

Las reservas que mi larga experiencia en los negocios políticos y religiosos contemporáneos podrá inducirme á hacer sobre algunas de las apreciaciones de V. en nada podrán alterar, ciertamente, la admiracion sincera que me inspira su bella obra. V. ha dado á sus compatriotas y á todos los católicos de ambos mundos un grande ejemplo y lecciones saludables; Dios dará á V. la recompensa, y el reconocimiento de todos los que aman sinceramente á la Iglesia debe pertenecerle para siempre.

Dentro de quince dias me hallaré en Paris (rue du Bac, nº. 40), déme V. esperanzas de que allí podré encontrarle; seria para mí una felicidad conversar con V. y expresarle de viva voz el respeto profundo y la suma gratitud con la que tengo el honor de ser su muy afectuoso y muy adicto servidor.

El Conde de MONTALEMBERT.

---

**Extracto de otra del R. P. Lacordaire.**

Octubre de 1855.

Mi querido Señor: aunque no entiendo con perfeccion el español, he recorrido no obstante la preciosa obra de V. *El Catolicismo* y saboreado tantos pensamientos profundos, tantos juicios sólidos y elevados, y tanta energía desplegada en defensa de la mejor de las causas..... la causa de Dios, la causa de su Iglesia. La calidad de esta obra y su originalidad me hacen creer que será traducida pronto á nuestro idioma; entónces me ocuparé de ella detenidamente. Miéntras tanto permítame V. que le felicite por el buen uso que hace de su talento. Dios, el único que sabe y puede recompensar, se lo tendrá á V. en cuenta.

---

**Juicio de esta obra, publicado en el DIARIO DE ROMA de 7 de enero de 1856.**

Habíase levantado ya muy alta la esclarecida fama del ilustrado sacerdote D. José V. Eyzaguirre por medio de su Historia eclesiástica, política y literaria de Chile, dada á luz en Valparaíso, cuando

concibió la generosa idea de presentar el *Catolicismo* comparado con las sectas disidentes. Con la primera obra habia pagado á su patria el tributo de su ingenio y el del concienzudo y largo estudio que habia hecho, especialmente de los anales españoles; y con la segunda se ha constituido y declarado el campeon de la Iglesia católica, defendiendo cual amoroso hijo á la madre comun contra los que, no pudiendo renegar de ella, la atacan sin embargo, desgarran de continuo su seno, y quisieran si les fuera posible aniquilarla. Si la España ha tenido en Bálmes un valeroso defensor del catolicismo; si la Inglaterra católica se enorgullece con el purpurado arzobispo Wiseman y con el generoso y edificante Newman; si la Francia cuenta no uno solo, sino una larga serie de oradores, de humanistas, de teólogos y de literatos, tanto eclesiásticos como seculares, que impugnan continua y victoriosamente el artificioso edificio de sofismas levantado por los espíritus reformadores; si la Alemania se engalana con las elocuentes plumas de los Muller y de los Deslinger, y si nuestra Italia presenta entre otros muchos á Perrone que tan gloriosamente disputa el campo al protestantismo; la América debe inscribir en su estandarte católico el nombre de *Eyzaguirre*, puesto que se ha mostrado en su última obra tan apto y tan preclaro sostenedor de la Fe apostólica romana. El docto Chileno despues de haber visto que los esclarecidos escritores sus contemporáneos habian tomado á su cargo el defender la doctrina católica por su lado fundamental que constituye la perpetua enseñanza de la Iglesia, y que habian combatido á sus adversarios en el inmenso campo de sus contradicciones, en la falta de fijeza y en el continuo cambio de las extrañas y absurdas modificaciones que han operado en el depósito de la fe; deliberó con acertado acuerdo, al descender á la arena, atacar una despues de otra todas esas sectas disidentes, y en vez de herirlas con el arma acerada del raciocinio, contentarse con despojarlas de sus adornos, y mostrarlas sin disfraz, á fin de que descubriéndose tanta lepra y tal fealdad, no haya nadie que pueda dejar de comprender cuál es el verdadero precio del catolicismo, respecto á la profunda miseria con que esa congregacion va inundando á la Europa en su gravísimo daño.

Parécenos que este solo estudio de un nuevo órden de batalla debe recomendar altamente á Eyzaguirre, porque en un siglo tan poco dado á la lectura grave y científica y á las profundas meditaciones

sobre los tratados de la verdadera religion, no podia buscarse un medio mas apropiado para insinuarse en el ánimo de la mayor parte de los lectores, que el presentar á sus ojos los actos desnudos y palpables de esta secta contraria á la Iglesia. En nuestros dias todo tiende fatalmente hácia el materialismo: los estudios sobre principios abstractos, los que se refieren á los términos mas precisos de la verdad metafísica, las facultades del entendimiento propias á desarrollar toda clase de teorías, ya se contraigan al derecho divino, ya al natural, todo se toma por el lado ménos digno. Si se trata de la historia ó exclusivamente de la ciencia de los hechos, las tendencias del siglo llegan á compilarlos de un modo inexacto á fin de invadirlo todo con sus doctrinas: y es esto tan cierto, que ya la libertad se desencadena para lanzarse contra el catolicismo y contra toda disciplina moral y todo derecho que sostenga el principio de autoridad. Propagándose con este exclusivo objeto, lleva su despotismo hasta el punto de pretender imponer sus doctrinas, á despecho de todas las opiniones, de todas las creencias y de todos los derechos.

Para presentar con exactitud el cuadro que ofrecen las sectas disidentes, nuestro escritor americano empieza por recorrer todos los pueblos cultos, describiendo sus costumbres, sus leyes, su educacion, sus aspiraciones, sus formas de gobierno y hasta la índole de sus instituciones nacionales. Los que se ocupen en examinar este libro, encontrarán en él, si nos es dado expresarnos así, la anatomía de todos los pueblos de Europa, de algunos de África y de los civilizados de América. Su itinerario principia por estos últimos, echando una rápida ojeada sobre la república Peruana, donde la libertad de cultos no produce otra cosa que la relajacion de los lazos políticos, propagando la funesta semilla del racionalismo con todas sus doctrinas de subversion y de desórden. Sigue despues á la Nueva Granada, país que no há mucho, gracias á la fe, marchaba velozmente hácia la verdadera civilizacion, y que ahora sin obispos, sin párrocos y sin escuelas, retrograda paso á paso hácia la molicie y el abandono del salvaje indio. De la Habana, nos presenta las ardientes pasiones de aquellos habitantes, agitados por las falsas doctrinas esparcidas profusamente por los innovadores, y la lucha sorda y fatal sostenida entre los señores y sus miserables esclavos, que puede degenerar en sangrienta, apénas se acabe de romper el freno reli-

gioso que la contiene. — Interesantísimo es el cuadro que nos ofrece de los Estados Unidos, considerado bajo el aspecto moral, intelectual y religioso. Nos habla de los vicios de aquella república y de su monstruosa legislacion; prueba la ignorancia mas grosera de toda idea moral entre aquel inmenso populacho, y pinta con los mas vivos colores la triste exageracion de su egoismo, fijándose muy particularmente en ese patriotismo furioso, prepotente y salvaje que llaman *americanismo*. — Viniendo á nuestra Europa, la presenta como castigada del cielo, alejándose de la unidad católica, inclinándose manifiestamente á las instituciones del protestantismo, debilitando el vigor de las creencias religiosas en los Estados que perseveran en la buena via, y haciéndose por último esclava de ese mismo *americanismo* que viene destilando sobre nosotros el mortífero veneno de su fatal propaganda. — Miéntras que por una parte señala Eyzaguirre la índole y régimen vicioso de los institutos de beneficencia sostenidos por los protestantes, presenta por otra los felices esfuerzos del catolicismo para que el pueblo marche por la senda de la verdadera moralidad y hácia la tolerancia civil, extendiendo su solicitud á todos los paises del globo. Recuerda aquí los inmensos beneficios que reportaron á Chile veinte y siete obispos fundadores de diez y nueve seminarios, tres universidades, numerosos colegios, hospitales y hospicios, sin otra mira que su zelo por la caridad cristiana; miéntras que el episcopado de Nueva York, rico de cuantiosos millones, no ha hecho hasta ahora otras dádivas que las de las Biblias.

Pasa en seguida á Inglaterra, y se admira de que la ciudad de Liverpool, que cuenta sobre 400,000 habitantes, no haya elevado hasta hoy una sola iglesia en testimonio de su piadosa gratitud hácia Dios, como dispensador de todo bien, por las riquezas comerciales de que se ve colmada; y en contraposicion tiende la vista por la infortunada Irlanda, y muestra aquel pequeño rincon ostentando aun las obras instituidas por el clero católico, cuya suntuosidad contrasta admirablemente con la miseria de aquel pais, que mas de una vez ha aliviado. — La reseña que hace de Lóndres, es tambien muy curiosa. Allí se ven hacinados en doloroso contraste, al lado de la miseria mas profunda, el fausto escandaloso y el sibaritismo egoista que absorbe tantas riquezas y tantas existencias inútiles. Allí la hipocresía se reviste con las formas de la caridad, y tras grande

alarde de filantropia, no se remedia una desgracia, no se atiende el infortunio, ni se levanta á innumerables individuos del cieno de la miseria. Desde allí el socialismo con su infernal astucia, va minando el cimiento político y religioso de todas las clases, y destruyendo sordamente á la nacion que halaga con sus teorías. Eyzaguirre nos presenta aquellos tribunales constantemente manchados con el conocimiento de centenares de infanticidios y el exámen público de hechos perpetrados en las escandalosas orgías con que las sectas disidentes celebran sus torpes reuniones. Nada significa, añade, el que los domingos se vean las iglesias llenas de gente que con la Biblia en la mano, aparentan suma piedad, multiplicando los saludos y genuflexiones segun va leyendo desde su tribuna el ministro revestido de blanco; porque, si bien se observa, aun suponiendo una piedad verdadera, son muy poca cosa cien mil personas que pueden caber en todas las iglesias de Lóndres, para cerca de tres millones de habitantes que contiene aquella metrópoli. Los pobres que no tienen dinero que poner en el tronco de la iglesia, se ven reducidos á un estrechísimo espacio en cada templo; y en muchas partes, los mas indigentes no se atreven á presentarse con sus harapos en los sagrados oficios, donde el Inglés menos acomodado asiste vestido con elegancia. Pero, aparte de esto, el hecho es que la plebe de Lóndres se contenta con la bíblica palabra, única caridad que el anglicanismo dispensa, pues todo lo demás está reservado para los ricos ó enemigos del pueblo, que por innobles caminos arrojan en el fango al desgraciado proletario. Y esa miserable plebe, mas estúpida que ninguna otra plebe de Europa, es la que desde aquel hediondo pantano de corrupcion y de ignorancia tiene el impúdico atrevimiento de declamar contra los pueblos católicos de Italia, de España y de América, que, aunque disidentes de la Gran Bretaña, en nada envidian la cultura y virtudes de la ciudad por excelencia.

Compara despues los grandes establecimientos industriales de Inglaterra y los de todos los pueblos católicos europeos, y el modo de traficar de los disidentes con el de nuestros comerciantes; y presenta en paralelo la beneficencia y el culto del clero anglicano y la del católico con sus numerosos educandos y sus hijas de San Vicente de Paul que se consagran al consuelo de la miseria humana. Estas comparaciones tan exactas enriquecen mucho el útil y excelente libro del apreciabilísimo Americano.

Los que quieran seguirle á Irlanda y Alemania, encontrarán en la primera nacion á *las hermanas de la misericordia*, esparcidas por todo el país, socorriendo al enfermo y al desvalido de todas las sectas y creencias, respondiendo así triunfantemente al protestantismo, que anegado en la pompa de sus riquezas, excluye al católico de sus beneficios. Respecto á la segunda, pasa en revista el enjambre de sectas de que está inundada la Prusia, y en parangon con nuestras hermanas de la caridad coloca á las de *la Bethania de Frielduer* que son el tipo opuesto, ¡pues estas no se entregan á su ministerio por amor á Jesucristo, sino por la dote que aquel gobierno les señala para cuando encuentran marido. — No puede ponderarse el triunfo que reporta el catolicismo en la comparacion que de él hace con las sectas disidentes, en los otros pequeños Estados alemanes; y de sus bien escogidos ejemplos resulta, entre mil hechos lamentables, que desde que dominan las conciencias en aquellos pueblos las sectas de la usura, del sensualismo y del desenfreno, han sido rarísimos los matrimonios celebrados en Maddemburgo. — La ley que prohibe á todo ciudadano su conversion al catolicismo, que aunque derogada en Prusia en 1848, todavía subsiste en Suecia y Noruega, basta por sí sola á demostrar de qué manera entienden los protestantes esa libertad de conciencia que tan impudentemente aclaman.

Tambien demuestra y prueba el señor Eyzaguirre que desde que fueron abolidos los institutos católicos, el pauperismo se ha desarrollado espantosamente, y que el escandaloso lujo que se ostenta en Europa y América, no es otra cosa que el efecto directo ó indirecto del decaimiento de la fe católica, que no concreta su doctrina á los placeres de esta vida sino que enseña al hombre á conquistar los imperecederos de la eterna. — No olvida tampoco el sabio Americano esa clase de ministros protestantes, de la cual salió el licencioso poeta *Segner*, á quien se hizo merced de un obispado en premio de sus disoluciones. — Siguiendo en su marcha comparativa, no deja nuestro autor mejor parada la ciudad de Estokolmo, donde el divorcio legal, de antiguo establecido, viene siendo la fuente del mas repugnante escándalo. El panteísmo y el racionalismo han hecho del clero sueco y de los demas filósofos de su escuela una especie de estóicos ó epicúreos sin freno religioso, y de aquí el que su iglesia mantenga el uso de la confesion y de la comunion pascual, multando fuertemente á los que dejan de cumplir con este pre-

cepto, y de este modo los sacramentos mas santos han llegado á ser allí un objeto de especulacion para enriquecer á los sacerdotes.

La descripcion que hace de la Polonia y de la Rusia, no es menos viva y triste. La vista del ilustrado escritor ha penetrado de tal modo en los hechos, analiza de tal forma las leyes, costumbres, vicios y abusos, que no parece sino que verdaderamente ha recorrido desde el extremo del un hemisferio al polo del otro, y visto y tocado todo en sus menores detalles, para establecer comparaciones históricas y morales de tanta importancia entre el cisma y la verdadera Iglesia.

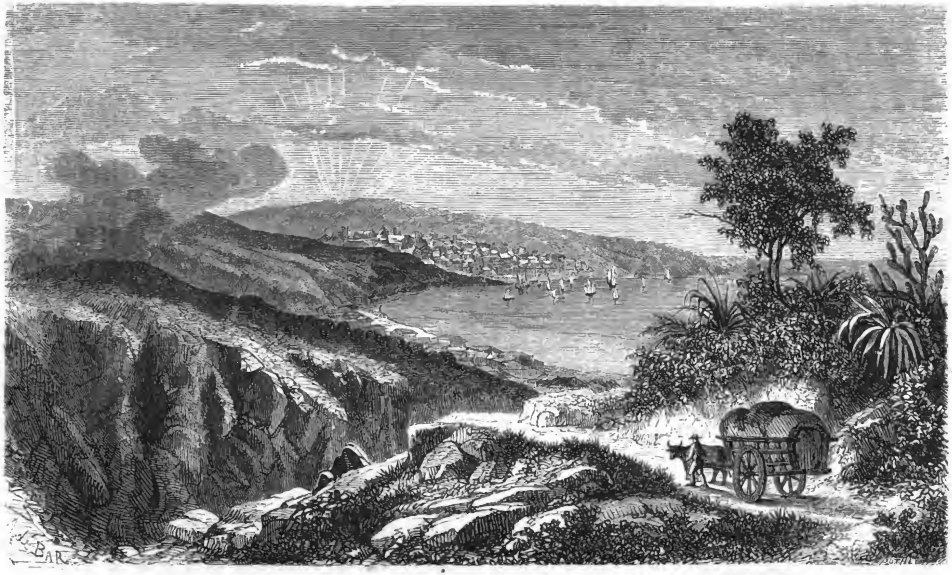
El ánimo se reposa y eleva discurriendo por las provincias del imperio austríaco. La asociacion Piana ha ejercido en ellos una dichosa influencia, y la piedad y privilegiado juicio del actual emperador Francisco José prometen á la Iglesia y á la sociedad civil toda suerte de consuelos.

No termina aquí el concienzudo estudio de nuestro escritor, sino que conduciéndonos por la Turquía, la Armenia, la Palestina, Asia menor y la Grecia, nos lleva despues por el Egipto, y vuelve á Europa, visitando á Italia, Francia, Bélgica, Suiza, España y Portugal, terminando su ilustrada y filosófica peregrinacion en la apostólica Roma, donde, prosternado á los piés del Vicario de Jesucristo, pone en sus manos la obra del maravilloso paralelo del catolicismo y las sectas disidentes, la cual somete al exámen y censura infalible del padre comun de todos los fieles.

Todo buen católico debe congratularse con el sabio sacerdote chileno por la aparicion de ese libro tan útil para robustecer la verdadera fe en las almas fieles y piadosas. La grandeza de su ingenio es sublime, porque no solo se muestra exacto en la descripcion, sino que es brillante y poético en el análisis de las costumbres de cada pueblo, ameno en las exposiciones que se refieren á las artes, riquísimo en anécdotas curiosas y de buen gusto, abundante en noticias arqueológicas, y erudito en nociones legislativas. — La obra está escrita en español é impresa en Paris. Al analizar en las columnas del *Univers* la version francesa que de ella se ha hecho, su ilustrado director emite el juicio que sirve de pauta al nuestro.

---

Digitized by Google




IMP. SIMON RAÇON.

VALPARAISO

# EL CATOLICISMO

## EN PRESENCIA DE SUS DISIDENTES.

### CAPÍTULO PRIMERO.

El mar. — Atraso de las poblaciones de la costa del Pacífico. — Funcion religiosa de los indígenas de Iquique. — Ruinas de Arica. — Reflexiones sobre la actualidad moral de Lima.— Doctrinas extraviadas.— Qué debe juzgarse de los escritos de Vigil. — Reaccion de las buenas ideas.

Atras dejo el suelo de mi patria, principio á atravesar mares insondables, y voy á estudiar un movimiento que se opera en países remotos, mas dilatado que el de las ondas que parten del seno del Océano, para bañar las costas opuestas de dos mundos, y mas imponente que los picos elevados de los Ándes, que de vez en cuando dejan contemplarse, cuales sombras misteriosas, desde las aguas del Pacífico. En la sucesion infinita de las olas nadie me impide ver representarse con viveza el movimiento de las generaciones humanas, ni en los violentos huracanes que las agitan y entumecen, las pasiones furiosas que extravían y precipitan los pasos de los mortales que van á su destino. La América, cuyo bello litoral diviso todavía, sedienta de

reformas y de progresos, que serán fruto del verdadero patriotismo mas bien que de luchas fratricidas, y la Europa, cuyo suelo presto pisaré, conmovida por los esfuerzos de hombres empeñados en cambiar completamente la faz del mundo político, llaman la atencion universal. Mas en medio del torrente de ideas y de principios que se desborda, llevando tras sí imperios, reinos y repúblicas que vemos desplomarse por el trabajo asiduo de los clubs, otro espectáculo grandioso, sublime y divino ocupa mi atencion: el desarrollo del elemento destinado á salvar la sociedad, á restituir la paz á los espíritus, y á ligar á los hombres con el estrecho vínculo de su amor mutuo. Á él veo volver sus ojos los hábiles políticos que ántes le desdeñaron, y en sus brazos arrojarse los gobiernos que le miraron de reojo, porque la *unidad* es á juicio de todos estos el único elemento que puede salvar pueblos y gobiernos, instituciones y magistrados. Ved ahí lo que me propongo conocer por mí mismo, alejándome del país privilegiado de la América.

Ningun atractivo ofrecen los pueblos situados sobre las orillas del Pacífico al viajero que deja la hermosa Valparaíso: en vez de suntuosos edificios, de largas calles, de templos elegantes, de activísimo comercio y de la opulencia que se deja ver en la ciudad *reina del Pacífico*, encontrará espantosa miseria en unos, vestigios de esplendor que pasó en otros, y el rastro estampado por guerra fratridica en casi todos. Covija, único puerto de Bolivia, compuesto de pocas familias emigradas, parece rechazar al viajero, oponiéndole los ardores de un sol abrasador que refleja sus rayos sobre áridas montañas. Un hombre en cuya casa me detuve se ocupó en quejarse de dos viajeros que, abusando de la hospitalidad, habian aconsejado á sus criados le robaran y se marchasen á la sierra á cuyas tribus pertenecian. « Eran socialistas, decia él, y se empeñaban en manifestar á mis muchados que no debian servirme por ser mis iguales, y que podian robarme porque los bienes son

comunes. » Triste cosa es encontrar sembrados en pueblos tan miserables como Covija, y entre gentes tan rudas como los indígenas de la sierra, estos principios seductores para el que no alcanza á percibir su absurdidad monstruosa.

Luego que llegué á Iquique, salté en tierra, y me dirigí á la iglesia. Para llegar allí, atravesé calles estrechas y tortuosas, llenas de gente, que por su fisonomía conocí luego ser indígenas. En grandes tiendas formadas de intento estaban instaladas compañías de músicos y bailarines, que divertian al pueblo agolpado en rededor; y licores espirituosos que en ellas mismas se despachaban profusamente, inspiraban mas alegría que la necesaria á una muchedumbre que habia dejado las comarcas vecinas para venir á celebrar la *Concepcion inmaculada de María*. Aunque con trabajo pude arribar al templo, donde en verdad la solemnidad del culto no era la mas aparente para conciliar la devocion. Figúrese cada uno trasladados á su recinto todos los pífanos y tamboriles que sonaban ántes en las tiendas, y tendrá idea de la impresion que recibirian los circunstantes no acostumbrados á oirlos. En la procesion, mezclados los indígenas de uno y otro sexo, llevando unos *hachas* encendidas, pendones otros, y los mas danzando y tocando sus bulliciosos y desagradables instrumentos, pasearon la imágen de la Vírgen por el pueblo. El entusiasmo sin límites que manifestaban los mas condecorados por cargar con las andas de la santa imágen, los ramos con que las mujeres adornaban las calles del tránsito, el humo de los perfumes con que embalsamaban el aire, ponian bien de manifiesto el sentimiento religioso del pueblo que ofrecia tales homenajes. Algunos no han querido ver en estas demostraciones populares nada fuera de reliquias de practicas antiguas que la supersticion ó la ignorancia consagraron en otro siglo, y durarán solo el tiempo que tarde en borrarse la memoria de su orígen. Nosotros juzgamos de una manera enteramente opuesta, creyendo que si los pue-

blos se mueven para hacer manfestaciones de tal naturaleza, es porque existe en ellos un resorte que los anima. Los hombres jamas obran sino estimulados por una causa positiva que conocen y saben apreciar; un individuo podrá equivocarse quizá al hacer esta apreciacion, pero no naciones enteras, y mucho ménos en el discurso de largos siglos. Las manifestaciones religiosas que vemos conservarse abriéndose camino por entre generaciones que renuevan los pueblos, tienen otro orígen, y este es poderoso, es durable, es la Religion misma. Una piedad mas ilustrada trabajaria por desterrar de tales ceremonias todo lo que les acompaña de profano y repugna á la fe, que las inspira y las dirige: yo convengo; pero no porque ha venido á mezclárseles lo que no les pertenece pueden ser jamas vituperables. Á un corazon puro, á un alma elevada por sentimientos cristianos no pueden ménos de ser gratos estos homenajes que públicamente se tributan á una creencia que honra por sí sola á los pueblos que tienen la felicidad de conservarla.

Arica fué sin duda en otro tiempo un pueblo de mas valer que hoy; las ruinas que amontonó en su recinto la mano inexorable de la revolucion dan á su fisonomía un aire melancólico. Yo entré en uno de esos templos derruidos, y á la vez que observaba la belleza de su arquitectura, no podia ménos de admirar la incuria de la autoridad, que mira con indiferencia la destruccion de las hermosas estatuas, adorno en otro tiempo de aquel templo, y ahora abandonadas á la intemperie. ¡Una de estas, bellísima, servia de tranca á una puerta!!!

La gran fortaleza de *Casas Matas*, en que los Españoles dieron muestras de su poder y de su valor mas de una vez, nos indicó la vecindad de Lima, la gran metrópoli de Sur-América un siglo atras, y cuya opulencia proverbial pudo solo explicarse con el especioso nombre de *Ciudad de los Reyes*. ¿Cuántas sérias reflexiones no ofrece la consideracion de esta ciudad por mil títulos tan célebre? Teatro de

revoluciones que se suceden con asombrosa rapidez durante un largo período de años, presa de diversos tiranuelos que se apropiaron la fortuna de sus ciudadanos pacíficos bajo el título especioso de *contribucion*, y, lo que es peor, invadida su moral por un desórden lamentable de costumbres, su esplendor ha principiado á decaer, y el renombre glorioso que la alcanzaran tres siglos de ventura á oscurecerse con feos borrones que manchan las páginas brillantes de su historia. Hubo época, y no muy distante de la nuestra, en que Lima era el oráculo donde venian á buscar solucion las cuestiones espinosas que ofrecian á cada paso las circunstancias difíciles que atravesaba la fe en su marcha triunfante por regiones que se sometian á su yugo. La célebre Universidad de San Márcos, los colegios de San Martin y de Santo Tomas, y el convictorio de San José eran otros tantos semilleros fecundos para producir hombres cuya ciencia ha venido mas tarde á enriquecer con nuevas y muy brillantes páginas los fastos literarios de la América. En Nueva Granada, en Costa Firme, en las provincias del Plata y en Chile mismo, estimaban mucho poder seguir en Lima la carrera científica, dirigida por hombres que en las universidades mas célebres de Europa no desmintieron á su vez el renombre de sabios con que les habia honrado este Ateneo Americano. La alta magistratura venia aquí á buscar sugetos á quienes encomendar el desempeño de sus delicadas funciones, y el báculo pastoral, entregado frecuentemente á personas formadas aquí mismo, fué gobernado con celo y sabiduría que honran ciertamente á la Religion (1). Mas debia pasar esta época para dejar lugar á otra ménos feliz, y cuya generacion recibiese por única heren-

(1) Permítanos el Sr Robertson hacer una rectificacion al contenido de su *Carta cuarta sobre el Paraguay*, donde se asegura que durante la colonizacion « los destinos elevados, la mayor autoridad y las dignidades mas lucrativas de la Iglesia se ponian solo en manos de los hijos de la madre patria (la España). » Esto tuvo lugar solo miéntras entre los hijos de

cia la memoria de una prosperidad que, referida á medio siglo de distancia, parece uno de aquellos sueños que dejan apénas confusa idea.

En lo material que resta aun de su estado primitivo, encontramos lo bastante para juzgar que su opulencia la colocaba á la altura de las grandes ciudades del continente europeo. Sus templos soberbios, sus establecimientos filantrópicos, sus numerosos monasterios, nos dan derecho para asegurarlo así. Mas permítasenos buscar el principio de ese desarrollo intelectual y material, resorte que contribuyó tan eficazmente á la elevacion de esta metrópoli del Sur del Nuevo Mundo. Cuando sin vacilar un instante vamos á indicarlo *en el espíritu religioso*, nos remitimos á documentos que cada cual puede consultar, y existen aun vivos en la sombra de esas mismas instituciones.

No fué el poder de los reyes quien abrió los cimientos de sus célebres universidades, ni los filantrópicos del siglo acudieron primero á reunirse para establecer colegios donde se formase la juventud americana; á la sombra de las iglesias y bajo la influencia del báculo pastoral vió nacer el mundo estos grandiosos establecimientos, y del fondo sombrío de los claustros salieron los seres privilegiados, que no vivieron sino para ser los genios protectores de una sociedad naciente. Quien haya leido la historia del Perú podrá responder si esto es ó no verdadero. Desde Jerónimo de Loaiza y santo Toribio, dignos Padres de la Iglesia Peruana, que pusieron en Lima la primera piedra de los hospitales y abrieron los primeros seminarios y colegios, hasta la época de la revolucion, apénas se encontrará individuo alguno de los llamados á ocupar la silla que aquellos dejaron

América pudieron encontrarse personas competentes para el desempeño de las altas dignidades. Véase la nomenclatura de los obispos de América en Acevedo ó en otro escritor, y se leerán, especialmente en el último período de la colonizacion, una multitud de nombres que pertenecen al Nuevo Mundo y no á la *madre patria*.

Digitized by Google

IMP. SIMON RAÇON.

MARTIN DE PORRES

vacante, que no haya señalado su gobierno por legados útiles ó por la institucion de obras de beneficencia. ¿Y quién ignora la parte activa que cupo al clero en ese mismo impulso vital? Échese una ojeada á lo que aun resta, cual débil sombra del esplendor pasado; interróguese á esos suntuosos edificios que se elevan en las calles de Lima, y escaparán, aunque estropeados del furor de la revolucion, para servir de testigos contra las ideas que esta misma habia de cobijar y propagar; interróguese á los establecimientos de beneficencia quiénes fueron sus mas activos promotores, á la universidad quién regentó sus primeras cátedras, y á las bibliotecas quién recogió sus primeros y mas preciosos volúmenes; y la respuesta que todos han de dar á una voz vendrá á escribir una línea mas en la crónica infinita de los servicios que durante diez y nueve siglos ha prestado en todos los países el clero católico á la sociedad. Indelebles existirán en el Perú los recuerdos del oscuro Martin, quien, desprovisto de títulos que hacen espectable al hombre y sin mas elementos que su caridad, llenó el Perú de instituciones que honrarán eternamente su memoria. Sin dineros erigió hospicios para pobres, hospitales para enfermos, y casas de educacion para huérfanos; abrió caminos, trabajó para facilitar comodidades á los viajeros, y encontró arbitrios aun para atender á otras necesidades que, por ser secretas, no son socorridas fácilmente. Una generacion injusta se empeña en correr un velo sobre obras tan bellas, y que dibujan el cuadro sobre que se estampa la refutacion mas concluyente de las doctrinas estériles del racionalismo actual; pero en pechos que abrigan la noble gratitud vivirán recuerdos tan preciosos, y mil voces elocuentes sabrán inspirarlos perpetuamente en los demas. Preciso es que los reformadores de nuestro siglo mediten ántes de combatir los servicios del clero católico, pues la evidencia de los hechos que les desmienten les obligará á retroceder despues de acometida su empresa.

La revolucion religiosa que los regeneradores del Nuevo Mundo han querido amalgamar con la revolucion civil aterró una multitud de aquellos monumentos; pero su caida conmovió tambien la sociedad en cuyo beneficio nacieron. Ese espíritu que sabe arruinar sin poder gloriarse de haber criado algo fuera de vértigo y desórden, no pudo llenar el vacío que dejaban al caer aquellas instituciones; y de aquí data la decadencia moral é intelectual que fácilmente advierte cualquiera en la metrópoli del Perú. Decayó el espíritu religioso, como efecto necesario de la falta de instruccion; decayeron las ciencias, porque faltaron profesores competentes que las enseñasen; y las costumbres, como efecto natural de este doble atraso, vinieron á adquirir resabios desconocidos hasta entónces. Las reliquas de aquellos preciosos institutos que á la sombra del Santuario sobrevivieron á la caida, vejadas, humilladas, desnaturalizadas y arrancadas de su centro, han perdido gran parte de su dignidad é importancia primitivas. Un solo bien quedaba entretanto al Perú en medio de sus males, un solo tesoro se conservaba intacto en su seno á pesar de los trastornos y de las convulsiones que se suceden sin cesar, una sola garantía del cambio que mas tarde habrá de mejorar su situacion : esta es su *unidad religiosa*. Los esfuerzos del protestantismo para ganar prosélitos habian fracasado estrellados contra el sentido católico, dominante en la inmensa mayoría de los Peruanos; mas como si un bien real importunase á una administracion imprevisora, dió esta el primer paso destinado á condenar lo que su órgano oficial llamó *arma de una repugnante y vergonzosa intolerancia* (1). El presidente de la República propuso al congreso el proyecto de *libertad de cultos*, como medio, segun él, « de proteger la colonizacion del país por extranjeros. » El mismo hombre que á la cabeza de un ejército supo conquistar para su

(1) El *Peruano*.

patria la paz de que carecia despues de largos años, minaba así por su base esa misma paz, pidiendo á las cámaras la sancion de un proyecto que habrá de dividir la unidad nacional, separando las razas ligadas hasta hoy por la unidad religiosa. ¡Asombrosa inconsecuencia de los hombres! Este es el triste tributo que los grandes pagan con frecuencia á la miseria humana, aun cuando parezcan animados del deseo mas ardiente de hacer el bien.

Desde el principio de la revolucion, Lima, como todas las grandes poblaciones de la América Española, se vió invadida por las doctrinas subversivas del racionalismo y del jansenismo, que, combatiendo toda suerte de autoridad, prepararon los tristes acontecimientos de que el Perú ha sido teatro durante veinte años de anarquía. La juventud respiró este aliento contagioso, y cuando á su turno ha llegado á influir en el poder, el influjo tambien de aquellas ideas se ha hecho sentir eficazmente. En esta fuente debemos buscar el orígen de la revolucion religiosa que encierra proyectos tales como el de *tolerancia de cultos*, preocupando los espíritus de un crecido número de individuos de las Repúblicas Hispano-Americanas. Uno de esos espíritus fascinados, y orígen del extravío de otros muchos, es el doctor Vigil, cuyos escritos, publicados bajo un título tan pomposo como inmerecido, encierran la esencia de los errores del jansenismo, y los principios subversivos de los que trabajan por destruir la Iglesia, desnaturalizando su institucion divina. El doctor Vigil no puede pretender, sin embargo, originalidad para las doctrinas que encierran las obras rubricadas con su nombre, pues no ha hecho mas que recopilar de una manera indigesta todo lo que contra el gobierno de la Iglesia católica produjeron sus enemigos en los dos postreros siglos. Para él no hay mas doctrina que combatir que la jerarquía, ni otro blanco tan odioso como el primado del Papa: no reconoce principio cuando llega á tocar esta materia, y su pluma nos parece entónces empapada en la

misma hiel con que trazaba vacilantes líneas la del fundador de la reforma.... Un odio intenso y mal disimulado le fatiga en ciertos momentos, como á Villanueva, á Llorente y á D'Prad, y para desahogarse repite las amargas diatribas de estos contra la autoridad del Vicario de Jesucristo. Tal es el juicio que nos debe la obra de Vigil. Por lo demas, sin mérito literario ni otro sentido que el puro protestante, tan léjos de obrar en América la *revolucion en la disciplina eclesiástica* que esperaba su autor, ha sido rechazada generalmente como contraria al principio católico.

La mayoría de los hombres á quienes la revolucion colocó por desgracia al frente de la instruccion pública estaba iniciada en los principios que derramó profusamente la prensa de Francia despues de sus trastornos políticos. Traduciendo la palabra LIBERTAD por *abolicion de todo poder, emancipacion de la conciencia y sujecion á la razon individual*, no solo sacudian el de la potestad civil que reconocieran despues de erigirlo á su manera, sino que despreciaban el augusto y eterno de la fe, porque, segun su juicio, pone coto á esa libertad que se habian conquistado con la independencia política. Los efectos de lecciones semejantes se reconocen á primera vista en los principios anárquicos y disolventes que apénas ha contenido el brazo poderoso de la dictadura, sin poder gloriarse de haberlos dominado definitivamente. Un hombre cuyos talentos y ciencia le hicieron llegar jóven aun á los primeros puestos del Estado, llamado á dirigir la instruccion, fué el resorte poderoso que inició en la juventud peruana una verdadera regeneracion, colocándola en el sendero del verdadero progreso intelectual, que no se realiza sino teniendo por base el estudio de la fe. Segun el plan vigente de instruccion pública, este estudio fundamental ocupa un lugar preferente.

Miéntras tanto las piedras del santuario, deterioradas por la violencia del aluvion que inundó, cegó y tronchó cuanto

encontró en el curso de su corriente, restauran su primitivo decoro. Ese clero, que cuenta entre sus padres y sus hermanos tantos hombres elevados al honor de los altares; ese clero en cuyo seno se formaron en siglos pasados los Cruz y Villaroel, y en el presente el inmortal Moreno; ese clero, en fin, siempre denodado para luchar cuerpo á cuerpo con el monstruo de la irreligion, y en el que, á pesar de su decadencia actual, se cuentan todavía hombres que con valor apostólico no dejaron siempre de combatir aun en medio de los peligros: ese clero va á renacer en los seminarios abiertos de nuevo despues de tantos años que permanecieran cerrados por golpes arbitrarios del poder. ¡Quiera el cielo que este órden de cosas sea duradero, y que el principio católico, único que puede salvar la América de su ruina, retoñe y extienda sus ramos con tal fuerza que á su sombra se cobijen dos generaciones gastadas por la anarquía y por los vicios que la acompañan!

Digitized by Google

## CAPÍTULO II.

Nueva Granada. — Situacion de Panamá. — Rara especie de amalgamacion. — Degradacion producida por la ignorancia y por los vicios. — Suceso horrible. — Consecuencias que se sienten. — Invasion Norte-Americana. — ¿Quién es responsable de la situacion? — Ojeada sobre los actos del gobierno. — La libertad asesinada. — Persecucion sistemática. — Energía de los Obispos. — El Congreso Granadino. — Ilustres proscritos. — Los disidentes. — Una cosa que consuela.

Viejos bastiones están indicando cierta importancia que tuvo Panamá, así como grandes ruinas de colegios y de templos la cultura que poseyó en época pasada. Apénas pisé tierra, cuando principié á percibir en todas partes el vestigio de la mano destructora del hombre, quien, en raptos de frenesí á que le arrastran sus pasiones exaltadas, se complace en destruir lo que le honra. Aquí las ruinas de un colegio de Jesuitas cuyas vastas dimensiones anuncian el grande objeto que se propusieron sus fundadores. Allí un claustro de Franciscanos trasformado en corral para las bestias que trafican por el istmo. En las bóvedas derruidas de su hermoso templo no escuché la voz del ministro de Dios que enseña á los hombres paz y mansedumbre, sino los improperios de los negros que desfogaban su ira en las bestias atadas á los caidos chapiteles. Allá un monasterio de religiosas, que dió asilo en otro tiempo á treinta individuos, ahora solitario y carcomido, parece armonizar con aquellas ruinas. Yo penetré en su recinto silencioso, y pedí ser admitido á la presencia de la superiora. Era esta una señora

venerable por sus años; segun su expresion, *Dios prolongaba sus dias para que hiciese duelo sobre las tristes reliquias de su desolada comunidad:* no cuenta hoy esta mas que cuatro individuos, inclusa la prelada. Las contribuciones y los impuestos les arrebataron primero los medios de subsistir; y una ley que ataca directamente la libertad del individuo, cerró del todo las puertas de este asilo á la piedad y á la inocencia. El hospital, en vez de ser auxilio, no pude calificarlo en vista de su condicion, sino de insulto prolongado que se infiere allí á la humanidad.

En esta poblacion considerable, capital de una provincia importante de la República á que pertenece, puerto el mas frecuentado por los viajeros de dos mundos y barómetro por donde ha de juzgarse su progreso, en vano busqué casas de educacion establecidas por el gobierno para formar su juventud. Se me dijo existia un seminario para el clero, y efectivamente lo ví, pero sin plan, sin profesores y sin la direccion correspondiente. Esta diócesis sin pastor, como lo están hoy todas las de Nueva Granada, se hallaba regida por un anciano, en las manos de cuyo secretario ví con admiracion reunida la suma de los poderes mas extraños por su naturaleza. Como notario mayor, autorizaba los decretos del provisor; como secretario del obispado, resolvia las consultas de las cincuenta y dos parroquias de la diócesis, nombraba los párrocos y les impartia órdenes á nombre del diocesano; como juez de derecho del distrito, despachaba las causas civiles y de comercio; y en fin, como juez en lo criminal, le competia mandar aplicar el castigo á los delincuentes. Hasta entónces ni imaginaba yo que en un juzgado eclesiástico pudiese existir semejante amalgamacion de jurisdicciones sobre ramos tan extraños, como la que se realizaba en el semijefe de la curia de Panamá. Una reunion tal da por sí sola idea de la administracion eclesiástica de las diócesis granadinas, privadas de Obispos por la administracion despótica que rige los destinos de ese país in-

fortunado. Ni es mas ventajoso su estado moral é intelectual. Diremos francamente lo que notamos.

La Nueva Granada, que se ha ocupado en realizar principios ultraliberales, combate de frente los medios que pueden causar la felicidad de sus pueblos. La reforma religiosa, primer ensayo del poder revolucionario, aniquiló al clero, quitándole los medios de formarse convenientemente, despobló los conventos de los regulares, secularizando á estos despues de arrebatarles sus rentas, y de paso dejó al pueblo sin medios para proporcionarse la instruccion religiosa, única que puede formar el corazon del ciudadano, inspirándole conocimiento y amor á sus deberes.

En las cuatro provincias que abraza hoy, por ejemplo, la diócesis de Panamá (1), existen parroquias enteras sin párroco, sin escuela y sin enseñanza de ningun género. Muy pocas son las que tienen un templo miserable en que los fieles puedan reunirse á llenar sus deberes religiosos y á oir las instrucciones de su párroco, y casi ninguna la que posee decentes paramentos para la celebracion de los tremendos misterios que adora nuestra fe. Ingerido siempre el poder civil en los negocios eclesiásticos, los Obispos se vieron coartados con frecuencia en el gobierno de sus diócesis, no fueron libres para elegir curas, y la existencia de estos mismos, casi siempre efímera y precaria, nada les dejaba hacer cuando eran buenos para llenar su ministerio. Así es que generalmente allí ni el párroco conoce á sus feligreses, ni estos reciben de aquel la asistencia de que necesitan. Los efectos de tal desórden son palpables. El pueblo bajo, mas numeroso y mas necesitado de luces como en todas partes, vive en absoluta ignorancia, abundan en él los vicios, consecuencia necesaria de esta, no tiene fe en sus tratos, y, lo que es peor, hace alarde de su licencia delante de una autoridad demasiado débil para refrenarla, y

(1) Panamá, Veráguas, Chocó y Chinquiri.

de ciudadanos que, si bien la deploran, son tímidos y sin arbitrios para combatirla. Salid por las calles y por los caminos de Panamá, y encontraréis una plebe que, en cada uno de sus actos y en cada una de sus palabras, manifiesta su ignorancia y depravacion. Veréis hombres y mujeres enteramente desnudos para templar la fuerza del calor que les abrasa, que reniegan unos de su pobreza que les obliga á trabajar, que rien otros tendidos como bestias sobre la tierra, consumiendo el tiempo y el fruto de su sudor en orgías y bacanales : de allí se levantarán; ¿para qué? para ir quizá á espiar los pasos del transeunte y robarle á mansalva, ó para lanzarse á una riña en la que el puñal del mas afortunado ó mas atrevido, postrando á su competidor, decidirá en favor suyo la disputa. Hallaréis hombres que se suicidan con el exceso de la bebida, dejando tendido su cadáver en las calles públicas; y no se crea que exagero : nada, nada absolutamente; soy testigo del siguiente hecho que, segun he oido, se repite con frecuencia.

Atravesaba yo á las ocho del dia una de las calles principales de Panamá, y un grupo de hombres y mujeres me llamó la atencion hácia un lado : un enfermo tendido y espirante era el objeto que aquellos miraban, sin la menor señal de compadecerle y sin prestarle socorro de ningun género. Me acerqué, pregunté, y al fin de repetir mi pregunta, uno de los circunstantes me respondió con un cinismo espantoso : « El señor muere por su gusto; ha bebido tanto aguardiente que al fin han bajado los diablos á cargar con él. » ¡Nadie hizo alto en una blasfemia tal! Pareció muy natural, y fué ratificada con un murmullo de aprobacion. La naturaleza y la Religion se indignan al contemplar hechos semejantes.....

Penetrad ahora en el hogar doméstico, y la escena no será ménos vergonzosa por ser ménos inmoral. No entraré á examinar lo que pasa en lo mas íntimo de las familias : esto no me compete; no quiero apreciar sino lo que he te-

nido ocasion de conocer por mí mismo. Se dejó á los individuos sin idea de los altos deberes que estaban llamados á cumplir en el seno mismo de la familia; y miradla sin vínculo alguno que pueda mantenerla unida. El padre aparece igual á su hijo, este desconoce la autoridad paterna, crece en la voluntariedad, y, lo que es peor todavía, como dentro de los límites de su casa no conoció poder alguno á quien someterse y fuera de ella tampoco quiere conocerlo, se alza con insolencia sobre las leyes que cree sin vigor para someterle á su autoridad, desprecia la persona de los que mandan en su nombre, porque los cree sus iguales, no permitiéndole su ignorancia divisar la distancia que existe entre el ciudadano y el magistrado; y como carece absolutamente de ideas de justicia, de órden y de moralidad, mira con horror todo lo que, segun él, parece destinado á imponerle de nuevo el yugo que sacudió. Apúresele como jornalero para que cumpla su obligacion de trabajar, pídasele como artesano que llene sus compromisos, le oiremos responder: « Soy libre, se concluyó la esclavitud, nadie me manda. » Esta contestacion tan fuera de propósito está en perfecta armonía con la insubordinacion marcada de todos sus actos.

No solo la clase inferior sino otra mas elevada participa de estas mismas ideas, fruto primero de la ignorancia. La prensa de Panamá se ocupó hace poco de un suceso que arroja de sí bastante luz para conocerlo. El obispo electo (1) reconvino á un clérigo por el modo impropio de estar en su presencia en un lugar digno de respeto; aquel desconoció en el prelado la autoridad para reconvenirle, y la prensa liberal de voz en cuello le acusó de fanático, déspota é intolerante.... ¡ Hasta allá se llevan los principios de libertad é igualdad ! Pero todavía marcharán mas léjos.

(1) Dr D. Fr. Eduardo Vázquez, hoy en posesion de su diócesis, sucediendo al dean *** á quien aludimos ántes.

El congreso de Nueva Granada acaba de aprobar los proyectos de emancipacion de la Iglesia, de matrimonio civil, etc.: el cáos será pues todavía mas completo. ¿Y este espantoso estado es la ventura que prometia la demagogia al inculcar en el pueblo ignorante ideas exageradas de libertad, en vez de las religiosas y sociales que debian inspirarle y contenerle en sus deberes? ¿Adónde irá á parar ese pueblo alucinado que recibe la licencia cual la fruta vedada que le depara el tósigo que debe asesinar su misma libertad? No se necesita gran prevision para conocerlo. Su existencia moral pereció, y su vida política no tendrá larga duracion. En su seno vive ya el enemigo que en un momento dado le dará el golpe mortal. No nos alucinamos, no; esto es lo que pasa, esto lo que fácilmente comprende todo hombre que piensa y tiene razon. El tránsito de Norte-América á California, que pudo ser núcleo de riqueza para la Nueva Granada teniendo á la cabeza un gobierno fuerte por la organizacion de sus leyes y por la union de sus ciudadanos, vendrá mas tarde á producir su ruina. Los Norte-Americanos principian á invadir el istmo. Se les concede la bahía del Limon por cuarenta y nueve años, echan allí los cimientos de una ciudad que en sus manos vendrá á ser poderosa, y la administracion granadina no se acuerda durante mucho tiempo ni aun de nombrar un alcalde que alce su bandera y haga respetar sus leyes en la nueva poblacion. Miéntras tanto arranca á los manumisos del cuidado de sus antiguos señores, y con esta medida pone en la calle nuevos millares de vagos que aumentan el número de los que ya existian.

Unos hombres idiotas y á quienes estudiosamente se procura inspirar ideas exageradas de libertad y de derechos imaginarios, de odio personal á sus antiguos amos y á cuanto constituia el sistema que amparaba la dominacion de estos, no es lo mas á propósito para oponerse á una raza á quien hace compacta la identidad de intereses, y que en

sus empresas marcha guiada por la ambicion loca de dominarlo todo. Pero ademas este enemigo no necesita provocar conflictos para llenar su objeto; las circunstancias le favorecen: llegará tiempo en que su pretension, que hubiera sido considerada como violacion escandalosa de su derecho, parecerá natural.

¿Y quién es responsable de un estado de cosas semejante á los ojos de la conciencia individual, de la nacion toda y de la sociedad entera? No somos nosotros los primeros en decirlo: la prensa americana y europea lo repiten á grandes voces, y no son en este caso sino el órgano fiel de la conciencia universal. Un gobierno cuyas tendencias al despotismo son bien conocidas, y cuyos vejámenes á la religion del Estado no encuentran semejantes en los tiempos modernos sino en la historia de la autocracia, se lanzó en las vias que él apellidaba de *reforma*, y la conciencia ilustrada llamó con mas propiedad *persecucion al catolicismo*. Nosotros no reproduciremos aquí el triste catálogo de esta persecucion; el *Universo* y otros periódicos de Francia lo han publicado, y para vergüenza de un gobierno que por ironía se dice *republicano*, lo ha reproducido la prensa de todas las naciones ilustradas de Europa. Queremos, sí, dar una ojeada rápida sobre los actos que ocupan á la administracion de Nueva Granada, miéntras á la faz del mundo abandona escandalosamente sus deberes mas esenciales.

La declaracion que los Obispos son funcionarios públicos del Estado y sujetos como tales á ser suspendidos por los tribunales legos en el ejercicio de sus funciones, provocó naturalmente los primeros conflictos entre la Iglesia y el Estado. Los Obispos, como miembos de la jerarquía de la Iglesia, reciben su autoridad de Jesucristo y no de los hombres, quienes, por muy elevado que sea el rango á que pertenezcan ó el cargo que desempeñen en el seno de la Iglesia, no son sin embargo mas que simples fieles. La ley atacó por su base esta dogma, sacudiendo de paso todo el majes-

tuoso edificio del órden jerárquico que descansa sobre él. El Obispo de Panamá fué, en virtud de su aplicacion, arrastrado hasta los tribunales para responder de actos de su ministerio pastoral, despojado por el decreto de un ministro de la jurisdiccion que le encomendó Cristo, y encargado su cabildo de nombrarle sucesor en el augusto ejercicio de su poder. La conciencia de los jueces al fallar sobre estos procederes experimentaba sin duda la lucha de su creencia católica con la obligacion que le imponia una ley inicua. El cisma no tardó en asomar su monstruosa cabeza, envolviendo en sus horrores á la infortunada diócesis del istmo, y el grito uniforme de los Obispos que se elevó hasta el alto poder legislativo de la República sin hallar eco en conciencias viciadas de antemano, se perdió entre el grito confuso de una multitud interesada en adular al poder que protegia aquellos atentados. Á semejanza de aquellos faros cuyo resplandor ilustra la inteligencia del piloto que desea salvar su nave, sirve á la vez de norte al criminal para encallar la suya en las ondas furiosas que no tardan en despedazarla. Pero, á pesar de todo, voces tan elocuentes y tan generosas no podian quedar olvidadas: el orbe católico las recogia escrupulosamente y cuidaba de trasmitirlas á las edades futuras, miéntras que el gobierno granadino no las escuchaba sino para rechazarlas. ¡Ah! él no podrá impedir al ménos que las generaciones que nos han de suceder conozcan por ellas la firmeza de carácter que distingue á los dignos sucesores del apostolado católico. «En la ansiedad » en que me veo hoy, decia uno de ellos, combatido por un » lado por mi respeto y sumision á las autoridades consti- » tuidas de la República, y de otro por la imperiosa voz de » los deberes de metropolitano, despues de tomar el consejo » de mi cabildo conforme á los cánones, no creo separarme » de los límites del respeto y de la sumision de que debo » dar ejemplo con mis obras y con mis palabras, diciendo » á la corte suprema que no me es lícito reconocer la sus-

» pension del R. Obispo de Panamá. Para llegar á este paso,
» yo he pesado delante del Juez supremo, con la prudencia
» y simplicidad que aconseja el divino Maestro, lo que debo
» á Dios y lo que debo al César : mi conciencia me ha dicho
» que debo obedecer primero á Dios que á los hombres,
» contestando respetuosamente como los santos Apóstoles :
» *Non possumus* (1). »

Mas la condicion humillante en que situaba tal ley á la Iglesia y á sus pastores no satisfizo todavía el deseo de reformarla que animaba *á los espíritus fuertes* que invadieron el gobierno de la Nueva Granada. El congreso, entre otras, sancionó tres disposiciones que á la vez atacan su constitucion y las garantías de sus individuos.

Por la primera, el seminario erigido en Bogotá con fondos, parte propios y parte del obispo, fué mandado agregar á otro colegio del Estado, sostenido con los fondos nacionales. Esta disposicion despojó á la Iglesia del derecho indisputable que le asiste para organizar y dirigir sus seminarios, la despojó de las donaciones que con este objeto habia recibido de particulares, y despojó en fin al arzobispo de crecidas sumas invertidas de su peculio para restablecerlo (2).

No fué ménos atentatoria la segunda que concedió á los cabildos parroquiales el derecho de elegir y constituir sus párrocos, forzando á los obispos á cambiar la mision mas augusta que el sacerdote está llamado á desempeñar en la sociedad á personas ménos aptas, y quizá tambien ménos dignas; emancipando de paso al clero de la autoridad de los prelados, y ligándole á la de un club de cuyo ciego capricho se hacia depender absolutamente la duracion de su destino (3).

(1) El ilustrísimo señor arzobispo de Bogotá. — Nota de 21 de diciembre de 1843.
(2) 1850.
(3) 1851.

Los bienes que la Iglesia habia recibido, no de la nacion, sino de erogaciones voluntarias de particulares, y con objeto determinado, le fueron arrebatados por la tercera. El gobierno regaló á los poseedores de los capitales la mitad de estos, con tal que entregasen en sus arcas la otra mitad. Atentado escandaloso que lleva consigo todos los caractéres del robo, y que nadie se atreverá á calificar de otra manera (1).

El congreso, fuente de estas disposiciones, era compuesto en su mayoría de hombres que tenian interes personal en la sancion de tales medidas, que estaban fascinados por las bellas utopias de progreso que en ellas les hacian leer los miembros del poder ejecutivo, y que en su vergonzosa ignorancia encontraban un obstáculo invencible para divisar la monstruosidad de los actos de que aquellos les hacian miserables instrumentos. Yo Americano, aunque extranjero de la Nueva Granada, me he avergonzado al registrar en uno de los diarios mas acreditados de la Francia los discursos de algunos de estos diputados, á quienes, juzgando por su lenguaje satisfecho, podrá cualquiera suponer autorizados para dirigir la discusion. Son tantas las aberraciones que contienen, tantos los despropósitos que dicen, y tan patente la ignorancia, la falta de lógica y aun de sentido comun, que su lectura hizo decir á un escritor: «Los discursos que se recitan en el congreso de Nueva Granada nos hacen temer que aquel país vuelva á caer en el estado de barbarie, de que lo redimió la conquista española.» Mas no son sus faltas aquellas solamente; el congreso, descendiendo del alto solio de legislador para servir de instrumento de partido, ha contradicho sus propios principios, y el primero de todos, el de *libertad* absoluta que proclaman, el de esa *libertad* que prometieron á los pueblos que los eligieron, el de esa misma *libertad* que repite con mentiroso

(1) 1851.

énfasis en cada una de sus sanciones. ¡ Él asesinó esa libertad que tan caro costara comprarla para el suelo patrio !!! La asesinó despotizando la Iglesia, violando sus garantías, y despojándola de sus derechos y de sus bienes. La asesinó persiguiendo con fanatismo sin ejemplo á individuos indefensos, que, léjos de cometer un crímen, se ocupaban, bajo la salvaguardia de la constitucion del Estado, en desterrar del pueblo granadino la vergonzosa ignorancia que le caracteriza. La asesinó pretendiendo obligar á los Obispos á suscribir disposiciones atentatorias, y que los habria constituido criminales á la faz del catolicismo entero. La asesinó persiguiendo inhumanamente á los sacerdotes aun en el asilo que les proporcionara en su destierro un país extranjero. La asesinó, en fin, marcando todos sus actos con esa intolerancia que no podrá conciliarse jamas con la libertad.

El poder ejecutivo sancionó este atroz asesinato; era de esperarlo : él lo habia iniciado, y el congreso no era sino obra de sus manos. Bien puede gloriarse el gobierno de la Nueva Granada de sus reformas que envuelven la condenacion de la base del sistema republicano, la proscripcion absoluta del primero y mas sacrosanto de sus principios : la LIBERTAD. Bien puede llamarse, como pretende, *gobierno modelo* en esos delirios tan frecuentes en el enfermo que sufre agudas calenturas, presto abrirá sus ojos y fallará por sí mismo si en estos cargos que hoy le hace la sociedad entera se encuentra algo que no esté contenido en el proceso que le forman sus propios delitos. Él verá, pero quizá demasiado tarde ya para volver atras, él verá, pero cuando sediento de reformas quiméricas, haya corrido hasta sepultarse en el horrendo abismo de la anarquía mas completa. Miéntras tanto los Obispos, esas víctimas ilustres de un poder injusto, cuyo valor rivaliza con el de Tomas Beket y Estanislao de Cracovia, mártires por la misma causa y de gobiernos tan opresores como el de la Nueva Granada,

excitan en el destierro la admiracion y la simpatía universal, y los repetidos testimonios de respeto que reciben en todas partes, son otras tantas amargas reconvenciones hechas al despotismo del gobierno granadino (A) (1).

Pocas víctimas han encontrado motivos tan eficaces para endulzar el trago acerbo de un destierro como los Obispos granadinos : en Francia, la nacion mas ilustrada del universo, en los Estados Unidos, el pueblo mas libre de la tierra, en Italia, en España, en Chile y el Perú, los ilustres proscritos, ó han sido recibidos como en triunfo, ó han encontrado generosos auxilios para vivir, ó al ménos la opinion pública, cuyo órgano es la prensa, se ha ocupado vigorosamente de la defensa de su causa. El oráculo del cristianismo bendice desde el Vaticano á estos gloriosos atletas de los principios católicos, « á su admirable valor en defender la causa de la Iglesia, en sostener sus derechos, y en desempeñar el cargo episcopal. » La ciudad de Amiens les presenta un testimonio solemne de la adhesion y respeto que les consagra el catolicismo frances, que el metropolitano de Bogatá, el ilustrísimo señor Mosquera, recibe de los prelados mas distinguidos de aquella nacion. El Perú señala una pension considerable al Obispo de Cartagena, á quien el furioso huracan de la proscripcion arroja á sus playas, miéntras que Chile le recibe como en triunfo cuando llega en busca de su bello cielo y de su tierra hospitalaria.

No podremos lisonjearnos que la totalidad del clero granadino haya colmado esta vez todas las esperanzas de la Iglesia, llenando dignamente el puesto de honor que le señala su alta dignidad. En las sesiones de las cámaras figuran eclesiásticos que prestan á los vejámenes del gobierno el apoyo que deben á la Iglesia oprimida : hemos insinuado ademas que el cisma encontró eco en individuos

(1) Las notas que insertamos al fin del tomo I, se indican por el órden alfabético.

del clero de Panamá; bien que amonestados por el metropolitano, retrocedieron al instante: añadiremos todavía que este acto de intrusion en el ejercicio del cargo pastoral se vió repetido en Antioquía (1). Pero á nuestro modo de ver todo esto era natural: ¿qué podia esperarse de hombres sin conciencia propia para formar opinion y sin valor para sostenerla? Extraidos de los claustros por los decretos de secularizacion, emancipados del poder de prelados llamados legítimamente á velar sobre su conducta, y halagados por un partido que necesita de su cooperacion para escalar los muros del santuario y sentarse sobre sus ruinas, abrazaron una causa cuya defensa es injustificable en el cristiano, cuanto mas en el sacerdote. Quien haya visto á uno de estos hombres abogando por los principios volterianos, á otro pidiendo primero el restablecimiento de los jesuitas, y mas tarde felicitando al gobierno por su extincion y destierro, podrá conocer la calidad de estos ministros degradados de la Religion. ¡Libre Dios mil veces al pueblo que quiera castigar de darle presbíteros como estos!!!

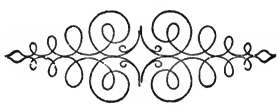
Los trastornos políticos llevan á las naciones á presenciar crísis de tal naturaleza: descuidada la educacion de los que han de ser mas tarde guia segura de la opinion del pueblo, claudican vergonzosamente cuando debieran dar mejores muestras de firmeza.

Pero miéntras tanto es bello y consuela ciertamente ver agruparse en rededor de los pastores la parte selecta de su clero, para participar con ellos de los azares de la situacion y del cáliz amargo del destierro. Es bello y consolador verle protestar contra los avances de un club injusto, y de voz en cuello decir á una administracion impía: «Nosotros prestamos la mas espontánea y firme cooperacion de que somos capaces á nuestro prelado, para la defensa de la religion de Jesucristo y de la libertad de su santa Iglesia católica.... Se-

(1) 1852.

remos reducidos á la mendicidad, mas no por eso abandonaremos el servicio del altar y el cuidado de las almas; y ántes, sí, nos someteremos á todo género de privaciones por mantener la religion de N. S. Jesucristo, prestar á Dios el culto público que le es debido, y servir al pueblo católico en el ejercicio del ministerio sacerdotal (1). »

(1) Acta suscrita por muchos individuos del clero secular y del regular en Bogotá, 1851.



## CAPÍTULO III.

Paso del istmo. — Una parroquia. — El *Quasimodo*. — Discusion. — La libertad granadina al frente de la de los Estados Unidos. — El congreso sin máscara elogia el protestantismo. — Amagos anteriores del protestantismo anglicano. — La Sociedad Bíblica y el Arzobispo de Bogotá. — Un secreto. — ¿Es posible el protestantismo en la América Española? — ¿Le conviene la libertad de cultos? — Respuesta elocuente que nos dan las Repúblicas que la proclamaron. — Colon.

Miéntras que algunas naciones del continente americano, fatigadas de las luchas intestinas que siguieron á su independencia, se aplican á buscar en la mejora de su condicion material el bien de la patria, la República de la Nueva Granada abandona los tesoros de que pródigamente la dotara la Providencia, para entregarse á maquinar el exterminio de la Iglesia católica. Sin medios para exportar fácilmente sus ricas producciones, estas permanecen sin explotarse, esperando que una administracion inteligente les facilite para ello los auxilios. Los preciosos metales que encierran sus minas, los trigos abundantes que producen sus campos, las maderas inagotables de sus montes y los frutos exquisitos que rinde aquella tierra excesivamente feraz, pocas ventajas reportan á sus habitantes desde que carecen de medios de exportacion.

Ha pasado casi la mitad de un siglo desde que la Nueva Granada proclamó su independencia, constituyéndose nacion soberana, y hace mas de veinte años que el partido que hoy gobierna, tratando de llegar al poder en el programa magnífico de mejoras que presentaba al pueblo,

hacia figurar en primera escala las líneas de vapor en el Magdalena y en el Chágres, el ferrocarril del paso del istmo, y un número sin término de carreteras. Ocho años hace que escaló el poder: ¿y qué ha hecho hasta hoy este partido tan liberal para prometer ántes de ser gobierno? Nada de cuanto ofreciera vemos realizado; y al contrario, con sus vias de comunicacion escasas y de mala condicion, sin agricultura, ni tráfico interior, la Nueva Granada es sin duda una de las secciones mas atrasadas de la América Española. El tránsito del istmo es muy á propósito para confirmar esta idea, que nos sugieren todos los viajeros que conocen y hablan de aquel país. En el istmo se sufren, no simples incomodidades, sino peligros de todo género: los presenta primero la senda que necesita seguirse cortada á cada paso por barrancos, precipicios y pantanos y al traves de un espesísimo bosque; pero mas inminentes que estos los ofrecen los negros armados que acechan ocasion favorable para robar al pasajero. El bolsillo y la vida están á merced de aquellos bárbaros en un lugar sin policía de ningun género que pueda contenerles. Nosotros marchámos todo el dia en malísimas mulas, y al caer la tarde llegámos al pueblo de Gorgona. Era sábado, víspera de *Quasimodo*, y yo traté de buscar al párroco del lugar, para indicarle que deseaba decir misa al siguiente dia. En efecto, le encontré, y en vista de mis licencias me pidió le ayudase á confesar, pues habia *una multitud* de personas que lo solicitaban. Me presté á su indicacion, y acompañado por él mismo me instalé en el templo. ¡Pero qué templo, Dios mio! Jamas me olvidaré de la parroquia de Gorgona.... Un cobertizo de madera al que faltaban la mayor parte de sus tablas, cuyo pavimento se hallaba en su estado natural, y cuyo altar por sus imágenes y adornos indecentes pareciera levantado mejor para profanar que para ofrecer la santa Víctima que en él se inmola, ved ahí todo su diseño. Yo buscaba *esa multitud* ansiosa de recibir los

sacramentos...; mas nada ví fuera de cinco negras, ni habia otras personas á mas de estas en aquella choza miserable, mas bien que templo del Dios vivo. El párroco se marchó, y no le volví á ver : un sacristan me dijo en su nombre que diese la comunion á *aquella multitud*. En efecto, muy de mañana estaban unas pocas negras sentadas cerca del altar, vestidas de blanco de piés á cabeza, y adornadas con profusion de flores, de collares y de anillos. Las vestiduras sagradas no estaban en armonía con el lujo de los asistentes, pero sí correspondian al edificio y al altar; miéntras yo permanecí en este, tuve frente de mí á las lecheras ocupadas en ordeñar las vacas. Yo dirigí algunas palabras á la muy escasa concurrencia; pero esta era para ellos una novedad, « un padre que gritaba en la misa. » ¡ Cosa allí nunca vista! mi voz resonó en la calle, y yo ví en un momento que el galpon (1) se llenó de curiosos que entraban á imponerse de aquella novedad.

No dudo que en otros puntos del istmo, y con mas razon de la Nueva Granada, existirán mejores templos; en Chágres, por ejemplo, pueblo bien considerable, encontré en fábrica uno algo mas decente, merced al celo de su párroco; pero un templo de la condicion que el de Gorgona en un pueblo grande y que crece de dia en dia, fomentado por tantos millares que trafican por él, es uno de los feísimos borrones que retratan perfectamente al extranjero que lo observa el sumo abandono de la administracion granadina.

No es mejor que el camino de tierra la navegacion del Chágres desde Gorgona hasta llegar á la estacion del camino de hierro. Los frecuentes aluviones precipitan de la montaña enormes troncos, que incorporados despues con la corriente ponen á las embarcaciones en frecuente peligro, y á veces las hacen fracasar. Ni una sola providencia se ha tomado hasta hoy para prevenir este mal, que cuesta la

(1) Cobertizo formado con tablas.

vida anualmente á un número considerable de pasajeros, ó si se han dado, son del género de aquellas que se escriben sin llegar á ejecutarse. La crítica que alguno con sobrada justicia hizo de este abandono, empeñó durante nuestra travesía una discusion en que tomaron parte todos los pasajeros. Habia entre estos tres que viajaban juntos para Europa, y uno de ellos, segun nos aseguró, pertenecia á la cámara de diputados de Bogotá : sostenia este á mano armada los actos del gobierno, y á su modo de ver la administracion de la Nueva Granada era, sin contradiccion, *el gobierno modelo*. Alguno le hizo ciertas observaciones que jamas podrian parecer mas justas que cuando se tenian á la vista tantos testimonios de su abandono. Con este motivo pasó entre ambos el siguiente diálogo : « ¿ Se ha organizado ya la instruccion primaria en la República ? — Todavía no ; mas aseguro á V. que el proyecto que pende en comision deja muy atras las leyes vigentes sobre la materia en Prusia y en los Estados Unidos. — Supongo que la ley de caminos se habrá puesto ya en práctica, porque hasta hoy la exportacion de frutos del interior ha sido imposible entre VV. — Las cámaras discuten un proyecto, se agita con ardor, y pronto estará concluido. — Dispénseme V. : ¿los vaporcitos del gobierno que traficaban por el Magdalena y reventaron en años pasados por su mal estado, haciendo de paso morir á los pasajeros, se han repuesto ya ? » El diputado se disgustó ; mas otro de sus compañeros respondió por él negativamente, añadiendo que luego estarian encargados otros nuevos. Yo, y creo que todos los presentes concluirian estando á las luces que arrojaba aquel diálogo, que la Nueva Granada se encuentra muy distante de poderse llamar *República modelo ;* mas no sienten así sus progresistas : y frecuentemente he tenido ocasion de persuadirme que estos creen firmemente ser el modelo de las Repúblicas Americanas, no obstante que allí no se respete ni al individuo ni á sus bienes, no obstante se ejerza el des-

potismo en toda su extension, ni se piense en mejorar la condicion moral del pueblo, y á pesar, en fin, de que permanezca abandonado cuanto pueda contribuir á mejorar su triste situacion.

Para juzgar con acierto de las instituciones de un país, y especialmente de la mas ó ménos libertad que permitan aquellas, la comparacion es un buen medio. La prensa de Bogotá ha repetido todos los dias que el ejemplo de los Estados Unidos « era el que debian proponerse las Repúblicas Hispano-Americanas, y que era efectivamente el que ella seguia; » mas el que conozca las instituciones de la Union conocerá perfectamente que esto es tan falso como ser *República modelo* là de Nueva Granada. En los Estados Unidos, por ejemplo, donde las leyes permiten la libertad mas amplia en materia de religion, el menor amago que hiciere el gobierno ó la legislacion de cualquiera de los Estados para ingerirse directa ó indirectamente en la administracion de negocios eclesiásticos, produciria una explosion de horror, y provocaria el mas justo enojo; en la Nueva Granada sucede paralelamente todo lo contrario. Sin embargo que la religion católica era la única del Estado, y que esta circunstancia mediaba todavía aun mas á su favor, el gobierno se introduce de hecho en su disciplina, y pretende alterar su organizacion. En los Estados Unidos, donde los católicos llegan apénas á la octava parte de la poblacion, gozan de la libertad mas completa en el ejercicio de su religion, tanto de parte de los poderes supremos de los Estados como de parte de los funcionarios del gobierno, cualquiera que sea su creencia; en la Nueva Granada, donde es única la fe enseñada y trasmitida hasta hoy, se la hostiliza sistemáticamente, se ataca la persona de sus ministros, se arrebatan los bienes de su Iglesia, se condenan sus instituciones, y se la despoja de su libertad. En los Estados Unidos jamas se puso en duda el derecho que los hombres tienen para instalarse en asociacion bajo tales ó

cuales reglas, ni ménos que cada individuo pueda ligarse por votos, sin entrometerse la autoridad á indagar si son estos temporales ó perpetuos: al contrario sucede en Nueva Granada, los institutos regulares se hallaban establecidos allí bajo la garantía de las leyes; pero esto no sirvió de inconveniente para que uno fuese extrañado del modo mas despótico y violento, y los otros sean hostilizados con tantas dificultades que se les suscitan y ocasionan su pronta disolucion. Ved ahí la comparacion que los meros hechos conocidos de todos forman por sí solos. Fácil es deducir la consecuencia.

Á un gobierno desnudo del valor y de la conciencia que deben apoyar sus resoluciones, no le queda, al empuñar la dictadura para arribar á su objeto, otro arbitrio que vestirla de hermosos colores para ocultar todo lo que lleva en sí de feo y abominable. Esta es la situacion apurada en que se ha encontrado la República granadina. Lisonjeado su gobierno por ideas de reformas ilegales y quiméricas que aprendiera de los corifeos de la revolucion religiosa del siglo pasado, y halagado por las ventajas que encontraba en la expoliacion hecha á la Iglesia de sus bienes, no dudó en lanzarse á las vias vedadas. Pero tenia que luchar con el sentimiento pronunciado de una mayoría decididamente católica, carecia del valor suficiente para responder al grito que habia de lanzar esta en medio de su justa indignacion; cuando puesta la mano sobre su conciencia, sobre esa conciencia que aun cuando encallecida por traiciones sucesivas hechas á la religion, cuyos derechos imprescriptibles juró sostener, se acuerda que aun es católica, y que este título sagrado heredado de sus mayores querria conservar hasta la tumba; esa conciencia se resiste á autorizar vejámenes que le sirven de tormento. En semejante conflicto trata de engañar al pueblo y aun de engañarse á sí mismo, si posible fuere. Las disposiciones mas repugnantes las hace aparecer delante de la nacion, como consecuencia necesa-

ria de leyes anteriores indispensables para el bienestar de la nacion granadina. Mas su propia conciencia.... esa grita aun en el silencio del interior, mas tarde gritará con fuerza, y su clamor será tan penetrante como el del ministro Cromwell al espirar : « Seducido abandoné mi fe....; pero » mi conciencia es ahora sinceramente católica, quiero ba- » jar al sepulcro hijo de la Iglesia. »

Nada dicen para mí los elogios que un ministro de Estado ha hecho del protestantismo en el recinto de las cámaras, y mucho mas cuando él carece de antecedentes que le alcanzaran un concepto prestigioso; ménos aun las expresiones de otro que, haciendo el remedo de Enrique II, el asesino del ilustre Tomas Beket, primado de Cantorbery, repetia á los diputados sus mismas palabras : « La nacion no podrá vivir en paz con el clero; » y la algazara con que aplaudieran algunos imberbes un despropósito semejante, significan tambien ménos que el justo horror que ha inspirado en las almas generosas que conservan viva la antorcha de su fe. No es este todavía, no por cierto, y mil veces no, un triunfo de que pueda gloriarse el protestantismo; es solo una aberracion pasajera que marcha á estrellarse en el espíritu de una nacion católica : este vive afortunadamente, y es el único principio salvador que le resta en el naufragio que hoy sumerge á esa nacion digna de mejor suerte.

El protestantismo anglicano no ha permanecido miéntras tanto sin accion. Sus propagandistas están siempre dispuestos para acometer empresas que no presentan grandes dificultades, ni ofrecen riesgos de ningun género; y la Nueva Granada, dividida por la guerra civil, escasa de luces y dispuesta, á juzgar por sus hechos, á adoptar todo género de novedades, les pareció un campo á propósito para sembrar el gérmen de division que encierra en sí la doctrina protestante. Desde mucho tiempo habian hecho diversas é infructuosas tentativas : un misionero, situado en Cartagena con una gran partida de Biblias para distri-

buir al pueblo, tuvo el arrojo de presentar una de estas al ilustrísimo señor Mosquera, con oficio del lord Bexley, presidente de la Sociedad bíblica anglicana, pidiéndole á nombre de esta, « que promoviese la circulacion de este buen libro en toda la extension de su vasta diócesis; » es decir, que ayudase á la propaganda de su ministro. « La Sociedad bíblica está compuesta, le decia, de cristianos de todas denominaciones, apreciando el valor del Evangelio, reunidos de comun acuerdo, dedicando su tiempo, talentos y bienes á la santa y deleitosa obra de publicar la palabra de Dios á todas y cada una de las naciones bajo del cielo en el idioma de cada cual. » El digno arzobispo de Bogotá vió bien claro el lazo que tendia la Sociedad bíblica al catolicismo granadino, pero no acababa de creer como su temeridad hubiera podido ser tal que pretendiese amagar la fe misma del primado de sus pastores. En su enérgico rechazo al protestante Watts, despues de descubrir la falta de integridad de las Biblias anglicanas, y la mala fe con que llaman del P. Scio la que distribuia en español la Sociedad bíblica de Lóndres, siendo así que de ella ha suprimido libros enteros, ha mutilado sus capítulos y truncado partes sustanciales de su texto: « Si el objeto de la Sociedad es, le dice, proporcionar á cada comunion una Biblia respectiva, y si para esto hay en los buques Biblias católicas y protestantes, la buena fe exigia que siendo nuestros pueblos católicos no se les enviasen Biblias que no estuviesen conformes al cánon de los católicos... Y un obispo católico, yo que he jurado mi profesion de fe de la manera mas solemne, ¿prestaré mi cooperacion contra la Iglesia Romana? Permítame V. decirle que no acabo de comprender cómo V. esperó que con la lectura de la Biblia que se me ha enviado, me decidiria á cooperar á su circulacion. Si V. ha formado tan bajo concepto de mi carácter que me haya creido capaz de una infidelidad semejante á mi religion, espero que lo variará al leer esta carta. No solamente no cooperaré á la circulacion

de las Biblias que envia la Sociedad bíblica británica y extranjera, sino que, á mas de lo que he dicho al clero de mi diócesis poco tiempo há, no cesaré de advertir á mis diocesanos el peligro que corre su creencia adhiriendo al espíritu de las Sociedades bíblicas, por el uso de las Biblias adulteradas. No por esto dejaré de aconsejar la lectura de los Libros santos, pero por traducciones fieles, acompañadas de las advertencias que requiere un libro en que hay cuestiones de todo género, y con la discrecion que san Jerónimo enseñó, y Bossuet y Fenelon siguieron con gran suceso.»

Tal fué el resultado de esta invasion formal que pretendió hacer el protestantismo en el territorio granadino; no solo la simplicidad de los fieles entraba en los planes de seduccion que sus ministros se propusieron seguir, sino que los primeros tiros del ataque fueron dirigidos para sorprender la prudencia y sabiduría de los obispos.

Mas para mí hay en la conducta de los ministros de la propaganda protestante un secreto que no puedo explicarme. En Bogotá existen establecidos miembros de la comunion anglicana en número bien considerable; existe allí tambien un agente diplomático, en cuya casa un ministro de su confesion hace el servicio los domingos: esta funcion es pública para todos sus connacionales, y con la circunstancia que estos han sido invitados para concurrir. ¿Y cuántos son los que asisten allí *á dar á la Divinidad el culto de sus antepasados.... á buscar los cousuelos que les presta su fe en las prácticas de sus creencias religiosas?* La familia del encargado de negocios de Inglaterra y un médico anciano de su misma nacion han sido los únicos asistentes ordinarios. ¿Y el celo de los propagandistas de la Sociedad bíblica de Lóndres no se propondria un objeto mas noble tratando de dispertar la fe dormida de sus compatriotas residentes en Bogotá? Si ese empeño con que solicitan la apostasía de los católicos lo dirigiesen á reformar

las costumbres gastadas de los miembros de la comunion anglicana, ¿no debian esperar un resultado mas feliz para su empresa y mas provechoso para su misma Sociedad? Así lo imagina el que no penetra mas allá de lo que se percibe á primera vista; pero es un hecho conocido que miéntras los ministros anglicanos procuran aumentar con nuevas conquistas el número de sus sectarios, los que han nacido en su seno, los que bebieron de sus padres su doctrina, pierden la fe cayendo en el indiferentismo ó en el materialismo, sin que esto sea motivo para que el celo de aquellos venga á apuntalar el ruinoso edificio de su comunion.

El pueblo de Colon es el término de la penosa travesía del istmo de Panamá; la asamblea provincial, al acordar su creacion, le dió este nombre, miéntras que los empresarios del ferrocaril le imponian el del socio principal de la negociacion. ¿Cuál prevalecerá, el acuerdo de la asamblea, ó la voluntad de los socios? Yo no lo sé: si las leyes tuviesen allí el vigor que en todo país bien constituido, claro es que la voluntad de la asamblea; mas es tal el desprecio que en la *República modelo* se hace de las leyes, de la autoridad y de todo lo que significa la mas lijera sombra de poder, que la contraria ha de prevalecer sobre esta, solo porque es la resolucion que se opone á la ley misma. Los fundadores del pueblo han tomado ya la iniciativa; ellos no admiten documento que lleve estampado el nombre de Colon.

Cualquier demora en este punto, como la que ocurrió á nosotros, es bien desagradable, pues las hordas que vienen y van de los Estados Unidos para California representan una escena prolongada de actos los mas repugnantes para quien respete los principios de la moral. Un vapor americano que navegaba con direccion á la isla de Cuba, tocando ántes en San Juan de Nicaragua, me recibió á su bordo, y en él partí dejando el territorio granadino.

Digitized by Google

IMP. SIMON RAÇON.

**J. M. MOSQUERA**

ARZOBISPO DE BOGOTÁ

## CAPÍTULO IV.

Sainete ridículo que se representa en Mosquitos. — Los protestantes y los indígenas. — Cuba. — Numerosos vestigios de la piedad de una época pasada. — Efectos de la revolucion de España en sus colonias. — Sufren la religion, el clero, la educacion y la esclavitud. — Necesidad de una reaccion. — ¿Cuál está mas en armonía con los intereses nacionales? — Conducta de la España. — Reaccion única posible. — Su iniciativa.

Sin embargo que la época que atravesamos es notable por las luces de todo género que se derraman sobre la especie humana, observamos con todo ciertos actos en que intervienen los primeros hombres de la Europa ilustrada, que están bien bien léjos de armonizarse con aquellas. Ábranse sino las páginas en que se registran los hechos que dia por dia suceden en la conquista de la India, y ellas nos contarán traiciones, matanzas, usurpaciones, violencias y mil otras tragedias horribles que se cometen allí á nombre de la civilizacion; se nos contarán escenas poco mas ó ménos repugnantes que aquellas que figuran en la colonizacion de Argel, y poco despues se nos contarán todavía otras nuevas y de la misma naturaleza que sucederán en el territorio japones, si llega á enarbolarse allí, como se pretende, el pabellon de las estrellas. Agregando á estos hechos la ocupacion y la division de Polonia, las pretensiones de la Rusia sobre la Turquía, y tantos otros contemporáneos que por su importancia llamarán durante muchos siglos la atencion de todos los hombres, concluiremos que los rectos princi-

pios no son el resorte que anima siempre para obrar á los políticos mas hábiles, ó mas bien que aquellos se encorvan cada vez que se quiere dar paso al interes y otras pasiones.

La América no ha dejado de presenciar sucesos análogos: Téjas, conquistada y agregada á los Estados Unidos bajo el modesto título de *anexion;* California, adquirida por el mas modesto aun de *indemnizacion;* y la isla de Cuba, invadida en dos ocasiones, son ejemplos flagrantes de que la pasion funesta de conquistar á despecho de las luces del siglo que anima hoy á las naciones mas poderosas y mas ilustradas de la Europa, encuentra tambien eco en la nacion mas fuerte del Nuevo Mundo.

Al lado de tales hechos ocupa su lugar la farsa ridícula representada por la Gran Bretaña para justificar sus pretensiones al país de Mosquítos. Ella conocia demasiado la importancia de esta situacion; y para asegurarse una influencia dominadora, ya que no podia su propiedad, hizo aparecer un retoño de los primitivos soberanos de la costa de Nicaragua, cuyos derechos reconoció y tomó bajo su proteccion. Ved ahí añadido por la Inglaterra un nuevo nombre al catálogo de los príncipes; y es el de Makgrebor, que desde entónces se titula *Rey de Mosquitos:* ella misma se encargó de hacer reconocer al nuevo rey, como efectivamente lo consiguió, pero constituyéndose á la vez en tutor suyo. Este protectorado repugnante, que los Estados Unidos no podrán ciertamente tolerar, franqueó á la propaganda protestante la entrada en un país que hasta entónces no habia percibido otra doctrina que la católica. A la sombra del pabellon británico vinieron á situarse en San Juan dos ministros anglicanos, acompañados de sus familias. Los naturales, que no estaban acostumbrados á ver misioneros casados, ni clérigos que consideran todas las comodidades de la vida como una necesidad para sí y para su familia, clérigos en cuya conducta echaban ménos el ascetismo y el

celo que caracterizó á los que les esparcieron ántes la semilla del Evangelio, no estuvieron dispuestos á escucharles, ni á recibir Biblias que no entendian. Así fracasó la mision anglicana de Nicaragua, sin que el oro de la Sociedad bíblica que la fomentaba diese otro resultado que contribuir al bienestar de sus propagandistas.

La Habana deja contemplar, en medio de su floreciente comercio, de sus soberbios edificios y paseos deliciosos, algo que recuerda la piedad ferviente característica de otra generacion, que supo realizar empresas mas atrevidas y mas grandiosas por cierto que cuantas puede ostentar la nuestra. Un monumento de piedra, construido en forma de templo, se eleva en un ángulo de la plaza de Fernando VII; dos corpulentos ceibos extienden sobre él sus frondosos ramos, dando al lugar cierto aire sombrío, pero majestuoso é imponente al mismo tiempo. Yo penetré en aquel recinto, y la inscripcion que se lee en una columna, cuyo exterior revela bien su antigüedad, me instruyó que aquel monumento recordaba la solemnidad de una misa celebrada en presencia del descubridor del Nuevo Mundo. Fué esta, en efecto, la primera que se dijo en Cuba á la sombra de aquellas plantas seculares. Los hermosos cuadros que decoran el interior del *templete* trasportan el alma á otro siglo, rodeándola de hombres que, si bien murieron, aun viven en la historia que nos relata sus hazañas: Cristóbal Colon, Diego de Velázquez, Juan de Grijalba, el inmortal Cortés... ¿Quién no conoce el temple de alma de estos héroes, en cuyo corazon se disputaron el lugar primero: el valor hasta el heroísmo, la fidelidad á toda prueba, y el sufrimiento en la adversidad? Ellos pagaron, es cierto, el tributo de la flaqueza humana, dejando ver que el héroe tambien es hombre, y hombre envuelto en miseria como los demas hombres; mas esas faltas supieron compensar con virtudes que les merecieran un nombre inmortal. Ese celo por la extension de la fe de que dieron tantas pruebas, y esa piedad á la

cual elevaron mil gloriosos monumentos, no deben quedar olvidados cuando con severidad imparcial se quiera juzgar su mérito.

Estos héroes, me decia á mí mismo contemplando las pinturas del templete, estos héroes que abriéndose camino al traves de un mundo desconocido le hicieron ilustre con sus hazañas, arrodillados delante del altar, algo dicen á los que han de contemplarles en los siglos venidores; sí, dicen que sus empresas las acometieran en nombre de Dios, que todo cuanto en ellas se encuentra de magnánimo y glorioso, á Él tan solo es debido, y que para darles cima necesitaron su proteccion. Un hombre en nada inferior á aquellos en grandeza de alma, aunque de carácter muy diverso, habla en aquel mismo lugar el severo idioma de la verdad, único que saben hablar la religion y los que la predican. Es este el inmortal Lascásas, que, en nombre de Dios y de su fe, encarga á los conquistadores ser humanos con los indígenas, de quienes él, en razon de su ministerio, se considera defensor legítimo.

Un monumento que encierra recuerdos tan gloriosos de hechos que se sucedieron en una misma época, es, segun creo, uno de los muy pocos que se han alzado para perpetuar la memoria de la regeneracion de la América por el cristianismo. Esta omision ha contribuido en gran parte á borrar de la memoria ciertos acontecimientos importantes que en ella tuvieron lugar. No la condenaremos en pueblos que principian á constituirse unos, miéntras que otros luchan todavía con los elementos disolventes que encierran en su seno; mas tarde llegará la época en que monumentos de esta clase han de multiplicarse; llegará cuando los sanos principios se hayan generalizado, y entónces les veremos alzarse por un movimiento espontáneo de la voluntad de quienes los erijan.

Yo esperaba encontrar en la Habana los restos del inmortal Colon cerrados en algun insigne mausoleo que corres-

pondiese al alto mérito de su persona; mas me equivocaba: visitando la catedral, reconocí al lado derecho del presbiterio el muy modesto, por no decir humilde, que señala el puesto donde reposan las cenizas del descubridor del Nuevo Mundo. Cuando yo he visto las elevadas columnas, las estatuas soberbias y mil otros diversos monumentos grandiosos, destinados á perpetuar la memoria de hombres de inferior mérito al de Colon, me tranquiliza el célebre dicho de un filósofo pagano al contemplar el humilde sepulcro de Caton: «No es esta la primera injusticia que cometen los hombres.»

En pocos puntos de la Monarquía Española se han hecho sentir de un modo tan pronunciado como en Cuba los efectos funestos de la revolucion. Todas las clases de la sociedad se resienten de ellos, de tal modo que es fácil de prever un cataclismo, si no se trabaja decididamente en la reaccion de ideas. El espíritu de reforma, como han querido denominar algunos el de destruccion que caracteriza á quienes tan solo el sacudimiento revolucionario pudo arrojar hasta los gabinetes, puso la primera piedra de esta obra de iniquidad. Sin religion ni política conocida hicieron alarde de su impiedad, debilitando en el corazon del pueblo el vínculo mas fuerte que une á su conciencia con la autoridad. En un pueblo enseñado á respetar su religion, no solo por el principio de la razon ó del convencimiento, sino tambien por el ejemplo de la autoridad, no pudo ménos una conducta semejante de abrir brecha, que no tardó mucho tiempo en aparecer, teniendo un elemento poderoso que auxiliaba la expansion de sus principios. Era este las producciones mas inmundas de la prensa europea, acogidas con entusiasmo por una sociedad que desgraciadamente carece de discernimiento bastante para penetrar el veneno que contiene su lectura. Una censura severa prohibe introducir en Cuba impresos políticos, miéntras que por una inconsecuencia monstruosa deja circular libremente las obras subversi-

vas que tienen volcanizado el Viejo Mundo. Nosotros hemos encontrado las mas inmorales derramadas en la Habana, con tal profusion que se ponian en manos de la gente del pueblo como *doctrina segura cuya lectura proporciona un inocente recreo.*

Estas ideas no han sido combatidas, especialmente en la Habana, la capital de la isla, con género alguno de armas. Ni las combatió el gobierno empleando los arbitrios que le da su autoridad, pues estaban en perfecta armonía con su principio de conducta; ni las combatió la razon oponiéndoles la fuerza de las verdaderas luces que hoy esparce la sana filosofía, porque la educacion ha estado en completo abandono hasta muy poco tiempo ántes de ahora; ni el clero, en fin, las combatió con la debida energía á pesar de su buen deseo, porque de él no existe ya sino un esqueleto sin vida, sin pensamiento y sin animacion.

La accion de las comunidades regulares en países distantes de la metrópoli era mucho mas importante de lo que parece á primera vista: observaremos aquí solo de paso que esa fe pura y ardiente, la mejor garantía que se conoce del espíritu nacional, ha sido siempre la obra de las congregaciones religiosas. La España misma lo ha conocido tan bien que, al suprimir los institutos religiosos, los dejó subsistentes en sus posesiones de Asia. La supresion de estos institutos en Cuba, sobre afectar los intereses de la religion, fué una medida impolítica. El clero seglar, poco numeroso, no era suficiente para llenar los diversos ministerios que estaban á cargo del regular, ni podia aumentarse con nuevos alumnos desde que los seminarios quedaron cerrados por órden del gobierno, ni los exclaustrados le servian desde que puestos en la calle con una congrua insuficiente, habian de procurarse lo necesario para vivir, dedicándose quizá á negocios extraños á su profesion, y desde que emancipado el hombre, de cualquier estado y condicion, de la autoridad que está llamada á gobernarle, pierde or-

dinariamente el espíritu de su estado. En vez de este elemento moral, aquel otro corruptor se desbordó inundando la isla.

No parezca pues extraño que los principios disolventes de la sociedad hayan progresado con rapidez en aquel país, cuyo pueblo alimenta sus ideas con pábulo semejante; ni ménos que sus tristes efectos ya se palpen. Los templos sin concurrencia en los dias festivos anuncian que el espíritu religioso se ha gastado.... esto era lo que se proponia el capitan general que preparó este órden de cosas. « *No necesitamos templos*, decia irónicamente, *deben cerrarse, porque no hay quien concurra á sus oficios.* » No se han cerrado, no; están desiertos, es verdad; pero esa autoridad *que no los necesitaba*, esa autoridad que se les manifestó hostil se ve minada, y quizá mas que lo que ella cree. Una juventud en cuyo pecho bullen las ideas mas exageradas de libertad y democracia, es hoy la generacion que se levanta, y la que mas temprano ó mas tarde, si se quiere, trabajará por derribar en Cuba la monarquía.

Otra clase existe en aquella sociedad, que si bien la mas numerosa, es á la vez la mas desgraciada y la mas digna de compasion. Son los esclavos, cuya palabra (confieso francamente) no puedo pronunciar sin horror. Al hablar de esos seres infelices, séame permitido decir que ni por un momento es lícito poner en duda el derecho que todo hombre tiene para conservar la libertad que recibió de Dios, sin que haya poder alguno que pueda arrebatársela. Pero la esclavitud existe en Cuba como existe en el Brasil y en los Estados Unidos, y como existe tambien, aunque disfrazada, en la Jamáica; y existirá quién sabe cuánto tiempo á pesar de la formal protesta que contra ella hacen las ideas dominantes en nuestro siglo.

En época no remota los amos dispensaban en Cuba á sus esclavos ciertos beneficios que les hacian mas soportable su condicion; la instruccion tenia entre estos el primer lugar:

hoy, cuando las ideas de libertad preocupan tan generalmente el espíritu de los Cubanos, pasma considerar que se muestren tan distantes de hacer la aplicacion de sus principios en favor de sus esclavos. Con lijeras excepciones podemos asegurar que el estado de estos ofende á la religion y á la moral. Á la religion repugna que en su seno sean retenidos millares de infelices privados de instruccion religiosa, aun de aquella que pone al hombre en aptitud de alcanzar su felicidad eterna, y esto es lo que sucede generalmente en los *ingenios* de azúcar y de café. Á la religion y á la moral repugna que á esos mismos individuos mezclados en galpones, sin separacion de sexo, cual si fueran bestias, se les permitan todas las libertades que á estas mismas, como si se les quisiese compensar con placeres brutales los lícitos é inocentes de que se les priva. Unos hombres arrancados violentamente de la patria, sin esperanza ni remota de abrazar allí los objetos que les eran caros, no encuentran en la triste suerte á que les arrastraron su desgracia y la injusticia de los hombres un solo motivo que pueda endulzar sus penas. Esa religion en cuyo seno se les introduce no derramará sobre su alma ni un consuelo, porque no la conocen, y sin conocerla no les es dado demandárselos. La crueldad de los hombres llega hasta hacerles profesar una fe cuyas verdades ignoran, y que para ellos será por consiguiente del todo estéril. Destinados á soportar cada dia el peso de la fatiga bajo un clima abrasador, no tienen mas recompensa que un alimento vil, un vestido andrajoso y el látigo del mayoral que lastima frecuentemente sus espaldas, satisfaciendo el placer que siente un alma vil en los actos de crueldad. Ellos mueren en el mismo estado que nacieron, y nada les importa cerrar su peregrinacion por esta tierra desventurada, en suelo cristiano, si en este sus postreros gemidos no encuentran el eco que los primeros lloros de su infancia, exhalados en los desiertos del Congo ó en los aduares de las tribus errantes de los Cafres. Nacieron en la ignorancia, han

vivido en la ignorancia y mueren en la ignorancia: la religion no fué para ellos sino un nombre cuyos misterios jamas penetraron, y la civilizacion una mentira que les hizo saborear frutos amarguísimos.

La Inglaterra, persiguiendo el tráfico que reduce á millares de individuos de nuestra propia especie á la condicion miserable de esclavitud, dió á la faz del mundo un paso que la llenaria de gloria, si en él no se ocultase un plan egoísta é interesado. Si al arrancar, decimos, á los negros cautivados en África de las manos injustas cuanto desnaturalizadas de sus opresores que les arrastran al mercado, no les condenase á un trabajo de por vida; y si declarándose, en fin, tutora de hombres que no han reclamado su proteccion, no les hubiese señalado sus colonias por lugar de cautiverio, ¡cómo si los hierros de la esclavitud fuesen ménos pesados en Jamáica que en Cuba, ó la sombra del pabellon inglés inspirase consuelos que el esclavo en vano buscaria bajo los del Brasil ó Norte-América! Pero nada es tan fácil como ostentar filantropía, cuando de ella resulta inmensa utilidad; y este es el caso de la Inglaterra libertadora de los esclavos.

Un descuadernamiento tan general como el que hemos observado exige una completa y pronta reaccion. No puede esta ser fruto del sistema actual que lo ha provocado; debe serlo por consiguiente de uno nuevo: ¿y será este el cambio de gobierno que proclaman algunos, envuelto en los principios de la anexion á los Estados Unidos? Júzguese, para responder, si la isla de Cuba avanzaria en su marcha religiosa, moral é intelectual, entrando á formar parte de una nacion que en su forma de gobierno, en su constitucion y en la naturaleza misma de sus leyes, lleva inoculado el *virus* de la disolucion. Júzguese si la isla de Cuba podria saborear esa libertad ideal que proclama, cuando despues de atravesar una crísis y consumidas sus fuerzas en luchas sangrientas, encontrase que la pérdida de su nacionalidad

era el primer fruto de su victoria. Júzguese, en fin, si la propiedad misma de los Cubanos, regenerados como ellos quieren por la raza anglo-sajona, quedará garantida despues que ha sido en Téjas y California invadida del modo mas arbitrario y despótico por sus poderosos conquistadores. ¿Acaso el proyecto de Mr Gwin, aprobado como ley por el senado de Washington en febrero de 1851, y que despoja inicuamente á los antiguos propietarios de California, no se hará extensivo á los propietarios de Cuba?

Por lo que hace á nosotros, jamas creeremos que una reaccion semejante pueda convenir ni á los intereses morales, ni á los intereses materiales de Cuba: otra es la que conviene, otra la que está llamada á iniciar allí la administracion que rige sus destinos. Una reaccion que dé por resultado la unidad de pensamiento y la unidad de ideas, que moralice las masas hoy postradas por los vicios, que despierte la fe apagada en el corazon del pueblo; en fin, la que invocaba como medio de salvacion para esa Europa carcomida por igual cáncer uno de los mas célebres políticos de la época: LA REACCION RELIGIOSA (1). Esta es la única que puede salvar á la vez su nacionalidad, y hacer al pueblo capaz de recibir las instituciones libres que proclama (2).

Desgraciadamente la conducta del gobierno español no ha estado en armonía con esta necesidad. Ya lo hemos visto. Un jefe pareció conocerlo, y él se trazó un sistema de operaciones desconocido hasta entónces en la isla. El respeto á la religion, á la justicia y á la igualdad de derechos eran la base de su proceder; la instruccion religiosa y la moral del pueblo los elementos que empleaba para popularizarla: mas él fué removido violentamente de su puesto.... Hoy, en la alternativa de perder este bello floron de la corona de Cárlos V, ó de adoptar una marcha contraria á la que lle-

(1) Guizot.
(2) *Ubi Spiritus Domini, ibi libertas.* (S. Pablo.)

vaba hasta aquí, parece decidirse por lo último. La base está ya preparada, pero se necesita proteccion para llevar á cabo el edificio de regeneracion social. Nosotros hemos visto planteados en la Habana un instituto literario, en cuyo programa ocupa un lugar preferente la enseñanza religiosa, que servirá de base á la científica que en él recibirán los jóvenes, las casas de educacion para huérfanos, y algunas escuelas gratúitas para el pueblo, bajo la direccion de las hijas de San Vicente de Paúl: hemos tambien visitado un establecimiento destinado á mejorar la condicion de los muchachos vagos; pero todo esto no es mas que la iniciativa de la obra: para su complemento, la administracion debe propagarla. Un sacerdote meritorio (1) se consagraba, sin otro interes que hacer bien, á instruir un centenar de individuos en este último; y la mejora que sus celosas exhortaciones habian producido era notoria: ¿por qué no generalizarlas proporcionándolas á todas las clases de la sociedad? Un prelado lleno de virtudes evangélicas, y que en su visita pastoral acaba de dar á los moradores de Santiago de Cuba ejemplos dignos de los primeros pastores de la Iglesia, ha podido con los esfuerzos de su celo producir una reaccion en las ideas y en la moral de los pueblos que le han escuchado: ¿por qué no deberá esperarse igual cambio en el resto de la isla, si se aplican los mismos medios?

Esta es la obra del gobierno español. « Nos parece indis-
» pensable que entre las medidas que debe tomar para
» consolidar el órden público en Cuba, la parte religiosa
» tenga un lugar preferente. Estamos ciertos que son nece-
» sarias otras reformas exigidas por las circunstancias;
» pero nosotros sostenemos que la religion es la solucion
» del problema: en su decadencia está el peligro real que
» amenaza al gobierno. Si no se apresura á volverle su

(1) El R. P. Miranda.

» brillo, no habrá hecho mas que alejar la tempestad (1). »
Estas consideraciones estampaba la prensa de Paris en 1851. La Compañía de Jesus, que acaba de ser llamada para dirigir la educacion moral y religiosa de la isla, y los Padres Franciscanos para ocuparse del ministerio de misiones, nos dejan entender bastante que el gobierno se ha penetrado al fin de esta verdad.

(1) L'*Ami de la Religion.*

## CAPÍTULO V.

Estados Unidos. — Pasaje de la Habana á Charlesthon. — Primeras impresiones. — Una reflexion sobre el carácter de los Norte-Americanos. — Educacion, colegios y universidades. — La prensa periódica. — Vacíos en la legislacion. — Desigualdad de condicion. — Esclavitud en el seno de la libertad. — ¿Qué debemos juzgar de la civilizacion de los Estados Unidos?

Existe en nuestro siglo una propension muy conocida á elogiar todo lo que aleja á la sociedad de su marcha primitiva : en este sentido, á las instituciones nuevas, por repugnantes que parezcan á la sana razon, se les ha llamado *progreso, libertad* lo que halaga las aspiraciones de la demagogia; y se ha elogiado con todo el entusiasmo de que es capaz la exaltacion de las pasiones, lo que parece calculado para servir de elemento á una explosion general. Los que trabajan por regenerar la sociedad europea, organizándola á su modo, no cesan de elevar hasta las nubes la condicion de los Estados Unidos, de prodigar inciensos, inmerecidos muchas veces, á sus hombres de Estado, y de ponderar la felicidad de sus habitantes, en quienes nos pintan realizadas las bellas utopias de la república de Platon.

El crecido número de los que forman sus ideas con las producciones de esas inteligencias que ellos llaman *sus oráculos*, sin mirar por el reverso la bella figura que con estudio les señalan por una de sus fases, se entusiasman de tal modo que quisieran verla reproducida en todas las naciones. Yo acabo de contemplarla tambien, pero no solamente esa

fisonomía encantadora que dispierta la emulacion de todos, que excita el deseo de todos, y se procura simpatías en el corazon de todos; he examinado tambien otra que se encuentra oculta bajo los artificios mágicos de aquella hermosura que deslumbra.

Desde que entré á bordo del vapor *Filadelfia*, me conocí ya bajo el imperio de la democracia: á su bordo hombres á quienes la fortuna quiso enriquecer de un golpe abriéndoles una fuente de oro en las tierras de California, ó la suerte protegió para que hicieran suyo en un momento el caudal que una mano pródiga colocara sobre un naipe, sin género alguno de educacion, incomodaban quien con su algazara, quien con sus maneras bruscas, y quien con sus *libertades* repugnantes.

La Florida presenta ese bello país que sorprendió á los Españoles cuando buscaban la fuente tradicional cuyas aguas tenian la virtud milagrosa de rejuvenecer; pero nuestra demora en este punto, el primero que tocábamos de los Estados Unidos, fué muy corta, y continuámos la ruta con direccion á Charlesthon. Aquí, despues de fondeados, esperámos largo tiempo la visita. No es la de sanidad, ni la de policía la que se hace en los puertos del Norte-América, sino la de los equipajes, y esta con la mas severa escrupulosidad. Hablando francamente, en presencia del rigor de la aduana de Charlesthon, parece mucho mas liberal y franca la visita que en igual caso hacen los guardas de Cuba.

Charlesthon era la primera ciudad importante que veía yo de los Estados Unidos, y naturalmente me llamaba la atencion su esmerada policía, sus bellos parques, su hermosa catedral católica, estrictamente gótica, y sus magníficos *hoteles*. Estas impresiones me fueron todavía mas agradables cuando al recorrer el territorio de los Estados mas importantes de la Confederacion, veía por todas partes fábricas grandiosas que se dan á conocer desde léjos por

gruesas columnas de humo que se elevan de sus chimeneas; praderas inmensas que mantienen numerosas ganaderías; caminos de hierro que recorren mas de tres mil leguas, atravesando montañas, horadando cerros, superando las corrientes de los rios, y aun las ondas mismas del Océano. Aquí un pueblo fabril deja ver los muros y techos de sus casas ennegrecidos por el humo del carbon de piedra, y no muy léjos de él otro agricultor señala sus alrededores cubiertos de bellas arboledas y de hermosos sembrados; allí rios caudalosos, en cuyo seno se mueven mil embarcaciones que trasportan de un punto á otro frutos y manufacturas, y sobre ellos grandes ciudades cuyos moradores saben aprovecharse de esta ventaja para su prosperidad y engrandecimiento. Mas, no obstante todo este movimiento que acredita la actividad prodigiosa de los que lo impulsan, se ven todavía vastos territorios del todo incultos, con especialidad en los Estados del Sur y del Mediodía : estos se convertirán tambien en fuentes de riqueza, cuando estén ocupados por los numerosos extranjeros que diariamente salen de todas las naciones del mundo con destino á hacerse ciudadanos de la América del Norte.

El carácter singular de esta nacion ha sido ya explicado detenidamente por muchos viajeros, y sin suscribir yo los apodos de toda especie con que le han tiznado los mas, me permitiré exponer en dos palabras alguna reflexion hecha durante el tiempo de mi permanencia en ella.

Uno solo es el sentimiento que domina á los ciudadanos de la América del Norte, y si á la verdad no es ni el mas generoso ni el mas digno de un corazon noble, culpa será de la educacion que han recibido, culpa de los principios que profesan mas bien que de convencimientos extraviados, hijos de su propia conciencia. Esta máxima : *Yo ántes de todo*, hija del materialismo mas egoísta, es la que bulle con fuerza en su entendimiento, y sirve de móvil á sus acciones. Adquirir dinero, hacerse rico, ved ahí su único

pensamiento. Para conseguirlo, no se detendrá mucho á meditar si sus proyectos son bastardos, ó si son difíciles sus especulaciones : él es como el jóven ardiente que obedece los estímulos de su genio, que no le permite meditar con madurez para obrar con acierto; así aquel, divisando el oro en que cifra su única dicha : *Adelante*, se grita á sí mismo, y esta enseña, que revela bien su firme propósito, marchará con él hasta que lo haya realizado. No le detendrá la necesidad de repasar en su carrera los tristes vestigios dejados por otros que la hicieron ántes, ni le hará desmayar la ruina de los que acometieron primero el mismo proyecto; la esperanza de adquirir le hace tan inaccesible á las impresiones de terror como duro á los gemidos del infortunio.

En los cálculos del especulador que todo lo pesa en la rigorosa balanza de su propia utilidad, la ajena ningun lugar ocupa; al contrario, él sacrificará en su provecho la paz, la propiedad y el bienestar de los demas. Los actos del gobierno de Norte-América y la manera de obrar de sus ciudadanos justifican completamente nuestro juicio. Él arrebata á Méjico las Californias y el Oregon, solo porque divisó allí amontonado el oro : y aun cuando invocase para justificar su adquisicion los especiosos títulos de *anexion*, *cesion* y *compensacion*, las naciones civilizadas la llamaron USURPACION. Él realizó una expedicion que abrirá á su comercio los puertos del Japon, cuando este no pretendia cultivar relaciones amistosas con los nacionales del pabellon americano, y en fin, despues de ver malogradas en Cuba dos expediciones hermanas, discurre de este modo : « La guerra » vendrá á ser inevitable entre los Estados de la Confede- » racion, siempre que la esclavitud subsista en algunos; » mas un medio existe para evitarla, y es la ocupacion de » la isla de Cuba y su anexion á la Confederacion. Su fértil » territorio podrá distribuirse entre los propietarios de es- » clavos, quienes, para ocuparlo, deberán evacuar el que » hoy poseen. » Aquellos hechos, que nadie ignora, y estos

discursos chocantes, que he oido en muchas ocasiones, como que son el lenguaje de la generalidad, manifiestan bien los sentimientos y las ideas de los ciudadanos de la Union.

Tal egoísmo, verdaderamente desconsolador, va acompañado de una idea la mas elevada de sí mismo, de su inteligencia, de su poder moral, de su fuerza y de su valor físico. Ese jóven oscuro cuyos primeros pasos cobijaron quizá las selvas del alto Misisipí, ó que nació acaso en las grandes capitales de New-York ó Filadelfia; ese jóven que si no se crió salvaje, no conoció al ménos otra dependencia que la muy escasa reclamada por su padre; ese jóven que en su infancia apénas alcanzó la instruccion que ofrecen las escuelas sostenidas por las rentas nacionales, es, en su concepto, *un hombre libre*, y con su libertad tiene inteligencia y tiene fuerza; en posesion de la primera de estas cualidades, ninguno, segun él, tiene derecho para mandarle ni para aconsejarle, pues que él lo conoce todo, lo comprende todo, y lo prevé todo; creyéndose fuerte, no respeta otro superior que la fuerza bruta que pudiera ofenderle.

La educacion no es á propósito para corregir tales ideas; en muchos casos, al contrario, las respeta, y con ellas simpatiza. Comencemos por las escuelas. El número de estas excede comparativamente al que tienen establecidas las naciones mas adelantadas en civilizacion; mas miéntras que en las de Francia ó Bélgica, por ejemplo, el niño á la edad de diez y seis años tiene ideas claras de religion, de sus deberes como hombre llamado á formar parte de la sociedad, de moral y de virtud, el Norte-Americano sale de la escuela á esa misma edad, y sin mas conocimiento que aquel que pueda proporcionarle ganar dinero, el de las letras, el de los números y el de algun idioma, si es rico. Si su buena estrella le condujo á una escuela católica, tendrá nociones religiosas; pero esto no será sino una ex-

cepcion, porque el aprendizaje se hace regularmente en las escuelas municipales, donde nada de religion se enseña á los alumnos. Los maestros que en estas dirigen la enseñanza han sido educados en las escuelas normales, pero bajo el mismo plan y bajo la influencia de las mismas ideas, que podríamos decir muy bien están como inoculadas en la multitud y forman el alma del pueblo.

Acabamos de indicar un vacío inmenso que deja ordinariamente la educacion en los Estados Unidos, y es la instruccion religiosa. El espíritu humano necesita educarse como el individuo, pero su educacion perfecta no puede recibirla del hombre simplemente; para dirigirse busca motivos superiores, tanto mas cuando su genio ó su carácter, extraviando su razon, no encuentran en ese hombre circunstancias que den peso á su palabra. La mision del que enseña en una escuela jamas puede tener sobre la conciencia del discípulo otra influencia que la de un individuo que con aptitud superior comunica á otros por paga aquello que aprendió. No es esta por eso la inspiracion que habla con fuerza al corazon del hombre que trata de formar su conciencia, es otra voz superior, eterna é inefable, á cuyo eco interior enmudece y se inclina la humanidad reconociéndose pequeña, por mas que mucho valga á sus propios ojos. Esa voz le enseña á buscar fuera del mundo visible la fuente de sus deberes, el orígen de la ley y el principio de la autoridad, que en su nombre la aplica, á conocer en Dios la sancion del derecho, y á respetar la justicia como fundamento en que descansa el bienestar propio y el comun. En el hombre desconocerá la autoridad, despreciará sus preceptos que pueden ser hijos del egoísmo vil ó de pasiones mezquinas, pero su alma le intima respetar las sanciones de aquella, con una fuerza secreta pero irresistible. Esta voz oculta es la religion : sus sanciones son las únicas que pueden ligar el interior humano. El hombre no puede imponer leyes sino al hombre, á la conciencia el

espíritu, y á este solamente la religion. Emancipad á los hombres del influjo de esta ispiracion interna, y entónces quedarán en ellos siempre vivos aquellos vicios que solo la religion puede combatir con éxito. Verdad tan conocida no entra sin embargo á figurar en la instruccion que reciben ordinariamente los hijos de la Union Americana.

He visitado sus establecimientos mas célebres, aquellos sobre los cuales la opinion pública está llamada á ejercer una influencia mas directa, y he encontrado que la religion no tiene cabida en sus programas, sino de un modo negativo. En uno quiero fijarme, porque lo considero el primero en su línea, tanto por su grandeza material como por el número de alumnos que contiene, y es este el de Girard en Filadelfia. En cinco cuerpos de edificio, suntuosos en toda la extension de la palabra, se educa un número crecido de muchachos con el producto de cuantiosas rentas que Girard dejó con este fin. Vestidos, alimento, libros de estudio, museo natural, profesores, todo lo encuentra allí el niño que es admitido como alumno. ¿ Mas importa algo á este abrigarse con buenas ropas y nutrirse de abundantes alimentos, si miéntras tanto un corazon vicioso es el que principia á marcar los actos de su vida, y sin que él mismo pueda advertirlo quizá? ¿ Las explicaciones elementales de instruccion que oye de los profesores contribuirán algo para formar la conciencia y el corazon que han de decidir el porvenir de su vida? No por cierto: y el jóven que sale de allí para ocuparse en los talleres, ó para seguir otra carrera, sin religion que le reprima y sin moral que respetar, aumenta con sus desórdenes el número de crímenes que la sociedad lamenta. ¿ Qué ventaja ha reportado él pues de su educacion? Y la sociedad que ve en él un miembro sin rectitud y sin fe, ¿ habrá ganado algo con una institucion semejante? ¡ Ah, quien respondiese afirmativamente la burlaria! Hombres que la corrompen, que la minan, que la destruyen, ved ahí la única harto

triste ganancia que ofrecen tales establecimientos á esta sociedad, desplomada ya por los recios sacudimientos que sufre cada dia. Ved ahí los frutos amargos de instituciones que, como la de Girard y otras del Norte-América, escriben en su programa : « *Nada de religion se enseña aquí*, para que cada uno quede en libertad de elegir la que le parezca. » ¿ No se alucinan por cierto los que han visto en esta disposicion inicua la causa de los graves defectos que alejan á los Estados Unidos de esa felicidad que algunos creyeron divisar como resultado de sus instituciones? Todos conocen el odio implacable del pueblo á su antigua metrópoli, odio que explica bien lo que poco há decia el presidente de la convencion democrática de Connecticut: « La democracia de este país odia á Inglaterra, y aguarda ansiosa la señal de romper con las culatas de sus rifles las puertas del palacio de Bukingham, y arrancar á Victoria de su letargo entre los graznidos del águila americana. » La mala fe en los contratos que presenta cada dia en bancarota fortunas que se creían colosales, del mismo modo nadie la desconoce; y ni aquella odiosidad ni esta mala fe pueden ciertamente dar por resultado la ventura y prosperidad real de una nacion.

Notamos, aunque de un modo indirecto, que en los Estados Unidos la enseñanza se resiente de otro grave mal, cual es la precipitacion. El mejor establecimiento de educacion no es allí, en concepto de la generalidad, el que adopta para sus alumnos los textos mas selectos, ni el que reune á esta ventaja la vigilancia asidua de los superiores sobre la moral de los inferiores: algo influirá tener á su frente profesores notables; pero ni es esta aun sino otra la cualidad que se prefiere para la instruccion en general, es la brevedad del tiempo. El establecimiento que proporcione un curso mas breve, ese es el que tiene cualidad preferente para la eleccion, y á esta causa debemos atribuir la superficialidad de que adolecen los estudios hechos en los colegios y universidades de los Estados Unidos.

Los que estudian para abrirse una carrera profesional, bien sea como médicos, bien como abogados, terminan sus cursos en dos años á lo mas; y este solo hecho bastará para conocer hasta qué punto llega aquella precipitacion, ó mejor dicho, hasta dónde llega la superficialidad. Por disposicion de las asambleas de los Estados reside en casi todos los colegios el derecho de examinar á sus estudiantes, y los diplomas expedidos por sus presidentes bastan para probar la aptitud de aquellos. Como los establecimientos de educacion son una especulacion como otra cualquiera, sus directores, para conseguir mayor número de alumnos, tienen tambien por su parte que abreviar los cursos cuanto sea posible, de otro modo quedarian desiertos los colegios, y la especulacion caducaria. Ningun género de influencia ejercen las universidades sobre los colegios particulares; así es que en cada uno se siguen los cursos, textos y reglamentos que son del agrado de su director. Cualquier individuo, sea quien fuere, es dueño de abrir una escuela ó un colegio, sin que exista poder que baste á impedírselo, ni autoridad que tenga derecho para visitarlo sin el consentimiento del director. Mourmoun mismo, con todos sus absurdos y corrompidos sistemas, ha tenido abiertas sus escuelas, y si él se hubiera allanado al pago de las contribuciones, aquellas estarian hasta hoy abiertas en New-York y Filadelfia, como lo están en otros Estados del Oeste. Cualquiera comprende á primera vista los perniciosos efectos de este conjunto de irregularidades que forman el sistema de educacion en Norte-América. Mas al gobierno de cada Estado de la Confederacion, tan positivista como sus gobernados, no le importa el mayor ó menor aprovechamiento de los que se educan, tanto como las decenas de dollars que ha de pagar en tesorería cada candidato por su título de abogado, médico, cirujano, ingeniero, ó de la profesion en fin que haya abrazado.

La prensa, uno de los elementos de ilustracion y que los

Norte-Americanos muy equivocadamente llaman el primero y el mas eficaz, se encuentra generalizada en todos los Estados, con tal profusion que pocos son los ciudadanos que al cabo del año no han paseado su vista por alguno ó algunos diarios. Los cocheros los llevan, los tienen los cargadores, los leen los criados, y hasta las verduleras los repasan cada dia. Á mí me llamaba, en efecto, la atencion en los grandes mercados de New-York, Baltimore y Filadelfia ver á estas en grupos pasar el tiempo en recorrer las columnas de los diarios; pero ¿qué van á aprender allí? me preguntaba á mí mismo: ¿acaso el imponerse del estado del extranjero y conocer los hechos mas repugnantes de la vida privada de sus conciudadanos, único elemento en que se agita la prensa norte-americana, pueden traer alguna ventaja á estos individuos? Yo no la diviso; ni comprendo por qué pueda llamarse ilustracion la brusca algazara producida por individuos que *sin conciencia cabal dan su opinion sobre todos los negocios de gobierno en las plazas y en los mercados.* Si nuestro siglo positivo se alimenta solo de realidades, como nos repiten diariamente los panegiristas de estas ideas, ¿qué ventaja real resulta á la sociedad de un órden de cosas semejante y que choca á primera vista? ¡Formar la opinion pública! nos dicen. ¡Pero desgraciada la nacion que éntre á nivelar su marcha por la opinion de las verduleras que gritan en las plazas!!!... La conciencia es lo que forma la opinion y la ilustracion conveniente, pero solida; es el único elemento de que puede alimentarse la conciencia.

Un Estado en cuya organizacion figuran elementos tan irregulares, claro es que en su legislacion adolece de defectos; cada país presenta de ordinario en sus leyes el tipo de su carácter. En efecto, el derecho público, dividido en tantos cuerpos de leyes como son los Estados que forman la Confederacion, da por resultado tal confusion que justifica el nombre de *anarquía legal* con que designaron al-

gunos la legislacion de los Estados Unidos. Quien examine con imparcialidad las teorías orgánicas de este pais, encontrará hasta qué punto es exacta semejante fórmula para definir su sistema político y social. No se registra en estos códigos ley alguna preventiva de los delitos, y las que se dirigen á castigarlos pueden quedar burladas con facilidad. De aquí es que el fuego devora por todas partes la propiedad del ciudadano : venganzas particulares, rivalidades mezquinas, intereses opuestos reducen á cenizas cada dia la fortuna en que familias enteras cifraban un risueño porvenir. Á nadie se ocultan atentados tan monstruosos; pero no obstante las leyes no los evitan, y se repiten á cada instante.

El asesino, al ensangrentar su puñal homicida, cuenta con privilegios que le acuerdan las leyes : la fianza que el juez no puede rehusar le deja en libertad en el lugar mismo que le vió cometerlo; él recusará despues á los jurados que no pueda corromper por halagos ó por temor, y el resultado final del proceso dejará al fin sin castigo su delito. Partidas de caballeros de industria que recorren los Estados del Sur, dejando estampada con sus excesos los mas graves y mas escandalosos una huella harto durable; la violencia y el robo que atentan en los campos contra la propiedad ajena, el individuo que invade tambien las sagradas atribuciones de la justicia para salvar su derecho amenazado por la audacia del malhechor en todas partes, son hechos que rinden á millares testimonios irrecusables de la insuficiencia de las leyes de los Estados Unidos para castigar los delitos.

El viajero que fija su vista sorprendida sobre edificios colosales que hacen el honor de Baltimore y Filadelfia, y ve consagrado en sus fachadas un solemne homenaje á la justicia que allí castiga con prision á sus transgresores, concibe desde luego una alta idea de la moralidad y civilizacion de pueblos donde la administracion ha sabido esta-

blecer prisiones, cuyo sistema tomaron por modelo la Francia y la Inglaterra. Efectivamente, la América del Norte tiene el mérito de un nuevo sistema de prisiones que introdujo y realizó con ventajas sociales, mas no tiene el de haberlo generalizado en su propio territorio; y miéntras sus cárceles penitenciarias, tan bellas como bien construidas, admiran en las grandes capitales, los pueblos pequeños carecen de medios para retener siquiera con seguridad los malhechores.

Esto manifiesta que la condicion de los Estados no es igual, y que miéntras algunos gozan como bien real las ventajas que les proporciona su prosperidad, otros carecen aun de los elementos de primer órden para hacer respetar la justicia, base de la sociedad y de la libertad. ¡Cuántos otros hechos podríamos aducir todavía para manifestar los vicios de que adolecen las leyes del país que se proclama el mas libre de la tierra! Pero uno tocaré por conclusion: es la suerte de los desgraciados que pisando el suelo mas republicano de la tierra, son no obstante tan esclavos como los que mas en todo el mundo. Mucho se ha escrito y mucho mas se ha dicho cuando se trataba de abolir el tráfico inhumano de los Negros de África. Entónces, yo no diré que, intencionalmente, la prensa inglesa suponia que en naciones cuya religion y filantropía ostentadas en otra época á la faz del mundo con hidalguía que hará eternamente su mayor blason, encontraba ahora simpatías el comercio mas inmoral, arrojando su dicho con atroz injusticia una mancha que las hará execrables á los ojos de la civilizacion. Miéntras tanto la esclavitud es realmente cobijada por una nacion poderosa; y aunque en su territorio millares de individuos soportan igual suerte que los de Cuba y del Brasil, la Inglaterra los abandona al capricho de sus señores, y se contenta con quemar estériles inciensos al autor del *Tio Tom*, no porque mire en la novela de mistriss Stowe algo que se recomiende por su originalidad, sino porque ella es

un verdadero pasquin contra el gobierno de la Union, con quien jamas podrá armonizarse.

No es necesario penetrar el secreto de la vida doméstica, ni llegar al interior de la familia, para conocer la situacion infeliz á que viven sometidos los esclavos en Norte-América. Ellos soportan los trabajos mas pesados, sin recibir género alguno de alivio que se los haga llevaderos; á la voz de un mayordomo encargado de dirigir la faena, se levantan ántes del dia: ni el frio penetrante del invierno, ni el calor que sofoca en el verano, ni la debilidad de fuerzas propia de la niñez, ni la flaqueza de la ancianidad influirán para que la tarea que se les señale sea mayor ó menor; esta se ha de hacer, sean las que fueren sus dimensiones, y sea la que fuere la estacion. Los azotes, el cepo, la prision, la abstinencia de alimentos, son los paréntesis ordinarios de esta manera de vivir como penas que se aplican para castigar faltas involuntarias muchas veces. El alimento mas vil les recrea en los momentos de reposo, y alguna vez el silencio de la noche viene á ser interrumpido por el triste son de una flauta que acompaña al canto que dedican á su libertad perdida. Tal vez seducidos por la imágen halagüeña que entreven en tierra remota, ó tal vez arredrados por el temor del castigo, emprenden la fuga; pero entónces, si á pesar de sus precauciones y de las simpatías que despierta la desgracia, si á pesar del derecho que les asiste para procurar su libertad, son descubiertos por los encargados de su pesquisa, prefieren la muerte, por serles ménos cruel que la suerte que se les depara.

En los diarios de los Estados Unidos se consignan ordinariamente sucesos de esta naturaleza; mas la pluma se resiste á copiarlos con toda su monstruosa extension. Nos bastará saber que en las aguas de los rios y bajo los árboles de los montes viene á exhalar con frecuencia su postrer aliento el que se fatigó buscando en vano esa libertad que

decantaba el país que con impasibilidad estóica le ve morir ahorcado ó sofocado. ¡Ved ahí la tiranía mas espantosa obrando envuelta en el manto de la democracia! Pero aguardad un instante, contemplad otras escenas contra cuyo sentido alzan la razon y la moral un grito de indignacion: á ese hombre degradado se le permitió consorte, porque la generacion convenia á los intereses de su propietario. Mas esos hijos que ama como parte de sí mismo los ve arrebatar de su lado cuando su edad los hace capaces de soportar la fatiga: uno solo le acompañará, pero para su tortura.... uno en quien la naturaleza derramó la belleza y los encantos, que explota bien en su provecho la pasion brutal del amo, agrandando y profundizando las heridas del corazon lacerado del esclavo. ¡Ved ahí la dignidad del hombre sacrificada ignominiosamente en el altar erigido á la libertad! Mas ¡ah! no es libertad la que colocara en él la mano que lo levantó, es un torpe simulacro tras el cual se esconde el despotismo mas vergonzoso, y á quien se inmolan diariamente víctimas que reclaman la razon y su inmortal Autor.

Mas no es á mí á quien toca trazar líneas que describen excesos tan repugnantes.... repetiré, sí, mil veces con toda la fe de mi alma que un órden de cosas semejante no puede llamarse legal, ni el país donde las leyes lo sancionan podrá llamarse República sino irónicamente; y en fin, que las mil víctimas que las *instituciones* demócratas de Norte-América retienen esclavas en nombre de la libertad, no son de mejor condicion que las sacrificadas por los bajás y los ulemas bajo el terror del absolutismo en el Alto Egipto y en la Nubia. Una diferencia bien notable existe, sí, entre unas y otras: aquellas son esclavas bajo el pabellon de las estrellas, símbolo de la igualdad y democracia, y estas lo son bajo el estandarte de la média luna, cuyos principios son la fuerza, y cuyo único programa fueron siempre terror y absolutismo.

Juzgada á la luz de estos hechos la civilizacion de los Estados Unidos, resulta hallarse muy léjos por cierto de esa grandeza y prosperidad que entusiasma á ciertos políticos europeos que, mirando solo su exterior, creen ver en sus instituciones el tipo en que deberia modelar las suyas la sociedad del Viejo Mundo. Mas sin tomar en consideracion lo ya dicho, ¿cómo podremos juzgar del mismo modo nosotros que observamos allí el desprecio del individuo llevado hasta el fanatismo y la crueldad practicada en el grado mas horrible? ¿Cómo traducir ese desprecio á la raza oscura, sea cual fuere la categoría de sus individuos, conducido hasta el exceso de levantarse á la vez todos los que comian en la mesa redonda de un *hotel* al tomar asiento en ella un hombre respetable por su carácter, y que no pudo por cierto evitar nacer de color negro? ¿Cómo traducir el clamor de la prensa americana, que declamó para que se despojase de sus empleos al célebre Noah, porque pertenecia á una de esas mismas razas contra las que abriga una constante prevencion? Mas si en antiguas preocupaciones no difíciles de encontrar aun en pueblos civilizados podria quizas hallarse la explicacion de estas prevenciones chocantes, no sucederá así respecto á los actos de barbarie con que la nacion americana ha manchado la historia social del siglo diez y nueve. Preguntadlo á la Florida, y ella os responderá que sus pacíficos indígenas han sido exterminados por los Norte-Americanos, que les cazaban con perros, como si fuesen bestias, y disipaban con el fuego de sus rifles la menor sombra de resistencia. Preguntadlo á los Indios de California, y os dirán que en poco tiempo mas habrán desaparecido del todo, pues que las hordas anglo-americanas venidas del Oregon les asesinan con la misma sangre fria que á los lobos y á los tigres.

Convenimos que el gobierno no interviene en algunos de estos actos, pero tambien es cierto que los tolera, y que su tolerancia le hace responsable. No han faltado voces elo-

cuentes que en el recinto de las cámaras de Wasingthon se alzasen para protestar contra ellos de una manera tan noble como enérgica, mas sin encontrar eco en la mayoría de los representantes, fueron á perderse entre el sordo murmullo de la muchedumbre que los legitima y los aplaude. Las ideas de esta se explican en el seno del congreso, y el lenguaje de los diputados, desnudo de todo comentario, las revela bien: « Cuando Téjas se llene con nuestros colonos emigrados, no habrá medio de impedirles que atravesando el Rio Grande revolucionen las comarcas adyacentes, destinadas como están á nuestra poblacion y á nuestros medios de trabajo, que han de ocupar todos los países litorales del seno mejicano, inclusa la península de Yucatan, y quizá la porcion septentrional de la América del Sur. — Luego que sintamos la necesidad de mas territorio, lo ocuparemos.... y nuestro derecho al efectuarlo no será de mejor ó peor condicion que aquel con que hemos hasta aquí barrido la poblacion de los antiguos Indios. »

« La responsabilidad pues y la vergüenza de semejantes actos recae sobre la nacion que, á pesar de las protestas enérgicas de sus sociedades filantrópicas y del espíritu de su constitucion, que proclama iguales á todos los hombres delante de Dios, no solamente mantiene la esclavitud en su territorio, sino que destruye sin piedad á los indígenas donde quiera que los encuentre á su paso (1); » esto da idea cabal de su civilizacion mejor que la vana palabrería de los que quisieron divisar en las riberas del Misouri y del Hudson el risueño Eden, cuyos felices habitantes ostentan sin mengua las virtudes patriarcales inspiradas por Dios al primer hombre.

(1) *Revue des Deux-Mondes.*

## CAPÍTULO VI.

Tolerancia religiosa de los Estados Unidos. — Disidentes divididos hasta lo infinito. — Un sínodo. — El clero protestante. — Contradiccion manifiesta. — Establecimientos de beneficencia. — Los ciegos y los sordomudos. — Una visita á las Magdalenas de New-York. — Marcha progresiva del catolicismo. — Sus institutos de caridad. — Sus casas de educacion. — ¿Qué hacen allí los Regulares? — Los Jesuitas.

Tarea imposible acometeria quien se propusiese armonizar lo que sobre la tolerancia religiosa de los Estados Unidos han escrito sus panegiristas en Europa, es decir, á distancia de mil leguas de los hechos, y lo que nos revelan estos con lenguaje mas elocuente, mas imparcial y mas severo. Aquellos nos pintan realizadas en la América del Norte las bellas utopias que creyó el protestantismo hallarse encerradas, de la misma manera que la inmortalidad en la fruta del paraíso, en las tres libertades de juicio, de conciencia y de culto que proclamó como fundamento de su reforma; mas estos nos prueban que si la tolerancia religiosa está allí realmente sancionada por las leyes, es decir, si existe de derecho, los hechos la contradicen, y á la sombra de ella misma se emplean para aniquilarla cuantos medios son imaginables, sin perdonar ni el fuego ni el acero. El protestantismo jamas podrá renunciar el exclusivismo que le caracterizó en su orígen y le bautizó en su cuna: en sus arranques fanáticos, sin recordar que la tolerancia es allí constitucional, obedeciendo ciegamente la ley de sus instintos exclusivos, la insulta del modo mas atroz.

Desde la Florida hasta el Main y desde las costas de California hasta el Atlántico, la línea que traza la intolerancia es tan perceptible como son funestos sus efectos. En la Luisiana, donde la mayoría de los ciudadanos bien puede ostentar como el mas glorioso de sus blasones ese celo vivo, ese corazon ardiente con que ha sabido conservar intactas las tradiciones católicas que recibió de sus padres, necesita luchar cuerpo á cuerpo con la audacia de los protestantes que, apoderados del gobierno, pretenden tambien constituirse dueños de los establecimientos de beneficencia dotados por católicos, y dirigir en las escuelas de estos la instruccion. Ciento cincuenta mil católicos ven amenazados sus templos en New-York por el fuego de los *universales:* su obispo, á quien distingue entre otras cualidades esclarecidas una firmeza é intrepidez de espíritu nada comunes, descubre plan tan inicuo, y pide al corregidor que tome providencias á propósito para frustrarlo. ¡Quién creyera en el siglo diez y nueve la respuesta de este! « Las leyes, dijo, entre nosotros no tienen accion alguna para evitar. » ¡El temor al celo fogoso de los Irlandeses suplió entónces lo que segun el magistrado no han prevenido las leyes de Norte-América!!! Las profanaciones que hordas furiosas cometieron en las iglesias de Filadelfia y de Temingthon, reduciendo unas á pavesas y regando otras con sangre de católicos en los primeros dias de mayo de 1844, nadie las ignora; y en fin la persecucion hecha en 1853 al nuncio de Su Santidad, el ilustrísimo señor Bedini, por tropas de asesinos excitadas por emigrados Alemanes y un apóstata Italiano, que ha producido en la sociedad entera una impresion de horror y hecho decir en el seno del congreso de Wasingthon á los ilustrados senadores *Cass, Everett, Darrion y otros:* « Desde las playas de Inglaterra hasta el interior de Iberia, tales hechos serán referidos en voz alta como otras tantas pruebas de la impotencia de los gobiernos republicanos para proteger la vida y la libertad de los indi-

viduos.... La hospitalidad se queja porque ha sido ultrajada, gritan los derechos de un hombre ilustre que la reclamaba porque han sido pisoteados, y de un extremo al otro del Océano el pueblo americano cree que la nacion ha recibido una afrenta que debe borrar... »

Despues de sucesos tales como estos y como mil mas que pudiéramos aducir, ¿pueden proponernos á los Estados Unidos por modelo los que van á predicar TOLERANCIA á las Repúblicas de la América del Sur? Yo no comprendo cuál sea la que pueda estudiarse á la luz de las hogueras, y bajo las impresiones de terror que producen las violencias y la muerte. ¡Tolerancia! Si se conviene que existe en Norte-América á despecho de la razon natural que alza su grito horrorizada en presencia de estos hechos, tolerantes han debido llamarse entónces tambien los Hugonotes, no obstante que degollaron centenares de católicos en Francia y Alemania; tolerante debe llamarse el autócrata de las Rusias cuando arroja á los páramos de la Siberia á los católicos, despues de cerrarles sus templos y meter en los calabozos sus sacerdotes; y en nombre de la tolerancia, que le recomendaba el sultan, obraba tambien el bajá de Palestina, al encerrar en un horno encendido á los misioneros de Kiriat-el-Enab, para asesinarles del modo mas horrible. No hay medio, los hechos son los mismos; y no porque la Rusia y la Turquía conserven todavía su forma absoluta de gobierno y los Estados Unidos tengan la democrática, deben los actos de igual naturaleza, que en ellos tienen lugar bajo la influencia de formas opuestas, traducirse de un modo diferente.

Una circunstancia existe para que la intolerancia del protestantismo de los Estados Unidos se haya dejado conocer mejor en los últimos tiempos que en los anteriores. Lo que es obra del hombre se resiente de su orígen vicioso: esta observacion general, aplicada al protestantismo, tiene una fuerza de verdad mayor que en otro caso cualquiera. Hijo

del libertinaje de pasiones vergonzosas, echa mano de los recursos vedados que estas le ofrecen en sus momentos de crísis. Esa marcha del catolicismo, siempre igual y progresiva, que se abre paso entre las dificultades de todo género que le oponen el poder humano y las puertas del abismo; esa luz que esparce de su seno y que desvanece cuantos sofismas puede inventar la falsa filosofía para impugnarle; y esa reaccion que obra en las capacidades mas notables entre los disidentes, hacen conocer mejor el conjunto monstruoso que forma su division y su falta de capacidad para hacer el bien. Los Estados Unidos ofrecen muy al vivo el espectáculo invariable que han ofrecido al mundo el catolicismo y sus disidentes durante diez y nueve siglos. El protestantismo anglicano dominaba allí las conciencias no hace mucho tiempo, miéntras que el catolicismo contaba un número corto de creyentes que podian con pena practicar su religion; mas el primero sentia miéntras tanto una fatiga secreta, una angustia intensa, semejante á la que sufre el rico que muere de consuncion en su propio lecho y en el seno de la opulencia: así el protestantismo teniendo en sus manos el poder sentia aniquilarse sus fuerzas por la escision de sus miembros, sin contar en sí mismo con recursos para evitarla. De aquí esa intolerancia fanática que se explica en actos de violencia en todo semejantes á las convulsiones del que atraviesa el último paso de la vida.

Formar la nomenclatura de estas escisiones del protestantismo americano seria un trabajo dilatado. Allí no solo son conocidas las primeras sectas que aparecieron en Europa, como hijas primogénitas de Lutero y de Calvino, sino otras casi desconocidas, y cuyos nombres no se registran todavía en el *Diccionario de las herejías*. La de los Episcopales se llama la religion de los ricos, bien que los Presbiterianos y los Metodistas le disputan cada uno de por sí esta triste preferencia; los Kuákeros cuentan sus prosélitos entre las mujeres; los Evangélicos, los Universales, los Reformistas, los

Anabaptistas y todos estos reproducidos bajo mil nombres diferentes y separados tambien por creencias distintas, tienen sus sectarios, cuyo número disminuye cada dia. En los oficios de los domingos se ven en los templos de algunas de estas sectas escenas las mas absurdas, con especialidad en equellas adonde concurren individuos de la parte ménos instruida de la poblacion. Una vieja, por ejemplo, creyéndose iluminada por el Espíritu Santo, ocupaba el púlpito en uno de Kuákeros en Filadelfia, para decir absurdos sin fin : yo no sé qué efecto producirian sus aberraciones en el corazon de sus oyentes, pero no juzgo que fué el mas á propósito para dispertar en ellos sentimientos de fe. La escena era ridícula por demas, y se necesitaba carecer hasta de buen sentido para poderla soportar (1).

La disidencia de opiniones que reina entre los ministros de todas estas sectas en puntos sustanciales del cristianismo, resalta oyendo los sermones que dirige el clero á sus parroquianos en el servicio de los domingos. Cada uno explica el Evangelio á su manera, y cada uno contradice lo que otro acaba de afirmar muchas veces en la misma cátedra. ¿Cuál será la fe que existe en el corazon del pueblo que nota la discordia de sus pastores en los puntos esenciales de su símbolo? La que es consiguiente á un estado tal de dislocacion religiosa, y luego vamos á conocer.

El presbiterio protestante ha sentido la necesidad de contener esta division, que pone en trasparencia la falsedad de su sistema : algunos creyeron que los sínodos podrian producir la unidad, poniéndose en ellos de acuerdo en los puntos sustanciales. Con tal objeto los miembros de diversas comuniones celebraron varios en 1852; y yo casualmente presencié una sesion de los Presbiterianos en San Pablo de Baltimore. Las estatuas de S. Pedro y S. Pablo, colocadas en el frontispicio de aquella iglesia, me persuadieron

(1) 30 de mayo de 1852.

que pertenecia al culto católico; entré en ella, y ví hasta una docena de hombres que discutian y algunas pocas mujeres y muchachos que les escuchaban: un jóven redactaba los acuerdos que luego leia al auditorio, cuyos individuos, inclinando su cabeza, daban la señal de aprobacion. Á mí me pareció esto chocante: jamas las mujeres, jamas los niños, jamas el pueblo mismo ha sido llamado á tomar parte en las decisiones de la Iglesia: ¿mas no será, me preguntaba á mí mismo, el espíritu de democracia llevado hasta el santuario quien ha inspirado esta reforma á los presbíteros de las Iglesias protestantes de la América del Norte?

Si semejantes reuniones fuesen dirigidas por un espíritu conveniente; si su objeto fuese el que debieran tener, — llegar á la verdad, — otra seria su forma y otras las personas llamadas á ocupar los asientos de sus votantes. Mas ¿llenaron tales reuniones el objeto que al convocarlas se proponian sus promotores? No por cierto. — Hemos notado el escaso número de asistentes que contaba el mas célebre, el de San Pablo, y no es extraño; pues divididas desde el principio las opiniones de los invitados á formarlas, y no estando ninguno dispuesto á renunciar la propia, fueron retirándose hasta abandonar la discusion á una docena de hombres, y su sancion á las mujeres y á los niños.

Los hombres que abrigan sentimientos de fe y para quienes *el negocio* del espíritu merece se le consagre siquiera un momento de reflexion, no pueden acostumbrarse á fluctuar en este piélago, donde el entendimiento y la conciencia, agitados por vientos de opiniones contrarias, no encuentran dónde anclar. Dos extremos se tocan en este caso: buscar fijeza para sus creencias, ó no creer nada. Lo primero no existe sino en el catolicismo; lo segundo arrastra la sociedad á su disolucion. La conciencia del hombre no puede fluctuar por mucho tiempo; encontrando en sí misma un aguijon que le mortifica, trata de acallarlo, y su reso-

lucion le lleva á uno de aquellos extremos : este último es comun en Norte-América, cuya mayoría se compone de hombres que nada creen, ni tienen religion de ningun género, miéntras que el primero ha dado al catolicismo triunfos espléndidos, con especialidad en estos últimos tiempos.

Yo citaré uno solo y lo prefiero entre todos, porque él nos presenta el entendimiento de un hombre eminente del episcopado anglicano que se detiene en medio de aquella confusion de doctrinas y opiniones, y desnudándose de toda preocupacion que pudiera disponerle en favor de alguna : « Voy, dice, á buscar por mí mismo la verdad. » Emprende el viaje á Alemania, se dedica al estudio de la patrología, conferencia sus dudas con las notabilidades de las iglesias reformadas, pero sus contestaciones no pueden impedir que su alma encuentre al fin la solucion del problema que le ocupaba. Él sigue paso á paso la marcha de la doctrina de Jesucristo en la lectura de los Padres primitivos de la Iglesia, sus testigos intachables ; ve y contempla que sacada esta doctrina por los Apóstoles de la celestial fuente, del Salvador del mundo, es la misma que S. Ireneo y S. Justino recogen pura, defienden S. Jerónimo y S. Agustin, lega santo Tomas en forma escolástica á las escuelas del cristianismo, y explican contra los disidentes todos los doctores católicos hasta Bossuet. La misma fe que recogen los Apóstoles en los concilios de Jerusalen la encuentra firmada por cuatrocientos obispos contra Arrio en el de Nicea trescientos años despues, sostenida sin alteracion por diez y siete concilios generales contra todas las herejías posteriores, y últimamente contra el protestantismo en el de Trento. Su espíritu, su conciencia y su razon que ardientemente habian buscado la verdad, no pueden vacilar despues de un estudio tan prolijo, acompañado de sérias meditaciones. Vuela á Roma, y poniendo á los piés de Pio IX su anillo : « Hé aquí, le dice, Santo Padre, la señal de rebelion contra la verdadera Iglesia que he llevado como obispo angli-

cano; la dejo á vuestros piés como señal de la sumision que desde hoy profeso á esa misma Iglesia, en cuyo seno acabo de entrar por la bondad de Dios (1). » Noble testimonio que un alma generosa da en favor de la mas noble de las causas.

Pero ¡ah, cuán larga serie de persecuciones ha acarreado al doctor Ives este proceder tan sincero y tan conforme á la marcha que señala al hombre su recta conciencia! Sus antiguos cólegas, despues de conocer la imposibilidad de mantener oculta la resolucion del obispo de North-Carolina, y despues de ver desmentida por un ministro de su misma congregacion la demencia en que publicaban haber caido su razon (B), congregados en New-York, le declararon excomulgado y degradado de su dignidad por sentencia que fué leida en todos los templos episcopales de la misma ciudad (C). Cualquiera percibe la notable inconsecuencia de tal disposicion. El obispo de North-Carolina, que habia abjurado el protestantismo y enviado á sus cólegas su dimision del episcopado, es separado de lo que él abjuró mucho ántes, y degradado de una dignidad que él renunció, porque su conciencia no le permitia conservarla: imitacion exacta de la conducta de los Fariseos que arrojan de la sinagoga al ciego que creyó en Cristo, de quien recibió la vista.

¿Y qué hace miéntras tanto este clero cuyo interior roe y consume la division, y en cuya frente se divisa la marca de rebelion que le estampara el cisma de Enrique VIII y la apostasía de Lutero? Sin espíritu ni mision para hacer el bien, vegeta, como en todas partes, alimentado por las erogaciones de sus creyentes y por las rentas aplicadas á sus iglesias. Entre estas las hay que poseen inmensas cantidades, cuyo producto anual, despues de pagado su clero, pone en embarazo á su consistorio para invertirlo. Una

(1) Diciembre de 1852.

citamos, y es la Trinidad (*Trinity Church*), la mas grande de New-York, que pertenece á los Episcopales, y cuyas propiedades suben á millones de libras. Pero la inversion del producto de estos millones que, dirigida por la piedad y la caridad verdaderas, bastaria para acometer y llevar á cabo empresas colosales de beneficencia, no ha realizado otra hasta hoy que auxiliar la propaganda de Norte-América y la distribucion de Biblias que ella promueve. Entretanto esa propaganda misma americana, en cuyo seno viene á derramarse una parte de ese caudal ingente, nada hace ni nada podrá hacer: nada hace, porque sin participar del espíritu que solo el catolicismo inspira á sus propagandistas, carecen sus misioneros de vocacion al apostolado, de abnegacion para soportar las privaciones de aquel ministerio, y del corazon generoso que ofrece y da su vida por salvar la de su prójimo; ni nada podrá hacer, porque semejantes dificultades subsistirán siempre: son de tal naturaleza que léjos de removerse ni debilitarse, el tiempo, las ideas, las prácticas y el interes las han de alimentar constantemente.

Séame permitido observar una contradiccion patente que nos conduce á formar juicio con mas exactitud sobre la tolerancia religiosa de los Norte-Americanos. Como recae sobre un hecho que acabamos de notar, es este el lugar que hemos juzgado mas oportuno para referirla. Cuando un ejército invasor dejaba el territorio de la Union para penetrar en el Mejicano, la prensa de los Estados Unidos, considerando la guerra como útil á sus intereses, hacia figurar entre los despojos reservados en Méjico al triunfante pabellon de las estrellas ochenta millones de pesos á que segun ella llegaban los bienes de las Iglesias. ¡Cuántas reflexiones no hizo con este objeto injuriosas al clero católico de Méjico, á quien denostaba con los apodos mas humillantes! Sin embargo, en el vasto imperio mejicano, en otro tiempo el mas rico y opulento de la América católica, no existe ni ha existido jamas institucion alguna religiosa en cuyos libros de caja figu-

ren cifras millonarias como las hay en la América protestante. Aquellos bienes ademas fueron siempre los primeros en ocurrir para hacer frente á las necesidades públicas, para aliviar los horrores de la indigencia, y para salvar á la patria en sus peligros. ¡ Una sola de estas glorias no han adquirido los millones de libras que forman la renta de *Trinity Church!....*

Vengamos ahora á dar una ojeada sobre los establecimientos en que la filantropía americana, elogiada por sí misma de un modo muy pomposo, ha querido explicar su beneficencia en las grandes capitales de los Estados de la Union, y veremos tambien si llenan cumplidamente su objéto.

Entremos en el instituto de ciegos y en el de sordo-mudos de *New-York*, donde la grandeza material de los edificios guarda proporcion con la importancia de la obra para que fueron erigidos en 1831. Una jóven ciega que desempeña el oficio de celadora en el primero, dejando la labor de tejer encajes que la ocupaba en medio de sus cólegas, nos introdujo en la casa. Patios espaciosos, bellos jardines, dormitorios ventilados, camas aseadas y todo lo que contribuye á un bienestar material se deja ver desde luego en el interior de estos establecimientos. Mi guia me hizo recorrer las diferentes salas en que las de su sexo se ocupaban, y en todas tuve que admirar hasta qué grado pueden el arte y la paciencia suplir en el hombre los dotes que le negó la naturaleza; ví tejer encajes finísimos, bordar con sedas de diversos colores, hacer figuras delicadas de mostacilla, cantar y tocar trozos de ópera italiana, y leer con lijereza admirable en los *Hechos de los Apóstoles* y en las *Cartas* de S. Pablo.

En el de sordo-mudos un profesor nos proporcionó la satisfaccion de presenciar conversaciones de los alumnos, seguidas por medio de señales de manos que suplen la falta del habla. Verdaderamente inspira compasion el deseo vio-

lento que aquellas criaturas manifiestan de expresarse y de que les entiendan los demas. Todos los alumnos tienen ocupacion segun su capacidad, y al salir del establecimiento han adquirido alguna profesion que les asegure un honesto porvenir. El Estado de New-York costea la educacion de un número considerable de individuos en cada uno de estos colegios, pero la mayor parte la reciben pagada por erogaciones de particulares y algunos por su misma familia : ninguna costean los establecimientos.

Todas estas exterioridades ofrecen sin duda una muy bella perspectiva; mas, sin alucinarme, quiero observar que entre esa profusion de conveniencias materiales y entre ese esmero por proveer de conocimientos intelectuales, nada útiles algunos á las personas á quienes se dan, se dejan sentir bien ciertos vacíos: sumo descuido en la instruccion que eleva el alma y enseña al ser racional á soportar las desgracias de la vida; omision absoluta en procurar al corazon inspiraciones que le preserven de viciarse con el aire infecto de perniciosos ejemplos que respira, y bien pudiéramos añadir todavía que la estrecha comunicacion entre los jóvenes de sexo diferente que allí se nota, parece propia para halagar las pasiones que incesantemente trabajan el corazon humano. Las frias y abstractas instrucciones del pastor oidas en los oficios del domingo ningun efecto favorable pueden producir en individuos que carecen de disposiciones anteriores, que no son sino el resultado de los afanes de la caridad. Al ardiente celo de esta virtud admirable es dado solamente ver en el corazon de los jóvenes una tierra inculta y cubierta de malezas, y dirigir sus tareas á trasformarlo en verjel, valiéndose del ejemplo, del consejo y de la práctica de las virtudes. Todo esto para el protestantismo es una incógnita, miéntras tanto el católico lo reconoce y lo respeta como su práctica constante. Á sus ojos no son las ventajas materiales lo que hace feliz al hombre sobre la tierra; es la virtud que le hace superior á

la desgracia y dichoso en el seno mismo de la adversidad. Aquellas podrán llamarse medianamente felices miéntras disfruten las conveniencias de su suerte presente; mas cuando esta cambie, entónces su felicidad desaparecerá como una de aquellas dulces ilusiones que no causan otro efecto que agravar mas los horrores de una situacion desesperada. No sucede así á las que recibieron en los dotes del corazon su mejor educacion, la caridad encontrará siempre en la paz del alma, en la resignacion cristiana y en la fe viva de otra vida mejor el secreto de su felicidad permanente.

Estos vacíos se tocan mas de cerca en las casas de las Magdalenas. El siguiente lance que nos sucedió en la de New-York da una idea del espíritu que dirige semejantes establecimientos, mejor que cualquiera observacion que podria hacerse. Un anciano me introdujo al *salon del servicio* (1) en el interior de esta casa en compañía del Sr Echaurren y de otra persona; yo me ocupé en registrar la Biblia del pastor miéntras venia la directora, que á la sazon se hallaba ausente. Esta entró poco despues, cargada de provisiones de boca, y miéntras nos señalaba las oficinas, yo entablé con ella la siguiente conversacion.

—¿Cuál es el número de personas que regularmente asisten aquí?

—De cincuenta á sesenta: es la principal de New-York.

—¿Vienen forzadas?

—Sí, regularmente por sus familias; alguna vez tambien tocadas por desengaños, mas esto es raro.

—¿En qué se ocupan ordinariamente?

—Como cada una paga su pension, ó la hacen otros por ellas, el trabajo no es obligatorio: así es que se ocupan de aquello que mas les agrada.

—¿Me podria V. decir cuáles son los resortes que aquí

(1) Nombre que dan los protestantes á la capilla del establecimiento.

se ponen en accion para procurar la reforma de estas jóvenes?

— No tengo inconveniente. Ellas trabajan á veces, tambien leen la Biblia y algunos otros buenos libros: yo y mi ayudante las aconsejamos con frecuencia, y el pastor les predica en el servicio que hace los domingos en el salon.

—¿Se tratan todas con frecuencia?

—Sí, todo el dia están juntas. Tambien reciben sus visitas de afuera.... Yo trato de aliviar su desgracia cuanto puedo.

Yo deseaba instruirme de los libros que fuera de la Biblia empleaba aquella directora como medio para producir la reforma de vida de sus arrepentidas; mas no me atrevia á preguntárselo. Divisando algunos sobre la mesa del salon de visitas, me fijé en sus rótulos, y leí entre otros, con harto asombro mio, Chesterfield, Walter Scott y ¡lord Byron!!! Creyendo equivocarme, tomé este en mis manos, y me certifiqué de su realidad. Á la directora pudo quizá disgustarle mi libertad, en sus maneras lo conocí bien; mas yo gané miéntras tanto un nuevo dato para robustecer mi juicio sobre su direccion.... ¡Infeliz, era ella la que se proponia trasformar sus Magdalenas en mujeres virtuosas, leyendo las poesías y los dramas de lord Byron! Mas ¿por qué digo ella? no es suya la empresa, ella es solo el instrumento que emplea la junta de beneficencia de New-York, de quien depende. Nada me sorprendieron los resultados de sus trabajos que tuve ocasion de conocer mas tarde: las alumnas salen de la casa tan perdidas como entraron. Obligadas á obtener de la directora un billete que certifique su reforma, ellas saben ahorrarle este trabajo, burlando la vigilancia del portero, y buscar en la fuga el medio de volver á los hábitos criminales que jamas renunciaron de corazon.

Al desarrollar ahora el cuadro que ofrece la marcha del catolicismo en los Estados Unidos para colocarlo al lado

del que acabamos de bosquejar, nos parece estar viendo alguna de aquellas columnas grandiosas que respetadas por treinta siglos se alzan todavía llenas de majestad en las vastas soledades de la Tebáida y de Palmira, como si quisieran contemplar los montones de ruinas que les circundan; ó el bello promontorio del Carmelo que, extendiéndose muchas millas dentro del seno de un mar agitado, ve morir á su pié las olas que levantan los furiosos huracanes de Levante, sin que puedan marchitarle siquiera la mas pequeña de las flores hermosísimas que le sirven de ropaje. Así el catolicismo que perseguido en Irlanda buscó un asilo en el territorio de la Union, y entre recios sacudimientos que ponen á prueba cada dia su firmeza, se eleva hoy en el seno de la República, contempla la disolucion de sus enemigos, y como el árbol frondoso que crió la palabra del Verbo, dilata sus ramas en el territorio de todos los Estados con prodigiosa rapidez.

Dos siglos han trascurrido apénas desde que unos pocos católicos, precedidos de tres misioneros resignándose al destierro á fin de conservar la fe perseguida en su patria, arribaron á Maryland y echaron allí los fundamentos de una iglesia donde habian de tributar á Dios verdadero culto; y poco mas de medio há que en Baltimore hizo erigir Pio VII la primera metrópoli, encontrándose ya allí un número crecido de católicos. Pero estos crecen y se multiplican con una celeridad de que no se encuentra ejemplo en la historia, sino en los siglos primitivos del cristianismo. « La Iglesia se extiende como la viña del Evangelio, y son tantas las bendiciones que recibe de lo Alto, que así los que la plantaron como los que la regaron, los que la cultivan y los que recogen su fruto, no pueden ménos de exclamar en los trasportes de su admiracion : ¡ *Aquí está el dedo de Dios!* » Y á la verdad, yo no encuentro otro modo de explicar este fenómeno de treinta y siete diócesis erigidas en medio siglo, y que cuentan en su seno mas de dos mi-

llones de fieles, dirigidos por siete arzobispos, veinte obispos y mil cuatrocientos presbíteros; diez y nueve seminarios eclesiásticos, esperanza de un risueño porvenir para aquellas iglesias, tres universidades, un crecido número de colegios y mas de cien monasterios, en cuyos claustros silenciosos un número crecido de santas vírgenes conducidas en alas de su fervor se proponen por modelo á las Teresas y Catalinas de Riccis, miéntras otras con su vida toda activa retratan al vivo el genio laborioso de S. Vicente de Paúl en los hospitales, en los asilos de huérfanos y en las casas de educacion. Desde las playas de California bañadas por las aguas del mar Pacífico hasta la costa de las Carolinas batidas por las olas del Atlántico, á la sombra de gobiernos protestantes y bajo la influencia de personas que disponen de recursos numerosos que saben poner en accion cuando tratan de manifestar su intolerancia, este movimiento es el mismo, y vanos son los esfuerzos que para estacionarlo hacen los elementos que lo combaten sin cesar. Dos millones de católicos educados en la contradiccion exceden sin duda los cálculos de la prudencia humana, y el entendimiento que contempla el espectáculo admirable de abnegacion y de constancia que ellos ofrecen, tiene que recurrir á buscar en otra causa superior la explicacion de un fenómeno semejante. Él se presenta engalanado con toda la magnificencia y esplendor con que lo vieron los siglos primitivos de la Iglesia en ocho concilios nacionales, celebrados para uniformar la disciplina de diócesis tan vastas. La prensa protestante, contemplando el público espectáculo que ofreció la última de estas augustas asambleas: ¡ *Jamas se ha visto en los Estados Unidos*, exclamó, *un espectáculo tan imponente y tan majestuoso como este!!!*

El catolicismo que junto con sus inspiraciones celestiales hace sentir su accion benéfica extendida admirablemente sobre todas las clases y sobre todas las necesidades de la

sociedad en el territorio de los Estados Unidos, ha llenado esta mision con no ménos celo y liberalidad que en los otros puntos de la tierra. Desde el infante que debe á un delito su existencia y á otro nuevo su abandono, hasta el infeliz que exhala su postrer aliento abandonado de todos, ménos de la Religion, todos los seres que el mundo conoce y llama desgraciados encuentran un asilo en el seno de las instituciones católicas de los Estados Unidos. En Charlesthon, en Richmond, en Pitisburg, en Baltimore, en Búfalo, en Filadelfia y en New-York los he visitado, sin que una sola vez haya dejado de ofrecerse á mi vista alguno de esos espectáculos grandiosos que ofrece la caridad en el seno del catolicismo. La monja de S. Vicente de Paúl y la de S. José, que curan con sus manos las úlceras inmundas de la sifílis, que asean y cambian las ropas de los pacientes con un amor que solo Dios inspira, y que miéntras derraman el bálsamo de la medicina sobre las heridas de su cuerpo, bañan con otro celestial mas saludable y mas importante su corazon, en donde ¡cuántas veces! han tenido su principio aquellas sucias enfermedades. Cada vez que atravesaba los grandes salones de los hospitales públicos de New-York, decorados con mármoles y preciosas estatuas erigidas á sus fundadores y bienhechores, yo echaba ménos este trato para con los enfermos, advirtiendo á su vez otro tan frio como aquel mármol y tan sin alma como el bronce de aquellas estatuas. Las hermanas del Corazon de Jesus y las Salesas rodeadas de niños que acarician y abrazan con amor materno, me retrataban al vivo el espíritu de Aquel que: « Dejad, repetia, se acerquen á mí los pequeñitos, porque de ellos es el reino de Dios (1). » ¡ Ah! aquellas criaturas quizá no han conocido otro padre, me decia á mí mismo, y cuando sus tiernos corazones hayan de palpitar, sus primeros latidos se dirigirán á estos seres que cam-

(1) S. Mateo, cap. XIX.

biaron en gozo las lágrimas de su niñez. Otras, dedicadas á trasformar en bello y gracioso el corazon que corrompieran los excesos de las pasiones, sondean diestramente el ánimo de sus alumnas, se consagran con ellas á la meditacion y al trabajo de manos, y con oportunas reflexiones logran inspirarles el aborrecimiento á los vicios, que abre paso á la inocencia y á la gracia que recobran.

No trato de dispertar susceptibilidad de ningun género, ni ménos puedo abrigar parcialidad cuando los efectos son tan manifiestos, asegurando que todos estos establecimientos dirigidos en los Estados Unidos por diversas instituciones de católicos, aventajan con mucho á los análogos que se sostienen bajo la influencia del espíritu y de la moral del protestantismo.

Á los regulares cabe una parte muy importante en las gloriosas tareas del catolicismo en los Estados Unidos : el concilio primero de Baltimore encomiaba ya el celo de los Dominicos, Jesuitas, Lazaristas y Sulpicianos; estos institutos, propagados rápidamente, no solo desempeñan su ministerio en las misiones, sino tambien en la instruccion de la juventud en los colegios y en las universidades : de entre ellos son elegidos frecuentemente los obispos que gobiernan las diócesis; la regularidad de su disciplina y observancia estricta de sus leyes que distinguen generalmente á sus individuos, les hace respetables aún á los ojos de los que son extraños á su fe. El mas numeroso de todos es la Compañía de Jesus : una reflexion se me ofrecia constantemente á vista de sus colegios, de sus noviciados y de sus numerosos establecimientos de educacion. Las Repúblicas Hispano-Americanas que con mas fuerza han proclamado libertad, aquellas que con sus programas ultraliberales parece se proponian asustar al mundo entero, no pudieron tolerar á los Jesuitas, suponiéndoles enemigos de sus instituciones; miéntras tanto los Estados Unidos, que se proponian como *modelo*, les conservan en su seno

con libertad indefinida y con las mismas garantías que cualquiera otro ciudadano. La Nueva Granada, Venezuela, el Ecuador los arrojan como perjudiciales á la libertad, miéntras que la República que en excesos de entusiasmo promete á Europa *libertad*, autoriza sus colegios y universidades, donde se forma un crecido número de sus futuros ciudadanos. Juzgue la sociedad entera una contradiccion tan abierta de principios; y el fallo severo de la conciencia pública pese sobre naciones intolerantes que mentirosamente invocan la libertad para sancionar los actos mas despóticos de su tiranía.

## CAPÍTULO VII.

Impresiones. — Grandes ciudades. — Inconvenientes que definen bien el carácter nacional. — Edificios religiosos. — El domingo. — Sermon en las calles de Wasingthon. — Mont-Vernon. — Una inconsecuencia. — Visita al Niágara. — Las llanuras del Canadá. — Travesía del Atlántico. — Los meetings democráticos y las jóvenes oradores. — Liverpool.

No hace un siglo todavía que la América Inglesa, sumida en la colonizacion, apénas ocupaba la atencion del mundo; no obstante que la feracidad de su territorio, sus rios navegables, sus lagos y sus montes la llamaban á tomar uno de los primeros lugares en el rango de las naciones poderosas. Chateaubriand, pintando con la poesía que le es familiar los amenos bordes del Misisipí y las orillas románticas del Misouri, dejó un recuerdo del estado salvaje de aquellos países en una época poco distante de la nuestra . medio siglo despues de las escenas que el autor de los *Natchez* y de *Atala* coloca en selvas solitarias ó en valles poblados por indígenas, ¡ quién hubiera dicho que habian de estar ocupados por ciudades rivales de las grandes capitales de Europa! Pasma ciertamente contemplar estas poblaciones, improvisadas, por decirlo así, y tanto mas cuanto sus hermosas construcciones, sus bellos parques y sus calles anchas y pobladas parecen una obra secular. Porque, en efecto, los Norte-Americanos en muy pocos años han poblado ciudades que en Europa no habrian polido formarse sino en el espacio de siglos. New-York, Filadelfia, Baltimore, Boston y todas las grandes capitales ostentan un esplendor que asom-

bra, y proporcionalmente este no es menor en las ciudades centrales como Cincinati, Búfalo y Pitisburg. Yo veo en la formacion de todas retratado el carácter nacional de sus habitantes : en su aparicion instantánea se percibe bien ese genio emprendedor y fogoso que quiere realizar al momento los proyectos que concibe ; y como si temiese que el tiempo hubiera de faltarle mas tarde, saca de él cuantas ventajas son imaginables. Sus edificios, suntuosos á la vista pero de muy poca solidez, nos representan en relieve una generacion que no se ocupa sino de sí misma, sin que otras que han de sucederle entren en sus cálculos ni aun como objetos remotos. Y si no fuese así, ¿ cómo esos edificios devorados en un instante por los incendios tan frecuentes en los Estados Unidos volverian á aparecer quince dias despues tan hermosos como ántes? Por este motivo no me admiran ni el Capitolio, ni la Casa de Gobierno de Wasingthon, ni el Palacio de Justicia de New-York, ni los demas que decoran las grandes capitales de los Estados, y que se han levantado momentáneamente.

No podemos juzgar del mismo modo los edificios religiosos destinados al culto protestante : ellos datan de épocas anteriores, y están trabajados tambien bajo la influencia de otras ideas y de otros planes mas reposados. Sin embargo no existe alguno entre ellos que se haga notar por la magnificencia de su arquitectura ni por sus adornos interiores. Hemos indicado ántes que la iglesia de la Trinidad de New-York posee inmensas rentas, y no obstante su fisonomía es comparativamente pobre, y su interior mas que medianamente sencillo. Sin embargo este es el templo que ocupa el primer rango entre los que poseen en los Estados Unidos los disidentes del catolicismo. Los templos siguen en las naciones la suerte de la fe, de la que son en todas partes sus representantes. Una fe vacilante que no se mueve sino entre las agitaciones de la duda ó las angustias de la incertidumbre, no es á propósito ordinariamente para hacer pú-

blicas manifestaciones de fervor, consagrando suntuosos templos que las generaciones venideras pudieran apreciar como hijos de una creencia sólida; de esa fe viva y sincera, por ejemplo, que puso las primeras piedras del Lateranense y del Vaticano en Roma, y abrió los cimientos de la célebre basílica que cubre en Jerusalen el Sepulcro del Salvador. Ademas, el protestantismo, frio y estéril de por sí, es incapaz de concebir las grandes obras religiosas que la fe ha adoptado como medio de hablar al corazon de sus creyentes. Miéntras esta, perseguida, se mantuvo, ó errante en los desiertos, ó escondida en las catacumbas allá y acá, levantó los templos que le permitian los edictos de los tiranos y los suplicios de los verdugos que encontraba en todas partes. ¿Qué corazon no se ha conmovido cuando, despues de atravesar mil callejones subterráneos, formados por hileras de sepulcros, se encuentra de repente en una capilla cavada en la tierra, y á la opaca luz de la lámpara que le guia, mira las imágenes de Cristo ó de su Santísima Madre que dibujó allí el fervor ardiente de los cristianos primitivos? ¡ Ah ! esta es, á la verdad, la palabra con que la fe de los tres primeros siglos dispierta la del nuestro harto adormecida, y que saliendo de las catacumbas de Roma, de Nápoles y Melitene retumba su eco en el corazon del cristiano que conserva todavía algun rayo de su virtud. Algunas grutas de la Tebáida aun retienen la forma que les imprimió el cristianismo al trasformarlas de habitaciones de fieras en lugares santos destinados para la celebracion de los tremendos misterios. Cruces esculpidas en las rocas y vestigios de imágenes que allí existieron, son lo único que ha podido resistir diez y siete siglos de borrascas y aluviones.

El triunfo de la fe sustituyó templos suntuosos á las catacumbas y cavernas, y el genio católico abrió entónces una nueva era á la arquitectura, creando un gusto peculiar para la formacion de sus templos, y reproduciéndolo ó modi-

ficándolo en la sucesion de las edades. Pero él fué siempre consecuente, nada cambió de su primera idea, nada esencial varió de su disciplina primitiva; y ese espíritu que le inspiró cavar templos para adorar á Dios y ofrecerle sacrificios en el corazon de la tierra y entre los frios despojos de la muerte, nada mas hizo que ensancharse en las grandiosas basílicas que elevaron las ciudades y los campos.

El protestantismo nada participa de aquel espíritu, y esto se percibe desde luego penetrando en sus templos, donde en vez de objetos que hablen al corazon el idioma de la piedad ferviente.... ¿qué se encuentra? Nada, absolutamente nada. Series de asientos numerados y vendidos á los fieles que deben ocuparlos, galerías de palcos destinados para los ricos, una mesa y sobre esta la Biblia, y un libro de Oraciones; ved ahí todo el adorno de tales templos. Nada de altar porque no hay sacrificio, ninguna imágen porque en el protestantismo la virtud extraordinaria, la perfecta santidad no tiene mas derecho para hablar al corazon que el impío y el perverso, ni el bienhechor insigne de sus semejantes merece un puesto de honor mejor que el que se ocupó solamente de sí propio. Acercaos á las murallas de estos templos, y veréis tumbas de hombres y mujeres; leeréis soberbios epitafios consagrados á personas oscuras las mas, y que aunque nada tiene el mundo que agradecerles, sin embargo ocupan allí su puesto, y se les recomienda como virtuosas en el lugar donde se supone á la verdad dirigiendo la palabra. Estos son los héroes que propone como modelos el protestantismo, despues de arrojar de sus templos las imágenes de los Santos. El genio sombrío que le caracteriza no sufrió delante de sí los rasgos vivos, ardientes y heróicos que dibujan la vida de los héroes de la Religion católica. Cada uno de estos templos no es mas que la reproduccion de la misma fisonomía; y yo, despues de haber visitado cuidadosamente los principales, nada encontré en ellos que pudiese excitar en el alma esos

movimientos de fervor á que debe entregarse el cristiano cuando asiste á la casa del Señor.

Los que predican á los católicos ejemplos tomados del protestantismo hacen hincapié en la santificacion de los domingos, que suponen observar los disidentes con recomendable escrupulosidad. Yo habia oido exagerar esta en New-York, y me propuse conocer á fondo hasta dónde llegaba. En efecto, las tiendas de comercio cerradas, las fondas entreabiertas y con sus cortinas corridas en sus puertas y mamparas, las calles sin comparacion ménos traficadas que en los dias restantes de la semana, contribuyen á dar á las ciudades y á los pueblos un aire solemne y respetuoso que tan bién conviene al dia santo del Señor. Pero yo veía al mismo tiempo los templos vacíos, tanto en el servicio de la mañana como en el de la tarde, y en una ciudad que contiene mas de cuatrocientos mil protestantes claro es que deberia suceder lo contrario. ¿ Dónde estaban pues miéntras tanto los escrupulosos observantes del dia festivo? — Los que no sufrian el mosquito, tragaban el camello. — Saliendo fuera de la poblacion, pasando por los jardines y casas de campo, entrando en los pueblecitos de los alrededores, girando por las numerosas tabernas y casas de juego, allí es donde se les encuentra á millares. ¡ Ved ahí el ejemplo que se nos recomienda !!!

Algun sermon dirigido al pueblo que transita por la calle viene de vez en cuando á interrumpir aquel silencio, no solo con los gritos del orador, sino con las risotadas y algazara de los que lo escuchan, sin participar de sus ideas. Yo ví en Wasingthon una de estas escenas. Cinco á seis personas puestas de pié á la puerta del *hotel* de Mármol cantaron algo que no pude entender : una de ellas, subiendo luego sobre una mesa, principió á predicar á un auditorio que, á pesar de los gritos que retumbaban, fué hasta el fin muy diminuto. Los individuos del auditorio *estaban en su derecho* al interrumpir frecuentemente al orador, y aquel

tambien en el suyo al hacer en su discurso alusiones directas y bien ofensivas á personas que tenian allí mismo sus oficinas de comercio. El sermon duró poco mas de un cuarto de hora, y el predicador apénas hubo concluido, entró al *hotel* á descansar de su fatiga, acompañado de alguno de sus oyentes. No seria extraño que miéntras él disparaba su dardo contra el comerciante de licores, cuyo almacen tenia enfrente, algun otro predicador los dirigiese contra él en otro sermon. Sucesos semejantes son muy frecuentes entre los protestantes de la América del Norte.

Dos veces por semana tiene lugar una romería que partiendo de Wasingthon se dirige á Mont-Vernon. Los concurrentes á su vuelta traen bastones que han cortado en aquel monte, y conducirán sin duda al lugar de su nacimiento, como los que los antiguos peregrinos tomaban en la montaña santa y llevaban consigo hasta su muerte. Á mí una preocupacion semejante me pareció muy ajena de un pueblo cuyos individuos ordinariamente he observado que miran con desden todo cuanto tiende á recordar lugares y personajes mas ilustres que Wasingthon, á cuya memoria consagran su romería á Mont-Vernon. Yo convengo que el padre de la República, el fundador de la independencia nacional y el legislador de la Confederacion Americana es acreedor al recuerdo de sus conciudadanos; el lugar donde habitó constantemente tiene derecho tambien á ser conocido, y la casa que le abrigó durante sus últimos años á ser visitada por cuantos gozan el fruto de los desvelos que allí pasó por la patria aquel hombre extraordinario : mas el corazon que se entusiasma en tal peregrinaje, ¿ qué razon tiene para pretender que otro permanezca insensible cuando visita los que le recuerdan los misterios venerandos que su fe adora, ó los triunfos inmortales de los campeones de su misma fe? Sin embargo, los que se entusiasman hasta la locura subiendo la cuestecilla del Mont-Vernon, y los que compran á peso de oro

las flores y los frutos que se venden como producidos allí, los que descubren su cabeza respetuosamente al acercarse á la casa del libertador de la América Inglesa, donde nada mas encontrarán que los muebles envejecidos del uso de aquel y la llave de la Bastilla no conquistada por accion de guerra, sino cedida como muestra de gratitud; y los que, en fin, se disputan el honor de sentarse los primeros en la silla del fundador de la Confederacion de los Estados Unidos, no quieren ver postrado al hombre delante del sepulcro del Libertador del mundo, ni que se den muestras de veneracion profunda en los lugares que santificó la presencia del Fundador del cristianismo. Yo les he visto visitar estos lugares sin concederles el respeto con que se acercan á la casa de Wasingthon. ¡Triste inconsecuencia del hombre, para quien no hay otras impresiones que las materiales, y en cuyo espíritu no vive ni la fe, ni lo que con esta tiene relacion! Mont-Vernon nada mas me recordó que un hombre célebre en la historia política, pero con las mismas menguas que los demas hombres; no son estas las impresiones que satisfacen al espíritu: este busca algo todavía mas grande, mas noble, mas elevado, él quiere objetos que le sean superiores en todo sentido, quiere al hombre, pero sin mengua, ó trasformado en otro hombre por la virtud heróica.

Muy superiores son, aunque de otra naturaleza, las impresiones que produce la vista soberbia, majestuosa é imponente del salto de Niágara. Un rio navegable que se precipita desde una inmensa altura, haciendo en su caida un ruido que se percibe á distancia de muchas millas, me representaba la imágen de la sociedad que, trabajada por principios disolventes, marcha á precipitarse en el abismo de la revolucion social. La inteligencia despejada que medita el curso de las ideas dominantes de la época, y el poder que apercibido del estallido que preparan estas juzgó innecesario prevenirlo poniendo en juego el resorte

de la autoridad, se hunden y perecen en un espantoso cáos. Nada valieron los avisos previsores de la primera, pues era por sí sola impotente para detener el ímpetu de la corriente que arrastraba á la sociedad; y el poder que debia presto acudir en su auxilio cuando dispertó de su letargo, fué, como Sanson, sin fuerzas ya para sostenerse en pié: cayó, y al hundirse nadie preguntará á la furia que lo derribó, lo pulverizó y lo redujo á la nada: *¿Qué se hizo? ¿dónde está?* Porque incapaz ella misma de gozar su victoria, se vuelve y se revuelve, como las aguas del Niágara, en el término de su salto. Él ha perecido, y un torbellino donde chocan y se agitan furiosamente pasiones opuestas, intereses opuestos é ideas tambien opuestas, ha entrado á ocupar su lugar en medio del horror que inspiran á la sociedad escenas tan monstruosas, y del ruido espantoso que produce el grito doliente de sus individuos que se ven arrastrados tambien al cáos. Quien ha contemplado esa masa de aguas que se precipita, formando tres grandes cascadas, el torbellino que forman en su caida, ese ruido que anuncia este espectáculo imponente, y sentido la impresion que causa el conjunto de todos estos objetos, podrá juzgar hasta qué punto es exacta nuestra comparacion.

Pasado el Niágara tenia á la vista las vastas llanuras del Canadá, cubiertas de verdor, que dan á aquella tierra la fisonomía de una perpetua primavera. Yo no recorrí mas que una pequeña parte de este delicioso territorio, y volví atras para tomar el *Artico* que habia de llevarme á Inglaterra. Dejé pues la tierra de la falsa libertad para atravesar el Atlántico, buscando las playas del Viejo Mundo que me proponia contemplar. El pabellon de las estrellas que flameaba en nuestra popa ya me aseguraba bien que seria corto nuestro viaje, porque el capitan sabria aprovechar toda la fuerza del vapor para llegar en el menor tiempo posible. La mayoría de los cuatrocientos pasajeros que con-

ducia eran ciudadanos de Norte-América, así es que los *meetings* estaban á bordo á la órden del dia. En estos se pronunciaban largos discursos sobre puntos señalados un dia ántes por un viejo abogado á quien aquella sociedad demócrata dió por aclamacion el título de *presidente*. La palabra no se confiaba exclusivamente á los hombres, las mujeres tambien tenian su lugar; jóvenes que apénas contarian diez y ocho ó veinte años leían con desembarazo discursos escritos por ellas mismas, en presencia de mas de doscientos concurrentes. Una que habló *sobre el medio mas á propósito para extender las ideas democráticas*, sostuvo que debia emplearse la fuerza, arrancando su chocante palabrería aplausos tan repetidos que apénas le permitieran continuar.

Casi once dias duró nuestra navegacion : en la mañana del décimo ya veíamos las costas de la católica Irlanda, de esa tan bella cuanto desgraciada Irlanda; mirábamos sus montes cubiertos de verdor, los pueblos pequeños que se elevan en sus faldas, y uno que otro torreon edificados de trecho en trecho para servir de faro á los navegantes. Allá deseaba dirigirme yo para visitar esa nacion heróicamente religiosa. ¡ Ojalá que mi visita pudiera estimarse alguna vez como el tributo que paga un corazon ardientemente católico á la nacion mas católica, miéntras mas perseguida por su fe! Y en efecto así lo realicé poco despues de arribar á Liverpool.

Liverpool, con sus cuatrocientos mil habitantes, lleno de fábricas de toda especie, emporio hoy del comercio del mundo y rival de Lóndres en actividad mercantil, carece de monumentos públicos que exciten la curiosidad del viajero, así como de grandes templos que revelen el sentimiento religioso del pueblo. El colegio de Jorge IV provee á su juventud de educacion científica, y es uno de los establecimientos mas bien dotados en la Gran Bretaña; mas el *Non ingenio tantùm, sed etiam virtuti* que se lee en su

soberbio pórtico, no siempre se ha realizado en los establecimientos sometidos á la influencia protestante, que mas se ocupa de la educacion material que de la moral, y mas de formar hombres que de elevar los espíritus.

## CAPÍTULO VIII.

Reflexiones delante de Dublin. — Sus estatuas. — Un fenómeno. — Verdadera situacion de Irlanda. — ¿Por qué no reclaman los Irlandeses? — Multitud de mendigos. — La indigencia frente á los palacios. — Un recuerdo. — Ilusiones. — La célebre basílica de San Patricio. — Tradicion popular. — El lord primado.

Entrando en Dublin, en vano buscaba mi vista los antiguos palacios de la nobleza de Irlanda, en vano los viejos castillos, morada de sus príncipes, y en vano tambien los templos suntuosos que consagraron á Dios los primeros apóstoles de su fe, Patricio, Lorenzo y Malaquías; ni recuerdo de ningun género de los soberanos que nacidos allí mismo conservaron en sus manos el poder durante una larga serie de años divisaba en alguna parte : en su lugar columnas alzadas á reyes que el pueblo aborreció de muerte, templos levantados por el poder para un culto que la inmensa mayoría de la nacion mira con horror, y palacios formados de los escombros mismos de los antiguos para abrigar instituciones establecidas al parecer con el objeto de insultar en su desgracia á un reino entero, que con su existencia política todo lo ha perdido, ménos su religion y su patriotismo que lo hacen digno de mejor suerte.

La estatua del inmortal O'Connell, que se deja contemplar (1) en esa actitud noble y enérgica del que defiende la

(1) En la Bolsa.

causa de la patria, parece exhortar todavía á sus conciudadanos á mantener vivo en el corazon el fuego sagrado de la fe y el ardor entusiasta del patriotismo, que forman héroes en todas las edades. Á sus piés he visto diariamente bellas guirnaldas que nadie ofrece á la de Jorge III que tiene delante. Las dos grandes columnas levantadas en las plazas de Dublin á Nelson y al duque de Wellington no son recuerdos que consagra el amor nacional como la estatua de O'Connell; son monumentos que alza la política y el poder de los gobiernos al fiel ejecutor de sus proyectos. ¿Qué hizo en favor de Irlanda, su patria, el duque de Wellington para merecerle los honores del apoteósis? ¿Acaso desconocerla y olvidarla ingratamente son virtudes que deben recomendarse al pueblo con suntuosos monumentos? Ni la memoria de los monarcas cuyas estatuas se ven en las calles de Dublin, ¿qué lugar puede tener en el corazon de los Irlandeses, que han sufrido los efectos de su dureza y opresion?

Estas son las reflexiones que inspiran los monumentos y las estatuas de Dublin. Para mí, esta misma, como todo el reino de que es capital, es un verdadero monumento de amor patrio y de constancia religiosa. Unido á Inglaterra, rechazó no obstante con ejemplar heroísmo la reforma promulgada por Enrique VIII, y su firmeza se sobrepuso á las inhumanidades con que este y su hija Isabel quisieron forzarle á suscribirla. En vano sus hermosos templos fueron entregados á los protestantes, en vano fueron quemadas las santas reliquias y profanados cuantos objetos venerables aquellos contenian; en vano en los excesos de la persecucion mas atroz fueron reducidos á cenizas los palacios de sus próceres; y en vano se hizo morir por mano de verdugo á los prohombres de la nacion vilmente calumniados por el poder mismo que los condenaba: sobre esa sangre heróica derramada en los calabozos y confundida con la de los malhechores, el pueblo juró fidelidad á su conciencia

católica. ¿Cuál vino á ser entónces el resultado de tantos crímenes cometidos para pervertir la fe de una nacion entera? Arrojar sobre el trono de la Gran Bretaña una mancha que jamas se borrará, y encabezar el proceso que inició entónces mismo la razon humana contra el protestantismo, y en el que fallaron condenando á este todas las conciencias rectas del mundo social.

En necesario convenir que la existencia del catolicismo en Irlanda, tal como lo vemos, es un verdadero fenómeno. Los sucesores de Enrique VIII en el trono del Reino Unido se han sucedido durante tres siglos: cada uno ha tenido sus ideas y sus proyectos que revelan poco mas ó ménos su política, conforme ó no con la de sus antecesores; pero han estado *todos* perfectamente de acuerdo para oprimir la Irlanda. El siglo actual, que ha pretendido apellidarse *de libertad,* y en el que todas las naciones del Viejo y del Nuevo Mundo han dejado sentir mas ó ménos sus exigencias á este respecto, no ha sido para los Irlandeses de mejor condicion que los anteriores. Al frente del gabinete de San Jámes ha estado durante largos años un hombre tan conocido por sus manejos políticos como por su falta de afecto al catolicismo; miéntras se ocupaba en atizar el fuego de la discordia entre los gobiernos continentales de Europa, no se olvidó de afligir á la Irlanda con nuevos actos de opresion. Todo el mundo sabe los medios de que se valió alguna vez para dar visos de legalidad á disposiciones á todas luces injustas y arbitrarias. ¡Parece se habia propuesto anular del todo aquella nacion desgraciada! Su deseo habria quedado satisfecho, á no salirle al encuentro la elocuencia irresistible del inmortal O'Connell, que le sorprende y le detiene en el desarrollo de su plan. Resigna su encargo, pero el que le sucede necesita apoyarse en las simpatías del protestantismo, necesita hostilizar á la Irlanda católica, y hace en efecto su primer ensayo apoyando en la cámara de los comunes un proyecto para despojar

al colegio de Maynooth de la asignacion nacional de que goza.

Los escritores ingleses que quieren encontrar la única causa de la decadencia de la Irlanda en el genio de sus habitantes, inclinado, segun ellos, á la ociosidad, deben, ántes de emitir su juicio, recorrer las que han enumerado otros mas imparciales, deben combatirlas, si les es posible, y luego apoyar en hechos y razones aquella *única* que existe segun su parecer. Hé aquí algunas de las que yo encuentro, y que son de tanto bulto que cualquiera podrá percibirlas sin trabajo. La opresion en que viven los Irlandeses les reduce á la miseria : un país como el de estos está llamado á ser agrícola, mas todos saben que una gran parte de su territorio está repartida entre pocas familias inglesas é irlandesas, así como tambien que ninguno de estos nobles se ocupa del cultivo de su propiedad, sino que para hacerla productiva la arriendan á especuladores, quienes subdividiéndola en pequeñas porciones la traspasan á los labradores á precios muy subidos, obligándoles ademas al pago de las contribuciones territoriales. Miéntras que los primeros nadan en Lóndres en la opulencia, consumiendo libras á millares, no solo en el *confort* de sus personas y familia, sino *en el regalo de sus perros y caballos,* sus propiedades en Irlanda son teatro de escenas bien diversas. Ese pobre labrador que recibió bajo exorbitantes condiciones un pequeño campo, ha trabajado sin descanso todo el año para cultivarlo; mas no habiendo la cosecha sufragado bastante para los crecidos pagos que debe hacer por su contrata, resulta adeudado, y sin remedio se ve puesto en la calle con su mujer y con sus hijos, despues de ser despojado de cuanto posee. No se crea que exageramos : la Irlanda ve repetirse cada dia estos tristísimos espectáculos.

Las contribuciones son ademas tan subidas como en ningun otro país : la que corresponde tan solo al pago del culto

protestante sube á millones de libras, ¡ que pagan siete millones de individuos eminentemente católicos ! ¡ individuos que rechazan á ese clero, y con él rechazan tambien el culto que predica! Tuve ócasion de conocer la severidad con que los procuradores de esta renta ejecutan su exaccion, así como las impresiones horribles que causa su pago en el ánimo de los contribuyentes. Agréguese á esta contribucion, de suyo tan injusta como inmoral, el largo catálogo de las restantes que cargan sobre el pueblo, y dígase despues si puede progresar una nacion que vive sometida á semejantes exacciones. Ni se conteste : « Los Irlandeses tienen repre» sentantes en las cámaras que pueden reclamar y pedir la » moderacion de tales contribuciones. » ¿ Y no lo han pedido ya? les diremos abriendo el rol de las discusiones del parlamento. ¿No lo han solicitado repetidas veces desde que pudieron dejar oir su voz en las cámaras para referir la triste historia de su opresion y de sus vejámenes? ¿Y qué han conseguido? Nada, ni nada conseguirán; pues por otra injusticia flagrante no se les concede la representacion que legítimamente les corresponde. Compárese su poblacion con la de los otros Estados que forman el reino unido de la Gran Bretaña, y compárese luego el número de diputados que elige cada cual para su representacion, y se conocerá la justicia que asiste á la Irlanda para llamarse *defraudada de su representacion.* Pero esto no satisface todavía á sus opresores : despues de privarla de la plena representacion que le corresponde, la obligan á elegir individuos que ella rehusa abiertamente. Los católicos, como es natural, se empeñan para elegir diputados que participen de sus mismas convicciones, miéntras que el gobierno pone en juego todos sus recursos para que la eleccion recaiga en candidatos que le sean adictos. De aquí nacen choques á veces sangrientos que se repiten en los condados, y en los cuales el gobierno y sus agentes han recibido poco hace lecciones harto dolorosas.

Podríamos aun agregar otras causas que influyen de una manera eficaz en la decadencia de Irlanda, pero ellas nacen naturalmente de las que dejamos enumerades. Las consecuencias sensibles, los efectos palpables que producen los presencian todos. Dentro y fuera de la ciudad se encuentra una multitud de mendigos : el rostro escuálido de cada uno, su vestido de harapos y su expresion acompañada de lágrimas son el idioma mas vivo con que puede hablar la indigencia que les aflige. Piden algo para no morir de hambre, y lo piden en muchas ocasiones de rodillas, teniendo la madre en brazos al hijo que llora de necesidad á una con ella. En los caminos que conducen al interior de la isla, este cuadro que aflige recibe todavía mas tristes coloridos de las familias enteras que emigran, dejando la tierra que les vió nacer para ir á procurarse á playas remotas el sustento de que carecen en su propio país. Diligencia vana seria buscar el viático de estos infelices, porque ninguno se les encontrará fuera de los andrajos que les cubren y las criaturas que gimen en su rededor. La poblacion decae por todas estas causas visiblemente, y el gobierno inglés manifiesta interes por esta decadencia. ¡ En los diez últimos años ha perdido Irlanda dos millones de habitantes !....

Coloquemos ahora esta miseria personificada, por decirlo así, al lado del lujo oriental que brilla en las casas de los grandes propietarios que disfrutan desde la reforma las rentas que pertenecieran á los nobles Irlandeses. Despues de atravesar bellos campos en que pacen rebaños de ciervos, de ovejas y de vacas, se arribará al fin á los palacios donde pasan aquellos la estacion que llaman *de placer*. Hermosos chapiteles, estatuas de mármol, pavimentos y escalas de alabastro realzan el exterior material de estos edificios, miéntras que tapices riquísimos decoran las murallas y el piso de sus infinitos salones, que contienen ademas vajilla de oro y plata, bibliotecas, pinturas, museos de antigüe-

dades, y otros mil objetos inventados por el lujo y sostenidos por la vanidad. Las oficinas mas subalternas, los departamentos de los criados que se suceden unos á otros, las casas de los perros y de las fieras, los pesebres de los caballos, los bosques, los prados, los jardines, los juegos de agua, las estatuas, todo, todo revela opulencia, profusion, y tambien si se quiere sensualidad.

Miéntras que recorria el palacio de Leinster, uno de los mas suntuosos de Irlanda, la famosa abadía de Leinster ni un instante se apartaba de mi imaginacion : esos prados, esos bosques, ese mismo suelo donde ahora se eleva un regio edificio, fueron morada de humildes religiosos. El esplendor mundano nada tenia entónces que presentar allí capaz de excitar la admiracion de los hombres; pero la fe y la religion ¡cuántos objetos ostentaban infinitamente mas bellos y magníficos! Los pobres que desnudos y hambrientos dirigen ahora sus pasos vacilantes por los caminos, inspirando compasion en unos y horror en otros, protegidos entónces por los monjes, venian al toque de campana y en tropel á unir sus cánticos con los del coro para bendecir al Dios del cielo, que á la sombra del monasterio les concedia abundancia y felicidad. En algunos murallones antiguos que se divisan á distancia del palacio, me parecia encontrar los restos del templo de la abadía. Quizá me equivocaba... ¡ Pero cuánto embriagan el alma las ilusiones que la trasportan á tiempos mas felices del pasado! Me parecia ver á los monjes de Leinster; me parecia oir su salmodia encantadora.... mas era todo ilusion, era fantasía : el grave canto del coro monacal dejó de oirse hace tres siglos, y los monjes mismos desaparecieron como los últimos crepúsculos que se esconden cuando pasa el dia en el espesor de las nubes que anuncian la próxima tempestad.

La antigua basílica de San Patricio es un monumento que publica hasta hoy el esplendor que desde siglos atras

tuvo la capital de Irlanda. Este edificio, que inmoble ha presenciado los trastornos y las variaciones de doce siglos, existe en el mismo lugar donde el apóstol de Hibernia puso los cimientos del primer templo cristiano erigido en Dublin. Su arquitectura gótica, su extension vastísima, la seriedad de sus adornos y de sus relieves, tumbas de príncipes y de obispos que vivieron en el siglo once, los diversos jeroglíficos que pertenecen á esta misma época remota, la antigüedad que resalta en el conjunto de todo esto, le dan un aspecto venerable que despierta el sentimiento religioso en el corazon del que le mira. La apostasía de un traidor que vendió su conciencia á la reina Isabel estampó las formas protestantes en este santuario, célebre en toda la extension del catolicismo ; su tabernáculo fué profanado, sus imágenes despedazadas, y sus altares fueron derribados para dar lugar á monumentos en que la apostasía, la sensualidad y los otros vicios degradantes al hombre son recomendados como virtudes. En el fondo de la basílica se conservó miéntras tanto un rincon oscuro adonde iban á parar los suspiros de los piadosos Irlandeses : allí derramaban su corazon afligido, y pedian al Cielo proteccion. No tardó el apóstata en apercibirse de tan piadosa diligencia : hizo sacar de allí el objeto de una devocion tan ardiente y que bien le reprochaba su abandono vergonzoso. Era aquel las reliquias de S. Patricio, eran su mitra y báculo pastoral que la mano del verdugo no tardó en quemar en el pórtico de su propia catedral. Desde entónces la inmensa basílica se ve desierta, decae su edificio majestuoso, gastado no tanto por el tiempo cuanto por la incuria de sus encargados : varios de sus arcos están sostenidos por puntales, y rotos del todo los bellos chapiteles de sus pilastras y cornisas.... Caerá al fin si la misma mano robusta que lo levantó no viene en su auxilio para sostenerlo.

Una tradicion que guardan los Irlandeses asegura que S.

Patricio « hizo brotar en esta iglesia una fuente con cuya agua sanaba los enfermos. » Yo pregunté por ella al ministro anglicano que me mostraba la iglesia : estaba seguro que me habia de negar el hecho, si obraba consiguiente con los principios de su creencia; mas no sucedió así, y con asombro mio : *Venga V.*, me dijo , *yo le conduciré á la persona que se la ha de mostrar.* En efecto, me llevó á la capilla de S. Pablo, y una mujer que allí estaba, abriendo una reja de hierro, me señaló una fuente que efectivamente contenia bastante agua. « V. pagará alguna cosa, me dijo ella.... — ¿ Pero es esta la fuente de S. Patricio ? — Sin duda alguna : ¿ quiere V. beber un poco de su agua milagrosa? — ¿Por qué la llama V. milagrosa? — ¡ Cómo !... ¿ no sabe V. cuánto hicieron por secarla los reformistas en el siglo XVI? — ¿ V. es católica? — ¡Cómo católica! si soy la esposa del parzon (1) que ha conducido á V. aquí. » Tomé pues el agua, y poniendo dos chelines en manos de quien me la ofreció, me persuadí aun mas que el interes es símbolo de fe para hombres cuyas creencias son tan vagas que no pueden asegurar ni lo que creen, ni lo que dejan de creer.

Ni es ménos célebre que la basílica de San Patricio la catedral del Cristo, donde se ven los sepulcros de Stronpbon, de Enrique II, de la reina Eva y de otros príncipes de la edad média. Despojados de sus templos los católicos, esta fué destinada para las funciones del primado anglicano : yo deseaba presenciar el servicio y oir la predicacion de este. Teniendo al frente en Dublin oradores tan elocuentes como Neuman y Morray, y en medio de un catolicismo tan fervoroso y constante como el de los Irlandeses, me parecia que el primado anglicano dejaria oir su voz en la catedral del Cristo para alentar á la perseverancia á sus prosélitos; pero por muy lógico que fuese mi juicio, el hecho lo fal-

(1) Cura protestante.

sificaba completamente. En el servicio del domingo habia muy poca concurrencia : pregunté por el lord primado, y se me dijo que *jamas asistia á su iglesia*, contentándose con dar unas pocas libras á un vicario suyo para que llenase sus funciones. ¡ Ved ahí, dije para mí, el celo de los reformistas! ¡ Ved ahí los pastores que pretenden suceder á los Apóstoles, *que decian de si mismos :* « Nosotros os predicamos....; nosotros os amonestamos; vosotros oisteis constantemente nuestra voz; vosotros nos conoceis, y nosotros os conocemos tambien.... » Triste es la condicion de las invenciones humanas que, sin apoyarse en la autoridad de la conciencia, dejan al hombre en libertad para llenar ó no lo que en otro caso y bajo el influjo de principios mas rectos se estimaria como el mas sagrado de los deberes!

Digitized by Google

IMP. SIMON BAÇON.

D. O'CONNELL

## CAPÍTULO IX.

El cambio. — Educacion protestante. — Universidad de Dublin. — Los colegios de la Reina y las escuelas nacionales. — Conflictos de la política. — El gran seminario de Maynooth. — Tentativas del gabinete británico. — Colegios católicos. — Sociedades literarias. — Castlenock. — Las escuelas gratúitas. — Sacrificios. — El canto religioso. — Universidad católica de Irlanda.

Cuando Napoleon el Grande disponia á su arbitrio de los tronos y resolvia con el filo de su espada la suerte de los imperios, la Inglaterra divisó no muy lejano el sombrío porvenir que le aguardaba, creyendo con razon que su suerte no seria diferente de la que corrieron las otras naciones sometidas al poder del moderno Alejandro. La política le aconsejó pues remover ántes los elementos de revolucion que sus leyes opresoras habian aglomerado en Irlanda para acudir despues á su defensa exterior. El gabinete de San Jámes conocia bien le seria imposible contener una insurreccion de los Irlandeses, en los momentos en que Napoleon amenazaba á la Inglaterra; quiso contentarlos, concediendo proteccion á la educacion del clero católico, que se hacia en un colegio mandado establecer por el parlamento.

Desde la época de Enrique VIII y de la reina Isabel este fué uno de los muy pocos actos de reparacion que recibió la justicia de Irlanda, enormemente vulnerada por los actos abusivos del gobierno británico; y que si se repitieron mas tarde, fué cuando la causa de aquella, defendida con valor por la elocuencia irresistible del inmortal O'Connell, disper-

taba simpatías en todas las naciones del continente europeo. Sabido es que la reforma, despues de prohibir severamente la enseñanza católica, inauguró la universidad de Dublin, dotada por la reina Isabel y confiada exclusivamente á los episcopales anglicanos. La grandeza exterior de su edificio correspondió al proyecto de su fundador, *de reunir allí la juventud de Irlanda para uniformar sus creencias* (1). Para su ereccion se derramó con profusion el oro producido por la venta de los bienes de que se despojó á las instituciones católicas; así como en los salones de su biblioteca vinieron á amontonarse tambien los 160,000 volúmenes arrebatados de los colegios de los regulares (2). Numerosos privilegios acordados en favor de sus estudiantes, y el programa, en fin, completo de cursos científicos que en ella deberian hacerse, parecieron suficientes para llenar aquel objeto. Pero no sucedió así: la universidad puso mas en trasparencia la divergencia de opiniones que reina entre los miembros de las sectas anglicanas; y esto, á la verdad, no podia ser un precedente favorable para extender el protestantismo en Irlanda, como se pretendia. Tal divergencia la manifiestan explícitamente los cursos de teología dados en la universidad, y en los que cada profesor expone las doctrinas que admite su profesion de fe. Los anglicanos pretenden ocultar esta falta de unidad dogmática entre doctores de una misma secta, clasificándola con los nombres especiosos de *sistemas diversos de explicar una misma creencia*. Pero esta sutil invencion, ó, hablando con mas propiedad, esta falta de franqueza para confesar una verdad que es el efecto necesario del principio de *libre exámen*, que forma parte de su símbolo, queda burlada trayendo á la vista los textos cuya lectura recomiendan los profesores á sus estudiantes.

(1) *Irish's history.*
(2) The same.

Una de las protestas que la universidad de Dublin hace constantemente á los Irlandeses para captarse sus simpatías, es no hostilizar sus creencias, propagando sus principios entre los alumnos que profesan otros diversos de los suyos. Mas el hecho es que no son los católicos quienes merecen las distinciones universitarias, y que para conocer cuáles entre estos son los mas adheridos á su fe, observan con prolijidad quiénes son los que jamas concurren al servicio de los domingos que celebran en la universidad misma su rector y profesores.

Para la enseñanza preparatoria se establecieron los *Colegios de la Reina,* donde, bajo la influencia de la universidad, deben actuarse los jóvenes que se preparan para seguir sus cursos. Aunque estos establecimientos, del mismo modo que la universidad, están abiertos para individuos de cualquier creencia, su direccion no obstante se halla confiada á *meetings* compuestos en su mayoría de sugetos protestantes, y se eligen entre estos mismos para presidirlos los que mas se distinguen por su exaltacion y fanatismo. La mayoría de los obispos de Irlanda divisó en la creccion de aquellos un nuevo lazo que se tendia á la juventud católica para pervertir sus creencias; mas otros, pensando de diverso modo, creyeron divisar algo útil en tales establecimientos. El Papa, á cuya resolucion sometieron los primeros trazar la conducta que deberian observar respecto á los colegios de la Reina, encargó á los obispos « que no tomasen en ellos parte alguna, y que procurasen con todo el esfuerzo posible que los colegios católicos fuesen tan aventajados que los jóvenes pudiesen preferirlos á los demas (1). » El sínodo de Thurles, celebrado por diez y ocho obispos de Irlanda en agosto de 1850, fijando su consideracion en estos mismos establecimientos, resolvió por

(1) Breves de 9 de octubre de 1847, 11 de octubre de 1848 y 18 de abril de 1850.

su parte : « Que ningun obispo podia encargarse ni de su direccion ni de su administraccion; que á ningun sacerdote era lícito desempeñar en ellos empleo alguno; que eran peligrosísimos, y que por consiguiente los jóvenes católicos no debian concurrirlos. »

Respecto á las escuelas nacionales en que se da la instruccion primaria, la conducta del Papa y de los Obispos ha sido hacer ver constantemente « cuán peligroso es para los niños católicos recibir de maestros protestantes las primeras nociones, que ordinariamente se imprimen en el corazon tierno de una manera indeleble. » Ni era posible adoptar otra, puesto que la intolerancia de los agentes del gobierno inglés respecto á los católicos de Irlanda ha llegado hasta el extremo de prohibirles á veces la apertura de escuelas bajo pretextos pueriles, y por consiguiente era de temer que muchos individuos quedasen sin enseñanza, á no recibirla en las escuelas nacionales.

De propósito he querido puntualizar aquellas resoluciones, fruto de un maduro exámen, pues que ponen en relieve el desacierto de los católicos que confian la educacion de sus hijos á personas disidentes de su profesion religiosa. Es lamentable por cierto observar en algunos países, especialmennte de la América Española, que un advenedizo ó una mujer cuyos antecedentes son desconocidos pueden merecer la confianza de los padres hasta el grado de hacerlos árbitros del porvenir religioso y moral de sus hijos, encargándoles su educacion. Una triste experiencia ha manifestado que la prevision del Papa y de los Obispos nacia del conocimiento exacto del corazon humano; algunos de los jóvenes católicos que han recibido su educacion en los establecimientos mixtos, cuando no han abandonado del todo sus creencias, han adquirido resabios que les son bien perjudiciales.

Los reformadores, hemos dicho, prohibieron bajo severas penas dar en Irlanda alguna clase de educacion ecle-

siástica, prometiéndose con esta medida opresora extinguir la creencia católica; mas no sucedió así. En Italia, en Francia, en España, en Austria y aun en Portugal no tardaron en erigirse seminarios para recibir los jóvenes Irlandeses que aspiraban al sacerdocio. Verdad es que estos durante largos años no pudieron volver á pisar las playas de su país natal sino ocultamente; mas al fin su constancia heróica, triunfando de la injusticia de sus opresores, llegó á obviar estas dificultades. Otras divisó entónces la Inglaterra, siempre perspicaz para ver desde léjos los peligros que pudieran amagarla. Las ideas revolucionarias, despues de trastornar la Francia, pulularon con mas ó ménos fuerza en otras naciones continentales, amenazando invadir mas tarde aun las mas remotas de Europa. El parlamento inglés temió que infestados por ellas los jóvenes irlandeses que se educaban en Francia y en Italia viniesen á esparcirlas en Irlanda, y aprovechando la influencia que les daba su ministerio, pudiesen disponer el pueblo á la revolucion: resolvió (1) que se fundase un seminario para la educacion del clero católico irlandes, y que fuese sostenido ademas por el Erario nacional. De este modo una medida puramente política vino á ser el orígen de un establecimiento tan célebre como el gran colegio llamado de *Maynooth*, por el lugar en que se realizó poco despues de acordada su ereccion.

Como el gobierno al crearlo se reservó su patronato y dió forma á su direccion, él nombra la asamblea que se ocupa de esta, y á la que pertenecen como miembros natos diversos obispos católicos de la isla, el presidente, el vicepresidente y los deanes del colegio. Á la asamblea corresponde fijar las cualidades que han de tener los colegiales, adoptar los textos para la enseñanza, y señalar los libros para los exámenes de cada facultad; elegir el presidente y vicepre-

(1) 1795.

sidente, los profesores y demas empleados, sin que estos puedan ser removidos sino por el voto de la mayoría de la misma asamblea. Cada año se reune esta en el mes de junio, y el presidente da en su seno cuenta minuciosa de su estado. Esta abraza: 1º. los estudios que se han hecho durante el año escolar y los alumnos que han sobresalido, y 2º. la inversión de las rentas colectadas y el balance de la caja.

El gobierno mantiene en el seminario el número total de estudiantes que los obispos de Irlanda tienen derecho de enviar á él, y que asciende hoy á quinientos veinte; algunos otros cursan tambien, pero pagando la cuota de su propio peculio. Quinientos cuarenta contaba el seminario en 1854 cuando yo lo visité por segunda vez, y con sus empleados y sirvientes pasaban de seiscientos los individuos que habitaban su vastísimo edificio. Los estudiantes son examinados al entrar en el seminario de las lenguas latina y griega en Salustio, Ciceron, Virgilio y Jenofonte. El curso de estudios que hacen luego que son admitidos dura ocho años: en los dos primeros se perfeccionan todavía mas en el latin y el griego, estudian las bellas letras y humanidades. Un año duran los cursos de lógica, metafísica y retórica, y otro el de elementos de física y matemáticas. El curso de teología dura cuatro años, y abraza los lugares teológicos, el dogma, la moral y la historia eclesiástica. Al concluir cada curso señala la asamblea los veinte individuos que, segun su juicio, mas se han distinguido en él por su virtud y aprovechamiento, y estos tienen derecho á permanecer tres años mas en el colegio, perfeccionándose en estudios de su profesion, y siguiendo cursos de derecho canónico, de hebreo y siríaco. Estos reciben durante el mismo tiempo una pension anual de sesenta y cuatro libras. Los profesores del colegio son por lo general sugetos muy distinguidos, y algunos poseen con perfeccion varios idiomas europeos. Tambien los hay que hablan el griego, el hebreo, el siríaco ú otras lenguas orientales.

La distribucion de cada dia entre la piedad, el estudio y la recreacion útil que observé en el colegio me pareció muy digna de atencion y la mas conveniente para los estudiantes. Cada uno de estos tiene, como en los colegios de Oxford y Cambridge, un aposento para sí, en el que duerme y estudia por la noche. Paseando con el Sr presidente los corredores á las siete de la noche, tuve ocasion de observar el órden y la disciplina perfecta de la casa á aquella hora. Todos, sin excepcion alguna, estudiaban, teniendo abierta la puerta de su aposento. Un silencio profundo reinaba en los claustros, y el seminario mostraba bien en su fisonomía ser casa de la sabiduría, que mora siempre en lugares donde reina el silencio y el retiro. Al colegio pertenece un vasto campo donde pacen rebaños de ganados; por él pasean tambien los seminaristas alguna vez en la semana, y pude gozar el magnífico golpe de vista que ofrecian quinientos cuarenta jóvenes vestidos uniformemente, y que marchando de dos en fondo con mesura y gravedad, entraban al seminario. El vestido de los colegiales de Maynooth es el mismo que llevan los universitarios de Oxford y de Cambridge.

Al gobierno inglés cuesta cada año este seminario la suma de veinte y seis mil trescientas sesenta libras esterlinas (1); el sobrante anual de esta gran suma se invierte en la biblioteca, hoy poseedora ya de un número bien considerable de volúmenes, entre los que distinguí diversas ediciones de la Biblia en varios idiomas, preciosos ejemplares de las ediciones mas acreditadas que se han hecho de las obras de los Padres, y un número crecido de escritores de filosofía, jurisprudencia, teología, historia y matemáticas.

Los buenos resultados del seminario de Maynooth no se han hecho esperar mucho: fruto suyo son algunos de los obispos, que con celo y doctrina digna de los primeros pastores rigen las diócesis de Irlanda, Norte-América y Nueva

(1) 659,000 francos.

Holanda; fruto suyo son tambien varios de los vicarios apostólicos que en la India Oriental y en otros puntos remotos de la tierra introducen el nombre cristiano, y lo son del mismo modo tantos otros sugetos que ocupan dignamente puestos bien distinguidos cerca de todos estos prelados y en sus seminarios eclesiásticos. En fin, como su único objeto es la educacion del clero irlandes, en este se advierte la uniformidad mas perfecta de opiniones y de liturgia, doctrina pura, moral severa y maneras bien cultas en sus modales y conversacion.

Mas tan felices resultados no son á propósito sin duda para satisfacer las exigencias de los celosos protestantes. Ellos querrian que fuesen de otra naturaleza y ménos á propósito para aumentar la influencia gloriosa del catolicismo. Por tal motivo no solamente miran de reojo al seminario de Maynooth, sino que quisieran verlo destruido. Ellos han hecho oir su deseo en el parlamento. El ministro conde Derwi apoyó en 1850 la indicacion hecha para suprimir de los presupuestos la partida acordada desde años atras para sostenerlo. Su eco, que era el del clero anglicano, fué estéril esta vez, como lo ha sido otras en presencia de la opinion de las conciencias sensatas que lo llamaron injusto.

Fuera del gran colegio de Maynooth, los obispos tienen pequeños seminarios que sirven de preparacion para aquel. En ellos no solo se da una instruccion completa en todas las clases preparatorias, sino que tambien se hacen cursos superiores para los que no tienen cabida en aquel. Entre los grandes colegios dirigidos por católicos para instruir la juventud, he visitado el de Carlow, fundado por el obispo Dail é incorporado despues por decreto real á la universidad de Lóndres; el de Glascow, que dirigen los Jesuitas desde el año de 1817; el de Esker, que plantearon en 1847 los Padres Dominicos, y el de Castlenock, abierto por los Lazaristas. En cada uno de estos se educan de doscientos á doscientos

cincuenta jóvenes. La gran reputacion de que gozan tales establecimientos les hace ser frecuentados, no solamente por los jóvenes del país, sino por protestantes y por extranjeros. En casi todos hay alumnos venidos desde Mádras, Bombay, Calcuta, Norte-América y Trinidad. En todos se cursan con perfeccion los ramos mas elevados de la física y de las matemáticas, así como todos los que preparan para seguir en las universidades las carreras profesionales de la jurisprudencia, medicina y teología. Cuando los jóvenes necesitan pasar exámenes para incorporarse en los cursos universitarios, son presentados por sus profesores, los que tienen derecho para presenciar los exámenes de sus alumnos.

En estos colegios ví por primera vez sociedades literarias formalmente establecidas entre los alumnos para conferenciar sobre objetos pertenecientes á sus mismos cursos. En el colegio de Glascow hay dos: una para los que cursan ramos superiores, y otra para los restantes; ambas tienen su reglamento, una sesion por semana, y á su disposicion la biblioteca del colegio á cierta hora cada dia. Las sesiones son públicas para todo el colegio, mas no toman parte en la discusion del punto señalado en la anterior sino los miembros de la misma sociedad. El de Esker, á mas de la educacion científica, tiene un segundo departamento consagrado exclusivamente al estudio de las ciencias naturales. Los protestantes, queriendo explotar en beneficio de su causa la preferencia que dan los Irlandeses á la agricultura, sea porque el suelo patrio corresponde con buenos resultados á las faenas del hombre laborioso, sea porque no contando con la proteccion del gobierno para otro género de industria, la agricultura es el trabajo que les ofrece mas segura subsistencia, han establecido en diferentes puntos de la isla colegios para enseñarla á una con su doctrina. Este fué uno de los motivos que indujo al P. doctor Smith á conceder en el colegio de Esker una atencion muy particular á la agricultura. Los que la estudian ningun género de gasto particular

necesitan hacer, pues con las lecciones ponen los profesores á su disposicion los elementos necesarios para su práctica perfecta.

No podré olvidar las impresiones que experimentaba al visitar todos estos establecimientos erigidos en lugares los mas bellos, que contienen en su recinto parques y campos deliciosos, y algunos de ellos torreones que datan de los siglos de la edad média. Pero estas impresiones fueron todavía en Castlenock mas vivas que en ninguna otra parte: pocos sitios ví en Irlanda tan pintorescos como este. Campos cubiertos unos de musgo, sembrados otros y embellecidos con jardines, bosques frondosos y sombríos, y largas calles de árboles elevadísimos; hé aquí el paisaje que se ve en torno de un antiguo castillo que subsiste en la posesion del colegio: pero hay algo que vale mas que toda esta poesía que la naturaleza y el arte quisieron reunir en este lugar privilegiado, y son los restos de la famosa abadía cisterciense que la reforma convirtió en colegio anglicano. Este dejó de existir, y los Lazaristas entraron á ocuparlo comprándolo en cinco mil libras: así este lugar, asilo de las luces y de la religion, recobró su primer destino tres siglos despues de profanado por la impiedad de los protestantes. La Providencia, cuyos juicios son insondables, hoy nos deja ver con frecuencia sucesos de esta clase en Irlanda y en Inglaterra. ¡ Ojalá instruidos los pueblos por la filosofía profunda que encierran, lleguen á persuadirse que el poder de los gobiernos mas fuertes y mejor organizados no puede ni un instante detener el curso que permite Dios á los sucesos!

Los reyes de la Gran Bretaña arrebataron al catolicismo sus templos, sus colegios y monasterios, despojaron á los católicos de su propiedad y de sus honores, enriquecieron con sus despojos á los que perseguian de muerte la fe cuyo nombre les era odioso.... Pero el catolicismo ha prevalecido en esta lucha; y aunque fatigado por la persecucion de tres centurias, él triunfa, y descansando sobre los despojos del

protestantismo, abre de nuevo sus cátedras en los lugares que aquel le arrebató un dia á viva fuerza. ¡ Ah, con cuánta propiedad puede señalarnos esas mismas bóvedas que despues de tres siglos vuelven á resonar con la voz de su magisterio como una demostracion concluyente de su fuerza sobrehumana!

La universidad católica de Dublin se abrirá en breve para estar al frente de la instruccion pública de su comunion, teniendo por rector al célebre Rev. Dr Neuman, ántes miembro de la universidad de Oxford y hoy celoso católico y presbítero de la congregacion del Oratorio.

Quiero ahora dar alguna idea de las escuelas establecidas y sostenidas por los católicos para la enseñanza primaria. El corazon que siente no puede ménos de conmoverse presenciando el espectáculo que ofrecen : espectáculo sublime que presenta en relieve la accion de la caridad que abraza con paternal ternura á los seres que el mundo frecuentemente olvida por su pequeñez y pobreza. ¡ Y quiénes son los instrumentos de esta caridad ! Unos hombres perseguidos por el poder, humillados por la calumnia, despojados de su propiedad y hasta proscritos alguna vez por las leyes allá desde el rincon que les sirve de abrigo, se ocupan en derramar el beneficio incomparable de la instruccion entre los pobres, como si con ellos simpatizasen mas por identidad de circunstancias. Son los obispos, los sacerdotes, los frailes, y en fin todas las congregaciones de hombres y mujeres, los que mantienen abiertas en Irlanda un número de escuelas verdaderamente prodigioso. Los beneficiados en ellas son hijos del pordiosero, que cubierto de andrajos recorre las calles; son hijos del labrador, que despues de haber trabajado todo el año ve al fin que su sudor ha contribuido solamente para engrosar la fortuna del que le oprime; y son los hijos de tantos á quienes la injusticia tiene sumidos en la desgracia. He visto mas de una vez á estos niños vestidos con harapos recibir su alimento de mano de sus preceptores ; y he visto

tambien á estos hacer todo género de esfuerzos para procurarse algun recurso á fin de comprar ropas con que cubrir la desnudez de sus discípulos. Y no se crea que solo esto es lo que necesitan hacer en favor de los pobres muchachos para que puedan educarse; no por cierto: tienen ademas que darles los libros, el papel y los demas útiles de escuela.

Esto visto, me parecia asombroso, considerando los pequeños recursos de que pueden disponer los que emprenden tales obras. Pero la caridad, alma del sacerdocio católico, enseña á soportar toda especie de sacrificios por el prójimo, y el clero de Irlanda vive en la pobreza mas estrecha, á trueque de mejorar la condicion moral é intelectual de sus hermanos, ya que no puede extender su accion hasta la social y material. Al frente de cada una de estas escuelas está regularmente un sacerdote, y siempre, cuando pertenece á las congregaciones regulares, él es el que da las lecciones de catecismo á cada seccion por separado, y quien prepara los niños para la confesion mensual. Las escuelas están divididas en dos grandes departamentos, y cada uno de estos en tres secciones correspondientes á las diferentes edades de sus alumnos. Uno de aquellos pertenece á las mujeres, y sus preceptores son tambien de su mismo sexo. Las Hijas de la Misericordia y del buen Pastor, las Hermanas de la Caridad, de S. José y de Sta Catalina dirigen algunas muy numerosas; mas tambien las hay bajo el cuidado de personas seglares que se contraen al ejercicio de la enseñanza. En todas se enseña con perfeccion lectura, caligrafía, dibujo, aritmética, gramática y geografía; pero en las de mujeres, se enseña tambien prácticamente á coser, bordar, lavar, y trabajar diversas especies de tejidos. El producto de las manufacturas se divide en dos partes: la una corresponde al alumno, y la otra á la escuela como indemnizacion de los gastos que hace en la educacion del individuo. El Rev. Dr Sppratt, autor del método de enseñanza prima-

ria seguido generalmente en todas las escuelas de Irlanda, y que cuenta mas de veinte y cuatro años de profesorado, me hizo notar que entre las cuatrocientas trece niñas que tiene una de las tres que están en Dublin á cargo de los Padres Carmelitas, á cuya órden él pertenece, habia cerca de cincuenta que adquieren con este género de labor la subsistencia de su familia. Las niñas, divididas en grupos de á doce, son dirigidas por maestras que hicieron su aprendizaje en el mismo establecimiento, al que por eso miran con particular afecto.

Dignas son del reconocimiento de la sociedad entera las congregaciones de señoras propagadas por los pueblos de Irlanda, para cuidar la educacion de las niñas de la clase pobre. En medio del desaliento que naturalmente inspira la miseria, una mano providencial se le extiende para auxiliarla y conducirla á los lugares dispuestos para socorrerla. Estas sociedades, inspiracion del catolicismo, no cuidan de dar publicidad á sus bellas obras en ruidosos meetings, ni de anunciar sus reuniones con largos programas; porque « no sepa tu siniestra lo que hace tu derecha, » es su divisa. Un secreto gabinete de la parroquia ó el salon de la casa de uno de los asociados les basta para sus sesiones, donde el espíritu de unas se enciende mas con el fervor de las otras. Reuniones en que se delibera con todo el aparato de las altas cámaras de los legisladores, discursos estudiados en que cada cual pretende hacer triunfar su modo de ver las cosas, son incompatibles con la noble sencillez del espíritu evangélico. Las sociedades de señoras irlandesas están bien penetradas de este espíritu. Una de estas conferencias tenida en un salon de las hermanas de la Misericordia de Dublin me lo manifestó hasta la evidencia. ¡ Quiera Dios que todas cuantas se proponen el mismo objeto sean de esta una hermosa copia !

Nada acobarda á los Irlandeses, cuando tratan de la instruccion primaria de sus hijos; ni aun al bajo pueblo, la

pobreza en que vive, y el abatimiento consiguiente á esta, le retrae de enviarles á la escuela. Muy pequeños son todavía, y ya tienen en sus manos los libros que contienen intacta esa fe que sus antepasados defendieron con heroísmo superior á todo elogio. He visto en las escuelas niños que escasamente contarian cinco años de edad, y no solo leían correctamente, sino que contestaban preguntas de geografía, y hacian con exactitud sus demostraciones en el mapa. El canto ocupa un lugar distinguido en las escuelas católicas de Irlanda: de entre los que manifiestan para él alguna disposicion particular se forman coros que ofician los domingos en las funciones de iglesia; yo oí en Dublin ejecutar algunos himnos en la de los Lazaristas y en la de los Carmelitas, y la impresion que me causó no fué tan solo la que un coro numeroso de voces infantiles puede producir, no por cierto: era otra muy diferente; yo veía tantos niños, cuyo exterior manifestaba bien su miseria, confesar solemnemente una fe conservada á despecho del poder de sus tiranos, una fe que si bien les abre paso para la inmortalidad feliz, les condena á vivir soportando las penalidades del proscrito..... Mi imaginacion volaba á los contornos de Babilonia, y en los Israelitas, sentados á las orillas del Eufrátes cantando con acentos de dolor el destierro de las tribus y la desolacion de Sion, me parecia encontrar el tipo de lo que veía.

## CAPÍTULO X.

El libertador de Irlanda. — Emancipacion católica. — El culto restablecido. — Reflexion hecha sobre unas ruinas en Cork. — Triunfo que no consiguió el poder. — Sociedad de temperancia. — Una nota.

La Irlanda, olvidada del resto de la Europa sin desmayar jamas en su fe, vivió tres siglos mártir de adhesion incomparable á la unidad católica. Tres siglos corrieron durante los cuales á la persecucion personal sucedió la confiscacion, á la confiscacion el hambre, y á esta la degradacion y la miseria; pero tales golpes, que harian sucumbir á otras naciones, pasaron sobre la bella Irlanda, imprimiendo tan solo en su frente el noble carácter del heroísmo que hoy contempla asombrado el orbe católico. « Ella concluyó » dando á luz un vengador, pero un vengador á la manera » de Cristo, que nos salva castigándonos. Un hombre se » encuentra que sin haber desempeñado jamas funcion al- » guna oficial, sin haber pedido ni recibido favor, título » ni decoracion de ninguna especie, ha reinado en su país » durante treinta años sobre los corazones, sobre el poder » y sobre la fortuna misma de cinco millones de hombres. » Reinó sin haber derramado jamas una gota de sangre, » sin haber empeñado una sola lucha sangrienta ó ilegal, » sino tan solo por la fuerza de su palabra, de esa palabra » libre y moderada que las excelentes instituciones de In- » glaterra garantizan á los mismos enemigos de su go- » bierno. Reinó, y su dominacion aprovechó á la causa ca-

» tólica mas que la de ningun rey moderno. Ha recibido
» de sus conciudadanos el nombre de *libertador*, y la pos-
» teridad se lo conservará, no por haber libertado su patria,
» como algunos han podido hacerlo en otras partes, sino
» por haber libertado la Iglesia de Dios en el mas poderoso
» imperio del mundo; empresa que á ningun otro le habia
» sido dado acometer hasta ahora. Él es quien, seguido de
» la Irlanda, golpea en nombre de su pueblo la puerta
» del parlamento inglés. Esta puerta se abre, y los católi-
» cos de tres reinos entran con él y para siempre. El vence-
» dor de Napoleon rinde las armas al jefe moral de un pue-
» blo desarmado, pero hecho invencible por la fuerza del
» derecho.... El grande, el glorioso acto de la *emancipa-*
» *cion* católica se resuelve despues de cinco años de com-
» bate (1). » El triunfo es del catolicismo, y el lauro de vencedor viene á ornar las sienes del inmortal O'Connell, que ha hecho triunfar en la lucha los derechos imprescriptibles de su pueblo, defendiendo la mas santa de las causas, la causa de la fe.

La emancipacion restituyó á los católicos de la Gran Bretaña, con el pleno derecho de ciudadanía, el de practicar públicamente el culto de su profesion; derechos de que les despojó la reforma por uno de esos repetidos actos de tiranía que confirmaron con su tolerancia los monarcas que ocuparon el trono de Enrique VIII durante trescientos años. Un movimiento general se hace sentir en Irlanda desde que se publicó el *bill* de emancipacion, y fruto suyo son los magníficos templos que llenan la isla, y que por sí solos explican bien el fervor y la piedad incomparables del pueblo irlandes. Fijando mi consideracion sobre algunos de estos edificios colosales, ¡cuántas veces recordaba aquella promesa infalible: « Edificarán los desiertos desde el siglo, y

(1) *Des intérêts catholiques au* XIX^e^ *siècle*, chap. I. (M. le comte de Montalembert.)

» alzarán las antiguas ruinas (1) ! ¿Y qué son la magnífica » catedral, los treinta y tantos templos que existen en Du- » blin y los innumerables diseminados en las veinte y nueve diócesis de Irlanda, sino la reparacion de aquellas ruinas que emprende el genio que las edificó tantos siglos atras? He presenciado en el primero de aquellos la instalacion del primado de Dublin en su silla metropolitana: la vastísima catedral de la Concepcion, sus tribunas y pórticos completamente llenos, las grandiosas ceremonias del culto católico, la majestad de veintiun obispos y de infinitos sacerdotes reunidos, la armonía del canto y la devocion del pueblo daban á la solemnidad el esplendor mas brillante que pudiera imaginarse. Parecia renovarse allí la restauracion de las solemnidades de Jerusalen hechas en medio de los trasportes de alegría de la casa de Judá. Pero tuve ocasion de conocer aun mas todavía hasta qué punto ha triunfado en Irlanda la constancia católica sobre el error, el fanatismo y la crueldad de sus perseguidores.

Paseábame en la ciudad de Cork, un bello edificio se elevaba delante de mis ojos, cuyo alto campanario anuncia ser un templo: me acerqué para visitarlo, y una hermosa estatua de la santísima Vírgen en que termina su frontispicio me hizo conocer que pertenecia á los católicos. Entré en él á tiempo que una comunidad religiosa cantaba en el coro las completas: las pausas de la salmodia, los graves sonidos del órgano, las luces que ardian sobre el altar de mármol y el silencio de los concurrentes, daban al lugar santo un aire severo y misterioso al mismo tiempo; me encontraba en un convento de Dominicos, y era cabalmente aquel que repetidas veces sirvió de teatro á las devastaciones de los reformadores. De aquí, por órden del lord Matthew Heyne, obispo anglicano de Cork, la santa imágen del fundador de los Hermanos predicadores, sacada violen-

(1) Isaías, cap. LXI.

tamente, fué arrastrada por las calles y reducida á cenizas en las llamas, en medio de la algazara de los miembros de un *meeting* protestante y de los lamentos de los católicos perseguidos. Desde aquí salieron para ser sumidos en oscuros calabozos tantos atletas de la fe, de los cuales si alguna vez salieron fué, como Barry, para recibir en el cadalso la auréola del martirio (1), ó como Búrgos y otros para exhalar sus últimos suspiros en las penurias de un destierro bajo el mortífero clima de las Barbádas. Aquí el furor protestante, ejecutando los edictos de Cromwell, despedazó á O'Caihil al pié del púlpito, desde donde la víctima alentó tantas veces á sus compatriotas á la paciencia con esa elocuencia que como torrente brotaba de su boca. Aquí, en fin, las llamas y el pillaje, la proscripcion y la muerte trasformaron en soledad la casa del Señor, dejando escombros y vestigio de profanaciones en vez del esplendor que ostentaba el santuario en medio de su magnificencia.

Pero el tiempo corre, la persecucion continúa, las proscripciones no cesan todavía, y los religiosos vuelven, aunque disfrazados, á regar con sus lágrimas el árbol del martirio que en aquel sitio, para ellos por eso aun mas amable, plantaron sus hermanos y ellos desean fecundizar. Esas lágrimas no son estériles, el templo se repara, y poco á poco vuelve á recuperar su primitivo esplendor. « Sus ruinas se alzan y el desierto florece nuevamente. » La mano de Dios descansa allí. Sí, allí descansa, y no es vana la esperanza que estampó en su pórtico : DOMUM ISTAM PROTEGE, DOMINE !!!

Bien dijo el ilustre escritor *De los intereses católicos*, « que los Irlandeses preludiaron la derrota de sus opresores con la victoria que reportaron sobre su propia intem-

(1) Fr. Ricardo Barry fué primeramente quemado y despues aspado, en cuyo tormento murió. ¿Puede el protestantismo acusar de cruel á la Inquisicion de España despues de hechos como este?

perancia.» A la verdad, la embriaguez era el único vicio que pudiera entre aquellos llamarse popular. Obrando como el hombre á quien su imaginacion representa con viveza los horrores de su suerte adversa, ó de un porvenir funesto que no está en su poder evitar, procura el delirio como medio de separar de sí imágenes que le atormentan, haciéndole sufrir con lentitud las angustias de la muerte; así aquellos se permitieron buscar tambien en la embriaguez un consuelo que les hiciese olvidar por el momento su miseria. O'Connell hizo el primer esfuerzo para desalojar este vicio del seno de su pueblo, y consiguió efectivamente que este no hiciese uso de bebidas espirituosas durante el tiempo de su eleccion. Á un monje educado en el retiro del claustro, cuyo trato principal no ha sido el de la sociedad sino el de Dios en la meditacion, y á quien por eso se le ha iluminado esa oscuridad profunda que hace incomprensible el arcano de la propension humana, estaba reservado borrar esa mancha que afeaba la vida moral de una nacion llena por otra parte de heroísmo y de virtudes. Su elocuencia es la del corazon que habla á los corazones, sus maneras son sencillas como las del niño, él carece absolutamente de pretensiones mezquinas que pudieran mezclarse en el éxito de su empresa, su único propósito es desterrar el vicio, este el que sirve de tema á sus sermones, el que estampa en las medallas que llevan sus asociados, y el que está comprendido en estas dos palabras que logra hacer populares en ambos mundos: *Templanza en la bebida.*

Los resultados del celo prodigioso de este ilustre Franciscano bien pudiéramos considerarlos como bella reproduccion del primitivo fervor: en poco mas de cuatro años, cinco millones de Irlandeses, tanto en la América como en la madre patria, han pronunciado en las manos del monje un voto que les obliga *á la templanza.* El producto del impuesto sobre bebidas habia disminuido en Irlanda la

tercera parte en el año de 1842, fecha que cierra los cuatro años á que hemos aludido. De este modo el P. Matthew reportó una victoria que inútilmente trabajaron por obtener uniendo sus esfuerzos la ley y la autoridad. ¡Un monje obtuvo un triunfo que no consiguió el poder!

Las sociedades de templanza, maravillosamente propagadas en Inglaterra y Escocia, han dado en estos países el mismo resultado que en Irlanda. El gobierno poderoso de la Gran Bretaña reconoció y premió este servicio eminente prestado á la sociedad por un fraile irlandes. El vicio no estaba *arraigado solamente en la Irlanda católica*, como decia con énfasis un escritor protestante, el vicio era general entre los súbditos del Reino Unido; y sin ocuparnos de averiguar en cuál de los tres era mas usual el exceso en el uso de los licores, si en la Inglaterra protestante, en la Escocia presbiteriana ó en la Irlanda católica, advertiremos solamente que no es el nombre de la última el que figura primero en los datos oficiales que obran á este respecto.

Digitized by Google

IMP. SIMON RAÇON.

EL CARDENAL WISEMAN

## CAPÍTULO XI.

Inglaterra. — Lóndres. — Manchas de sus palacios. — Catacumbas de San Pablo. — Westminster. — La silla de Eduardo el Confesor. — Los canónigos, los oficios y sus asistentes.

El hombre conoce hasta qué punto puede subir su poder, cuando se detiene á considerar el espectáculo que le ofrece la Inglaterra, esta nacion reina, heredera del imperio de la antigua Roma, por la extension de su poder, por la energía de su política y por la perseverancia de sus designios, esta nacion cuya bandera tremola en todos los mares y bajo todos los hemisferios, y que ve llenarse sus puertos cada dia de naves que entran para amontonar en su seno las riquezas de todos los países de la tierra. Su gran capital, la mayor ciudad del mundo, con sus ochenta plazas, diez mil calles, doscientas mil casas y dos millones de habitantes, parece representarnos la famosa Nínive ó aquella Babilonia inmensa que apénas se podia rodear en siete dias. Como en aquellas, un objeto grande sigue á otro; los monumentos alzados á sus hombres célebres se multiplican sin número, y los arcos y pórticos consagrados á las glorias nacionales se dejan ver á cada paso. Pero en esta gran ciudad, donde todo está dispuesto para dar muestra de una magnificencia que asombra, parece presidir un genio sombrío y melancólico que la despoja completamente de sus atractivos, y la condena á vivir triste en el seno mismo de su opulencia. Su horizonte oscuro, y muchas veces aun en la mitad del dia, se empeña en echar un velo sobre los crímenes que oculta,

para que no llegue á traslucirse toda su deformidad con escándalo del linaje humano. ¡ Inútil diligencia ! Son tan conocidos, que el mundo no tiene ya que indagar ni un ápice de su monstruosidad.

Todos esos palacios están manchados : los que echaron sus cimientos les imprimieron tambien las primeras manchas del delito, y los que les sucedieron aglomeraron otros nuevos sin medida. Entrad á San Jámes..... á San Jámes donde se firman desde dos siglos atras tantas resoluciones de influjo universal; allí todo os recordará á Enrique VIII, su fundador : en sus salones labró esa larga cadena de crímenes que forma su vida, y cuyos negros eslabones son la apostasía, la crueldad, la sensualidad y el despotismo. De allí sale la virtuosa Catalina de Aragon, y miéntras esta hija de reyes va á ocultar su dolor en el silencio de los claustros, Ana de Boulen entra á ocupar su lugar en el palacio de San Jámes. En vano se ha advertido al rey ser esta dama hija suya, segun todas las probabilidades; una pasion brutal le ha dominado, y el imperio que ejerce sobre su corazon es mas fuerte que la voz de la naturaleza. Pero este amor vehemente pronto se convierte en odio entrañable; y esa misma dama, causa principal de infinitos males, desciende del trono á la prision y de la prision al cadalso. Á la Boulen sucede Juana de Seymour, y á esta Ana de Cléves, que es repudiada al mismo tiempo que el rey homicida y adúltero hace morir á su favorito, que mas eficazmente habia contribuido para este matrimonio. El infeliz deja oir desde el patíbulo los postreros gritos de su remordimiento : « ¡He sido, dice, seducido por el rey para abjurar mi fe; pero muero sinceramente católico.... muero en el seno de la verdadera Iglesia!.... » Catalina de Howar subió entónces los escalones de San Jámes; mas ¡ay! esos escalones eran demasiado resbaladizos, y la hermosa cuanto desgraciada Catalina tuvo que descender por el mismo camino que la Boulen.... Mueren decapitados con ella su

padre y sus hermanos. ¿Cuál era su crímen? Se les acusaba de faltas que se suponian cometidas por la reina ántes de su matrimonio, y se castigaba con el último suplicio á cuantos pudieran ser sabedores de su flaqueza. ¡El pueblo queda atónito á vista de excesos tan horribles, y el parlamento, instrumento ciego de las pasiones de su amo, pronuncia sentencia anticipada de muerte contra la mujer que tenga la osadía de subir al lecho del monarca sin ser vírgen! No obstante, una viuda es la que viene á cerrar el largo catálogo de las esposas del fundador de la Iglesia anglicana. Las bóvedas de San Jámes, que tantos excesos de todo género habian cobijado, debian tambien presenciar un castigo severo. Enrique, adúltero y sacrílego, dista un solo paso de la muerte, y en rededor suyo se oye todavía una algazara bulliciosa, calculada de propósito para dar vida á su moribundo cuerpo: enmudece repentinamente; uno de los cortesanos le anuncia que su vida durará pocos momentos. « La angustia y los remordimientos de Enrique » son entónces superiores á toda expresion: manda que le » llamen á Cramner; pero cuando llegó á su presencia este » prelado, ya estaba fuera del uso de sus sentidos. Cramner » le toma la mano para que le diese alguna muestra de » morir en la fe católica, mas sus diligencias fueron vanas, » porque el rey espiró en aquel mismo instante (1). » Cramner era un obispo católico, aunque la historia le acusa de haber traicionado alguna vez sus deberes.

Venid luego á Whitehal: la idea de la autoridad ultrajada en la persona de un monarca que desciende del trono para subir los escalones del cadaiso, de un soberano que no obstante su calidad de preso evoca con dignidad la majestad de la ley para decir á sus injustos jueces: « Vosotros no « podeis juzgarme, porque soy vuestro rey, » excitan naturalmente la atencion. Cárlos I, sin ser protestante por

(1) *History of England*, ses. VI, chapter XXIII. (Goldsmith.)

convencimiento, toleró las intrigas del protestantismo, que tendian á trastornar el órden y las leyes de la monarquía apoyándose en el parlamento. Su ruina fué segura desde entónces. Este le condena, y el príncipe atraviesa á pié el parque de San Jámes para llegar al cadalso levantado en Whitehal. Allí bajo el golpe del hacha cae la cabeza del primer rey que muere condenado por su pueblo; mas este rey, al espirar, mirando á sus verdugos, les ha dicho con terrible voz: *Rememberg* (acordaos), y su palabra agita cruelmente la conciencia de sus acusadores y de sus jueces. La sombra ensangrentada de su víctima les persigue en todas partes, y Cromwell mismo, el mas poderoso y encarnizado de todos, hace resonar con gritos de desesperacion las bóvedas doradas de Whitehal.

Entrad á la torre de Lóndres, á esa habitacion primitiva de los soberanos de la Gran Bretaña, cuyos chapiteles, ennegrecidos y gastados por el curso de cien generaciones, son como la historia monumental de la monarquía inglesa, cuya infancia y desarrollo contemplaron inmobles. En el *Beffroi* se presenta la prision de Enrique V, del duque de York, su hermano, del obispo de Gloucester y de tantos otros príncipes tratados como traidores cuando eran ellos víctimas de la traicion. Una estatua ecuestre de la reina Isabel, vestida con las mismas ropas que solia llevar, es lo primero que se percibe entrando en los salones de la *Fortaleza de San Pedro:* su vista feroz parece fijarse en algun objeto..... ¿Será acaso en el banco y en el hacha que sirvieron para decapitar á su criminal madre Ana de Boulen que se ven allí mismo? ¿ó contempla el lugar en que acabó sus dias el famoso conde de Essex, su favorito? En la de *Beaux-Champs* aun se leen inscripciones y nombres puestos por diferentes víctimas condenadas á morir, y en la de *Wakefield,* la última de todas, permanecerán vivos todavía durante muchos siglos los recuerdos de Enrique VI, que sufrió en ella la prision precursora de su muerte. La consi-

deracion se fatiga engolfada en esta inmensidad de enormes delitos de que ha sido teatro este edificio, uno de los mas célebres del mundo. ¡ Ah ! el esplendor de las riquezas de la corona que allí se guardan no ha podido ofuscar los recuerdos cada vez mas vivos de aquella serie espantosa de delitos.

¡ Hé aquí, decia yo al salir de la torre, cuántos crímenes atroces se han cometido en un solo lugar de la famosa Lóndres ! ¡ Cuántas manchas arrojadas sobre un trono á cuya voluntad soberana se mueven tantos millares de vasallos ! ¿ Pero cuál de los regios edificios de la soberbia Albion no ha sido testigo de iguales excesos ? Si alguno se muestra limpio de manchas que dejara la sangre de víctimas humanas, no por eso lo estará de cuanto la conciencia religiosa y la razon del hombre rechazan como crímen..... Esos manejos políticos que la sociedad condenó, porque tendieron mas de una vez á proteger las revueltas de los Estados que ella misma llamaba sus amigos.

Ocupado por estas imaginaciones, me dirigia á San Pablo, el templo principal de los Anglicanos, ó, hablando con mas propiedad, la metrópoli del protestantismo. El aspecto de este inmenso edificio, divisado desde léjos, dispierta sentimientos religiosos : su elevada cúpula sobre la que descansa el sagrado símbolo de la regeneracion humana, las estatuas colosales de los apóstoles que adornan su pórtico, y los relieves que representan con primor el triunfo de la gracia sobre el corazon de Saulo, objetos son por su naturaleza que hablan al espíritu el idioma de la piedad. Mas, sea cual fuere el sentimiento que dispierten, pronto se disipa penetrando en el interior : sus vastas naves nada le ofrecen para nutrirse, ni nada presentan á la vista del que la visita fuera de monumentos elevados á la memoria de hombres célebres los unos, oscuros los mas, y execrables no pocos por sus vicios.

El catolicismo, consecuente siempre con su principio

fundamental, personifica las virtudes en las personas de sus Santos, y colocándoles en los altares, les propone como modelo á la imitacion de sus fieles. No es una talla de exquisito gusto, no es obra maestra de un profesor de escultura la que nos acercamos á contemplar en esas estatuas que nos presenta; no por cierto: es la imágen del hombre que triunfó primero de sí mismo, pisoteando un corazon en que imperaba la soberbia, dominando los movimientos rebeldes de una carne provocada por la sensualidad, y abrazando la cruz en que leía las virtudes de Dios hecho modelo de sus criaturas. El mundo no existia para ese hombre, sino como un objeto sobre que debia brillar la luz de sus ejemplos, ni sus semejantes tenian entrada en su corazon mas que como acreedores á esa caridad, reflejo de la de Dios, que ni tiene ni puede tener límites. Por lo demas, *él estaba muerto para el mundo, y su vida escondida en el amor de Jesucristo.* El cristianismo se alimentó desde su cuna con la piedad que manan estas imágenes sublimes; y el Oriente y el Occidente, ilustrados por la cruz, colocaron en sus templos á los que las copiaron en sí mismos.

El protestantismo, al contrario, tan inconsecuente en su orígen como lo ha sido en su marcha, condenó despóticamente la práctica constante de quince siglos, desterró de sus templos las imágenes de los Santos, y resucitando el fanatismo iconoclasta, persiguió de muerte á cuantos rehusaron adherirse á su impía resolucion. Las tumbas de los reformadores sucedieron á los sepulcros que encerraban las reliquias de los mártires, y en lugar de los altares consagrados por la Inglaterra católica á Eduardo el Confesor, á Beda, luminar del Occidente, y á Anselmo, gloria de la iglesia de Cantorbery, se levantaron monumentos en que aparecen las estatuas de Isabel y de Cromwell. ¡ Qué horror! La hija adulterina de Enrique VIII, la que lavó sus manos en sangre inocente, la que despojó el santuario despues de profanar sus misterios, encuentra en el templo una plaza

de honor, que fué negada como santo al monarca mas ilustre entre sus abuelos. Los hombres venerandos que con celo infatigable consagraron su vida á la propagacion de la virtud y de las luces en Inglaterra, dejan sus puestos para que sean ocupados por las tumbas de los crueles tiranos de su patria. La razon humana miraria como quimera la posibilidad de aberraciones semejantes, si la evidencia no se las mostrase realizadas por el protestantismo.

Existe en esta iglesia un subterráneo al que sus guardas dan el nombre misterioso de *Catacumba*, aludiendo sin duda á las que guardan en Roma los preciosos restos de los soldados invictos que con su muerte vencieron al siglo y sellaron la fe que regeneró al mundo. ¡ Pero qué diferentes son las impresiones que experimenta el alma en las catacumbas de Roma de las que siente entrando en el subterráneo de San Pablo ! Á la luz de una antorcha descendia yo numerosos escalones hasta entrar á un espacioso salon, en cuyo centro se eleva un catafalco. Algunas lámparas esparcidas en su rededor le comunicaban una luz pálida y semejante al sol que alumbra á Lóndres rara vez en los dias de invierno. No se divisan con el auxilio de esta grabados en parte alguna los instrumentos del martirio sufrido por la causa de la verdad, ni simbolizadas las virtudes que hicieran amable su nombre á las edades venideras; ni ménos las guirnaldas que el reconocimiento colocara sobre la urna que contiene aquellos frios despojos de la muerte; nada de esto : al contrario, algunos trofeos militares colgados por allí descubren bien que aquel monumento encierra los restos de un general; y cualquiera que fuese la causa que hubiese defendido, llevó consigo la muerte, sus armas inspiraron terror á los hombres, y su reputacion se levantó sobre sangre y sobre cadáveres de víctimas sacrificadas por la ambicion de gloria ó por la falsa política. NELSON ví escrito luego con letras doradas sobre el ataud.... ¡ Oh Nelson, á él se rinden honores que se nega-

rian á otra clase de héroes! Recuerdos bien repugnantes para la moral excitó este nombre en mi imaginacion; la historia consigna los sucesos, y la Italia toda es su testigo. ¡Ved ahí el mártir que descansa en las catacumbas de la metrópoli del protestantismo! me dije volviéndole la espalda.

El interior de Westminster, uno de los mas admirables monumentos producidos por el esfuerzo religioso, no me causaba la misma impresion que el de San Pablo. Westminster, conservando toda la fisonomía primitiva que le imprimió en su creacion el espíritu monacal, manifiesta bien que su estilo severamente gótico y su construccion en forma de cruz estuvieron calculados para inspirar el recogimiento y la piedad en el corazon de los cristianos. El espíritu no se hace violencia para persuadirse que es un templo consagrado á Dios el que visita, como sucede regularmente en los dedicados por el rito protestante. Contemplando sus bóvedas suntuosas, el alma se remonta hasta la época de sus fundadores, que encuentra entre aquellos monjes recogidos bajo la cogulla, y cuyas estatuas adornan sus ojives y chapiteles. Parece que unos seres olvidados de la sociedad por profesion y desconocidos del mundo por estudio fuesen los ménos á propósito para producir obras tan monumentales como Westminster; mas no ha sucedido así. La Europa ha estado cuajada de templos soberbios, de monasterios famosos por su belleza y primor arquitectónico, de sepulcros, de estatuas y de obeliscos que las generaciones no podian contemplar sino admirando al genio que las produjo. Este se formó en los claustros, y vivió constantemente entre los monjes. La reforma primero y las revoluciones sociales despues han arrasado un sinnúmero de esas producciones del esfuerzo y de la inteligencia del hombre; pero las que, como Westminster, han sobrevivido á la catástrofe, permanecen de pié, acusando al mundo la injusticia de los que condenaron las instituciones en cuyo seno se concibieron obras tan gigantescas.

El protestantismo con toda su opulencia no puede gloriarse de haber alzado para su culto un templo como Westminister. Sobre sus bóvedas se han deslizado los siglos unos en pos de otros, cien generaciones se detuvieron contemplando asombradas la magnificencia de sus naves, y cien otras que sucederán se detendrán todavía á contemplarlas con la misma admiracion. La grandeza de pensamiento, la magnificencia del plan, el primor del arte, la inspiracion de la piedad y todo cuanto puede contribuir para hacer bella, suntuosa y terrible la casa del Señor, brillarán perpetuamente como característicos de este monumento colosal del genio y del esfuerzo humano. Visitando las capillas en que están depositados los restos de los descendientes de Eduardo el Confesor, ¿cuántos rasgos hermosos no se ven dibujados que descubren una piedad honrosa para sus autores infinitamente mas que el cetro y la corona que llevaron algun dia? El siglo, regularmente injusto y casi siempre incompetente para fallar sobre el verdadero mérito de los individuos, se detiene en presencia de estos monumentos, para contemplar conmovido una reina que cambia el esplendor de la corona por el rincon oscuro de una celda, ó para leer escrito en el epitafio de otra *que bajó al sepulcro colmada de las bendiciones de los pobres á quienes dió cuanto tenia.* ¡Qué contraste forman las tumbas de estas dos ilustres princesas frente á la de la tristemente célebre Isabel! Una vida inocente, ennoblecida por virtudes, al frente de otra licenciosa y degradada por los vicios; allí nadie derramará una lágrima que no haga brotar la gratitud, el reconocimiento y el amor, miéntras que acá nadie se acercará sino para mirar con horror aquel semblante feroz, retrato perfecto del corazon que encubre, aun mas feroz y manchado por crímenes de todo género.

La silla que se deja ver rodeada de una verja lleva consigo recuerdos de heroísmo cristiano y de virtudes cívicas con que ennobleció el trono de Inglaterra el invicto *Confesor*,

mas que con cuantas otras grandes empresas hayan acometido sus sucesores en el trono de Inglaterra; pero las cenizas del grande Eduardo no reposan en el lugar que piden sus creencias: el católico de corazon obedeció la voz del Príncipe de los pastores, y puso todo su conato en propagar y defender la fe que nos une á Roma, y por la que murió mártir uno de sus abuelos. Si un soplo vital, me decia á mí mismo, animando estas frias cenizas, permitiese que Eduardo se alzase de la tumba, ¡cuál seria su indignacion al encontrar su sepulcro entredicho de esa fe y rodeado por los que rompen su unidad y condenan su doctrina!

Me paseaba observando algunas de las tumbas antiquísimas que se ven en las naves, cuando los beneficiados de la iglesia principiaron los oficios que llaman *el servicio*: el canto coral, ejecutado por muchachos, me pareció bien, la devocion de los canónigos armonizaba con su fisonomía mundana, y los asistentes eran tan escasos que en dos minutos pudieran contarse fácilmente.

Los claustros de Westminster, que tres siglos atras sirvieron de asilo á las virtudes y á las letras, ahora están ocupados por las mujeres y los hijos de los clérigos empleados en la iglesia. Las letras salieron de allí al mismo tiempo que el silencio, y el retiro y las virtudes huyeron perseguidos por los que á la augusta dignidad del sacerdocio unieron la incontinencia y las costumbres del siglo.

## CAPÍTULO XII.

El espectáculo de la época. — Realidades. — ¿Dónde está el elemento salvador? — El clero anglicano. — Su estado actual. — Es un servidor del poder civil. — La convencion. — Sus escisiones. — Inaccion completa. — ¿En qué se ocupa? — Sociedad bíblica y sus trabajos de propaganda. — Conversiones ruidosas al protestantismo. — Achili, Gavazzi y los revolucionarios de Italia. — Consecuencias.

En el siglo de las revoluciones se ha querido recomendar como espectáculo consolador para la sociedad minada y próxima á hundirse el que ofrecen los países de Europa dominados por la influencia protestante. « En un período de pruebas, se ha dicho, y quizá de inmensas desgracias, los Estados cuyas instituciones liberales les acarrearon fortuna y prosperidad, son los únicos que cuentan con recursos propios para hacer frente durante un largo tiempo á los peligros, y estos son los Estados protestantes, ó los de la escuela liberal católica, que no inspiran ménos aversion á la Santa Sede que el mismo protestantismo. » Juzgando superficialmente sobre el estado de Inglaterra, pareciera quizá justificable este dicho de un protestante, y repetido hasta el fastidio por otros de su misma comunion; mas en un siglo donde á la vez que la revolucion social se predica la libertad de pensar, en un siglo en que se tiene á ménos adherirse al juicio de otros, siempre que este no esté conforme con la conciencia formada por el propio convencimiento, en un siglo en que nada valen las teorías sino en cuanto se armonizan con lo positivo, en cuanto descansen sobre la realidad; considerada bajo este influjo, es tan absurda como quimérica aquella auréola que se pretende

colocar sobre la frente del protestantismo anglicano y del socialismo rojo de la Suiza y del Piamonte. Si la Inglaterra se ha salvado hasta aquí de ser trabajada por el socialismo de un modo tan rápido como otros países católicos, lo debe á sus leyes y á sus antiguas instituciones, que no son ciertamente obra de que pueda gloriarse el protestantismo. Pero tambien es cierto que á la sombra de estas leyes, no modificadas ni alteradas como pudieran exigirlo las circunstancias de las épocas diversas que atraviesan las naciones, fácil es ver formarse los elementos que la trabajaran mas tarde hasta postrarla.

Unas masas sumidas en vergonzosa ignorancia, carcomidas por la inmoralidad, hambrientas á causa de su miseria, y sin freno alguno en la conciencia que pueda contener á los individuos que las componen, no son elemento á propósito para hacer frente á los peligros del socialismo revolucionario, ni lo es tampoco un pueblo á quien no anima otro espíritu que el interes individual, y ante cuya opinion la felicidad del hombre social consiste en las riquezas que ponen á su disposicion los medios para procurarse los goces materiales. ¿Dónde pues iremos á encontrar ese elemento salvador cuya eficacia tanto preconizan los escritores protestantes? ¿Lo hallaremos en el clero? ¿lo hallaremos en la aristocracia? ¿ ó lo hallaremos en la fe y en la conciencia de la nacion? Vamos á examinarlo.

El clero anglicano, tal como hoy existe, hablando con propiedad, no es mas que un simple servidor del poder civil: este nombra los individuos que forman su jerarquía, les paga con rentas de la nacion, y les liga por un juramento á serle perpetuamente fieles, reconociendo en él la única suprema autoridad de la Iglesia y del Estado (1). El derecho de reunirse en sínodos, de discutir y resolver las controversias sobre el dogma y la disciplina, le está vedado

(1) *English Ritual.* The Ordering of Deacons.

absolutamente, y semejante en todo á aquellos cuerpos que se animan obedeciendo la influencia del magnetismo, no puede marchar sino por la senda que le marcan las órdenes de su soberano. En diversas épocas ha hecho tentativas tambien diversas para conquistar cierta especie de libertad; pero se estrellaron aquellas entónces mas bien contra la division de intereses de sus propios individuos, que contra la oposicion del trono y de su parlamento. Leyendo atentamente los incidentes curiosos que han tenido lugar entre el obispo de Exeter y el arzobispo de Cantorbery (1), no puede quedar alguna duda de esta verdad. Aquel se empeñaba en sostener su derecho para celebrar asambleas ó convenciones eclesiásticas, miéntras el segundo se preparaba para cerrarlas el dia mismo de su apertura, evitando de este modo las discusiones que se proponian entablar algunos miembros del episcopado adictos al puseísmo.

El parlamento ha dicho repetidas veces: « La religion es entre nosotros negocio de Estado, y como tal al gobierno y no al clero compete toda deliberacion sobre el dogma y la disciplina; las convenciones y asambleas diocesanas no tienen por consiguiente objeto alguno. » El primado anglicano piensa hoy del mismo modo que el parlamento, como él piensan tambien muchos otros de sus cólegas; y desde que aquella decision del parlamento, *la religion es entre nosotros negocio de Estado*, produjo en la conciencia de estos obispos un eco superior á la voz del fundador del cristianismo: « Del mismo modo que mi Padre me envió, yo » envío á vosotros, » las convenciones eclesiásticas murieron, convocándose solamente por fórmula para cerrarse el mismo dia de su apertura. Yo no sé qué nombre pueden dar aquellos *obispos de fundicion real* (2) á esta dependen-

(1) 1853.

(2) Así les llama un individuo del clero protestante, William King. *The politic. and liter. anecdotes*,

cia absoluta de la Iglesia y de sus intereses mas preciosos de la voluntad del poder temporal y de los caprichos mismos de un individuo, á quien léjos de haber sido confiada: « Guardaos de tocarla, le fué dicho, obedecedla, este es vuestro ministerio. »

Ademas, este mismo clero lleva incrustado en su seno un elemento que lo disuelve, y hoy mas visiblemente que jamas; este es la escision. Sin fijeza ni estabilidad en nada, múltiple y anárquico por naturaleza y por principio, el protestantismo no permite al espíritu permanecer en una fe ni sujetarse á una doctrina. *Nuestro símbolo es la Biblia,* dirá con énfasis como el fundador de la reforma; pero celoso al mismo tiempo del libre exámen, permite que cada cúal la interprete segun su juicio. Asombra observar la multitud de sistemas religiosos que aparecen cada dia en Inglaterra, dividiendo mas y mas las conciencias de los que se llaman ministros de una misma Iglesia; pero mas asombra todavía que el ateísmo haya penetrado hasta el presbiterio, concluyendo por trasformar en incrédulos á los que el cisma separó ántes de la unidad católica.

Solo hay un paso del protestantismo al indiferentismo, y de este otro aun mas corto al ateísmo, ha dicho un profundo pensador de nuestro siglo; y en el seno del clero anglicano encontramos la triste experiencia de este verdad. Los obispos, tan separados unos de otros como entre sí lo está el resto del clero, ni tienen arbitrios, ni tratan de atajar el cáncer que devora rápidamente su cuerpo jerárquico: el juramento de guardar la fe de los treinta y nueve artículos que se exige á los que van á ser promovidos al presbiterio, es del todo ilusorio, puesto que la restriccion mental destruye la fuerza del juramento, segun el comun sentir de los protestantes; y puesto que, segun ellos mismos, la libertad de pensar en materia de religion ni tiene ni puede tener límites. La diferencia de fe entre el diocesano y el presbítero no se juzga inconveniente para insta-

larle pastor de almas, encomendándole la predicacion de una doctrina que él no juzga verdadera, puesto que disiente esencialmente de la suya. Esto se creerá exageracion, pero es realmente lo que pasa: yo podria aducir como comprobantes varios hechos recientes, mas uno solo basta. La reina Victoria presentó para pastor á un individuo que no estimaba como lícito administrar el bautismo sino solamente á los adultos. El obispo de Exeter se negó á instituirle en la parroquia, representando la diferencia de fe que le separaba de aquel *parson;* mas todas sus observaciones fueron inútiles: la reina declaró *que el obispo no tenia derecho para excusarse á obedecer su mandato.* La prensa anglicana se ocupa continuamente de cuestiones semejantes entre los obispos y su clero, y todo el mundo sabe hasta qué punto llegan las dimensiones de esta escision, despues que el puseísmo echa raíces, especialmente entre los mas piadosos y mas ilustrados individuos del clero anglicano.

Algunos juzgaron al puseísmo como un paso que aproxima el protestantismo al centro de la Iglesia universal, ó como el precursor de una reaccion lenta que irá acercando la Inglaterra á la madre comun de los cristianos con quien vive en entredicho. Debe notarse sin embargo que existen diferencias bien esenciales entre el simple puseísmo y las sectas que de él han germinado despues. Pusey no concibió al principio mas que el simple proyecto « de introducir la reforma en la reforma misma, ó de extirpar los numerosos abusos que veía introducidos en el protestantismo. » Segun su doctrina, este dista infinitamente del cristianismo, rechaza dogmas esenciales que forman parte de la fe predicada al mundo por el Redentor, y su disciplina, relajada tambien monstruosamente, necesita que se la restituya su pureza primitiva en las costumbres de los fieles y en los ritos de los oficios.

Algunos de sus sectarios, pasando mas adelante, han incluido en su programa religioso el culto de los Santos y la

observancia del ayuno. El puseísmo ha hecho progresos considerables en la universidad de Oxford, á la que pertenece su fundador; y de sus miembros mas ilustres que lo abrazaron, son no pocos los que han pasado á engrosar las filas del catolicismo. En este sentido, nosotros convenimos en que la doctrina del puseísmo ha puesto en camino á muchos para llegar á palpar los errores del protestantismo, y buscar en el seno de la Iglesia católica la sólida verdad. De todos modos el puseísmo ha sido un fuerte sacudimiento experimentado por el protestantismo, que ha conmovido su edificio religioso, tumbando de paso algunas de las que él miraba como sus mas sólidas columnas. Los espíritus que observan el movimiento y las tendencias de los sucesos manifestaron francamente los recelos que les inspiró la nueva secta desde su principio: ellos hablaron poco mas ó ménos en estos mismos términos, y su juicio no fué aventurado ciertamente; porque el puseísmo es entre el enjambre de sectas que lleva en sus entrañas el protestantismo, la que le ha hecho sentir mas de frente los efectos de su separacion.

Mas, preciso es decirlo, ellos no han sido tales que hayan podido dispertar al episcopado anglicano, profundamente dormido en el seno de la opulencia que le proporciona la enorme suma de ocho millones de libras esterlinas (1) á que suben anualmente las rentas de que goza. Él vive hoy sumido en la misma inaccion completa en que vivia ayer, en la misma que le ha caracterizado durante trescientos años que cuenta de vida, y en la misma que le condena á la muerte, cuyos síntomas precursores, aunque lejanos, se dejan percibir ya.

La mision del clero cristiano es enseñar, es dirigir, es derramar el bien; su tipo es la vida del Salvador, que enseñó, aconsejó y pasó, *dejando muestras de su beneficencia*

(1) Cuarenta millones de pesos. (*Estadística del alto clero anglicano.*)

*en todas partes* (1). Ninguno de estos grandes objetos llena el clero protestante en Inglaterra. No la enseñanza que se hace por medio de la predicacion, pues aunque el protestantismo miéntras proclamaba el libre exámen y erigia en tribunal la conciencia privada del individuo, para que allí este discutiese y resolviese lo que deberia creer y profesar, por una de esas inconsecuencias que le son inherentes lanzó á la vez una multitud de predicadores empeñados en hacer recibir como dogmas las opiniones de su propia inspiracion, despotizando de este modo el entendimiento de los demas, que acababa de emancipar, como él decia. Se entregó con ardor á lo que llamaba predicacion evangélica, y sus ministros fueron por eso llamados *evangélicos*. Mas ese ardor, hijo del fanatismo, que sirvió de cuna á la reforma protestante, fué en decadencia á medida que se apartaba de su orígen. Hoy los obispos parecen en entredicho con sus cátedras, que deberian ser para ellos el puesto favorito, como lo fueron para los primeros pastores, que son la gloria del cristianismo, y de quienes se dicen sucesores.

El pueblo explica á veces este silencio, atribuyéndolo á falta de ciencia; porque los obispos son elegidos regularmente, no de entre personas que frecuentaron con aprovechamiento los colegios y las universidades, sino de entre individuos de familias influyentes, cuyo único mérito es el favor, y cuyas únicas aptitudes son las mas veces las recomendaciones de la amistad ó del parentesco. Mas, sea cual fuere la causa, el hecho que presencian cuantos asisten á los templos, es que los obispos no predican á sus fieles la doctrina que á su juicio deben profesar. Los *parsons* ó pastores de las parroquias de las ciudades principales hacen los domingos sus discursos; mas ¿á qué se reducen estos? Cuando su materia no es un tema abstracto en que pueda campear el conocimiento profundo del autor, será otra

(1) *Pertransiit benefaciendo*, etc.

sobre costumbres que se preste fácilmente á pinturas é invectivas que hagan brillar el fuego del orador. Mas la instruccion del que vive ignorante de sus deberes como hombre, y como hombre cristiano principalmente, la doctrina que enseña á llenar las obligaciones que el cristianismo hace pesar sobre cada estado de la sociedad, la enseñanza popular, en fin, no tiene lugar hoy en el púlpito protestante. El clero hace aparecer algunas publicaciones que ofrece en venta para la instruccion doméstica: yo me he procurado algunas de estas, que he examinado con detencion, y hablando con imparcialidad, adolecen del mismo defecto que el púlpito á quien sirven de complemento. Son calculadas para utilizar, y como el miserable ninguna ganancia deja que esperar, nada hay escrito en ellas para él. La prensa protestante echa en cara con frecuencia á su clero este defecto, mas sus gritos no son oidos, porque duerme profundamente.

Ménos interviene aun el clero en las escuelas para llenar entre los niños los oficios paternales que encomendó con tanta preferencia el Salvador, haciendo abrir camino á los párvulos entre la multitud, para que llegasen á rodearle (1). Prescindiendo de uno que otro que desempeña destinos lucrativos en los establecimientos de educacion, ni los párrocos, ni los presbíteros, sus vicarios, ni clérigo alguno se deja ver en las escuelas para formar el corazon de los niños segun las máximas de la religion y de la moral. Á esto debemos atribuir la ignoraneia absoluta de principios religiosos que reina en la juventud de la clase média é ínfima del pueblo. Las memorias presentadas á la junta central de educacion de Lóndres por lord Shaftesbury bien manifiestan hasta qué grado llega, así como la ineficacia lamentable de la instruccion religiosa protestante, para levantar á aquellas de un estado tal de abandono. Si osara alguno

(1) *Sinite parvulos ad me venire.* (S. Mateo, cap. XIX.)

preguntar al pastor el motivo por que se exime de llenar ese deber sagrado que pesa sobre la conciencia del sacerdote, él responderá: « Verdad es que Dios lo encomendó especialmente á los Apóstoles, pero esto fué solo en general, y yo cumplo su encargo con enseñar la religion á mis hijos y familia; por lo demas, cumpla lo mismo cada cristiano, y antónces todos quedarán instruidos en poco tiempo: por lo que respecta á los infieles, nuestros misioneros les llévan la fe, y esto basta á los que quedamos por acá.» Una excusa semejante, vergonzosa demasiadamente, es propia para inspirar sentimientos de dolor en el corazon de los protestantes que conserven alguna chispa de fe, y para cubrir de vergüenza y confusion á su clero, en cuyo espíritu se ha extinguido totalmente.

Un celoso protestante, empeñado en levantar su secta del estado de postracion en que yace para todo lo que es útil y filantrópico, escribia: «Yo no he visto ni he oido que alguno de nuestros obispos haya fundado ni tenga intencion de fundar, ni hospicios, ni colegios; todo lo que ha llegado á mi noticia haber hecho uno en favor de la educacion, es exhortar á su clero con energía, en la primera pastoral que le dirigió, para que promoviese entre sus feligreses la circulacion de los folletos de cierta Sociedad establecida en Lóndres, á cuya cabeza está *un comerciante de licores;* y todas las obras de caridad que he oido de este mismo prelado es ser vicepresidente de una sociedad que se ha formado de su propia autoridad con el nombre de *Sociedad filantrópica de Hamphire,* cuyo objeto es inclinar á hacer entre ellos mismos suscriciones para su socorro y mantenimiento recíproco, ó, en otros términos, para excitar á los pobres jornaleros á economizar alguna cosa del producto de su trabajo para poderse mantener en caso de enfermedad ó de vejez, sin tener que recurrir al impuesto de pobres. ¡Gran Dios! ¿recurrieron jamas á semejante medio para socorrer á los pobres Guillermo.... y todos los obispos de

Winchester, empezando por el mismo S. Swithin? No por cierto (1). » Y no es este solo el que alzó la voz desde el seno de la comunion anglicana para increpar la negligencia de su clero, no por cierto; los mismos reproches le dirigen diariamente los que él ó deja pasar manifestándose inapercibido, ó si alguna vez ha contestado, es haciendo ostentacion de actos de beneficencia, tales por su naturaleza y por sus tendencias como los aducidos en el párrafo de Cobbett copiado mas arriba. « No fué poca desgracia, repetimos con otro protestante, para la causa del cristianismo en Inglaterra la abolicion que hizo del celibato clerical la reforma que nos separó del papismo. Ha sucedido lo que naturalmente era de esperar: desde aquella época nuestros eclesiásticos no han pensado mas que en sus mujeres y en sus hijos.... Á la munificencia de los obispos célibes debemos casi todas esas magníficas fundaciones que honran nuestras dos mas célebres universidades; mas desde la reforma estos dos grandes emporios de la ciencia cuentan muy pocos bienhechores en el órden episcopal. Nadie deberá admirarse por esto, si piensa en el espíritu que anima á todos estos prelados, que no es por cierto el Espíritu Santo (2). »

Seria quizá exigir demasiado del clero anglicano pedirle obras semejantes á las bien bellas con que la piedad y la generosidad del clero católico de Inglaterra alzó en su patria tantos y tan magníficos monumentos, que hasta hoy admiramos en universidades, colegios, hospitales, asilos para huérfanos y casas de refugio para ancianos menesterosos; mas es indisputable que la religion y la sociedad tienen derecho para pedirle al ménos compense con su laboriosidad y anhelo por socorrer al pobre, por aliviar al que sufre, y por consolar al menesteroso lo que le falta de fervor para acometer obras propias de otro corazon y de otro genio que

(1) *History of the protestant reformation.* (Cobbett.)
(2) Rev. Dr King.

está él muy distante de poseer. Pero aun en este mismo sentido el clero anglicano nada hace absolutamente en beneficio de esa parte desgraciada de la sociedad. No queremos ni por un momento dar oidos á las inculpaciones que con frecuencia hace á los párrocos anglicanos su propia prensa, acusándoles de convertir en beneficio propio las erogaciones hechas en favor de los pobres, las rentas destinadas para los asilos de caridad en que ellos intervienen, y las ofrendas voluntarias que alguna vez se les entregan para socorrer á domicilio á los menesterosos. No sabemos hasta qué punto sean ó no ciertas semejantes inculpaciones, y por lo mismo no las suscribiremos. Sí nos consta el clamor universal que se levanta contra este clero, acusándole de abandonar las ocupaciones que ceden en beneficio del pobre; sí nos consta que á él no se le ve en los asilos de caridad, mitigando con espirituales consuelos los sufrimientos corporales, y nos consta tambien que él, así como la sociedad en que ejerce el sacerdocio, han muerto para todo lo que es beneficencia y caridad cristiana. — En un solo caso lo vemos agitarse y hacer resonar las bóvedas de sus templos y los salones de los *meetings* con gritos propios del furioso mas bien que del ministro de la religion: es cuando se trata algo que concierne al catolicismo. Entónces correrán ellos de casa en casa perorando contra los avances del papismo, plagarán los diarios con artículos llenos de esa exaltacion fanática que les caracteriza, elevarán al gobierno peticiones en que lamentan una tolerancia que arruina la religion nacional, repetirán estos mismos lamentos entre los obreros y demas clases ignorantes de la sociedad, y concluirán, en fin, azuzando á la plebe para que se abandone á excesos tales como los que cometió en 1850, quemando con la efigie del cardenal Wiseman las de Jesus y de María. Los esfuerzos de ese clero, que con demostraciones semejantes quiso dar popularidad al *bill* de sir John Russell contra la jerarquía católica son estériles, como lo son regularmente los de todo el

que sostiene una mala causa. ¡Ved ahí cómo la única accion vital del clero anglicano es para enseñarnos la intolerancia que él echa en cara á los católicos!!!

¿Y cuál es entónces la ocupacion de este clero que abandona el puesto que le señala la mision que él asegura habérsele confiado? ¿De ese clero, repetimos, que léjos de afrontar los trabajos de su ministerio, manifiesta olvidarlos hasta el desprecio? Nos responderán sus defensores poniéndonos á la vista la Sociedad bíblica y el catálogo de las conversiones que, como otras tantas victorias alcanzadas sobre el corazon y la conciencia católica, cuenta cada año el protestantismo en Inglaterra y en Irlanda. ¿Y qué dicen aquellas memorias? Que la mayoría de los miembros de su *comité* se compone de seglares; que su presidencia está confiada á un seglar (1), y que los nombres del primado de Cantorbery, como los de otros obispos anglicanos, no figuran sino en puestos inferiores, mezclados con los de personas que, sin embargo de ser tambien seglares, están llamadas á acordar con ellos en materias que debieran ser exclusivamente de su conocimiento. Por lo demas, allí se leen los trabajos de los misioneros que distribuyen Biblias en las plazas mas mercantiles de las cinco partes del mundo, *con el gasto enorme de cerca de doscientas mil libras esterlinas*, distribuidas entre publicaciones de Biblias, misioneros y empleados de la Sociedad (2). Imparcialmente hablando, nada mas se encuentra en la memoria anual de la Sociedad bíblica de Lóndres. Cada uno de los misioneros hace largos relatos de la manera con que llegaron al punto destinado los cientos de ejemplares del Antiguo y Nuevo Testamento mandados por la Sociedad, y del número á que ascienden los vendidos y los dados gratúitamente hasta la fecha. Pocos son los que no aparecen triunfando de grandes dificultades que le

(1) Al conde de Shaftesbury.
(2) *The forty ninth raport of the Byble Society*. London, 1853.

suscitaran creencias extranjeras; mas raros aun los que no cuentan á la fecha prosélitos numerosos, y casi todos han dejado burlados los planes del *archienemigo de las almas*, como se les antoja llamar á la Iglesia católica. Yo he leido estos informes despues de recorrer gran parte de los mismos países á que ellos se refieren, y debo confesar que su lectura me prueba solamente que la verdad es sacrificada con frecuencia al interes y al amor propio. ¿Dónde se esconde el espíritu cristiano que la Sagrada Escritura excita, así en las riberas del Danubio como en las costas del mar Negro, así en el Asia Menor como en las márgenes del Nilo y en las regiones abrasadas de la Etiopia, de la Arabia y del Egipto? Ni en estos ni en otros países á que aluden las notas que publica la Sociedad bíblica he encontrado organizadas mas comuniones cristianas que la católica y la griega oriental: si el protestantismo asoma alguna vez su cabeza por aquellos remotos países, es como aquella ave á quien nadie conoce por ser muy rara, y de cuyas propiedades ménos podria alguno dar noticia á los demas. Las conversiones reales, aquellas de que nadie podrá dudar, y que el protestantismo anglicano ha anunciado en todo el mundo como la mas espléndida de sus modernas victorias, son cabalmente las que le cubren de ignominia, y que deberia ocultar con diligencia por su propio honor.

Achili, perseguido por sus vicios ántes de ser apóstata, y encerrado en los calabozos de Roma, de donde le arrancó la mano de la revolucion para que viniera á engrosar las filas del protestantismo, ¡ved ahí un fervoroso convertido que busca la seguridad de su conciencia en el seno de la comunion anglicana! ¡ved ahí un triunfo del que él mismo podrá respondernos si le honra! Gavazzi, Ciocci, y algunos otros revolucionarios de Italia, ved los demas... La historia de la revolucion de Roma, escrita por plumas imparciales, nos consigna los verdaderos motivos que han influido sobre estos para tomar tal resolucion. ¡Como si la religion tuviese

relacion con la política, ó si la fe se adhiriese mas al sistema monárquico que al republicano! ¡Como si la Iglesia católica no estuviese obligada siempre á purificar con el castigo el crímen de sus miembros, y especialmente cuando mancha al ministro del Santuario! Nosotros repetiremos la opinion emitida respecto á estas conversiones por un escritor inglés: « Debemos confesar con franqueza que nuestros compatrio-
» tas anglicanos nos colocan en una posicion difícil cuando
» hablan de conversiones obradas por ellos entre personas
» de algun rango en la sociedad. Si la conducta de estos in-
» dividuos que alistan y hacen maniobrar sobre los tablados
» de Exeter-Hall no fuese mas que medianamente inmoral,
» no nos veríamos en tanto embarazo para hablar; mas sus
» desórdenes son tan monstruosos y tan repugnantes que
» preferimos mas bien guardar un silencio absoluto.... Ta-
» les son los convertidos de que se gloría el protestantismo,
» tales los que opone á los nombres ilustres de Newman,
» Spencer, Thyner, Manning y tantos otros que de dia en
» dia abandonan el pendon de la reforma para abrazar la re-
» ligion católica. Á nombres conocidos y honrados desde
» muy atras en todas partes se oponen los de oscuros far-
» santes que el catolicismo arroja de su seno, y al frente
» de hombres que eran la gloria de la Iglesia anglicana,
» que les vió con dolor dejar su bandera, se colocan per-
» sonas viciosas á quienes evita todo individuo protestante
» ó católico con el mismo cuidado que al reptil ponzo-
» ñoso. »

Mas vengamos ahora á ver las consecuencias de esta inaccion; ellas se dejan sentir bien en todos los escalones sociales de Inglaterra, haciendo experimentar un triste desengaño á quien las observa desde cerca.

## CAPÍTULO XIII.

En la conciencia del pueblo no existe el elemento salvador. — La religion de los grandes. — La fe de los ricos. — Una reflexion que desconsuela. — La beneficencia en Inglaterra. — Diferencia esencial que existe entre esta y la que practica el catolicismo. — Una impresion en el hospital de San Bartolomé. — La condicion del pueblo son la ignorancia y la miseria. — Consecuencias. — Crímenes.

Entremos ahora á examinar la sociedad, é indaguemos si en la conciencia del pueblo inglés vive realmente ese elemento salvador que han creido divisar algunos protestantes. Existe en nosotros un resorte que influye de una manera eficaz sobre nuestras tendencias y sobre nuestros actos. Este resorte es la conciencia. Una de dos cosas sucede siempre en el hombre: ú obedece las inspiraciones de su conciencia, ó la voz imperiosa de su pasion: si lo primero, su marcha es firme é igual, porque obrando se somete á una inspiracion interior que le dirige sin violencia; mas no sucede así en el otro caso: el hombre obra entónces sometido á un sentimiento pasajero, que cambiará del mismo modo que se mudan los intereses que lo dispiertan. La conciencia no se forma por sí sola; hay un elemento sobrenatural y eterno destinado á dirigirla, y sin el cual no será mas que el juguete de sus pasiones, como lo es la barquilla sin timon de los vientos encontrados en el seno inmenso del Océano: aquel elemento es la religion, elemento único que tiene accion directa sobre la conciencia, único que posee la fuerza necesaria para dirigirla y moderarla en todas las circunstancias de la vida, y único que, influyendo di-

rectamente sobre el individuo, obra al mismo tiempo directamente sobre la sociedad á que este pertenece.

La experiencia y la filosofía tienen demostrado hasta la evidencia que el hombre lleva inoculado en sus pasiones el elemento destructor del interes material, que robustecido por ideas y por doctrinas que le lisonjean, se dispone para obrar en sentido contrario al interes de los demas. La conciencia, entregada á sí misma sin ser bastante fuerte para combatir enemigo tan formidable, concluye por rendirse delante de sus baterías, donde divisa mil objetos que le son demasiado caros, y en los que ve cifrado el único bien que conoce, á saber: el bien de la vida presente. Mas cuando esta conciencia se ha colocado á la sombre de la Religion, cuando ilustrada por sus principios espera algo que no divisa entre los objetos que le señala el interes material, cuando conoce para obrar motivos infinitamente nobles, y que ántes ignoraba del todo, entónces se considera como en un mundo nuevo, donde lo material cede á los intereses del espíritu, y el deseo ardiente de las cosas efímeras se prosterna ante otros que elevan el alma y ennoblecen su existencia. Á su vista no son entónces las riquezas las que causan la dicha del hombre, ni el esplendor de la dignidad el que le eleva entre los demas; al contrario, el hombre es tanto mas grande cuanto mas sabe hacerse independiente de la fortuna, y mas digno de respeto cuanto vive ajeno de los falsos oropeles que visten á la vanidad. Sufrir sin penar las privaciones, someterse á ellas voluntariamente, luchar con el cuerpo y vencerle por la fuerza de la voluntad; ved ahí el espectáculo que encuentra noble y digno de admiracion.

El protestantismo desconoce esta filosofía divina que inculca constantemente el catolicismo en el corazon de sus fieles, como el compendio práctico de las inspiraciones sublimes del Evangelio. Así es que miéntras el catolicismo se desata en alabanzas para elogiar debidamente á los hombres

generosos que supieron practicarlas, miéntras recomienda la virtud del individuo en cuyo aprecio los bienes de la tierra no valieron mas que el lodo que hollaba la planta de su pié; él derrama sobre esas virtudes generosas el ridículo que le inspira su frio egoísmo, y condena al desprecio al hombre que las practica con tan superior grandeza de alma. Misticismo vano, ilusiones entusiastas, máximas chocantes, ved ahí lo que son á los ojos de una filosofía materialista el desprendimiento que inspira el Evangelio en el espíritu de sus verdaderos creyentes. ¡Ah, tan cierto es que solo en el número de estos se cuentan hombres cuyo corazon palpita bajo la influencia de goces de otra naturaleza que los físicos que ofrece, como la serpiente el fruto vedado al primer hombre, una filosofía terrena y animal! ¿Y cuál es el aspecto que presenta una sociedad formada de individuos en cuya conciencia dominan por desgracia estos principios? Sin salir de Lóndres lo conoceremos bien, por mucho horror que cause al alma que alimenta todavía la noble generosidad que inspira el cristianismo.

Entrad en esos palacios, cuyo ajuar pudiera competir á veces en magnificencia con el de sus monarcas; observad ese lujo asombroso y á nada comparable sino á la fortuna inmensa de que son dueños los que lo gastan; el soberbio aparato de carrozas, de criados, de diversiones y de placeres que preside cada dia en todos estos lugares, y el estudio prolijo con que los dependientes subalternos procuran alejar todo cuanto pudiera fastidiar á los grandes que los habitan. Pero al traves de todo este esplendor que deslumbra, percibiréis sin trabajo la pasion del oro, una solicitud ardiente por los goces físicos, y un pensamiento, un deseo y un afan constantes, dirigidos exclusivamente hácia el bienestar material.

Indagad cuál es la conciencia religiosa de la mayoría de estos hombres: oiréis que se llaman cristianos; pero en su casa, en el seno de su familia, ninguna señal de fe encon-

traréis. Rara vez asistirá alguno al servicio de su comunion; ocupará allí un asiento de honor, en donde medio recostado dormitará tranquilamente, miéntras su *pastor* predica ó dice sus oraciones con el resto de sus creyentes. Su religion verdadera, su única fe es el positivismo, es el materialismo; su Dios es el dinero, su culto la preferencia constante que le da sobre sus verdaderos y mas nobles intereses, y sus sacrificios aquella ansiedad de goces materiales; las comodidades de la vida llevadas hasta el extremo, la molicie halagada en toda su extension, y la gula extendida hasta el refinamiento... Estos hombres viven para su vientre, sus puertas las encontraréis cerradas para el pobre: la pintura de la miseria les fastidia, sus oidos son insensibles á los gritos de la indigencia, y su corazon jamas palpita bajo las dulces inspiraciones de la caridad. Les veréis sacrificar libras esterlinas á millares para hermosear sus palacios, para entapizar sus salones, para amontonar en su biblioteca libros que no han de leer, para aderezar sus coches y sus libreas, para embellecer mas y mas sus jardines, y para regalar sus caballos y sus perros de caza; pero miéntras tanto no alargarán un chelin al mendigo, tolerarán impasibles que el miserable, yerto de frio, suspire á su puerta y muera de hambre... *Yo he pagado mi contribucion para los pobres....* Ved ahí su única respuesta al clamor de la indigencia.

Echad despues una ojeada sobre la clase média, y su condicion no la encontraréis mejor. Sus individuos trabajan incesantemente, sus afanes se redoblan en presencia de las dificultades en que tropiezan, á sus fuerzas no extenúa ningun género de trabajo.... pero ¿qué buscan? ¿cuál objeto les alienta miéntras tanto? El comerciante, el artista, cada uno de cuantos la componen desea poseer una fortuna, y con ella proporcionarse los mismos goces, sostener el mismo esplendor y ocupar el mismo rango que los nobles: ved aquí su objeto único; objeto material, objeto positivo en

que ninguna idea noble se alimenta. Él edificará soberbios palacios, él los adornará con primorosas estatuas de mármol y alabastro, él plantará en su rededor bellos jardines y sombríos bosques que le recreen y distraigan; él hará resonar en todos estos sitios la bulliciosa algazara de los festines; él los trasformará si se quiere en campos elíseos, donde las pasiones encuentren la satisfaccion que les exige un innoble apetito. El hambre que devora miéntras tanto á sus semejantes, las miserias que sufre la multitud de mendigos, y la desgracia que oculta en el secreto una familia ántes opulenta, no turbarán ni un momento su tranquilidad; ni del copioso fruto de sus ganancias saldrá un céntimo para aliviar al necesitado. Los hombres generosos que se esmeraban á porfía en partir su fortuna con los indigentes, dotando casas de beneficencia, pertenecen á otra época; y hoy ni los nobles ni los ricos de Inglaterra abrirán sus cajas para dar muestras de generosidad, fundando asilos para inválidos ú hospitales para enfermos. En vez de todo esto, veremos salir de sus soberbios palacios nada mas que los rayos de un esplendor, que excita en unos la emulacion, y alimenta en los mas la envidia y la codicia.

Una reflexion muy sencilla, pero bien desconsoladora, basta para conocer hasta qué punto es efectiva esta triste verdad. Nadie desconoce la prosperidad material que disfrutan millares de individuos en Inglaterra: su industria ha aumentado sus productos de un modo asombroso, su comercio se ha extendido en escala indefinida, y el desarrollo de sus intereses materiales parece tocar ya aquel grado de perfeccion soñado por una escuela que no ha querido ver en los hombres mas que máquinas destinadas á explotar los tesoros de este mundo; y miéntras tanto, en medio de esta prosperidad que corriendo los siglos leida por las generaciones venideras podrá parecer fabulosa, en medio de este núcleo de riqueza siempre creciente, ¿cuál es el hospital, cuál la casa de asilo para huérfanos, cuál el colegio

para instruccion gratúita del pueblo que se ha levantado con los desperdicios de esos individuos que nadan en la opulencia? ¡ NINGUNO !!! Se han establecido y se establecen cada dia sociedades para mejorar las razas de los caballos que han de conducir al paseo, para refinar las crias de los perros y de otros animales que contribuyen á la holganza y al divertimiento; se han votado premios para los que presenten mejor cebadas las bestias que fomentarán el sibarismo en los banquetes de los ricos, y miéntras tanto aquellas sociedades no han promovido un nuevo asilo que recoja los mil infelices que mueren de hambre y desesperacion al lado de la opulencia y en presencia de los palacios. Esta dureza de corazon, esta insensibilidad para la miseria ajena, obra exclusiva del protestantismo, es uno de los cargos que el mundo entero hace á la opulenta Inglaterra, sin que pueda esta contestarlo satisfactoriamente.

Ni podrán contradecirlo los establecimientos que vemos abiertos en Lóndres para las clases menesterosas, porque ellos no son sino el efecto de una accion administrativa, y no el resultado de la fe ni de la beneficencia del público. Hospitales existen en Lóndres y en las demas ciudades de Inglaterra, pero sin ser ciertamente debidos á acciones generosas inspiradas por la reforma; existen ántes del cisma, y su conservacion debemos considerarla puramente como obra del poder civil. Los asilos para huérfanos nacieron tambien, como aquellos, de la accion de una creencia que inspira el desprendimiento como su virtud primogénita, y muestra en la caridad la escala mas segura para llegar al premio de una inmortalidad feliz. « No es lo mismo, ha » dicho un genio profundo de nuestro siglo, fundar y sos- » tener un establecimiento de esta clase cuando ya existen » muchos otros del mismo género, cuando los gobiernos » tienen á la mano inmensos recursos, y disponen de la » fuerza necesaria para proteger todos los intereses, que » plantear un gran número de ellos cuando no hay tipos á

» que referirse, cuando se han de improvisar los recursos » de mil maneras diferentes, cuando el poder público no » tiene ni prestigio ni fuerza para mantener á raya las » pasiones violentas que se esfuerzan en apoderarse de todo » lo que les ofrece algun cebo (1). » Lo primero es lo que hoy sucede en Inglaterra, lo segundo lo que sucedió allí mismo ahora cuatro siglos, cuando el egoísmo material no habia invadido aun su sociedad para viciarla y corromperla. La beneficencia, convertida actualmente en ramo de administracion civil, carece de elementos bastantes para llenar el objeto de su institucion. Porque, á la verdad, no se dispensa del mismo modo el bien cuando se considera solo como deber anexo á un empleo lucrativo, como cuando se ejerce como accion espontánea y oficiosa que nace del corazon inspirado por la fe: allí tiene por objeto el provecho material, la ganancia del dinero que ni inspira, ni es capaz de inspirar sentimientos misericordiosos; llenará el individuo con puntualidad los servicios de su empleo por un sentimiento de honor, pero no pasará mas allá desde que este sentimiento ha quedado satisfecho: su accion no es expansiva, ni se extiende por movimientos dilatados, sino que obra reducida al círculo estrecho de su obligacion. Mas en el otro caso no es así: el corazon, animado por un sentimiento infinito, obra tambien en una esfera ilimitada; Dios es el resorte que le mueve, la caridad es una mision que este le ha confiado para desempeñarla en medio de sus prójimos; y ni el amor de aquel dejará jamas de merecer toda especie de sacrificios, ni estos de representar siempre su viva imágen, por mas que giman agobiados bajo el peso del infortunio, ó abatidos por los dolores de la enfermedad.

El alma en quien respiran estos nobles sentimientos no retrocede cuando la miseria le descubre toda la extension de sus males; ántes bien acomete con ardor la empresa de re-

(1) *El protestantismo comparado con el catolicismo*, t. I, c. XXXIII. (Bálmes.)

mediarlos, por ardua y difícil que parezca : jamas brilla en sus ojos tanta alegría como cuando divisa multiplicarse los trabajos en presencia de su constancia, y renacer dificultades á medida que aumenta sus esfuerzos para superarlos. Ella es paciente, y sufre gozosa las impertinencias de sus encomendados : como es benigna, recibe con semblante risueño la falsa moneda con que la ingratitud paga sus heróicos sacrificios; como no busca su provecho, nada desea sino derramar cada vez mayores bienes, pero sin ostentacion ni preferencia de personas; y como cree y espera, todo lo soporta y todo lo sobrelleva, sin que la ira ni la vanidad precipiten alguna vez sus movimientos. Quien haya observado de cerca las casas de beneficencia que hacen el orgullo de la capital de la Gran Bretaña, habrá visto tambien cuán distantes se encuentran de la influencia de estas máximas en que con pluma inspirada hizo el retrato de la caridad cristiana el Apóstol y Doctor de los Gentiles (1).

Entremos en las casas de trabajo *Work-houses*, en esas vastas ciudadelas en que la filantropía inglesa encierra á sus pobres que, incapaces por la edad ó por los sufrimientos de ganar la propia subsistencia, piden á su patria no les deje morir de hambre. El conocimiento que tengo de tales casas me hace apreciar como exacta la siguiente pintura que de ellas ha hecho un juicioso escritor inglés (2) : « En estas prisiones filantrópicas no se encuentra la caridad ni los dulces cuidados que la religion prodiga al indigente. Una mujer inflexible, sentada á su puerta, rehusa cuando le agrada el permiso de entrar; un superior orgulloso y altivo da sus órdenes con los criados de un extremo al otro del edificio, y con brazo de hierro mantiene el órden y la disciplina en esta barahunda de pobres y sirvientes. En una sala comun se reunen á la hora de comer los habitantes de esta tristemo-

(1) *Carta primera á los Corintios*, cap. XIII.
(2) Voorde.

rada, y en vez de oraciones y de gracias no se escuchan durante la comida sino blasfemias y maldiciones que caen de los labios de estos desgraciados. Todos visten unas mismas ropas, y reciben la misma cantidad de alimento. Allí no hay huerto ni jardin, ni alguna de las recreaciones inocentes que en otros hospicios dividen las horas de trabajo. La única distraccion permitida á estos infelices es el duro y ruin alimento que toman en comun, y basta apénas para entretener su hambre. No me admira el gran número de suicidios que se cometen en estas cárceles de la miseria, pues nada hay en ellas ménos que consuelos religiosos. Una vez por semana, un ministro, armado de su Biblia, viene á rezar algunas oraciones y á dirigir una palabra, retirándose luego para recibir su paga. Si alguno de estos desgraciados se ve atacado por la fiebre, lo que sucede á menudo, es separado al punto de la sala comun y trasportado al lugar de los febricitantes. Allí durante algun tiempo desea vivamente morir presto, no como cristiano sino como una bestia. Solo el sacerdote católico penetra en estos lugares de horror, cuando su deber le llama á estar cerca de alguno, y la administracion se lo permite. En cuanto al ministro protestante, si jamas visita el departamento de los febricitantes, ménos debe esperarse verle á la cabecera del moribundo. El mal aire de este lugar podria perjudicar su salud; y por eso se contenta con decir por el enfermo alguna oracion desde la sala vecina. ¿Y qué podrá hacer él en el lecho del moribundo? — ¿Leer la Biblia? — En virtud del principio del libre exámen, ¿no puede hacerlo tambien como él cualquiera de los enfermos que allí llegue? Yo he visto á estos desgraciados agitarse sobre el lecho de la muerte entre las torturas de una prolija agonía. Á veces el sacerdote católico se atreve á dirigir palabras de consuelo á estos pobres abandonados; mas ¡cuántas precauciones necesita emplear para esto! Una expresion en sentido católico seria bastante para excluirle para siempre de la enfermería, y entónces ¿quién visitaria los suyos?

¡Cuántas veces he oido decir á aquellos infelices: « ¡Ah, » señor, vuestros enfermos son mas afortunados que nos- » otros: V. viene á visitarles, V. les habla con ternura, les » llama sus hijos, y ellos le llaman padre; pero nosotros, » ¡ay! V. ve cómo somos tratados!... » Nada hay efectivamente mas digno de compasion que el abandono en que viven y mueren estas pobres criaturas. Su vida se apaga al fin, y recibe la tierra el despojo mortal de un cristiano, sobre cuya tumba nadie vendrá á orar. ¡Ah, tan cierto es que el protestantismo es árido y sin corazon! ¡Esta es la caridad practicada por mercenarios á nombre del Estado!

Pero ni aun son los socorros administrados á tiempo los que hacen útil y apreciable la asistencia que dispensamos al necesitado: los medicamentos, por ejemplo, presentados al enfermo con puntualidad, la conveniencia en los aposentos y en el lecho que se le concede, distan mucho de llenar por sí solos las exigencias del que sufre. La caridad tiene un secreto que les da un valor superior, y les hace apreciables por él, tanto mas que por lo que valen por sí mismos: sí; porque ella sola posee esa ternura maternal que ve un hijo, ó un padre, ó un hermano en cada víctima de la desgracia; porque ella sola se insinúa en el corazon lacerado por las amarguras del infortunio, hasta ganar su confianza y dominarlo por su influencia; porque ella derrama consuelos á manos llenas, no solo sobre las dolencias de la carne, sino sobre las del corazon, y esto con dulzura tan encantadora que hace olvidar al que padece no encontrarse rodeado en sus últimos momentos por las personas á quienes le unen mas estrechamente los vínculos de la sangre ó los lazos de la amistad. Solo esa llama celestial que enciende en los corazones Aquel que *se hizo todo para todos*, y quiere que todos lo seamos tambien á su ejemplo para los demas, puede producir aquellas personificaciones para alivio de la miseria y del dolor. ¡Oh, y qué contraste

forma colocada al frente de la insensibilidad y de la fria indiferencia que preside en los hospitales de Inglaterra sobre esas conveniencias materiales que tanto han encarecido algunos!

Por lo que hace á mí, no olvidaré la impresion que me causó la vista de un hombre que moria en el de S. Bartolomé, en ocasion que yo le visitaba: tendido en una buena cama, y en posesion al parecer de cierta especie de bienestar material, en vano buscaba en su rededor alguna persona que recogiese sus últimos suspiros, ménos quien refrigerase sus labios abrasados por los ardores de la fiebre, ni ménos escuchaba la voz suave de la Religion, que derrama las dulzuras de la esperanza sobre el cáliz amargo de la muerte. No tienen por cierto tal fisonomía los espectáculos que ofrece la caridad en los establecimientos donde preside su espíritu celestial.

Con razon decia Bálmes: « ¡Desgraciados los que no re-
» ciben el socorro de sus necesidades sino por medio de la
» administracion civil, sin intervencion de la caridad cris-
» tiana! En las relaciones que se darán al público, la filan-
» tropía exagerará los cuidados que prodiga al infortunio,
» pero en la realidad las cosas pasarán de otra manera. El
» amor de nuestros hermanos, si no está fundado en prin-
» cipios religiosos, es tan abundante de palabras como es-
» caso de obras. La vista del pobre, del enfermo, del an-
» ciano desvalido, es demasiado desagradable para que
» podamos soportarla por mucho tiempo, cuando no nos
» obligan á ello motivos muy poderosos. ¿Cuánto ménos se
» puede esperar que los cuidados penosos, humillantes, de
» todas horas que reclama el socorro de esos infelices, puedan
» ser sostenidos cual conviene por un vago sentimiento de
» humanidad? No: donde falta la caridad cristiana podrá
» haber puntualidad, exactitud, todo lo que se quiera de
» parte de los asalariados para servir, si el establecimiento
» está sujeto á una buena administracion; pero faltará una

» cosa que con nada se suple, que no se paga, *el amor* (1).»

Pero apartemos la vista de un cuadro verdaderamente desconsolador, y adonde las imágenes de tantos vicios se representan con sus vivos colores, para fijarla en otro que podremos considerar como su complemento : es este el que nos ofrece la condicion moral del pueblo bajo, de esa muchedumbre compuesta del jornalero, del obrero, del mendigo y de todos cuantos en la sociedad inglesa arrastran una existencia desgraciada por su falta absoluta de fortuna. La ignorancia mas vergonzosa de su gran destino, de su dignidad, de su inmortalidad y de todo cuanto ennoblece sobre la tierra la existencia del ser racional es lo primero que sale al encuentro. Mas esto no debe maravillar, si se considera lo que importa la religion que propaga el protestantismo anglicano : segun él, la fe cristiana no aparece á los ojos del hombre sino como un sistema racional ó como una constitucion humana; el fundamento sobre que descansa es el simple juicio individual; y Jesucristo, la revelacion y toda la serie misteriosa de dogmas y sucesos consignada en las Sagradas Escrituras, dejan de ser el lugar santo que no es lícito tocar. La razon del hombre, manchada desde su orígen é incapaz de juzgar lo que no puede comprender, debe, segun aquel, romper los velos que le cubren para que no sea profanado, debe palpar sus secretos misteriosos, y *lo que ni el ojo vió, ni el oido oyó, los juicios incomprensibles y los caminos investigables*, todo, todo debe, para ser creido, pasar por el crisol de la *evidencia*, único que satisface á la conciencia racionalista. De aquí resultó que la clase baja, perdida bien pronto en una vaguedad que no podia satisfacerla, principió primero por dudar, se hizo despues indiferente, porque sus dudas no hallaron solucion en su propia conciencia, hoy no tiene religion de ningun género, porque ninguna satisface las exigencias ca-

(1) *El protestantismo comparado con el catolicismo*, t. I, c. XXXIII.

prichosas del propio juicio, y mañana concluirá por hacer sentir á la sociedad las funestas consecuencias de su irreligion. Yo he tenido particular cuidado de visitar los templos de las diversas comuniones los domingos á la hora del servicio, y he visto con asombro que los individuos de esta clase no entran en ellos sino rara vez. Este es un hecho que palpa toda la Inglaterra, y deploran altamente los protestantes sensatos. El obrero, el tendero y generalmente hablando los individuos del pueblo jamas se ocupan de religion, ni de cuanto á ella pertenece. Esta ausencia absoluta de la instruccion mas esencial, este abandono total y constante del pobre han cambiado la faz de un pueblo llamado á ser uno de los mas grandes de la tierra: su estado de ignorancia es fuera de exageracion; y siguiendo las relaciones que hacen los encargados de inspeccionar la educacion en diversos puntos de la Gran Bretaña, millares de individuos crecen, viven y mueren sin tener nociones ni las mas remotas de Dios, de la creacion, ni de la redencion, especialmente en los campos, donde mas retirado vive el pobre del contacto de personas instruidas, y ménos medios se le ofrecen para su instruccion.

Una memoria que tenemos á la vista comunica detalles harto curiosos, y que prueban existir en medio de la ilustrada Inglaterra individuos cuya degradacion moral no es ménos que la de los Hotentotes y cabezas plateadas que habitan las regiones salvajes de África y América. Centenares de mineros, preguntados en los *comités*, declararon no haber entrado jamas en iglesia alguna, ni sabian qué se llama catecismo, ni la menor idea tenian de la cruz. Preguntado uno quién era su criador: « Mi madre, » respondió sin detenerse. Otro á quien se interrogó cuántos dioses hay: « Siete, » dijo; y me batiré sin miedo con cualquiera de ellos; y en fin un tercero afirmó que él no habia tenido ocasion de conocer á Cristo, porque nunca habia trabajado en su mina. Pasma sin duda oir hechos de tal naturaleza en medio de la nacion que se precia de ser la mas civilizada del mundo, y

á la mitad del siglo que ha querido apellidarse *de las luces*. Todo esto contribuye para hacer mas visibles y monstruosas sus consecuencias.

La pobreza que consume á la mayoría de esta misma clase puede solo compararse con su ignorancia. Penetrando esas estrechas callejuelas de Lóndres, donde rara vez suele asomar por un instante el sol al medio dia, puede concebirse alguna idea de esa miseria imponderable. Allí encontraréis desnuda la familia del mendigo que corre las calles cubierto de andrajos, buscando algun alimento que llevar á sus hijos; veréis los niños llorar de hambre, miéntras el viejo trabado de frio muere tambien de necesidad tirado sobre un monton de paja húmeda y podrida. Estos albergues de la miseria lo son á la vez de la iniquidad. Allí se fragua toda clase de embustes para pillar alguna moneda; allí se maquina el homicidio cuyo principal objeto es robar la víctima; y allí se aprende por principios la simulacion, el odio al rico y la mala fe para ejercitarla siempre que esté de por medio el propio interes, por ruin y despreciable que sea. No hay delito, por execrable que parezca, que sus individuos no estén dispuestos á cometer, careciendo del único freno que detiene al hombre que se desliza en la carrera del vicio, á saber: la conciencia estimulada por la religion. Algunos de los que ha publicado la prensa en estos últimos años carecian hasta entónces de modelo en la historia de los países civilizados, y á esta relajacion de costumbres, llevada hasta el exceso mas repugnante, estaba reservado exhibirlos por primera vez.

Los apologistas del protestantismo que se imponen la ingrata tarea de averiguar los crímenes que se cometen en los países católicos para darles publicidad, debian registrar á la vez las columnas que los diarios de Inglaterra consagran á su crónica judiciaria, y contar, si pueden, los infanticidios, los asesinatos, los adulterios y los robos que cada dia se someten allí á los tribunales. Compárese la estadística criminal de los Estados de Europa, y se verá que no son los países

católicos, como aquellos pretenden, los que proporcionalmente producen mayor número de crímenes. Por lo que respecta á la Gran Bretaña, seria difícil reducir á número las pobres criaturas que inmolan cada año sus madres desnaturalizadas: diré, sí, con todo el horror que producen en mi alma semejantes hechos, « que en Leeds han subido á trescientos los infanticidios cometidos en un año; que del mismo modo que Leeds, las otras ciudades manufactureras presencian cada dia este horrible espectáculo, que acredita la depravacion mas avanzada á que puede llegar el corazon humano; que el aborto voluntario es tan comun en toda la Inglaterra, que existen médicos que son reputados como especialidad para el caso; y en fin que la embriaguez es de tal manera usual, que á causa de su costumbre ha llegado á perder el horror que inspira todo delito en el corazon que siente alguna vez las inspiraciones de la moral. »

Una de las causas de aquel crecido número de infanticidios que sirve de baldon á la moral inglesa es frecuentemente el interes. Existen en Inglaterra los que se llaman *clubs de entierro:* cada individuo que paga en estos un penique por semana tiene derecho para cobrar cierta cantidad destinada para el funeral del asociado. Apénas nace una criatura, cuando su madre hace inscribir su nombre en uno ó en muchos clubs; continúa pagando durante el tiempo suficiente para percibir una cantidad considerable, y cuando este ha pasado, el niño aparece muerto por efecto de algun accidente violento. La policía es casi siempre incapaz de averiguar el crímen, verdadera causa de tales muertes, por fundadas que sean las conjeturas que le asistan. ¡Ved ahí cómo unas madres sin entrañas y sin conciencia explotan los clubs cometiendo doble delito! Contemplando este triste espectáculo que ofrece el estado moral de Inglaterra, puede apreciarse bien la razon de aquel dicho de Melanchton: « Las aguas del Elva no darian bastantes lágrimas para llorar las miserias de la reforma. »

Ved ahí hacinados, por decirlo así, los efectos de la ignorancia y de la miseria que roen y devoran la porcion mas numerosa del Estado. Los que pintan con colores exagerados la mendicidad de Italia no han venido á estudiar la de Inglaterra en aquellos lugares ciertamente de oprobio para el país que puede mantenerlos en su seno. En los Estados del Papa, en Nápoles, en Toscana, se encuentran, es verdad, cientos de mendigos que piden una limosna vestidos de andrajos; en Inglaterra, donde esto es prohibido por bandos severos de policía, los mendigos no piden por las calles con libertad; pero á pesar de esto se presentan en todas partes ancianos achacosos que limpian el camino, y mujeres rodeadas de niños que cantan su pobreza, esperando recibir algo de los que pasan. Y no obstante aquella prohibicion, en todos los lugares el corazon caritativo encuentra á millares personas de la misma fisonomía, y que hacen, aunque con cierta reserva, igual peticion que los mendigos de Italia. Una diferencia muy notable existe, sí, entre unos y otros: estos piden en nombre de la religion, que manda socorrer; mas los otros hablan solo en nombre de la humanidad..... esta siempre es estéril, á pesar del culto con que la ha divinizado el protestantismo; los primeros, ademas, no se entregarán á excesos cuando la limosna no llegue á socorrerles, miéntras los segundos no conocen absolutamente la resignacion, hija de otros principios y de otra fe.

¿Y podrá decirse que en la conciencia de un pueblo devorado por gangrenas tan monstruosas existe el elemento salvador? ¡Ah, que en el siglo de las realidades no es lícito á la imaginacion alimentarse de utopias! La teoría de esta asercion será bella, si se quiere, pero del mismo modo que lo son los hermosos cuadros de educacion popular estampados sobre el papel de las memorias de los *comités*, y cuyos efectos saludables no alcanza á percibir un pueblo sumido en la ignorancia y en la miseria mas profundas. Los hechos que consigna el capítulo siguiente manifiestan lo que hay de realidad.

## CAPÍTULO XIV.

Previsiones. — Avances del socialismo. — Solo la unidad salva. — Esta no existe. — El espectáculo. — La Inglaterra dispierta. — Desarrollo del catolicismo. — Cuadro de propagacion. — Las necesidades sociales socorridas por el catolicismo. — La abadía del Cister. — Las órdenes regulares. — El catolicismo penetra en todas partes. — Los conventos y las escuelas de los católicos. — Diferencia del sistema de educacion de católicos y protestantes. — Memorias de un noble lord. — La serie de victorias.

Los hombres que piensan y al traves de los tiempos divisan con la vista de su inteligencia el desenlace postrero de los sucesos, se asombran contemplando el que prepara á Inglaterra su actual estado moral: invadida, fatigada y despedazada por el materialismo, el ateísmo, la degradacion de costumbres, la herejía y la impiedad, la divisan caida al fin en las manos ensangrentadas del socialismo, y morir al filo de su espada destructora, para enriquecer con los despojos de sus palacios esa generacion que hoy pide en vano para alimentarse los desperdicios de los criados de los grandes. — Este pronóstico, léjos de parecer aventurado, no debe considerarse sin embargo mas que como el efecto preciso y natural del curso de los hechos. Ese inmenso pueblo, que hemos considerado sumido en la ignorancia y en los vicios, es trabajado incesantemente por gentes que le inspiran ideas subversivas, inmorales y revolucionarias. Los millones de trabajadores que mueven las fábricas alimentan su espíritu, ó de las producciones inmundas que les envia una turba de escritores plagada de vicios, ó de artículos subversivos donde

aprende á conocer derechos imaginarios, pero que excitan vivamente sus pasiones y le disponen para los trastornos. El número de semejantes publicaciones es crecido, y sus efectos ya principian á sentirse. En las entrañas del pueblo se dispierta un odio profundo contra los ricos, que ve nadar en la opulencia y vivir en la ociosidad, miéntras mil individuos no tienen un pedazo de pan que comer, sino despues de ganarlo con el sudor de su frente; en su corazon, que no obedece otro resorte que el de pasiones ciegas, bulle el deseo intenso de goces que no podrá satisfacer, sino lanzándose en la carrera de los crímenes; y su entendimiento, sin fe y sin esperanza de bienes futuros, no puede resignarse á dejar de poseer la felicidad presente que los ricos compran con bienes que, á su parecer, deberian ser comunes.

Lóndres (1), Liverpool y todas las grandes ciudades de Inglaterra tienen en su seno centenares de clubs donde estas ideas se inculcan á la multitud que los llena, donde no se reconoce ni se predica otro Dios que la razon, y donde el socialismo derrama su monstruoso sistema sin restriccion de ninguna especie. Los revolucionarios que colocaron la Europa al borde de su precipicio en 1848, lanzados de Alemania, Italia y Francia sobre las costas de Inglaterra como una verdadera plaga, han impulsado la accion de aquellos sobre la clase obrera. Las escenas que allí se representan son en todo semejantes á las que presenció la Francia en el principio de su gran revolucion del siglo pasado: abolicion de los principios sociales, abolicion de la moral, deificacion del ateísmo racionalista, son la doctrina que enseñan sus directores; guerra á los que obran en nombre de la ley, guerra á los que dirigen los destinos de las naciones, guerra á los que hablan al pueblo en nombre de la Religion; odio eterno al poder, y el cadalso y la guillotina para cuantos lo ejer-

(1) Los clubs socialistas que hoy funcionan en Lóndres son mas de ciento.

cen, es el programa que recomiendan á la consideracion de los afiliados, en nombre de la libertad que les prometen.

Verdad es que la parte sensata de la nacion no participa de estas ideas, sino que al contrario las rechaza y las condena; mas ella no puede servir de áncora en el dia del peligro. La unidad es el único elemento salvador, porque en él está la fuerza; la unidad que tiene su raíz en la conciencia; la unidad que señala un solo camino para obrar, que no admite complicaciones, hijas de influencias extrañas, y que hoy condenará lo mismo que condenó ayer, porque sus principios son esencialmente invariables: esta unidad, efecto exclusivo de la fe, está muy distante de existir en Inglaterra. Á la escisión del clero, depositario de la doctrina, sigue la division de los creyentes, y la conciencia de aquellos, agitada por la incertidumbre y trabajada por las contradicciones, se refleja en la de sus sectarios. Los cristianos en Inglaterra están divididos en tantas sectas que seria difícil conocerlas todas: desde la *Reforma anglicana* sancionada por Enrique VIII é Isabel, su hija, hasta los *Saltantes*, y desde los *Episcopales*, primer ramo cortado de aquella, hasta los *Universalistas*, son infinitas las divisiones y subdivisiones que nacen y se desarrollan de dia en dia entre los creyentes. No hay secta, por extravagante que sea, ni principio religioso, por absurdo que parezca, que no tenga eco en algunas personas: basta saber que la de los *jumpers* (saltantes) con sus gestos obscenos, con sus ceremonias repugnantes y con las torpes orgías que siguen los domingos á sus prácticas religiosas, y los *ranters* con sus ademanes ridículos y su brutal gritería, han encontrado prosélitos en el reino de la Gran Bretaña.

Estas mil sectas se aborrecen mutuamente, se desacreditan y se hacen guerra á muerte, en el púlpito y por la prensa, porque sus intereses son contrarios: un solo sentimiento aproxima las unas á las otras, y es el odio que todas profesan al catolicismo. En medio de esta division de con-

ciencias, claro es que no existe la unidad de conciencia que salva á las naciones del precipicio en que las hunde el socialismo anárquico y revolucionario; claro es que ménos existe esa unidad de fe que agrupa así al noble como al simple ciudadano en rededor de la autoridad minada por principios disolventes; ésa unidad, en fin, que permite ver á un pueblo del mismo modo que si fuese un solo hombrs cuando se trata de la gran causa nacional, la causa de la fe, mas importante y mas noble que cuantas pueden interesar á la sociedad.

Sin embargo la semilla de esa unidad que liga estrechamente á los miembros de la sociedad con los lazos de unos mismos principios y de una misma conciencia existe en Inglaterra, y la vemos crecer y desarrollarse progresivamente. Miéntras que las sectas mas absurdas y los sistemas mas inmorales han podido contar, para desenvolverse, con la libertad ilimitada que conceden las instituciones del país, este elemento ha sido objeto de contradiccion y de persecucion para el pueblo mismo que está destinado á salvar. Considerando la marcha del catolicismo en el seno de Inglaterra, el alma presencia desde luego uno de esos espectáculos grandes que le ofrece, no el desarrollo natural de los sucesos humanos, no el exacto cálculo de la sabiduría de un político, sino el cumplimiento de las disposiciones admirables de una Providencia todopoderosa, cuyos misterios hemos de adorar con respeto y reconocimiento.

Tres siglos de lucha continua entre la soberbia Albion, rival por su grandeza de la orgullosa Roma, envanecida por la prosperidad mundana de que se ve colmada, y destinada como se cree á figurar siempre la primera entre las naciones, y un puñado de proscritos que todo lo perdieron, ménos la conciencia, parecen declinar al fin, dejando la victoria, no al poder de la tierra, ni á los recursos formidables de que este dispone, sino al que era juzgado como débil y despreciable en concepto de los hombres. «Mas para que la In» glaterra no sea humillada por esta victoria de la fe, por

» una raza extranjera, Dios permite operarse en el seno del
» clero anglicano un movimiento tan impensado como pro-
» digioso hácia la tradicion, hácia la autoridad, hácia la uni-
» dad romana. La fe del grande Alfredo, de san Anselmo y
» santo Tomas de Cantorbery recupera sus derechos en el alma
» de sus hijos. Despues de una lucha tan dilatada como vana,
» inspirada por la insensata esperanza de encontrar un tér-
» mino medio entre la verdad y el error, entre la unidad y
» el cisma, lo mas selecto del clero anglicano se separa, y sa-
» crificando beneficios, riquezas, antiguas relaciones de
» amistad y parentesco, vienen á engrosar la legítima mili-
» cia del Santuario, ó á edificar al mundo con el fervor
» humilde de las virtudes propias del estado seglar (1). »

Nada ha podido detener este majestuoso movimiento; y sus enemigos de toda clase y condicion, despues de romper sus armas en el combate, humillados y vencidos, si no confiesan de voz en cuello su derrota como el apóstata Juliano, tienen que sofocar el grito de la conciencia, que les acusa de traicion ocultando la verdad de la misma manera que los guardas del sepulcro, testigos de la resurreccion de Jesucristo. Á un fiero combate de trescientos años en que el poder mas fuerte y mas extendido de la Europa no reportó mas ventaja que haber conocido por experiencia propia *que el catolicismo es invencible*, han seguido los esfuerzos desconcertados de los sectarios que, imitando á los artistas de Éfeso (2), excitan el fanatismo de la plebe contra los adoradores de la Cruz, y explotan en provecho propio la ignorancia y la supersticion del pueblo con sacrificio de la verdad que les condena.

Sobre las plataformas de Exeter-Hall ha sido proclamada por ministros anglicanos la necesidad de restablecer el régimen de Isabel y Cromwell, como el único medio para de-

(1) *Des intérêts catholiques*, etc. (Montalembert.)
(2) *Hechos de los Apóstoles*, cap. XIX.

tener los progresos del catolicismo. No pasa un domingo en que la emancipacion católica no sea denunciada por los pastores á sus feligreses como objeto de execracion: cada dia la prensa protestante excita al populacho contra los católicos y contra sus presbíteros, á quienes los ministros desde lo alto de sus cátedras llaman *idólatras*, acusan de crímenes enormes, y recomiendan al odio de una muchedumbre fanática. Excesos son estos del protestantismo, que predica tolerancia al catolicismo, sin que este haya jamas autorizado hechos semejantes. La incredulidad y el ateísmo se unen al cisma protestante en esta guerra contra la religion católica: en los *meetings* los impíos, los revolucionarios, los apóstatas, los que nada creen, los que viven abandonados á los vicios mas abominables, toman asiento entre los ministros de la reforma; y el grito: *¡Muera el papismo!* dado por los pastores de la reforma de Lutero va siempre seguido del: *Abajo el papa, abajo los soberanos, abajo las leyes!* tema de Gavazzi, Mazzini y demas revolucionarios del continente.

¿Pero acaso pueden algo los esfuerzos humanos contra la Virtud Divina? Esos hombres que se fatigan por detener el curso que una mano invisible y todopoderosa traza á su Iglesia, no son al fin mas que testigos abonados de la impotencia humana; ó bien son los vencidos que, atados al carro de la fe triunfante, contribuyen á realzar el esplendor de su victoria. La Inglaterra, adormecida trescientos años en el lecho del materialismo y demas vicios que le acarreó su desventurada reforma, dispierta hoy, pero fatigada, como el hombre despues de un largo sueño, durante el que su imaginacion ha corrido de lance en lance los riesgos mas inminentes, y sufrido los dolores mas intensos; dispierta, sí, pero horrorizada, porque ve su situacion peligrosa: las hondas heridas que abrieron en su seno el ateísmo, el materialismo y la falsa filosofía son otras tantas sentencias de muerte que lleva consigo, y que mas temprano ó mas tarde

la arrastraran tambien á la arena en que sucumbieron, lidiando los imperios mas florecientes. Dispierta, sí, pero para convencerse que las utopias de la reforma que ha alimentado tres siglos no pueden salvarla del golpe mortal que ve venir sobre sí.

Esta reaccion no es la obra de un gobierno empeñado en hacer prevalecer ciertos principios, es el fruto de la razon que se detiene para meditar sobre el porvenir que le preparan las doctrinas que forman su creencia, ó mas bien es la victoria de la fe alcanzada sobre el corazon humano, que ama lo que le halaga. « Estamos seguros, dice un pensador » profundo de nuestro siglo, que el fanatismo de la herejía » no se dejará vencer en un dia: los antecedentes vulgares, » las aprehensiones de los hombres de Estado, el odio pér- » fido de los legistas (en todas partes enemigos de la Igle- » sia) preparan todavía lazos y conflictos á la paciencia y al » valor de los católicos ingleses. Estos tendrán aun mas de » una injuria que sufrir, mas de una multa que pagar, mas » de una campaña que sostener, como la del *bill* contra los » títulos eclesiásticos. Mas nada de todo esto podrá crear un » obstáculo serio, como tampoco pudo crearlo aquel *bill*. » Nada podrá cambiar el fondo de las cosas. Nada debilitará » la fuerza incomparable que la causa católica cobra en la » publicidad, en la equidad, en la discusion, en el conjunto » de las costumbres políticas y en las instituciones liberales » de Inglaterra. Ya en las dos cámaras los hombres de Estado » mas eminentes, los depositarios de los grandes principios » de sir Roberto Peel, mantuvieron generosamente, aunque » á precio de la popularidad del momento, los derechos de » sus conciudadanos católicos (1); y despues de las eleccio- » nes últimas la falange católica enviada por la Irlanda á la

(1) Es bien sabido que M. Cardwell, uno de los cólegas de sir Roberto Peel en el ministerio, y otros miembros distinguidos de su partido, han sido excluidos del parlamento en las últimas elecciones, á causa de su

» cámara de los comunes aparece árbitro de la situacion en
» medio de la lucha de los partidos. Si estos miembros ca-
» tólicos saben conducirse con prudencia y legalidad, si lle-
» gan á tener un jefe capaz de dirigirlos, está asegurado el
» porvenir del catolicismo en Inglaterra. ¡ Oh misterio de la
» misericordia y de la omnipotencia de Dios ! ¡ No hace un
» siglo todavía que la primera peticion dirigida á obtener la
» emancipacion de los católicos fué arrojada á puntapiés por
» encima de la barra de esta misma cámara, cuyos miembros
» católicos son hoy los árbitros de la política inglesa (1) ! »

Este triunfo tan señalado de la verdadera fe sobre el error y las pasiones de tres siglos ofrece al mundo el espectáculo de innumerables templos dedicados al culto, de pastores que predican con celo la doctrina pura del Salvador, de la jerarquía eclesiástica restablecida despues de tres siglos de proscripcion, de monasterios tan florecientes que hacen recordar la época de S. Anselmo, Beda y S. Roberto. Los seminarios eclesiásticos, los asilos católicos para huérfanos, las casas de educacion, todos esos establecimientos, en fin, en que el fervor de la caridad cristiana se retrata con tanto honor del catolicismo que la inspira, como provecho de los desgraciados que la reclaman, vuelven á aparecer en el seno de la nacion en otra época la mas querida de la Iglesia, despues su enemigo encarnizado y hoy su hijo arrepentido.

El siguiente cuadro, extractado de documentos fidedignos, nos muestra este desarrollo rápido del elemento católico en Inglaterra, que presencian todos en medio del asombro que inspira su consideracion. Un vicario apostólico bastaba hace un siglo para las necesidades de los raros católicos sin templos, sin cementerios y sin ningun medio de

oposicion valiente al *bill* de sir John Russell contra la jerarquía católica. Pero todo anuncia que esta exclusion será solamente temporal. Ella se encuentra en la carrera de Burke y en la de la mayor parte de los hombres independientes de todos los países libres.

(1) *Des intérêts catholiques.* (Montalembert.)

profesar públicamente su religion, proscrita ademas por leyes tan rigorosas como injustas del parlamento. La sombra de los árboles ó un salon retirado y de propiedad particular recibia de cuando en cuando á estos fieles, cuya fe no habria sido sometida en aquel siglo á pruebas tan severas sino en Tonkin ó Cochinchina. Pero el tiempo corrió, y la espada justiciera que vibraba sobre la Gran Bretaña para castigar las profanaciones del Santuario, la apostasía del trono, la muerte y el destierro del Sacerdocio y la proscripcion del verdadero culto principió á declinar. El horizonte oscuro y borrascoso permitió divisar alguna luz, y al traves de esta la bonanza que no disfrutaron seis generaciones heróicas de católicos. Trece diócesis (1) erigidas en 1849 cuentan hoy en el territorio de Inglaterra y el país de Gáles cerca de dos millones, es decir, el noveno del total de la poblacion. Segun los datos oficiales del gobierno, los católicos subian en esta misma parte del territorio inglés en 1767 á sesenta y siete mil novecientos diez y seis, y trece años despues habia crecido este número. En 1800 era el duplo, y hoy, dejando atras todo cálculo humano, llega á la enorme cifra que hemos fijado ántes. Los templos, siguiendo la misma proporcion, acreditan bien este progreso. Miéntras que en 1780 existian apénas doscientos, ó, hablando con mas propiedad, doscientas pequeñas capillas ó modestos oratorios, en 1853 se contaban ochocientas doce iglesias, las que siendo aun insuficientes para recibir la multitud del pueblo que las invade, ha hecho emprender la construccion de otras nuevas. Seis se fabrican hoy solamente en Lóndres (2), y el número de las que se levantan fuera de la capital es muy

(1) Son las siguientes: Westminster, Southwark, Rexham, Beverley, Liverpool, Salford, Shrewsbury, Newport ó Menevia, Clifton, Plymouth, Nottingham, Birmingham y Northampton.

(2) Expresamos el nombre de ellas y el de su barrio: Santa Ana Spitafields, San José Poplar, Santa Helena Bayswater, San Alejo Kentisktown, Barned Comercial-road y Brompton.

crecido (1). Los cabildos eclesiásticos se encuentran establecidos en todas las catedrales, y el clero llena en cada parroquia las funciones á que está llamado por derecho. Yo he visitado con asiduidad un crecido número de estas tanto en las ciudades como en la campiña de Inglaterra, y no podré asegurar si el celo del clero que las sirve me edificaba mas que la devocion fervorosa del pueblo que las concurre. El clero hace oir su voz en todas partes, predica en los templos, exhorta y aconseja en el confesonario, instruye en las escuelas, consuela en los hospitales y visita en las prisiones. La prensa protestante lo ha recomendado mas de una vez como modelo á su propio clero. Él se forma en los seminarios de S. Edmundo y de S. Cumberto en Inglaterra, y en otros que existen en Roma, Valladolid y en diversos puntos de Europa.

En el estado actual de la sociedad, cuando sus individuos viven anegados en un materialismo voluptuoso, cuando el oro y los placeres han adquirido un ascendiente sin límites sobre corazones y entendimientos desnudos de fe, y cuando el individualismo mas absoluto emancipa al cristiano de la caridad que es su alma, el catolicismo, que comprende la causa de las enfermedades sociales, y conserva en su seno la medicina á propósito para sanarlas, introduce en Inglaterra los institutos monásticos llenos de ese primitivo fervor que excitó el asombro del mundo en la época de su aparicion. El catolicismo, conservador celoso de sus principios divinos, lleva en su práctica un elemento de reforma social, pero á la vez que lo dilata con la palabra y con el ejemplo,

(1) Las que hemos podido averiguar son las siguientes: Ashton-under-Line, Lancashire, Buckland, Berkshire, Dominican's Wodchester, Crook Durham, Coughton, Warwickshire, Carmel House Durham, Chesterfield, Derbyshire, Hyde, Cheshire, Leith, Edinburgshire, Leyland Lancashire, Lydiate Lancashire, Leeds, Yorkshire, Minsteracres, Northumberland, Newton Head Lancashire, Torquai, Dewonshire, Wolsingham Durham y Wolverhampton en Staffordshire.

cuida de manifestar prácticamente hasta qué grado puede perfeccionar la virtud de los hombres; que sus máximas no son bellas teorías, ni el ejercicio perfecto de su santa moral *un vano entusiasmo ó un piadoso delirio*, como lo llama Lutero, sino el efecto de la gracia sobre el hombre que encuentra en los consejos evangélicos un tesoro que proporciona goces muy superiores á los que le ofreció la tierra, envueltos en oro vil y en placeres mezclados con dolor y llanto. Quien visite alguno de los monasterios de Cistercienses establecidas en Inglaterra, comprenderá desde luego que la ejecucion de los principios materialistas no son el estado natural del hombre; que existe otro en el cual la abnegacion propia da paz al alma; trabajando continuamente con el cuerpo y el espíritu se robustecen las facultades físicas; derramando el fruto del trabajo sobre la indigencia y la miseria de los pobres se lleva á estos el consuelo, miéntras el propio corazon se aniega en ese torrente de inexplicable dulzura que producen las obras de perfecta caridad.

Allí el sonido de la campana señala á los fervorosos reclusos la division de su tiempo entre la oracion y el trabajo, entre Dios y el hombre, de suerte que su vida viene á ser una serie de ejercicios dispuestos de tal manera que el espíritu y el cuerpo jamas quedan ociosos. Unos trabajan en el cultivo del campo, de la huerta y de los jardines, otros estudian en la biblioteca, otros enseñan en la escuela, los sacerdotes predican y confiesan; sus puertas están llenas de pobres á toda hora, porque en ellos hallan una providencia viva que socorre sus necesidades físicas, y porque ademas en los sufrimientos de espíritu, mas dolorosos todavía que la misma pobreza, allí encuentran medicina á propósito para su curacion perfecta. Sí; no son las puertas de los palacios de los nobles ni las de los ricos banqueros las que van á tocar los pobres, ni á los frios ministros de la reforma á quienes busca el que sufre para comunicar sus penas, porque la pobreza es rechazada ordinariamente de los lugares donde reinan el

lujo y la soberbia, y el dolor para desahogarse prefiere al hombre que por un voto solemne se desprendió de sí propio, de sus afecciones naturales y del mundo todo para vivir hecho siervo de todos y para todos.

Á la filosofía materialista repugna este lenguaje; es verdad, repugna, porque ella en el dolor no conoce ni busca los sublimes consuelos de que es capaz el alma que cree y espera; y porque para su corazon no existe mas que una especie de contento que la moral rechaza y la religion condena. Este no se encuentra en los claustros de los monjes.... Pero si los espíritus fuertes educados bajo la influencia de aquellos principios han ahogado en su alma estos sentimientos nobles, el corazon cristiano los abriga muy intensos, los busca, se alimenta de ellos, le inspiran grandeza de espíritu, y le vuelven la paz y la alegría. Considérenlos como quieran: sus diatribas valen tanto como sus elogios; y si estos carecen de valor para honrarlos, no son aquellos ménos impotentes para calumniarlos. Por lo que á mí toca, lo que observé en la abadía de Leicestershire, y lo que observan en las demas todos los que las visitan, no puede ménos de dispertar en el corazon los sentimientos de amor, benevolencia y gratitud que los bienhechores del género humano se conciliarán siempre en todas las regiones del globo. Estoy cierto que para esos corazones que practican la perfecta abnegacion, todo esto nada vale. Los elogios del *Times*, enemigo dado de la causa católica, que les llamaba *salvadores de los pobres*, cuando en el año pasado repartian sus granos graciosamente á esas turbas acosadas por el hambre, ni las bendiciones de las víctimas que rescatan de la miseria, es lo que les satisface: el objeto que buscan es Dios, y á él sirven haciendo beneficios al hombre en cuya alma aquel Ser adorable estampó su imágen.

Mas este espíritu de caridad no está reducido al estrecho límite de las abadías: destinado por la Providencia para luchar cuerpo á cuerpo con el egoísmo miserable que domina

la generacion presente, se derrama por las ciudades y por los campos, y á pesar de los obstáculos que necesita vencer, deja sentir en todas partes su accion benéfica. Tal es la mision que desempeñan en Inglaterra, Escocia y país de Gáles los Benedictinos, los Dominicanos, la Compañía de Jesus y las demas órdenes religiosas. Humanamente hablando, parecerá un sueño la existencia de congregaciones regulares en el seno del protestantismo, que las aborrece y persigue como adversarios formidables; mas el desprecio, la proscripcion y aun la muerte misma son armas que, empleadas contra el catolicismo, pierden completamente su eficacia. Él solo tiene la virtud admirable de hacer á sus ministros superiores á toda especie de temor y de intereses, de tal modo que puede decir con verdad : « Nada ha podido impedirme la ejecucion del ministerio que recibí de Dios (1). »

Lóndres, esa inmensa metrópoli del protestantismo, tan susceptible hace poco que no toleraba en su recinto que los presbíteros católicos llevasen cuello clerical como muestra de su carácter, y que con vergonzosa intolerancia les hacia purgar con multas pecuniarias esto que ella y solo ella podia llamar delito, hoy ve florecer en su seno comunidades de Jesuitas, Redentoristas, Pasionistas, Oratorianos y Oblatos de María. Las ciudades mas mercantiles, los pueblos manufactureros presencian este mismo espectáculo, que en época poco distante de la nuestra habria provocado furiosos edictos del gobierno, y hoy se apoya en la conciencia de una gran parte de la nacion que lo exige, y de la inmensa mayoría que lo tolera, porque conoce su utilidad.

El protestantismo pudo señalar algun dia ciertos puntos de Inglaterra como exclusivamente suyos, y mantenerlos cerrados del todo para el ejercicio de cualquiera otro culto que no fuese disidente del católico. El fanatismo de los habitantes, excitado por sermones incendiarios de sus minis-

(1) *Hechos de los Apóstoles*, cap. xx.

tros, habria cometido excesos de todo género contra el sacerdote católico tan celoso que hubiera acometido la empresa de establecer allí públicamente su propaganda. Pero esto desapareció. En esos mismos lugares no solo se predica hoy en templos católicos, sino que se abren escuelas dirigidas tambien por el clero católico. Entre otras la gran ciudad de Leicester, uno de los centros manufactureros mas activos de Inglaterra, nos ofrece este consolador espectáculo. « Gracias al celo de la mision dominicana que ejerce allí su apostolado hace algun tiempo, » una parte considerable de la poblacion, abandonando el pendon desgarrado del protestantismo, aumentó el número de los verdaderos fieles con gozo indecible de la Iglesia. Pero la juventud católica necesitaba mendigar su instruccion primaria en las escuelas anglicanas, exponiéndose á beber en ellas la doctrina que forma ordinariamente la creencia de por vida. Para evitarlo, fué menester vencer un obstáculo formidable : la intolerancia y fanatismo protestante. La constancia católica triunfó al fin ; á la sombra del templo donde la verdad tantos y tan señalados triunfos ha conseguido sobre los errores y los vicios, existen hoy escuelas dirigidas por el mismo instituto que con tanto celo plantó allí el estandarte del catolicismo. El inmortal Pio IX se apresuró á bendecir esta obra « con la efusion mas tierna de su corazon, » socorriéndola ademas con una limosna propia de la grandeza de su generosidad. De este modo la voz de la doctrina católica se extiende y penetra en todas partes, á pesar de los esfuerzos del poder y de las maquinaciones del fanatismo. Los lugares mas apartados de las ciudades, las humildes chozas de los pobres mineros no han dejado de participar de los bienes que lleva consigo ese celo lleno de caridad, de amor de Dios y de interes por la felicidad eterna del prójimo. ¡ Ah ! allí, en esos miserables albergues de la pobreza, allí donde reina la ignorancia mas grosera, allí donde se oyen las contestaciones de que hablan las memorias de los nobles lores, de que hemos hecho mérito en

otra parte. El celo protestante no penetra donde no hay comodidades, ó por lo ménos novedad que indemnice en goces á la imaginacion lo que el cuerpo haya podido sufrir en privaciones. Empresas son estas propias de otro espíritu en quien reinan la abnegacion y el sacrificio, que fueron siempre el distintivo de los apóstoles de la Cruz.

El número de los conventos que existen hoy en Inglaterra, país de Gáles y Escocia son ciento y uno, de los cuales diez y siete son de hombres y los restantes de mujeres (D). ¿Y qué hacen las religiosas en Inglaterra? nos preguntará alguno de los que desconocen la gran mision que el catolicismo confia á los individuos del sexo débil que abrazan la vida monástica. Hacen lo que en los Estados Unidos, Francia, Alemania y en todas partes. Con relacion á otros enseñan los niños, cuidan los enfermos, educan los expósitos, y edifican á la sociedad entera con buenos ejemplos; con relacion á ellas mismas cuidan su propia santificacion, profesando la vida que sancionan los sublimes consejos del Evangelio. Estas congregaciones son el refugio que encuentra siempre abierto el sexo que ménos arbitrios tiene á su disposicion en la desgracia; en ellas forman su corazon mil inocentes criaturas que sin este recurso se habrian encontrado envueltas en ese torbellino violento que arrastra á sumirse en vicios los mas degradantes á un infinito número de jóvenes que carecen de religion y de fortuna (1). En ellas, en fin, conocen su dignidad moral, su fin noble y eterno tantos seres que el mundo abandona, que sus mismos padres desconocen, y que de otro modo habrian ido á aumentar el número de los miserables que sin idea alguna de su propia dignidad se abandonan á los delitos; porque ni tienen en su conciencia freno que les contenga, ni encuentran en su alma disposicion para sufrir, ni la sociedad les ofrece medios para proporcionarse la in-

(1) Sorprende sin duda saber que solo en Lóndres existen 200,000 mujeres públicas.

dispensable subsistencia. Este es el objeto que llenan en Inglaterra las comunidades de mujeres.

He tenido ocasion de apreciar en repetidas circunstancias la diferencia esencial que existe entre la educacion que dan estas comunidades y aquella que reciben las educadas en las escuelas del gobierno. Las religiosas apoyan en la fe el fundamento de su educacion, hacen sentir á sus alumnos el influjo de su propia conciencia, y cuidan con esmero que el corazon, á la vez que se forma bajo las inspiraciones de aquella, no se sustraiga á los avisos y reconvenciones de esta. Esa fe cuya importancia el niño conoce, le enseña ántes de todo á no permanecer ocioso ni un instante. Su alma es una tierra en que han de cultivarse variedad de plantas, pero estas no se desarrollarán sino mediante un trabajo constante y de por vida. ¡Ved ahí la obra grande que es necesario acometer! Las virtudes son las flores hermosas que embellecerán su espíritu, infinitamente mas precioso que su cuerpo, y conseguirlas es el noble fin que debe dirigirle en todas sus acciones. Las consecuencias de este sistema de educacion se perciben fácilmente. La piedad sincera y fervorosa, la modestia, el desapego de los objetos mundanos, la resignacion en los contratiempos de la vida, el abandono absoluto del espíritu á la Providencia son principios que dan al corazon cierta dignidad que revelan bien sus actos exteriores. Á los ojos de semejantes personas la conservacion de las virtudes cristianas interesa mas que todas las conveniencias de este mundo: debe odiarse hasta la sombra del delito, porque desagrada á Dios y degrada nuestra propia dignidad, y nadie parece tan desgraciado como el que voluntariamente arriesga su virtud exponiéndola al peligro.

De estos bellos principios son consiguiente buscar en las asiduas prácticas que señala la misma religion los medios de arraigar las virtudes en el alma, la moderacion en hablar, el juicio recto para discurrir, el recato en el trato con los demas, y cierta dulzura, no hija de la afectacion, sino de un alma limpia y sin doblez. En las acciones de sus precep-

tores encuentran un modelo que prácticamente les inculca el ejercicio de estas mismas máximas, y las fortalece contra los embates del mundo y de las propias pasiones empeñados en gastarlas.

No es esto ciertamente lo que se nota en la educacion protestante. La religion no entra en su sistema como regulador supremo de las acciones del individuo, ni la conciencia viene á colocarse bajo su influencia divina para juzgar las propias obras. « El respeto á la opinion : » ved ahí el fantasma que se ofrece á cada paso á los ojos de la tierna educanda para enseñarle por principio la vil hipocresía. Los deberes del individuo no nacen, segun él, de la sancion solemne que recibieron de Dios, autor de la naturaleza, orígen y fuente de todos los principios religiosos y sociales, sino mas bien del respeto exterior debido al hombre y á la necesidad de conservar en la sociedad á que pertenece un concepto prestigioso. ¡ Triste condicion la del individuo que funda sus deberes en motivos tales ! Vendrá el caso en que el delito mas repugnante no ofenda al hombre que no llegará á conocerlo, ni tenga de él noticia la sociedad, inapercibida las mas veces de la conducta secreta de sus miembros ; y entónces ¡ ved ahí salvadas las causas que vedaban mancharse con el crímen, y libre el individuo para revolcarse á su placer en el lodazal inmundo de los vicios ! Esta consecuencia es monstruosa, mas no obstante es la que experimenta la Inglaterra toda. El que dobla su rodilla delante de la *opinion*, el que no respeta sino al hombre para llenar sus deberes, faltará á estos con facilidad, porque Dios, y la religion y la conciencia, como sus órganos, son únicos lazos que ligan al hombre de un modo indisoluble á sus obligaciones.

El desarrollo de esta educacion corresponde á su principio. Una preceptora llena de frivolidades, que no la recomiendan mas que á cualquiera otra persona de su sexo y mediana de calidad, cargada de toda suerte de atavíos, forma en ellas el amor del mundo ; y sin religion ni piedad mal

puede inspirarlas en sus corazones. Les pondrá entre sus manos algun libro de *Common prayers* (oraciones cotidianas), obra de algun ministro, su amigo, las llevará á la iglesia los domingos, para que asistan á los oficios; y si quiere ganar el concepto de ser muy timorata, llevará una que otra vez un pastor que haga alguna explicacion religiosa al colegio reunido en el salon. ¡Ved ahí cumplida toda la educacion religiosa de las escuelas de niñas protestantes! Miéntras tanto el materialismo natural á nuestra pobre condicion, el apego á lo que ven y palpan nuestros sentidos, la aficion á los placeres, al lujo y á la vanidad, léjos de encontrar atajo en el curso de la educacion, han sido fomentados con el sistema y con la práctica. Los protestantes juiciosos conocen la inmensa ventaja del primer sistema sobre el segundo, y no pocos buscaron para sus hijas un bien positivo en la educacion sólida de los colegios católicos, sobreponiéndose al fantasma miserable de la opinion.

¿Mas cómo se sostiene un número tan crecido de colegios, escuelas, monasterios y demas establecimientos católicos de Inglaterra? ¿Cuáles son los recursos que tiene ese clero que hoy cuenta mil cincuenta y seis presbíteros? El clero católico, que no recibe un céntimo del gobierno, que con prodigalidad paga anualmente *ocho millones de libras esterlinas* (40,000,000 de pesos) al culto anglicano, no tiene para subsistir otro emolumento que la pequeña moneda que, como el óbolo de la viuda, ofrece cada pobre algun domingo en el templo; pero entre sus manos esa moneda pequeñísima se multiplica, como el aceite de Sarepta ó como los panes del desierto. Los templos, las escuelas y los monasterios no solo se sostienen, sino que se multiplican por todas partes; los huérfanos se sustentan y se instruyen, los enfermos se curan, los pobres encuentran asilo, y hablando con rigorosa verdad, mas hace el clero católico con la moneda del pobre, que el clero protestante con sus ocho millones de libras.

Del seno de esas familias que desde siglos atras fueron por

su beneficencia el honor de la Gran Bretaña, y que no obstante que esta, en época aciaga para el cristianismo, las arrojó de su parlamento, y privó de sus honores por el delito de permanecer fieles á Dios y á su conciencia, ha suscitado el Señor algunos individuos que con mano generosa sacaron los tesoros de sus arcas para restaurar sus templos. Entre otros el catolicismo inglés ha de recordar durante largas generaciones al tan noble como religioso sir Juan, conde XVI de Shrewsbury, que en fundaciones de iglesias, conventos y casas de enseñanza distribuyó durante su vida, terminada en 1852, quinientas mil libras esterlinas. Su sucesor sigue sus mismos pasos; pero estos ejemplos son raros, ó únicos quizá hablando con mas propiedad, porque la mayoría de los católicos de Inglaterra no son ricos. Parece que la Providencia, en medio del materialismo miserable que fatiga á nuestra época, levantase estos modelos de celo y de caridad para dispertar en el corazon de los creyentes la virtud que durante diez y nueve siglos ha dado una de sus primeras glorias al catolicismo.

Difícilmente podria individualizarse hoy la serie de victorias obtenidas sobre el error durante esta marcha espléndida de la verdad católica. Los doctores de la universidad de Oxford, que eran la gloria del protestantismo anglicano, no han sido las únicas notabilidades que lo abandonaron para buscar en el catolicismo la verdad y vida eterna: la alta cámara del parlamento, la nobleza y el presbiterio mismo ven repetirse las conversiones entre sus miembros. En medio de estas numerosas defecciones que presencia la Gran Bretaña, el protestantismo, abandonado, se consuela publicando una estadística religiosa, cuyas cifras respecto al catolicismo, si bien prueban sus progresos, los disminuyen infinitamente. ¡Recurso pobre que adopta la desesperacion, pero que inutiliza completamente la verdad de los hechos consignados en documentos irrefragables (1)!

(1) Las conversiones de individuos del clero protestante inglés en el

El catolicismo se propaga en Inglaterra con milagrosa rapidez; hé aquí el hecho, el grande hecho que todos contemplan, porque se realiza en presencia del universo. Una generacion fervorosa se levanta para consolar á la Iglesia ultrajada en sus dogmas y en sus pastores por miembros desnaturalizados. « Unos hijos que estrechados al catolicismo por los sentimientos del alma encuentran su gloria, su consuelo y su verdadero orgullo en estar íntimamente unidos á aquella piedra sobre que descansa la Iglesia de Jesucristo; unos católicos que adheridos sinceramente á la Cátedra de Roma, centro de su prerogativa gloriosa de unidad, reconocen y veneran al sucesor de S. Pedro, al vicegerente de Jecristo, á la cabeza visible de su cuerpo místico, al pastor supremo de su rebaño y al padre espiritual de todos sus hijos; unos fieles, en fin, que aman, honran y veneran al digno sucesor y representante vivo de los santos Pontífices que en la sucesion dilatada de diez y nueve siglos arrostraron con sufrimiento y con valor heróicos la maledicencia de los hombres y la presuncion del siglo (1). » ¡ Ved ahí el tipo de los nuevos convertidos que se alistan en la falange victoriosa del catolicismo, cuya bandera es la cruz del Salvador de los hombres ! La Inglaterra se siente conmovida por el elemento católico. Este es el grande espectáculo que todos conocen y todos admiran. ¡Que la Providencia haga cuanto ántes que en la patria de Alfredo y S. Eduardo reine la fe de que fueron estos celosos defensores !

año 1853 subieron á doce, contándose entre ellos el Rev. lord Cárlos Tyune, vicario de Longbridge Reverell, prebendado de Cantorbery y tio del marques de Battey; el Rev. William Pope, profesor del colegio de Cristo en Cambridge, sobrino del lord Dr Whateley, arzobispo anglicano de Dublin; y el Rev. Dr Eduardo Beard, metodista primitivo y celoso predicador de Cambridge. Las de los seglares notables por algun motivo pasan de sesenta.

(1) L'*Orbe cattolico*. Lettera dei cattolici del distretto di Londra a Pio IX. 6 febbrajo 1849.

## CAPÍTULO XV.

Holanda. — La lucha de tres siglos. — El catolicismo no triunfa sino por el convencimiento. — Conducta de la Iglesia á este respecto. — No es así el protestantismo. — La violencia perjudica al catolicismo. — Vestigios del furor pasado. — ¿Cómo explicar la tolerancia protestante? — Los Jesuitas y los Dominicanos. — Primeros templos. — Las concesiones. — El catolicismo triunfa. — Impresiones de la solemnidad del Córpus Christi. — La influencia católica se hace sentir en los Países Bajos. — Las hermanas de la Misericordia y su beneficencia. — Una reflexion.

Salgamos ahora de Inglaterra, pasemos el mar del Norte, y vengamos á contemplar sobre sus playas esa lucha de tres siglos que con tanto heroísmo sostuvo en los Países Bajos la creencia católica. Allí la reforma, pretendiendo triunfar de las conciencias por la fuerza bruta, encontrando una resistencia formidable, convirtió en vasto campo de batalla la tierra pacífica de Villebrordo.

Uno de los principios sancionados por el cristianismo, y conservado intacto por el catolicismo, es excluir de sus medios de propaganda todo lo que no esté en armonía con la dulce persuasion que enseñó prácticamente á sus discípulos el Salvador del mundo. Este desconoció y rechazó como extraño el celo de los que pedian medidas violentas contra los que se negaban á recibir el Evangelio. «No es este vuestro espíritu,» dijo entónces á sus consejeros, conservando de este modo intacta al hombre la soberanía de su conciencia, para que la rinda solo á la persuasion y al convencimiento. Ni fueron jamas otras las armas que reportaron al

catolicismo la serie de victorias que él y solo él puede ostentar. El convencimiento le ganó en Judea los primeros discípulos, y el convencimiento ganará del mismo modo para la Iglesia el último de los disidentes en las regiones que están por descubrirse en el seno mas remoto de África. La política de los soberanos, desnaturalizando la institucion divina, quiso amalgamar el Evangelio con las armas, y someter á la fe la conciencia del individuo, del mismo modo que conquistaba su persona y posesiones á su vasallaje. La religion, sin prestarse á proyecto semejante, trabajó por conservar entónces mismo su libertad al individuo, bien fuere en los países civilizados de la Europa ó en las naciones salvajes de la América. « Las conversiones deben ser la obra del convencimiento de la verdad, y de ningun modo de la violencia que condena el Evangelio. » Ved ahí el encargo principal de los Pontífices á los misioneros en América. Ved ahí el encargo que excitaba el celo del inmortal Las Casas, cuya voz de trueno, abogando por la libertad en las playas del seno mejicano, iba á reproducirse sobre las márgenes del Biobio en los sermones ardientes del apóstol de Chile Luis Valdibia. La reforma, hija de violentas pasiones, manifiesta con frecuencia que no es este su principio: cuando ha estado en su mano emplear la fuerza para obligar al hombre á admitir un diverso sistema de fe del que le dictaban sus convicciones, lo ha ejecutado sin escrúpulo, aunque con escándalo del género humano.

No son únicos en la historia los hechos de Enrique VIII, de Isabel y del tirano Cromwell: en Holanda, donde la doctrina de Calvino llegó á ganarse prosélitos á millares y á apoderarse del poder, los encontramos semejantes. Donde quiera que se fije allí la vista, se hallan recuerdos de las violencias que el protestantismo empleó para dominar, ó para convertir, como él decia, á los hombres á la verdadera fe. Y sino ¿ qué significan los incendios de las iglesias, los asesinatos de sacerdotes y las persecuciones de tantos pacíficos ciudadanos que viven aun en la memoria de todos? En

Dort, en Rotterdam, en Leida, en Utrecht y en Amsterdam, no hallaréis recuerdos tan frescos ni tan populares como los de aquellas devastaciones: los templos católicos os presentarán elevadas al honor de los altares algunas de las víctimas sacrificadas en los excesos de aquel furor, y cada uno de los lugares consagrados por el rito protestante están dando testimonio de la depredacion á que fueron entregados los bienes de los que perseveraron fieles á su creencia primitiva.

Durante tres siglos el protestantismo ha llamado *su triunfo* estos repugnantes atentados: levantando su voz ha podido desafiar á su adversario desde esas mismas cátedras que le echaban en cara sus usurpaciones; pero el catolicismo no triunfa de este modo: su imperio se extiende sobre el corazon y su dominacion sobre la conciencia; y al corazon y á la conciencia no los domina sino el convencimiento, jamas la fuerza, nunca la violencia. Al contrario, esta le perjudica desde que pretende alcanzar por medios humanos un resultado que no puede ser sino efecto del Poder Divino, á saber: la conversion del corazon. Le perjudica suscitando obstáculos á la accion de la gracia que se insinúa al hombre por medios suaves, pero que obran eficazmente sobre su corazon y sobre su voluntad; y en fin le perjudica, porque todo lo que no está en armonía con sus principios le es contrario. Estos inconvenientes son con relacion al individuo todavía mas graves, y sus efectos mas sensibles. La violencia produce siempre irritacion; no es bajo su imperio la voluntad quien obra, ni ménos el corazon obedeciendo sus impulsos; es la fuerza quien arranca tales ó cuales movimientos, que si están en armonía con las órdenes del poder que los exige, es con el sacrificio de una voluntad que los resiste y aborrece desde que se ve obligada á ejecutarlos.

Bien perceptible ha sido en los Países Bajos esta irritacion, efecto de los excesos que cometió el poder, pretendiendo imperar en las conciencias. Ella ha sido una de las formidables barreras que el catolicismo ha necesitado impugnar

para llegar á triunfar. En ese primer movimiento de furor con que estremecieron los reformadores la Holanda, cerraron á los católicos las puertas de sus templos, y condenaron al destierro á los sacerdotes que no suscribieron condiciones equivalentes á una miserable apostasía. La prision, la confiscacion, los tormentos y la muerte misma no parecian pena suficiente cuando se trataba de castigar al católico que tuviese la osadía de hacer demostracion alguna pública de su culto. Pesquisas escrupulosas hechas á domicilio y decretos severos dados al efecto vedaron perpetuamente á los presbíteros entrar en los Países Bajos. Mas el espíritu que abrió las catacumbas é hizo nacer pueblos en las entrañas de la tierra, que inspiró valor á los cristianos primitivos para penetrar los desiertos y habitar entre las fieras, y que hoy mismo les anima para arrostrar peligros de todo género en Fokien y en el Japon por conservar y propagar la fe del Evangelio, no fué en Holanda ménos eficaz para inspirar resoluciones semejantes.

Bien pudo el protestantismo adoptar aquellas medidas opresoras para hacer morir una fe que, como la yerba silvestre, brota con mas fuerza cuanto es mas estropeada, y vive vigorosa cuando se la abandona á merced de los brutos mismos que la pisan. Los fieles, privados casi siempre de los consuelos de su fe, supieron conservarla entre los riesgos; y sus sacerdotes, perseguidos, errantes, confundidos con la plebe, encontraron medio para auxiliar en los conflictos mismos á los que padecian por la justicia. Los sucesos de aquella época no son mas que copia fiel de los siglos de persecucion; y si se echan ménos en Holanda las hogueras y el circo de Roma, no faltaron la cuchilla y los verdugos que suplian muy bien los oficios del fuego y de las fieras. La *Historia de la Iglesia* llama mártires del mismo modo á los que sacrificó en Holanda el furor de la reforma en el siglo diez y seis, que á los que hicieron morir los edictos sangrientos de Neron y Domiciano.

Para mí es inexplicable á vista de estos hechos la naturaleza de esa tolerancia que nos recomiendan los protestantes. Tolerar cuando hay arbitrios para negar, para rechazar y para perseguir, es por cierto virtud; pero es á la vez virtud de la que el protestantismo no nos ha dado hasta hoy un solo ejemplo. En Holanda como en Inglaterra, en Irlanda como en Alemania, él no fué jamas tolerante, miéntras estuvo dueño del poder; al contrario, cometió excesos que dejan muy atras las hogueras de Felipe II y los calabozos de la Inquisicion de España, que nunca autorizó la Iglesia, y de que sin embargo tanto alarde hacen los protestantes. Si ha tolerado despues y hoy mismo tolera, es muy á su pesar, y porque la fuerza de la opinion ó el temor de las amenazas no le permiten continuar sus planes opresores.

Durante cincuenta años el protestantismo no permitió á la tercera parte de los ciudadanos holandeses profesar su culto, que un siglo ántes habia sido el de la nacion entera. Dos congregaciones que miéntras el furor de la reforma se hicieron distinguir por la austeridad de vida, por su celo denodado, y muy especialmente porque de su seno ningun individuo salió para engrosar las filas de los reformadores, arrostrando peligros de toda especie, llenaron el ministerio evangélico entre esa grey devastada por el fanatismo, el cisma y la herejía. Dios premió su constancia, destinándolas para que reparasen los muros de Israel, cuando hubiese cesado el tiempo del cautiverio. En efecto, en 1687 se permitió á los Dominicos levantar un templo en Rotterdam, y casi al mismo tiempo otro en Amsterdam á los Padres de la Compañía. Para ambos fueron dadas por la autoridad las dimensiones, no se permitió tuviesen puerta á la calle pública, ni torre, ni campana, ni figura alguna de iglesia católica. Esta fué la primera gracia que un tercio de la nacion, condenado á vivir sin practicar el culto de su fe durante medio siglo, arrancó al protestantismo, amedrentado por

representaciones alarmantes de los oprimidos. Mas vencida la primera dificultad, las demas debian serlo sucesivamente, y así sucedió en efecto. La energía de los católicos poco á poco fué arrancado nuevas concesiones, de tal modo que los que poco ántes no podian profesar sus creencias sino en secreto, ni participar de sus misterios sino en la oscuridad de la noche y en el recinto mas escondido de la habitacion de una familia, se fabricaron templos en todas partes. Sostenidos por una fe aguerrida en tantos combates, acostumbrados á soportar las fatigas de tantas batallas, mas invencibles cuanto mas unidos, no se sentaron sin embargo sobre sus laureles para gozar tranquilos los frutos de su victoria; por el contrario, aprovecharon los triunfos pasados para prepararse de nuevo á los combates. El protestantismo estaba vencido, pero el indiferentismo, el materialismo y la incredulidad nacidos de su seno le preparaban otra lucha formidable que sostener.

Miéntras se ocupó la Holanda protestante en ejercitar el sufrimiento de los católicos oprimidos, sin cuidar de alimentar el principio religioso en el seno de sus sectarios, formaba de estos una generacion de incrédulos destinada á provocar nuevos conflictos, cuando se encontrase con fuerza para lidiar. Este es el enemigo mas funesto que puede abrigar la sociedad contra sí misma, enemigo que despues de anonadar la creencia que le dió vida, se vuelve contra el principio católico con tanto mayor furor cuanto es el único que puede detenerlo en su carrera de iniquidad. Los viejos reformadores que atónitos contemplaban el maravilloso desarrollo del catolicismo, no trepidaron en asociarse á los incrédulos para de este modo hacer mas certeros los golpes con que pensaban destruirlo. La Holanda y sus posesiones no tardaron en convertirse de nuevo en teatro de persecucion encarnizada, ¡en la que una mitad de los ciudadanos vuelta contra la otra mitad pretendia castigar el enorme crímen de tener fe!!! Las sociedades secretas prestaron su

apoyo á los incrédulos, y en Europa, en Asia, en América y en todos los puntos de los dos hemisferios donde tremola el pabellon holandes, los obispos fueron desterrados, los misioneros perseguidos, los sacerdotes injuriados, y todo el que conservó el nombre de católico excluido de los derechos que le aseguraban las leyes existentes. La *libertad* y la *igualdad* que prometidas por hombres sin creencia son siempre nombres vanos, ninguna garantía prestaron esta vez á los que se acogieran á su sombra, para no ser perturbados por sus intolerantes adversarios. Pero en vano pretendieran estos detener la marcha majestuosa de la Esposa de Dios; en vano señalar término á las victorias de su gracia, queriendo, como los insensatos cortesanos de Faraon, encadenar la virtud omnipotente para que no trasforme al hombre con sus toques. Los católicos aceptaron la lucha: dispuestos á conservar sin menoscabo el mas mínimo de sus derechos, disputaron palmo á palmo el terreno que las leyes les aseguran, defendieron su libertad de conciencia, que tan solo la arbitrariedad y el despotismo podian disputarles; y resueltos á perecer todos ántes que abandonar el campo que les trazaban á una la ley civil y la conciencia católica, obtuvieron al fin la plena libertad como corona de su generosa perseverancia.

Nuestra época, que ha sido en todas partes de pruebas y de triunfos para la fe, que solà ha presenciado hasta hoy el espectáculo tambien único de un Pontífice fugitivo y perseguido, restablecido en su trono por un gobierno hijo de la revolucion, no ha sido para la Holanda ménos memorable por acontecimientos de influencia vital para la Iglesia. Tales son la completa libertad dada á esta para comunicarse con el Papa, y el restablecimiento de la jerarquía católica; sucesos que corresponden bien á los esfuerzos de quienes trabajaron hasta alcanzarlos. Sus efectos son sensibles, y nadie podrá desconocerlos acercándose á observar el fervor piadoso, la gravedad y la munificencia que distingue á ese

pueblo que llena los templos cada dia. Cinco obispos cuyo ministerio les tiene en constante observacion de las necesidades de su diócesis, y novecientas diez parroquias que de ellos dependen, exceden por cierto sus mejores esperanzas.

Yo no podré olvidar las impresiones que experimenté asistiendo á la solemnidad del *Córpus Christi* en la parroquia de San Pedro de Rotterdam (1). Ningun dogma fué tan perseguido en Holanda como la real presencia de Jesus en la Eucaristía, y mil víctimas sacrificadas inhumanamente son la conclusion mas terminante de los excesos cometidos por los reformadores empeñados en destruirlo. En el templo en que me encontraba se ve una estatua dedicada á Juan de Gorcoun, una de aquellas víctimas perpetuamente amables á la memoria de la catolicidad entera. Un inmenso concurso de pueblo llenaba las naves del templo; y despues de celebrada la misa solemne, el párroco, tomando del altar las especies sacramentales, las descubrió poco á poco, y expuso á los fieles, diciéndoles : *Ecce Panis angelorum.* Los velos misteriosos que ocultaban á Israel los secretos del Arca de la alianza los rasgaba la fe ardiente y humilde de este pueblo cristiano; él veía lo que el error envuelto en tinieblas no podrá divisar jamas. El concierto majestuoso y solemne del coro ostentaba el triunfo de la creencia católica sobre la herejía; y todos los fieles, uniendo sus voces, entonaban cánticos al que triunfó muriendo, y en la muerte y sangre de sus mártires renueva sus victorias sobre el mundo y el infierno. « Digno es el Cordero inmolado por los hombres de honor, gloria y alabanza : adórenle los ángeles de Dios y cuantos con él reinan sentados en tronos; adórele tambien la tierra y cuantos han sido redimidos (2). » Esta confesion solemne que hizo el Cielo de la divinidad del Hijo de Dios, era repetida para celebrar el misterio de su union con los

(1) Junio de 1854.
(2) *Apocalípsis*, cap. VII.

cristianos en el sacramento del altar, terminando con la humilde súplica del que necesita aun un rayo de aquellas misericordias inefables que fueron siempre su mejor escudo : *Bone Pastor, Panis vere, Jesu, nostrî miserere.* El Santísimo Sacramento fué paseado procesionalmente, recibiendo en su tránsito las señales de adoracion mas profunda en los lugares mismos en que fué profanado y pisoteado por la impiedad de los sectarios de Calvino.

Un ojo penetrante, un alma privilegiada bien habia previsto ya estos acontecimientos cuando escribia : « El protes- » tantismo me parece un drama cuyos actores, despues de » representar su papel, volverán á su ser real... Nada puede » haber en él duradero, despues que ha sido abortado de » un modo tan violento; y fácil es prever que morirá del » mismo modo que nació. Él fué cómico en su nacimiento, » y será tambien cómico en el desenlace de sus actos. » Así hablaba el grande Erasmo, gloria de Rotterdam, y cuya estatua de bronce, colocada en el centro de la poblacion que le vió nacer, parece repetir á sus conciudadanos la memorable respuesta que dió al primer corifeo de la reforma : « No es manera de cortar abusos la que han adoptado los » que levantan el estandarte de rebelion contra Roma ; cau- » sarán la division de los fieles, pero la ruina no la sufrirá » el Papa ni la Iglesia, que le reconoce como su cabeza, sino » los que propagan la division y la fomentan. » El tiempo y los sucesos han demostrado hasta qué punto era exacto el juicio de este genio singular. En todos los templos católicos de Rotterdam tenia lugar á la misma hora igual solemnidad, y todos, á pesar de ser algunos bien espaciosos, estaban completamente llenos.

Con el restablecimiento de la jerarquía, la accion católica ha hecho sentir su influencia mas eficazmente y con mayor provecho de la sociedad. Difícil seria creer el número crecido de seminarios, colegios, conventos, monasterios, casas de asilo y de educacion que se han establecido á la sombra

de las iglesias : esfuerzo de siglos mas bien que obra de pocos años parece ese inmenso desarrollo que se nota así en las ciudades como en la capital, y que bien pronostica el completo reintegro del catolicismo en sus derechos primitivos. Los misioneros sostuvieron, hemos dicho ántes, durante el tiempo de la persecucion, la causa de la fe; y á la verdad su constancia á toda prueba fué el elemento providencial que salvó allí el pueblo escogido. La supresion de los Jesuitas por Clemente XIV fué una verdadera calamidad para esas misiones que ellos habian formado entre los peligros, y sostenido en medio de los vaivenes furiosos de una continuada tormenta. El Papa nombró á los Franciscanos para sucederles : su nombre no era desconocido en Holanda; algunos individuos de su congregacion habian luchado cuerpo á cuerpo con la herejía, prefiriendo el martirio á la apostasía; mas en unas misiones que no conocian, y que habian sido formadas por sugetos de distinta congregacion, no podian ellos hacer tan rápidos progresos como sus mismos fundadores. Repuesta la Compañía por Pio VII, los Jesuitas han vuelto á Holanda, donde desempeñan su apostolado.

Ese espectáculo tan bello que ofrece la mujer que abraza una vida de abnegacion para cooperar con sus esfuerzos á la felicidad de sus semejantes, no es ménos hermoso en los Países Bajos que en los otros puntos de la tierra donde la barbarie ó el fanatismo no han levantado una espesa barrera al Evangelio. Á las Terceras de Santo Domingo cabe esta gloria en Holanda desde muchos años atras : ellas, bajo el humilde título de *Hermanas de la Misericordia*, dirigen las escuelas, cuidan de los huérfanos, visitan los enfermos, y llenan todos los oficios que inspira y aconseja la ardiente caridad. Desde Rotterdam, donde estas hermanas poseen un vasto monasterio, se han derramado por todos los Países Bajos, no habiendo poblacion alguna que no tenga una casa de asilo ó al ménos una escuela bajo su direccion.

Otra institucion importante he encontrado propagada en Holanda por estas buenas religiosas, y son las escuelas dominicales, en las que los dias festivos dan instruccion primaria á las personas impedidas por sus ocupaciones de recibirla en los dias restantes de la semana. La de esta clase que visité en Amsterdam se habia establecido recientemente, y contaba noventa alumnos del sexo débil de catorce á veinte años de edad : las religiosas que habian pasado toda la semana en las escuelas, soportando el duro trabajo de enseñar niños, vienen el domingo á perfeccionar su sacrificio en la penosa fatiga de enseñar adultos. ¿Y cuál es el premio que esperan? me preguntaba á mí mismo. Yo he visto la pobreza en que viven en el claustro, siendo así que no pocas pertenecen á familias opulentas, y fueron criadas en la abundancia y en el regalo : esas vivas manifestaciones del agradecimiento que pudieran lisonjearles, en vano esperarian teniendo delante un enemigo poderoso y demasiado susceptible para permitirlas; ni un porvenir mas dichoso entrará en sus planes desde que al profesar la vida que siguen renunciaron hasta el derecho de esperar algo en la tierra. Su pasaje por este mundo será siempre igual : una celda que mide pocos pasos les dará la habitacion necesaria, y una comida grosera mantendrá una vida que busca para nutrirse otro alimento que el terreno; sus pasos se dirigirán siempre á unos mismos lugares, aquellos donde las lleva su profesion : del coro á la escuela, de la escuela á la casa del enfermo, y de esta á la del menesteroso, ved ahí todas sus visitas de cada dia. Pero un noble estímulo anima miéntras tanto ese corazon donde se abrigan sentimientos tan generosos : no es la tierra ni nada de cuanto le pertenece lo que tiene presente en sus fatigas, ni los honores, ni la gratitud que pudieran dispensarle los hombres contribuirán un ápice á fortalecerla en su carrera de sacrificios; el placer que experimenta el que hace el bien por Dios, la felicidad eterna, el premio de la vida futura,

hé ahí lo único que le sostiene, y lo único que puede estimularle.

Con frecuencia he reflexionado comparando esta ausencia total de motivos terrenos con los estímulos que animan á los encargados de dirigir los establecimientos análogos en Inglaterra y en Prusia; y aquella noble simplicidad, aquella pobreza y severidad de vida me han parecido preferibles á los atavíos y pretensiones de las ayas puestas al frente de las escuelas y de las casas de asilo que sostienen los *comités* protestantes. «Para mí es un hecho, aun cuando sus motivos me sean desconocidos, decia un noble lord, que las tocas de las religiosas católicas inspiran mas respeto y mas simpatía que las cofias y los rizos que adornan á nuestras maestras de niños; creo que mucho influyen los fines que se han propuesto unas y otras, pues el de las primeras para nosotros es misterioso, miéntras el de las segundas que todos conocemos es muy vulgar.» Ochocientas niñas reciben en Amsterdam su educacion en los establecimientos de las hermanas, y pocas ménos en Rotterdam: de todas ellas solo la cuarta parte paga un estipendio de veinte florines por año; esta es la principal entrada con que se cubren los gastos indispensables para sostener todos estos establecimientos. Las parroquias y las erogaciones voluntarias de los particulares cubren el resto. Á cerca de trescientas llega el número de las hermanas en los Países Bajos.

En el Haya, en Utrecht, en Rotterdam y en todas las ciudades importantes existe esa fervorosa emulacion, hija de la caridad ardiente que preside á las nobles empresas del catolicismo. Miéntras este vivió oprimido por sus poderosos adversarios, su espíritu benéfico estuvo preso de la misma manera que cuando la espada de los tiranos lo forzaba á vivir escondido en las cavernas ó desterrado en los desiertos, mas apénas ha conquistado su libertad, cuando saliendo como un torrente detenido se extiende y se dilata por todas partes. Contemplando el número tan crecido de los estable-

cimientos católicos, nacidos, por decirlo así, momentáneamente en Holanda, se apreciará hasta qué punto es exacto el dicho de Bálmes: « El catolicismo lleva en sí mismo po-
» derosos medios para realizar las obras de caridad mas ar-
» duas y penosas. Para los grandes actos de caridad es ne-
» cesario el desprendimiento de todas las cosas y hasta de sí
» mismo; y esto es lo que se encuentra eminentemente en
» las personas consagradas á la beneficencia en un instituto
» religioso: allí se empieza por el desprendimiento, raíz de
» todos los demas: el de la propia voluntad (1). »

El catolicismo considera como objeto propio el socorro de todas las necesidades, y por eso no descansará ni un momento miéntras un solo gemido necesite consuelos, y una sola necesidad quede por remediar. Los siglos se han sucedido, los tiempos se deslizan unos en pos de otros, las costumbres de los hombres varian obrando en armonía con la volubilidad de la condicion humana; mas el carácter del catolicismo subsiste siempre el mismo sin alteracion, sin variacion, sin cambio de alguna especie. Los monjes que fundan hospicios para recibir á los mendigos suceden á los diáconos que distribuyeron la limosna destinada á socorrer á las viudas y á los pobres; á los monjes han sucedido los institutos religiosos, y tras de estos vendrán otros que conservarán sin mengua en el seno de la Iglesia el espíritu de Jesucristo, que los inspira y vivifica. ¡ Qué majestuoso es este cuadro que, comprendiendo ya la historia de diez y nueve siglos, se extenderá hasta dibujar con la última de sus pinceladas la postrera de las obras que animará sobre la tierra el soplo divino de la caridad !

(1) *El protestantismo comparado con el catolicismo*, t. I, c. XXXIII.

Digitized by Google

## CAPÍTULO XVI.

El protestantismo no comprendió su primera necesidad. — Treinta y dos sectas. — El fundador de una nueva y su mision. — Indiferencia. — Impudencia asombrosa. — Los hermanos Moravos. — ¿Es posible la subsistencia de un órden de cosas semejante? — El protestantismo ha sido estéril en Holanda como en todas partes. — Las obras que nos cita. — El viejo Kuákero y sus casas de refugio. — La sopa de los pobres en el Haya. — Los Israelitas y la gran sinagoga de Amsterdam. — Refutacion dada al judaísmo en el centro del barrio israelita.

La primera necesidad del protestantismo naciente fué la union que pudiera hacer fuertes á sus miembros. Mas no era este un carácter que pudiese él inocularse á su antojo, ni sus fundadores podian ménos imprimírselo, por mucho que deseasen dar con él consistencia á la religion que predicaban. El corazon no está sino en manos de su autor, y Dios solo puede dominar y uniformar sus movimientos. En él existen los elementos de desórden; y su raíz, que son el orgullo y la propia voluntad, le excitan á cada instante á separarse cuando no puede imperar. Lutero y los demas reformadores, proclamando el libre exámen, consagraron el principio disolvente de sus sectas, sancionaron todas las aberraciones de que es capaz el juicio humano, y sumieron la obra de Dios por excelencia en un cáos, del que no podrá salir sino por el desprendimiento de su propio juicio y sumision al ajeno. Este es el fundamento de la creencia católica, y esta la vida que le dió el Hacedor supremo al imprimirle el celestial carácter de la perpetuidad. Vanos resultaron

todos los esfuerzos que han hecho los sectarios para alcanzar esta unidad, porque jamas podrá tenerla un edificio concebido bajo planes diferentes, formado de materiales diversos, sin trabazon de ningun género, y siempre sacudido por temblores que alejan sus puntos de contacto. A lo que está viciado desde su orígen, difícil es perfeccionarse despues; y lo que es torcido por su naturaleza, no se prestará á recibir formas rectas.

En Holanda como en todas partes el protestantismo muere, y su muerte no es mas que el resultado necesario de su naturaleza viciosa, que encierra en sí misma el elemento que le destruye; muere, y su muerte manifiesta bien que no fué la mano de Dios quien puso la primera piedra de su fábrica, sino la violencia de las pasiones humanas quien le dió ser. Treinta y dos divisiones que rasgan allí la creencia protestante califican bien y sin necesidad de otra prueba hasta qué punto es efectiva su disolucion. Mas no se estime este número tan crecido como su totalidad, porque estas mismas se subdividen luego naciendo unas de otras como las cabezas del dragon de Hércules.

Á los Calvinistas, los mas generalizados en Holanda, siguen los Luteranos, Anabaptistas, Husitas, Walones, Puritanos, Presbiterianos puros, Kuákeros, Episcopales, Presbiterianos, Escoceses, Armenios, Jansenistas, Calvinistas reformados, Apostólicos, Reformados, Evangélicos, Anglicanos, Puseístas, Universales, etc., etc., de cuya monstruosa disidencia nace la peor de las sectas, á saber: la de los incrédulos. Este es el triste efecto de las escisiones religiosas que trabajan la Holanda, devorando las reliquias de su fe, que, como última muestra de su pasada abundancia, conservara al traves de revueltas domésticas y de invasiones extrañas. La incredulidad estampa primero su monstruoso sello en el clero viciado por el sistema panteísta enseñado en las universidades de Leiden y de Utrecht, donde hace sus estudios. Tan léjos aquel de ocultar al pueblo su increduli-

dad, hace de ella alarde; y alguno con inaudito arrojo se atrevió á negar la divinidad de Jesucristo, predicando blasfemias que excitaron á sus parroquianos á volverse contra él entre los excesos de un tumulto.

Cada dia se anuncia el aparecimiento de nuevas religiones, y poco importa sea su fundador algun hombre condecorado por su talento ó dignidad, ó una humilde mujer, pues encontrará prosélitos por ridícula que parezca. Yo tuve ocasion de conocer en Amsterdam el hecho siguiente. La jóven señorita ***, de una familia rica, vivia ocupada casi siempre en leer obras de controversia: siendo protestante le agradaba asistir á los templos católicos, y á sus acciones dominaba una especie de pietismo que la hacia notable. Un dia se presentó á uno de los pastores católicos, y le habló del pensamiento que la ocupaba *de fundar una nueva religion.* «¡Cómo! le dijo el párroco: ¿V. ha recibido para esto alguna mision de Dios? — No por cierto, pero tampoco la tuvieron mejor que yo Lutero, Calvino, ni Enrique VIII; al contrario, ellos eran viciosos mas que yo: no obstante ellos fundaron sus sectas. — Es que por ese mismo motivo sus sectas son invencion humana; la Iglesia de Jesucristo las rechaza y las condena. — No obstante, yo he estudiado, he pensado, he orado mucho, y he encontrado al fin el medio de conciliarlo todo. — ¿Cuál es? — Yo fundaré una comunion que tenga todas las formas exteriores del catolicismo unidas á las creencias protestantes en órden á la confesion, al ayuno y demas prácticas de penitencia... porque á la verdad no hay motivos que tanto consuelen como esa relacion inmediata que enseña el catolicismo entablarse entre Dios y el alma en la comunion y en la misa; pero á la vez no hay cosa mas formidable para el amor propio que confesar sus faltas, ni tan molesta como ayunar. ¿No podria V. servirme en esta empresa, que creo la mas grande que pueda realizarse en servicicio del cristianismo? — De ningun modo podré contribuir á su empresa;

mas permítame V. decirle que en el catolicismo, aprovechando los consuelos que acaba de significar, tendrá V. á su disposicion medios tan eficaces para llenar todos los otros deberes religiosos, que ninguno le parecerá *formidable* ni *molesto*. » Por aquí podrá juzgar cada cual de las ideas que respecto á la religion preocupan aun á las personas á quienes la mayor instruccion pareciera garantir contra esa ilimitada libertad de pensar que concede el protestantismo á sus sectarios.

La indiferencia religiosa llega á su colmo; y como si tuviese eficacia para contagiar, trasmite sus tristes efectos á todas las otras comuniones disidentes del catolicismo. Bien lo manifiestan los templos desiertos, el materialismo proclamado de voz en cuello, el egoísmo presidiendo las acciones mas importantes de la vida, y los goces materiales buscados con sed ardiente, como si fuesen ellos el único bien á que pudiese aspirar nuestro pobre corazon. Esto asombra por cierto, pero aun mas asombran los lances inmorales á que da lugar un estado religioso semejante. La libertad de adoptar la fe que mejor agrade y de formar segun ella su conciencia y su proceder, permite al individuo una libertad sin límites para apreciar los actos mas esenciales de la vida á su antojo, y para hacer alarde de lo inmoral, como si fuese legítimo, trastornando de esta manera la sociedad, que no puede existir sino basada sobre los inmutables fundamentos de la religion y de la moral. Esta es una de las grandes plagas que sufre hoy la Holanda.

Existen sectas, bien que no numerosas, cuyos miembros proclaman como lícita la comunidad de mujeres; y no pocos que sostienen tambien la facultad de unirse en matrimonio con diversas esposas á la vez. Estos hechos en el secreto de la vida privada no serian mas que uno de los muchos tributos que la miseria del hombre paga cada dia; mas revelados á la sociedad entera por la impudencia de los

mismos que los cometen, son crímenes que la resienten, la conmueven y la conducen á su ruina.

Los hermanos Moravos tienen en Holanda un gran establecimiento cerca de Utrecht (1), en el que algunas familias de su comunion ensayan vivir en comun, segun los principios de su secta. No describiré yo las escenas repugnantes que pasan en tales casas habitadas por los sectarios de Juan Huss. En otros países de Europa donde los hermanos Moravos han hecho tentativas para establecerse, la autoridad no los ha permitido : quedaba reservado para la Holanda abrigar en su seno una institucion tal, y para otras naciones trabajadas por el protestantismo ó el cisma en el Norte de la Europa imitar su triste ejemplo. Los que en la marcha presente del espíritu y de las costumbres humanas leen su porvenir, podrán decirnos si es posible la duracion de una sociedad minada de este modo en su base misma. Nosotros creemos que no, y creemos tambien que la reaccion católica que á esta hora se opera en Holanda, es el único medio de salvacion que le resta. La sociedad no puede ser sostenida sino por los elementos que unen á sus miembros; y no son estos ciertamente los que cobijan las sectas disidentes de los Países Bajos.

No es de extrañar que el protestantismo holandes, trabajado como se encuentra por vicios tan enormes, aparezca estéril para producir los frutos que la sociedad y sus individuos de él pudieran prometerse. Quien eche una ojeada sobre la actualidad moral de aquel país, percibirá desde luego el enorme vacío que en él deja la carencia de tantas instituciones que hacen el honor de otros. Los hospitales que levantó el catolicismo ántes de la reforma en Rotterdam, Utrecht y Leiden, verdad es que se sostienen, pero sin aquellas conveniencias de que les dotó profusamente la caridad que abrió sus puertas para los pobres. Se sostienen;

(1) Pueblo de Zeyst.

mas la incuria, la indiferencia y á veces la inhumanidad misma presiden su administracion.

Por mucho que decante el protestantismo su filantropía, él ha sido y será siempre estéril para lo que nosotros llamamos caridad. Su filantropía, su humanidad no tiene espíritu, no tiene corazon, y no es mas que el amor propio que se agita donde puede ser lisonjeado por las adulaciones de numerosos espectadores. Los hospitales del Haya, de Amsterdam y demas ciudades de los Países Bajos no son mas que el *fac simile* de los de Inglaterra, y de los de todos los pueblos donde han sido sustraidos de la influencia ardiente de la caridad. Esa palabrería eterna que publica obras que no existen sino en simulacro, y que examinadas de cerca, léjos de encontrarse en ellas algun servicio real prestado á la indigencia y á la miseria, se halla la tortura que la mortifica con nuevos sufrimientos; esa vana ostentacion de servicios que debieran quedar ocultos hasta que fuesen publicados por la gratitud de quienes los recibieron, y ese desden al mismo tiempo para practicar las obras que se ostentan, cualquiera los percibe, pues que por todas partes presiden los establecimientos que son el orgullo de la beneficencia protestante.

En el Haya me llamaron la atencion dos obras de un viejo Kuákero que destinaba una parte de sus rentas para socorrer á los pobres. Él da habitacion á un número de familias en pequeñas casas construidas cerca del rio. Mas nada le importa al parecer la calidad de las personas que reciben su limosna: un número de habitaciones para otro igual de pobres existe á su disposicion; y es lo mismo para él que aquellos sean casados ó solteros, hombre ó mujer, con medios para ganar la vida ó sin ellos: ¡la recomendacion de un personaje! ved ahí lo que necesita, *y que no sea católico*, la única condicion que pide su reglamento. Orgías repugnantes suceden de vez en cuando en estas casas abiertas por la filantropía, y los agentes de policía no son mirados

en ellas como extranjeros. Una porcion de sopas que se distribuye á los pobres es el complemento que á sus casas añade la caridad de aquel varon, y haciendo la debida justicia en esta obra, su autor se manifiesta muy cuidadoso de la puntualidad en la distribucion y de la calidad de la materia que se reparte. Él mismo tiene conocimiento individual de sus pobres, y asiste en persona á la hora del medio dia al lugar destinado para esta obra. La distribucion de sopa del Kuákero del Haya es lo que he encontrado acercarse mas á las instituciones que dirige el espíritu católico; mas ese sello que imprime la filantropía se percibe tan bien sobre esta como sobre todas las demas que son sus hijas. En la presencia misma de aquel buen hombre los pobres son vejados con frecuencia de palabra; y no es raro ver tirado al suelo por los despenseros el alimento de los mendigos, cuando alguno no lo recibe en el instante.

No son los protestantes solamente los que disienten en Holanda del catolicismo: hay allí otras dos religiones que son sus enemigos, y de las cuales la una tiene con él algun punto de contacto; miéntras la otra le es del todo opuesta aun en sus dogmas cardinales. La primera es el cisma oriental, mas sus prosélitos son en número muy diminuto, ó, por mejor decir, casi insignificante, no obstante que sus *popes* cuentan entre sus creyentes miembros de la familia real, y celebran sus oficios en el palacio de los soberanos; la segunda es el judaísmo, y sus creyentes, ó los que se llaman *Israelitas*, son tan numerosos que forman una parte muy considerable de la poblacion total del reino. Mas estos individuos, doblemente infieles por sí mismos y por sus antepasados, por el horrendo deicidio que mancha las páginas de su historia, así como por el justo castigo que pesa sobre sus miembros, entre las maldiciones que arrastran, no es la menor la incredulidad y el materialismo, de tal modo que sus prácticas religiosas quedan hoy relegadas á los niños y á los pobres. Yo he asistido un sábado á los

oficios de sus grandes sinagogas, y confieso que el juicio que ellas me han sugerido de la fe de los hijos de Jacob no es el mas ventajoso.

Dos sinagogas existen en el barrio de los judíos de Amsterdam; en ambas estuve á la hora del servicio; en la que se llama de los *Portugueses* no habia ni una sola persona, y en la otra los oficios principiaron con siete individuos, que por su fisonomía me parecieron pordioseros. Dos rabinos colocados sobre una plataforma en el centro de la sinagoga conversaron y rieron durante la oracion del pueblo, y cuando el turno exigió su ministerio, lo prestaron con irreverencia tal que manifestaba despreciaban en su corazon lo que por respetos humanos ó por interes se veían obligados á practicar. Una escuela llegó cuando los oficios estaban principiados, y puedo asegurar que el canto de estas inocentes criaturas fué lo mas respetuoso y solemne que se hizo durante todos ellos. La procesion de las tablas de la ley, el beso de las Santas Escrituras y las demas ceremonias eran hechas con tal desaliño y precipitacion, que nadie podria inferir por ellos que eran creyentes los que las verificaban. Á ochenta y nueve llegó el número de los concurrentes, sin contar los niños de la escuela. Sin embargo los israelitas de Amsterdam pasan de cincuenta mil: ¿qué se ha hecho pues la fe de esa multitud de individuos? Las mujeres no asisten á la sinagoga: ¿mas acaso en cincuenta mil individuos, cuyas familias componen la cuarta parte de Amsterdam, á excepcion de ochenta y nueve, todos los restantes son mujeres? ¡Ah, otro es el motivo! Bien lo conocen todos, bien lo experimentan todos. Los hijos de esa generacion réproba no tienen mas fe que sus padres; y su corazon tan obcecado como el de aquellos « ni adora, ni cree en otro Dios que el interes (1). »

Esta reflexion me ocupaba saliendo de la sinagoga, cuando

(1) Jeremías.

un templo, en cuyo remate se eleva la serpiente del desierto, me hizo pensar podria ser otro establecimiento de israelitas que desde luego me proponia visitar. Las estatuas de Moises y de Aaron con la vara y el incensario y el sumo sacerdote Melquisedec teniendo en sus manos el pan y el vino del sacrificio, dan á aquel lugar un aspecto solemne, como lo dieron cuando vivos á la religion, cuyos profetas se alimentaron de figuras celestiales. Estos recuerdos alzados en el centro del barrio de los israelitas podrian ser para estos motivos de esperanza; mas un sabio profundo, que profesó ántes de ser discípulo de Jesucristo el culto de los rabinos, en cuya ley fué muy versado, teniendo delante de sus ojos todo aquel aparato majestuoso : « Estos hombres, » dice, que conversaron con los Cielos no son sino figuras » que ya están cumplidas en Cristo (1). » El templo era una mision católica servida por religiosos Franciscanos, que no cuentan como la menor de sus victorias frecuentes conversiones.

(1) S. Pablo.

Digitized by Google

## CAPÍTULO XVII.

Mirada religiosa sobre la Alemania. — Prusia. — Marcha del gobierno en su plan de combatir al catolicismo. — Triunfa este aprovechando las mismas armas con que era atacado. — Organizacion del protestantismo en Alemania. — Su division. — Su ruina.

La marcha del catolicismo es marcha de combates: signo de contradiccion en todas partes, está rodeado de enemigos, tanto extranjeros como domésticos; su vida es lucha, y su único descanso la variacion de los combates. Desde el poder de la tierra que pretende pisotearlo como al tapete de sus piés, hasta el hombre que pelea á brazo partido contra sus propias convicciones, y desde el filósofo que no quiere ver sino por el estrecho anteojo de su razon, hasta el impío dormido profundamente entre los brazos de la herejía ó de la incredulidad, todos son enemigos que llevan armas mas ó ménos formidables para combatir la obra del Señor. En estas pocas palabras está dibujado el cuadro que ofrece al mundo la Alemania protestante. De un lado un monarca poderoso se empeña en sostener el edificio ruinoso del protestantismo, lucha con un anciano venerable cuya conciencia no se dobla, ni se inclina á los golpes del cetro de la tierra, porque la sostiene el poder del Cielo: su constancia heróica hace revivir el sentimiento católico, debilitado por la serie de circunstancias adversas que acababa de atravesar en Alemania; y su opresor mismo, como si quisiese reparar la injusticia de su proceder, promete no ser mas hostil á la causa católica. El catolicismo sin embargo sufre todavía,

porque el número de sus combates no se ha completado en Prusia: sus miembros son obligados á cumplir disposiciones injustas, y sus ministros se ven arrojados ignominiosamente alguna vez del país miéntras llenaban su pacífico ministerio de enseñar en las provincias renanas. De otra parte reyezuelos convertidos en déspotas de la Iglesia se empeñan en esclavizarla, cargando su hermoso cuello de cadenas que la atan al pié de sus tronos. — Las cárceles se abren para recibir á los ministros del altar que, escuchando la voz de su conciencia, prefieren la prision á la apostasía, miéntras que un prelado octogenario, cual árbol frondoso combatido furiosamente por los vientos, ni deja de florecer, ni de dar frutos para alimentar la fortaleza de la Iglesia, por violento que sea el huracan que lo conmueve.

El panteísmo, el hermesianismo y el racionalismo apagan miéntras tanto la fe en las conciencias que las herejías de Lutero y de Calvino separaron de la comunion católica; el indiferentismo preocupa un gran número de individuos, y el protestantismo, sin celo y sin espíritu, ó reducido mas bien á esqueleto, mira con frialdad la multitud que deserta cada dia del pendon de la reforma, para precipitarse en el cáos de la indiferencia religiosa. Él veria de reojo si se moviese hácia el catolicismo; mas fuera de este caso, su celo no se excita en presencia de las defecciones que lo consumen. La firme perseverancia del catolicismo, la invencible fortaleza de sus atletas y la invariable marcha de su fe son al fin coronadas de éxito: una reaccion vital se deja sentir en el seno de la vasta Alemania; por todas partes se divisan grupos de católicos que corren á introducirse en el recinto de las viejas iglesias que les arrebató el protestantismo sin poderlas conservar; la nobleza, las letras y el poder mismo ven realizarse numerosas conversiones entre sus individuos, que despreciando los respetos humanos y los anatemas de la prensa racionalista, buscan en el seno de la Iglesia madre la seguridad que no encontraron en el océano

de dudas, agitaciones é incertidumbres que abre á la vista del entendimiento el sistema de los novadores. Pero este renacimiento del catolicismo, esta vida nueva que cobra de las mismas cenizas á que en Alemania le habia reducido la persecucion encarnizada de la reforma, tiene su carácter del todo particular. Él se levanta en la conciencia de sus creyentes, pero inspirándoles la sinceridad de fe que caracterizó á los fieles que vivieron en los siglos mas bellos de la Iglesia, miéntras que la unidad los liga al centro comun de los cristianos, á la Cátedra de Roma, de donde sale la palabra del Autor de nuestra fe. Los católicos estiman la union como el principio de su fuerza moral, para resistir los avances del despotismo del poder absoluto, enemigo en todas partes de la soberanía religiosa de la Iglesia; al paso que esa misma union garantiza su libertad de conciencia bajo gobiernos hostiles á su fe.

En Prusia, Sajonia, Hanóver, Báden, Hesse-Cassel, Mecklembourg y demas países protestantes de Alemania, es este el espectáculo que ofrecen, á pesar de los esfuerzos de hombres empeñados en trastornar los designios de Dios. Visitándolos, en todos he encontrado motivos que indican, poco mas ó ménos, ese desarrollo que permite la Providencia á su fe en la patria de Lutero, que tomó sobre sí la empresa imposible de destruirla. Echando una mirada sobre la Prusia y sobre los pequeños Estados de la Confederacion germánica que la rodean, tendremos ocasion de juzgar hasta qué punto es efectiva nuestra observacion. Federico Guillermo III quiso amalgamar los elementos heterogéneos que reunió en sus Estados la conquista, é hizo entrar como elemento primero de esta gran combinacion la unidad religiosa de sus súbditos. El protestantismo, dividido á la sazon en la Prusia en dos grandes brazos que representaban las ideas de los dos grandes novadores Lutero y Calvino, y el catolicismo, que contaba todavía cinco millones de ciudadanos alistados en su bandera, presentaban

sérias dificultades á su empresa. Mas era necesario vencerlas; y el primer paso para conseguirlo fué unir por un decreto emanado del trono al luteranismo con el calvinismo; y para que ninguno de estos pudiese creerse vèncedor de su contrario, se impuso el nombre de *evangélica* á esta fusion de dos sectas enemigas (1). No sucedió así con el catolicismo. *Un poder extranjero*, como llamaba Federico al de la Iglesia, dividia la accion del suyo, y tolerarlo no entraba en el órden de su política; mas este poder habria de ser respetado y obedecido en Prusia, aun cuando fuese por una sola conciencia católica, miéntras esta existiera.....

Sus planes fueron por tanto dirigidos á procurar la apostasía de los católicos por medios indirectos, mas bien que á impulsarlos á abrazar el protestantismo empleando la coaccion. Él confió á los protestantes la direccion de la enseñanza secundaria y superior, se apoderó de las escuelas normales, y las entregó á hombres sin religion, esperando propagar por su medio la indiferencia entre los alumnos destinados para educar al pueblo; y para hacer su golpe mas certero, concedió en ellas á los obispos de las provincias católicas una intervencion insignificante. El servicio militar fué convertido en medio de proselitismo, los matrimonios mixtos tuvieron una proteccion decidida del gobierno, las iglesias y sus bienes fueron confiscados, llegando en la provincia de Silesia al número de ciento treinta las que corrieron esta suerte en 1839; dar á los países católicos funcionarios protestantes que impunemente pusiesen en ridículo las ceremonias del culto, procurar por medio de sus agentes enlaces ventajosos para los ministros disidentes en las familias ricas que pudiesen servirles de apoyo en su propaganda, dividir al clero católico fomentando los errores del hermesianismo,

(1) Esta fusion tuvo lugar por primera vez en Nassau en 1817, y sucesivamente fué adoptada en Weimar, Francfort, Báden, Hesse y otros países protestantes de Alemania.

ganar prestigio entre el sacerdocio mismo para introducir con mas facilidad el desórden; hé aquí el plan que desarrolló y consumó cuanto estuvo de su parte.

La constitucion actual dió garantías á la libertad de la Iglesia católica; sin embargo dista mucho de recibir esta la proteccion que tienen del gobierno las sectas disidentes. Cuando estas derraman sus principios en las escuelas nacionales sostenidas por la contribucion que pagan los católicos como todos los demas ciudadanos, el gobierno se ha hecho sordo á sus clamores, que piden escuelas de su comunion. Esta era peticion justa, puesto que pagando contribucion tenian derecho para exigir que sus hijos fuesen educados en su creencia, profesada públicamente y bajo la salvaguardia de las leyes. Algunos años han pasado para que lleguen á conseguirlo, años de esfuerzos y de lucha constante, en los cuales los hijos de la Iglesia, acostumbrados á no retroceder á vista de dificultades que están llamados á superar, necesitaron ejercitar el sufrimiento á trueque de realizar su propósito. El protestantismo domina en el ministerio público, domina en los consejos del gabinete, domina en la enseñanza, domina, en fin, en todos los ramos de administracion, y hace sentir en todas partes su odio á la Iglesia. ¡Ved ahí la paz ofrecida á esta tantas veces! ¡ved ahí la libertad que se le ha prometido para alucinarla con esa mágica palabra, miéntras áulicos versados en el arte de mentir le tendian lazos para envolverla y aniquilarla! ¡Ah, que los hechos dicen mas que las promesas, y las palabras mas expresivas son vacías y embusteras cuando las obras las contradicen! Se prometia libertad á los católicos de Prusia, se igualaban los derechos de los miembros de sus diversas comuniones, y sin embargo estos no tenian en Berlin una escuela donde mandar sus hijos fuera de las sostenidas por la Iglesia protestante. ¿Ó acaso veinte y cuatro mil ciudadanos que profesan en la capital del reino la fe de Roma no tienen los mismos derechos

que el resto de la poblacion? Tres veces diferentes han querido hacer valer este derecho ante el magistrado de Berlin, y otras tantas han sido burladas sus esperanzas. Al fin el rey ha obligado al magistrado á hacer justicia á los católicos, y en 1853 se asignó renta *por un año* para la escuela de esta comunion, concurrida por novecientos niños.

Esta denegacion de justicia no es única: actos de igual naturaleza se repiten de un extremo al otro de la Prusia, y entre tantos que seria interminable referir, el que hoy mismo (1) sucede en Kœnigsberg es el único que aduciré. Hay en este pueblo doscientos escolares católicos que asisten á la escuela costeada por su parroquia. Esta circunstancia les ha hecho pedir al gobierno que del producto de su contribucion se conceda algun auxilio á la escuela de su comunion, pero desgraciadamente sus reclamaciones non han sido oidas; y los magistrados y el gobierno mismo se han negado á hacer justicia al pueblo de Kœnigsberg: tan léjos parece la administracion de estar dispuesta á conocer la obligacion que pesa sobre ella de respetar los derechos de los ciudadanos católicos, que en los establecimientos de orígen é institucion católica, y donde la mayoría de los habitantes es tambien católica, llena las vacantes que ocurren de profesores con individuos que no lo son. En Dusseldorf, una de las ciudades mas importantes del reino, me admiró ver dando lecciones en el Colegio real y en la *Academia católica* á enemigos del catolicismo instituidos profesores por el gobierno. La unidad católica levantó el primero de esos establecimientos; el segundo existe en un antiguo convento de Franciscanos: hoy ambos han caido en manos de protestantes, y se les hace servir de batería contra el mismo espíritu y contra la fe misma que les dió el ser. Los obispos, cuya intervencion en las escuelas católicas está consignada en las leyes existentes, nó tienen otra en realidad para las

(1) 1853.

de sus parroquias que la presentacion del maestro elegido de una de las tres escuelas normales católicas, y el que no puede ejercer sus funciones sin preceder la aprobacion del magistrado.

Ni ha sido ménos sistemática la oposicion del gobierno á las disposiciones de la Iglesia relativas á los matrimonios mixtos; él quiso violentar la conciencia de los obispos, él pretendió que traspasaran la esfera de su poder, y que atropellasen las leyes que les ligan en el ejercicio del episcopado. — Segun la disciplina vigente en aquella parte de Alemania, el contrayente protestante debe obligarse por instrumento público á educar sus hijos en la comunion católica. Ademas de esta barrera opuesta justamente á tales enlaces, que el sentimiento católico ha repugnado desde su cuna, la experiencia instruia á los obispos que, realizado el matrimonio, aquella obligacion estipulada rara vez se cumplia, que nada valia el juramento con que se daba mayor fuerza á la obligacion pública, pues que, á pesar de todo, la prole era educada en la religion del padre, y la fe de la madre no era raro vacilase arrastrada por influencias que son incontestables. El gobierno no reconoció la fuerza de estas razones, y quiso someter al obispado á su voluntad, obligándole á proceder sin estos requisitos. Un viejo obispo de Pósen, hijo de una tierra de héroes, levantó el primero su voz con energía para repetir al rey de Prusia lo que los Apóstoles á los soberanos de la tierra : « No podemos obedeceros en esto, porque nos lo impide una ley superior á la vuestra (1). » Todo el poder de uno de los gobiernos mas fuertes de la Europa se estrelló contra este anciano venerable... Pudo sumirle en una cárcel, pudo mantenerle incomunicado con sus fieles, pudo vejarle con inicuos tratamientos, tódo esto y mucho mas pudo hacer, y lo hizo efectivamente; pero no vacilar ni por un momento en su

(1) *Hechos de los Apóstoles.*

resolucion, no triunfar sobre la conciencia del pastor, ni inspirar temor á su espíritu, armado de un escudo impenetrable á los tiros del poder humano. El heróico arzobispo de Pósen estremeció las bóvedas de su calabozo con un rugido que, como el del leon de Judá, retumbó en todo el orbe católico, anunciando que la fe se conserva vigorosa en Alemania. Su voz no quedó sin eco : al extremo opuesto su heróico cólega el arzobispo de Colonia, mártir por la misma causa, sacrificando su reposo y libertad á la conservacion de los intereses mas sagrados de la religion, excita el celo de la conciencia católica, y da la señal del movimiento religioso que principia á sentirse en la patria de san Severino y del grande Alberto. ¡ Ah, cuán cierto es que las lágrimas del pastor fueron siempre fecundas para atraer sobre sus ovejas las bendiciones del Cielo á despecho de sus perseguidores, y que los suspiros al pié del Crucifijo pueden tantas veces mas que el filo de las bayonetas!

La católica Alemania vive entónces : el episcopado se liga íntimamente para sostener la causa de la Iglesia invadida, perseguida y encadenada. Los católicos se agolpan en torno de las asambleas de Francfort y de Berlin, para reclamar los derechos incontestables de su libertad religiosa, y consiguen que se reconozcan efectivamente (1). Wurtzbourg vió reunirse por primera vez en sínodo á los obispos despues de la asamblea de Ems, cuyas reformas eclesiásticas, si bien dejaban satisfechos los deseos del emperador, merecieron con justicia la condenacion de Pio VI (2). El acento grave y tranquilo de sus deliberaciones contrasta admirablemente con la época borrascosa y sangrienta en que aparecieron. Sus acuerdos son acogidos con respeto, y su autoridad acatada por los súbditos de la Iglesia, que contemplan

(1) 1848.

(2) La puntuacion de Ems fué firmada por los arzobispos de Mayence, Tréveris, Colonia y Saltzbourg en 25 de agosto de 1786.

en sus decisiones el renacimiento de su uniforme disciplina. Mas este espíritu que anima á la Prusia católica, y que se dilata con increible rapidez, no ha removido aun totalmente los obstáculos que se le presentan en el espacio que está llamado á recorrer; al contrario, aunque el rey Federico Guillermo IV ha protestado que no inquietará la conciencia de sus súbditos, y que respetará las libertades de la Iglesia, sin embargo una explosion preparada por el fanatismo de los protestantes se empeña hoy en detener al catolicismo en su carrera de victorias. Los decretos ministeriales del 22 de mayo y 16 de julio de 1852 le ponen verdaderas trabas en el desarrollo de su accion, presentan nuevas dificultades al celo de los misioneros, prohiben á la juventud recibir su educacion en casas de Jesuitas, y hacer sus estudios en el colegio germánico ó en la propaganda de Roma. Estas disposiciones, verdaderamente injustas y atentatorias á la libertad individual, aparecieron como un arbitrio para calmar las pasiones de los protestantes irritadas con la experiencia de los triunfos de la Iglesia. ¿Mas llenarán acaso su objeto? No y mil veces no. Á su sombra habrán cometido tropelías hijas del fanatismo que acompaña al error en todas partes, habrán expulsado violentamente á los Jesuitas que dirigian como simples particulares el seminario de Colonia, habrán impedido temporalmente la institucion de algunas escuelas; pero en cambio ellas han excitado el celo de sus hijos, han desarrollado ese movimiento que fatiga al partido protestante, y organizado la opinion católica, dándole en las cámaras, en las asambleas y en la alta sociedad representantes hábiles, elocuentes, y que arrostrarán por la defensa de su noble causa todo género de sacrificios. Ellos hacen oir su voz viva, enérgica y desinteresada, que pide para los fieles de su comunion lo que ya se ha concedido á los de las otras. La memoria dirigida al rey en 1852 por estos diputados bosqueja las exigencias del catolicismo en Prusia, y la justicia con que se hacen. Serán oidos al fin

cuando la autoridad llegue á persuadirse que la seguridad de los gobiernos y de los pueblos no puede descansar sino en la indestructible base del catolicismo. La experiencia miéntras tanto enseña á los católicos de todas partes que los esfuerzos de sus disidentes nada pueden contra el poder invencible de su creencia, y que al contrario mas tarde ó mas temprano entrarán ellos mismos, como nuevos elementos, para completar el triunfo del enemigo cuya ruina procuraban.

Hemos bosquejado rápidamente la marcha del catolicismo en Prusia, y haremos ahora una reseña del estado del protestantismo. Dijimos que los sectarios de Lutero y de Calvino se consideraban á principio del presente siglo como las dos grandes comuniones cuyas creencias dominaban las conciencias de millones de individuos; y en efecto todas las provincias de la Prusia, á excepcion de la Silesia y las del Rhin, cuya mayoría fué siempre católica, seguian las banderas de los novadores del siglo diez y seis, hasta que á Federico Guillermo III agradó unirlas en un solo cuerpo, como lo resolvió efectivamente. Los calvinistas mas celosos hicieron diferentes reclamaciones contra esta medida, que les imponia un símbolo de fe diverso del que profesaban; mas la única respuesta dada á sus clamores fué: «Uniformaos;» bien terminante y categórica por cierto para dejar lugar á nuevas súplicas. La union fué pues aparente; y aunque en el culto público de los templos y en las escuelas nacionales se predicó y enseñó desde entónces la doctrina evangélica, los que no aprobaron la fusion conservaron su antiguo símbolo, y con él tambien un odio mortal á esta union, que hasta hoy apellidan atentatoria, sacrílega y despótica. Tan léjos de haber producido tal medida la unidad de conciencia que se propuso el rey, fomentó la escision entre los protestantes mismos; porque la union de dos sistemas erróneos produjo un tercero, y si se quiere, mas monstruoso, sin anular los dos que entraron en su combinacion. Así los

*Evangélicos* recibiendo para nutrirse los errores de Lutero y de Calvino, opuestos entre sí en algunos puntos esenciales, recibieron á la vez la semilla de nuevos errores, de nuevas sectas, de nuevas aberraciones, de nuevas confusiones y de nuevas discordias y divisiones. Lo que debia suceder sucedió pues: la secta evangélica ha concebido en su seno diez y nueve doctrinas nuevas que forman tambien diez y nueve sectas diferentes, pero hijas todas de la que se adoptó por el gobierno para uniformar la conciencia de la nacion. Esta fecundidad asombrosa continúa hasta hoy desarrollándose, para aniquilar con nuevas escisiones las creencias del pueblo. Examinando las doctrinas y costumbres de algunos de estos sectarios, especialmente en el norte de Alemania, se observa desde luego reproducidos entre ellos á los Albigenses, á los Cátaros y á toda esa turba de novadores que infestó la Europa durante el siglo trece; pero agravados todavía mas los errores de aquellos con inconsecuencias monstruosas y herejías groseras de la moderna reforma.

La libertad de conciencia concedida por Federico Guillermo IV ha contribuido á dar mayor publicidad á todas las divisiones que sublevan en su contra la conciencia del pueblo que conserva algo de su fe. La Iglesia evangélica, sostenida por el poder y los tesoros del gobierno, dueña de los magníficos templos arrebatados al catolicismo, poseedora de las pingües rentas que la piedad fervorosa de los fieles amontonó en mil años en las manos de los obispos para que las distribuyesen en socorrer las necesidades de los pobres, conserva esa vida exterior que pueden fomentarle tantos elementos reunidos. Sus parroquias tienen á su cabeza una congregacion que llaman comun, y se compone de los feligreses mas ancianos que van renovándose por designacion de ellos mismos: el comun nombra y remueve su párroco, decide y modera todo lo que concierne al gobierno y economía de la parroquia, de tal manera que el ministro no es en

realidad mas que un servidor del comun, cuyas órdenes respetará al pié de la letra, so pena de perder irremediablemente su destino. El sínodo general que se reune anualmente en Berlin se compone de los obispos, párrocos, superintendentes ó diputados por los comunes de las parroquias, y de algunos profesores nombrados por el rey y presididos por un asistente de este mismo, de suerte que esta secta sin cabeza visible, segun la doctrina de Lutero y de Calvino, de hecho la reconoce en el jefe del Estado, cuyo arrimo busca y á cuyas órdenes se somete en todas partes, como que son las que le animan y dan vida.

No sucede lo mismo entre las sectas separadas de la evangélica : como estas no tienen la proteccion del gobierno y dependen solo de la voluntad de sus creyentes, apénas dan señal de vida y muy escasa cuando el dia de fiesta celebran el servicio. La confusion que ha ocasionado en el pueblo que algo cree esa multitud de comuniones diversas es imponderable; y digo que algo cree, pues que ellas han dado por producto final la incredulidad. « Cuando hay diferencia de opiniones entre personas competentes, hay tambien derecho para dudar, me decia un hombre del pueblo cerca de Dusseldorf; y yo no creeré nada hasta que se decida quién dice verdad. El pastor que ántes teníamos nos enseñaba una cosa, y el que ahora tenemos nos dice otra : yo y mis hijos no tenemos por eso hoy ninguna. » ¡Triste inconsecuencia adonde conducen la incertidumbre y la contradiccion, y á la que la ignorancia y las preocupaciones contribuyen á dar cierta fisonomía de legitimidad en individuos dignos de mejor suerte! Este es el estado de la mayoría del pueblo, sin que ninguna de las sectas tenga elementos para rehabilitarlo en sus creencias.

Los *hermanos cristianos*, nueva comunion nacida en Elberfeld (Westfalia), y que ha contado entre sus primeros propagandistas un número considerable de estudiantes, cree que toda la Alemania está perdida, y que necesita regene-

rarse por una nueva religion: todo hombre tiene la mision de Jesucristo para doctrinar; y en efecto ella ha lanzado una muchedumbre de vagos que dejaron cual la azada, cual la sierra ó el cartabon para derramarse por los pueblos y las campiñas, predicando con los principios mas absurdos la moral mas repugnante y los ejemplos mas licenciosos. Los párrocos evangélicos levantaron la voz contra los nuevos predicadores, acusaron á la autoridad su moral monstruosamente corrompida, y pidieron se les prohibiese continuar una propaganda que habilita y autoriza todas las pasiones del corazon (1). Pero los magistrados no vieron esto mismo. « Cada uno puede, dijeron, profesar y predicar su religion, y los hermanos cristianos haciendo su propaganda están en su derecho. » Cuanto mas se detiene la consideracion sobre este abismo monstruoso en que la reforma ha sumido tantos millones de individuos, tanto mas se comprende la incompetencia del hombre para imponer á su conciencia la fe que debe profesar. El corazon que se ahoga entre pasiones furiosas, el espíritu que puede resistir apénas los choques impetuosos de deseos corrompidos, y el hombre todo que no encuentra cerca de sí mismo sino vicios y miseria, ¿cuál otra fe pudieran imponer á la conciencia que no fuese hija de aquellas pasiones y de estos vicios? Los hermanos cristianos nada nuevo han producido en su secta corrompida, ni mas que la renovacion de los maniqueos del siglo cuarto, ó de los flagelantes y pobres de Leon del siglo trece, ó de tantos otros que continuarán todavía reproduciéndose para añadir nuevos números al rol sombrío de los escándalos del género humano. ¡ Ojalá que los hombres que piensan, puedan á la luz de estos hechos convencerse que el cristianismo no puede existir separado de su centro, ni la doctrina que profesa sino unida al oráculo vivo que estableció Jesucristo para enseñarla. Los hermanos cristianos, con su moral re-

(1) 1852.

lajada y sus principios que repugnan, no serán por cierto á los ojos de la sana razon la fuente en que debe encontrarse esa religion pura que algunos dibujan á su manera, y no es sino una de las bellas ilusiones que no se hallan, ni se hallarán realizadas en parte alguna. Mas si entre aquellos no se encuentra el principio de autoridad que haga admitir sus errores como doctrina verdadera, no la tiene mejor ninguna de las mil secciones religiosas que dividen desgraciadamente los países protestantes de la Europa y de la América. Si queremos la unidad de fe, esta no puede ser sino una, y debemos buscarla donde ha existido siempre y donde «existirá hasta la consumacion de los siglos.»

El clero protestante prusiano no aventaja mucho á los seglares en unidad, ni aun en instruccion en materia de doctrina: la mayoría de las sectas ha encontrado discípulos entre sus miembros; y el proselitismo lo ha invadido de tal modo que muy pocos se hallarán que profesen exactamente unas mismas creencias religiosas. Sus individuos no se educan en seminarios establecidos para el objeto, sino que cursan en las universidades, en donde ninguna pauta pueden encontrar que ajuste y uniforme su conciencia. Federico Guillermo IV hizo al principio de su gobierno señalados esfuerzos para dar unidad al clero, esperando que esta vendria á producir en gran parte la del pueblo: hizo convocar un sínodo general, al que ordenó adoptar algun plan que produjese tal resultado; ¿mas cuál dió en realidad este sínodo despues de haber discutido mil proyectos unos en pos de otros? Que la unidad en Prusia era imposible, porque cada hombre que profesa religion la tiene propia, principiando desde el clero hasta el último del pueblo. Los pietistas de Berlin, que ubservan la ruina de su comunion, han hecho tambien iguales esfuerzos, consiguiendo probar el mismo desengaño. La consecuencia de semejante desunion la perciben todos: el protestantismo se hunde roto en mil pedazos, la indiferencia religiosa, el materialismo, el ateísmo

y el panteísmo se apoderan de sus escombros; y el catolicismo avanza enriqueciéndose con los despojos que gana en espléndidas conquistas, realizadas entre todos ellos. Este es el grande hecho que nadie podrá contradecir: « El protestantismo cae, porque le faltó la union; y el triunfo será del papismo, porque este la ha conservado intacta, » decia un elocuente ministro protestante (1), miéntras que otro de su misma comunion llama « últimos esfuerzos por sostener el protestantismo aleman, » todos aquellos trabajos aconsejados por la política de los hombres de Estado, y emprendidos sin resultado por los que tienen interes mas inmediato en su feliz realizacion.

(1) Rev. Dr Krummacher.

Digitized by Google

IMP. SIMON RAÇON.

**MONSEÑOR AUGUSTO**

ARZOBISPO DE COLONIA

## CAPÍTULO XVIII.

Recuerdos de Carlo Magno. — La catedral de Colonia. — El espíritu de otro siglo encuentra todavía imitadores. — El seminario y los Jesuitas. — Mis reflexiones en el museo de pinturas. — Dusseldorf. — La pompa del culto católico. — Inconsecuencia de los Evangélicos. — Las Bethanias de Kayserberta. — Su instituto y sus trabajos. — Diferencia esencial de los institutos católicos. — Hospital general de Berlin. — Las hermanas de S. Cárlos Borromeo.

Los hechos famosos recordados siglos atras se ofrecen á la imaginacion en los sitios que los presenciaron, con cierto aire de misterio que aumenta sobremanera las impresiones que dispiertan en el alma, grandes por naturaleza. ¡ Cuántas son, por ejemplo, las que se tienen atravesando el *Hôtel-de-Ville* ó la casa consistorial, la catedral y las célebres fuentes de la antigua Aquisgran (1) ! Un soberano cuyas hazañas, por ser tan heróicas, han llegado á tenerse en parte como fabulosas, un rey que se hace tan temible de sus enemigos por el rigor de su espada, como amable por sus virtudes á la Iglesia, de cuyos derechos fué el mas leal y el mas intrépido defensor, un legislador, en fin, que consulta en todas sus disposiciones el provecho general y el lustre de su nacion, será siempre memorable; y sus recuerdos que al traves de los siglos sobreviven, no podrán contemplarse sino entre sentimientos de veneracion y de respeto el mas profundo. Todos cuantos monumentos subsisten todavía en Aix-

(1) Aix-la-Chapelle.

la-Chapelle, pertenecientes á la época de Carlo Magno, son otros tantos argumentos de los esfuerzos de su valor y del fervor de su piedad. El precioso manuscrito de los Evangelios del siglo cuarto que trajo consigo, y hoy se muestra en la catedral desde una tribuna al lado del evangelio, cerrado en una caja de oro, su espada tambien de oro, terror de los enemigos de la fe en Francia y en todas partes, las santas reliquias que redimió de la profanacion en que yacian, inspiran respeto en el alma para quien la fe conserva hoy y conservará siempre el mismo influjo á cuya sombra se realizaban las heróicas empresas de aquel ilustre monarca. Nuestro siglo no acaba de comprender esa mezcla de períodos tan distintos que forman la vida de Carlo Magno: un hombre que arrima la espada y se desnuda de la coraza para vestir cilicio y armarse con el rosario, un soberano que desciende del trono para postrarse en tierra y confundirse con el polvo en presencia de otro Señor, á quien adora como Rey de reyes y Monarca de monarcas, son lances para él que tienen mucho de poético, que no pasarán en su concepto de bellas utopias soñadas por los que gustan alimentarse de exageraciones. Porque, en efecto, aunque la filosofía entrevé lo que tienen de grande y de sublime rasgos semejantes, no se persuade sin embargo que han vivido corazones capaces de realizarlos. Yo me hacia estas reflexiones visitando el *Hôtel-de-Ville,* antiguo palacio que vió nacer á Carlo Magno, y cuyo recinto abrazaba un espacio tan considerable, que el suntuoso edificio de la catedral actual era una capilla interior, donde el piadoso monarca acostumbraba practicar ordinariamente sus devociones privadas.

Colonia no encierra ménos recuerdos que Aquisgran del esplendor que el catolicismo ostentó en otro tiempo en las provincias del Rhin. En medio de sus calles estrechas y tortuosas se alza en forma de cruz uno de los templos que mayor reputacion gozan en el universo por su magnificen-

cia, por su riqueza y por sus tradiciones de diez siglos. Es este la catedral fundada por Egelberto. Las revoluciones y cambios sucesivos de que Colonia ha sido teatro en estos últimos tiempos han respetado el tesoro antiquísimo que allí se conserva, como muestra de la generosidad sin límites que distinguia á nuestros antepasados en todas las obras que consagraban al culto de Dios. La caja que contiene las cenizas de los Magos (1), valuada en seis millones de francos, que la diligencia de ciudadanos piadosos pudo libertar de ser presa de soldados enriquecidos mas de una vez con los despojos de Colonia, y la urna preciosa que contiene los restos de san Egelberto, son obras que nos llevan á otro siglo en que la piedad era explicada por tales caractéres. Sin duda yo no encontraba proporcion entre el brillo de estas riquezas que se muestran como escondidas en una capilla de la iglesia, entre el esplendor arquitectónico de la iglesia misma, y la pobreza de los paramentos que intervienen en las funciones ordinarias del culto. Las generaciones modernas, tan léjos de haber enriquecido con nuevos dones á esta célebre catedral, la empobrecieron, robando parte de su tesoro á título de contribucion, despojándola de las rentas que le dieron sus devotos, y condenándola de esta manera á quedar incompleta como existe hasta hoy. Sin embargo, en medio de esta pobreza, un don vino á enriquecer la catedral de San Egelberto el año pasado, probando de paso no haberse apagado totalmente el fervor católico que distinguiera desde atras á la casa reinante de Baviera. Tal fueron los magníficos trasparentes obsequiados por el rey actual, que se hacen admirar por su primorosa belleza. Consuela por cierto ver revivir, aunque sea de tarde en tarde, ese espíritu del que tantos y tan bellos recuerdos conservan las viejas catedrales de la Europa. Esta reflexion tuve ocasion de repetir, advirtiendo las costosas reparaciones que se ha-

(1) Trasladadas allí de Milan por Federico Barbaroja. (Butler.)

cen en el templo de Santa Úrsula y sus compañeras de martirio.

Colonia debe hoy al clero dos establecimientos que le honran. El primero es el liceo que dirigian los Jesuitas en el local mismo que perteneció ántes á este instituto. El protestantismo, á quien nada debe Colonia, empeñado en arruinarlo, triunfó al fin, arrojando á sus directores de una manera tan estrepitosa como injusta. ¿Mas cuál era el delito de aquellos individuos? Yo visité su establecimiento, observé en él buen sistema de educacion en general, contraccion al exacto desempeño de sus deberes así en los profesores como en sus alumnos; ninguna doctrina peligrosa para el Estado figuraba en los programas de los cursos, y ántes por el contrario los principios de subordinacion á la autoridad eran inculcados con esmero en el tierno corazon de los educandos. Su crímen era otro, y existia solo en la irritacion de sus émulos, que son los que en todos los países inspiran en la juventud odio á los buenos principios y amor á la licencia de costumbres. ¡Ved ahí el crímen castigado con un destierro por los que predican tolerancia y hablan á los pueblos en nombre de la libertad! El segundo es el museo de pinturas y antigüedades formado á sus expensas por el presbítero Wallnaff, profesor en la universidad, y en el que sobresale el admirable cuadro del *Cautiverio de Babilonia*, obra del jóven artista Bendemann. Este servicio prestado á la literatura me hacia subir á época mas remota, y recordar uno de primera magnitud rendido allí mismo por el clero á las ciencias naturales y sagradas. Alberto el Grande enseñó en Bolonia los principios profundos de la filosofía y los divinos de la teología, allí dió sus pasos avanzados en las ciencias naturales, é hizo sus curiosas investigaciones en los secretos de la física. En el museo se conservan algunos de los utensilios empleados en su estudio por el profundo naturalista..... Es todo lo que resta á Colonia de su célebre Alberto Grood, cuya escuela produjo

al gigante entre los sabios, el inmortal Tomas de Aquino.

En Aix-la-Chapelle, en Colonia y generalmente en todas las poblaciones de las provincias del Rhin donde me detenia, notaba en el pueblo bastante devocion, pues las iglesias estaban llenas así en los oficios de la mañana como de la tarde: los esfuerzos del protestantismo y del ateísmo han encontrado allí en la religiosidad acendrada de la mayoría católica una barrera hasta hoy invencible. En Dusseldorf presencié uno de esos espectáculos solemnes que explican de un modo exacto la fe de quienes los representan, á la vez que edifican á sus espectadores. Fué la procesion del Corpus que giró por las calles principales de la ciudad en medio de un inmenso concurso de pueblo, que miraba en silencio desplegarse toda la majestuosa pompa del culto católico, para celebrar el triunfo de la caridad que hizo á Dios quedarse morando entre los hombres. La bella estatua de la Santísima Vírgen, llevada en andas, sostenida á hombro por niñas vestidas de blanco y adornada con guirnaldas de lirios y azucenas, la imágen del Salvador del mundo, soportada por jóvenes vestidos de negro, los alumnos de todas las escuelas católicas en número de tres mil, vestidos uniformemente y teniendo en sus manos flores y ramos de laurel, mas de dos mil luces encendidas que llevaban los miembros de diversas cofradías, así hombres como mujeres, las banderas y colgaduras que decoraban las puertas y las ventanas de las casas, los arcos triunfales bajo los que desfilaba la procesion y el canto religioso daban, en fin, á la ceremonia una majestad y un esplendor incomparable. No habria sido extraño ver algun acto ménos atento ó ménos respetuoso á la Divinidad, objeto de aquel culto, existiendo en Dusseldorf mas de diez mil protestantes; pero no sucedió así; y sin tropa ni agente alguno de policía que interviniese, nada ménos respetuoso se dejó notar. La procesion giró casi dos horas, y su gravedad solemne é imponente fué durante todo este tiempo siempre la misma.

Los Alemanes gustan de simbolizar los objetos religiosos que dan pábulo á las meditaciones del espíritu. Yo he visto reprobar muchas ocasiones esta práctica en América, donde existe conservada como herencia de la España; mas ninguna razon he oido aducir á sus impugnadores que pueda llamarse suficiente para condenarla. La Iglesia católica, aprobando el culto de las imágenes, aprobó la representacion de los objetos ahora invisibles para nosotros por medio de los sensibles y materiales que avivan la fe y aproximan nuestra alma al conocimiento de aquellos. En las prácticas religiosas, cuyo fin es acercarnos á la comprension mas perfecta de nuestro orígen y de nuestro término, y estrechar relaciones mas íntimas entre nuestro espíritu que viaja hácia la eternidad, y Dios que en esta se nos promete como premio de nuestras virtudes, nada debe reprobarse de cuanto contribuya á mantener mas vivas y mas ardientes estas mismas ideas, y esté en armonía con la disciplina de la Iglesia. Yo, por mi parte, confesaré ingenuamente que las procesiones de imágenes que ví en las provincias del Rhin, muy semejantes á las que se acostumbran en América, me dejaron impresiones que recordaré siempre con provecho.

Cerca de Dusseldorf tuvieron su orígen las diaconesas conocidas bajo el nombre de *Bethanias*, y á quienes el gobierno de Prusia ha destinado para el servicio de los hospitales. El Sr Fliedner, ministro luterano de Kayserberta, se propuso probar prácticamente que la reforma podia producir instituciones tan caritativas, tan nobles y tan heróicas como el catolicismo. « Miéntras que la Francia católica, decia, se enorgullece con sus *Hermanas de la Caridad*, la Alemania que abrazó la reforma de Lutero tendrá tambien derecho para citar sus *Bethanias*, como prueba de que la animan sentimientos no ménos evangélicos que los de aquella nacion. » Rechazados por la reforma los institutos religiosos y condenadas sus bases, que son la abnegacion

y el voto, yo deseaba vivamente conocer esta congregacion, hija primogénita del protestantismo, constituida sobre nuevas bases y animada tambien de un nuevo espíritu. Ved aquí el resultado que me dió mi exámen. Las Bethanias, que cuentan doce años de fundacion, reconocen como padre al Sr Fliedner, quien reunió algunas paisanas en Kayserberta para vivir en su casa de una manera evangélica, como él les prometia. Él principió dando á sus asociadas por superiora una pietista, que pagó para que las enseñase á llenar los oficios propios de una criada, y luego las ofreció á Federico Guillermo IV para la direccion del hospital real de Berlin. Las Bethanias no tienen regla alguna que observar, ni direccion espiritual que seguir; nada les es obligatorio, y la ejecucion de los oficios que llaman de su instituto no descansan mas que en el placer de cada una de las congregadas : ellas hacen y reciben visitas, aderezan sus ropas y cabellos como las mujeres que viven en el siglo, y su vida es ni mas ni ménos como la de cualquiera de estas mismas con todos sus caprichos y pretensiones, con la diferencia que, reunidas, lo pasan mejor que en su casa mediante la suma de cien thalers por año con que contribuye á cada una el Erario público de Prusia.

En las congregaciones católicas, cuyo instituto es practicar con perfeccion las obras de caridad, los individuos que se asocian principian por desprenderse de sí mismos, poniendo su voluntad en manos del superior de quien reciben una regla de vida, aprobada ya de antemano por la Cabeza de la Iglesia. Desde ese momento dejan de vivir para sí mismos interior y exteriormente, porque la regla que han recibido prescribe ocupaciones para cada dia á su espíritu y á su individuo; ocupaciones cuyo fiel desempeño vigilará un superior celoso de la puntual observancia de las reglas del instituto. No busca aquel la satisfaccion de sí propio al abrazar esta clase de vida, amarga y dura para nuestra condicion, ni espera ménos recompensas de la tierra; al con-

trario, corta con su voto toda espectativa mundana, cuando á los ojos de su conciencia y de sus superiores es hallado apto para la vida religiosa al fin de una larga probacion. Los efectos de este sistema son bien conocidos por todos : el que nada espera de los hombres ni nada hace por respeto á estos, sino todo por sentimientos sobrenaturales, tiene para obrar siempre los mismos motivos, cualesquiera que sean las circunstancias que intervengan. No sucede esto en el caso de las Bethanias. Sin esperanza estas de salir de la condicion oscura que les cupo al entrar en este mundo, la sociedad les presenta una subsistencia cómoda y sin abnegacion de ningun género, y un porvenir mas halagüeño que el bien mezquino que les ofrecia la estrechez de su familia. Las austeridades que en los monasterios católicos se prescriben para adiestrar á las asociadas en la consagracion al servicio del prójimo por la abnegacion de sí mismas, no son conocidas en esta nueva especie de religiosas : ningun voto las liga á obligacion de algun género, ningun acto extraordinario de piedad figura entre sus distribuciones ordinarias de trabajo, paseo, salon y comedor; los vínculos que las atan al mundo son mas fuertes desde que son mas positivas tambien las esperanzas que pueden abrigar para su porvenir; y á estas les dan derecho el dote de doscientos florines y un vestido completo que se les promete para el dia de su boda, no con Jesucristo por cierto por el sacrificio heróico de la profesion religiosa, sino con el novio que ellas mismas hayan podido procurarse entre los enfermos fiados á su cuidado, ó entre los mozos empleados en el hospital. La experiencia manifiesta muy á menudo que esta promesa no se ha hecho en vano á las hermanas Bethanias. El fundador, si tuvo el consuelo de ver aumentarse las vocaciones para su asociacion, tan ventajosa para las pobres paisanas, sufrió tambien el desagrado que debia causarle la disposicion del rey, que encontrando ser gravosas para el Erario las pensiones con que se les contribuia anualmente, así

como el dote á que les da derecho su agregacion al instituto, fijó su número á sesenta. Con toda certeza podria asegurarse muy corta vida á la obra del pastor Fliedner, si los florines del rey de Prusia no hubiesen venido á sostenerla: ella hasta hoy no se ha propagado, ni en Alemania, ni ménos en el extranjero. He dicho ántes que el hospital general de Berlin está puesto á su cuidado, y ahora añadiré que en el mismo tuve sobrado motivo para conocer la extension de la caridad que anima á estas mujeres asalariadas.

Yo me presenté á la puerta de Bethania, nombre de aquel hospital, y pedí á la hermana portera ser introducido para visitarlo. Estaba ella ocupada en poner encajes á una cofia; y despues de preguntarme de dónde era, me acompañó al salon, donde fuí recibido de la hermana secretaria, jóven como de veinte y cinco años y aderezada nada ménos que como correspondiera á un miembro de una asociacion de caridad. Miéntras visitábamos la enfermería y demas departamentos de este magnífico edificio: « ¿Cuántas son las religiosas, le dije, que ordinariamente cuidan aquí de los enfermos? — Nosotras no somos religiosas, me contestó, somos hermanas, y no tenemos voto alguno; las hermanas somos aquí treinta. — ¿Hay muchas que pretenden entrar en la congregacion? — ¡Oh! sí, muchas; pero no pueden ser admitidas por falta del dote. El rey no lo da sino á un número determinado, y este siempre está lleno. — ¿Sirven ellas mismas á los enfermos? — ¡Ah! no, señor; esto no puede ser, pues son jóvenes solteras.... preparan las medicinas, la comida, la ropa y lo demas necesario. — ¿Pero tratan con los médicos, dan las órdenes á los enfermeros, comunican con los demas empleados de la casa? ¿No es verdad? — Exactamente. » Y en efecto, yo, recorriendo los salones, no divisé ninguna hermana sirviendo á los enfermos; los enfermeros estaban ocupados de esto miéntras aquellas conversaban muy descansadas acá y allá con unos y con otros. Yo he hecho ver en otra parte los inconvenien-

tes que tienen los establecimientos de caridad sostenidos como ramo de administracion, y son los mismos que presenta el hospital de las Bethanias. Aquellos salones tenidos con lujo si se quiere, y su servicio exacto á fuerza de mudar sirvientes cada dia (1), estaban sin embargo muy léjos de llenar las exigencias mas premiosas de los pacientes: las exigencias morales. El alma participa de las dolencias del cuerpo, y necesita como este su tratamiento especial, que las Bethanias ni sus dependientes conocen absolutamente. Mucho me ponderaba la hermana los servicios de sus cólegas, mucho mas la vigilancia y actividad de la superiora, que actualmente estaba en cama, concluyendo con recomendarme la lectura de una memoria leida por el pastor superior del establecimiento en el último aniversario de este (2). « ¿Cuál es hoy la enfermedad dominante en el hospital? le pregunté ántes de despedirme. — No lo sé, me respondió, porque eso pertenece al mayordomo y á los médicos; he dicho á V. que nosotras no curamos. — ¿Y el número actual de enfermos? — Preguntaremos, si V. gusta, pues tampoco es de nuestra incumbencia esto. » Lo que observaba, unido á los datos que suministraban sus mismas respuestas, me hacia bien conocer que las hermanas no prestaban allí ni mayor ni mejor servicio que el que rinde cualquier asalariado en establecimientos análogos para mantener el órden de las salas. Hé aquí todo lo que hace la congregacion de sesenta Bethanias que dió á luz el protestantismo aleman, para demostrar al mundo ser él tan fecundo como el catolicismo para producir asociaciones que practiquen las obras de ardiente caridad. Los que conozcan este instituto y sus resultados participarán seguramente de nuestras ideas tocante á él. Y no son ideas del todo extranjeras á

(1) Expresion de que usó la hermana, para indicarme lo mucho que le costaba á la superiora mantener el órden del hospital.

(2) 1852.

los mismos protestantes, no por cierto: público es en Berlin el dicho del príncipe heredero de Prusia, que oyendo leer al pastor la memoria á que acabamos de aludir: «Bien podrán ser ciertas, dijo, las virtudes de las Bethanias que en ella se refieren; pero sus efectos no los vemos.»

Muy diferentes impresiones nos dejó la visita al hospital de las Hermanas de S. Cárlos Borromeo (1). Esta congregacion, que prepara en Berlin á sus expensas un inmenso hospital, recibe miéntras tanto los enfermos en un local, pequeño por cierto para la solicitud de sus buenas religiosas. La superiora nos mostró los departamentos del hospital, y nosotros oímos allí ese lenguaje que no miente, y que sin hablar se hace entender con elocuencia superior á cuanta poseyeron los filósofos y los retóricos de todas las edades. Es el lenguaje de los hechos. Las religiosas curaban con sus propias manos á los enfermos, les mudaban la ropa de sus camas, les servian en los menesteres que repugnan por su vileza á quien no posee un alma de virtud superior, les daban cuando era menester los alimentos y las medicinas, y miéntras desempeñaban con angelical ternura todas estas obligaciones que su caridad les ha impuesto, no perdian momento oportuno de hablar tambien á sus pacientes sobre sus mas nobles y mas positivos intereses: los de la eternidad. Ademas de esta voz que no puede ménos de ser dulce para el alma, pues viene de donde mismo parten los consuelos para el cuerpo, el modelo que propone la Religion al cristiano que sufre, lo veía puesto en alto en cada una de las salas. No hay para el hombre ejemplo que le enseñe mejor á sufrir como el del Justo, que le dice desde el madero: «Yo sufro siendo inocente; ¿y no habrás de su» frir tú que eres culpable?» El que no conoce la virtud escondida en los misterios de la cruz del Salvador sufre al-

(1) Congregacion de caridad establecida recientemente en Nancy de Francia, y hoy muy propagada en Alemania.

guna vez, pero desespera las mas: la filosofía no da paciencia ni concede resignacion, por mas que haga insensibles á los hombres. La paciencia es hija de la Religion, y esta no se estudia sino en los ejemplos de Jesucristo. « Nunca el hombre soporta mejor sus aflicciones como cuando ve padecer al inocente, » decia un filósofo que tuvo ocasion de conocerlo por sí mismo (1). « ¿Cuántos enfermos tienen VV.? pregunté á la superiora. — Ciento sesenta hay hoy, me respondió inmediatamente. — ¿Y cuántos suelen curarse cada año? — En el pasado llegaron á seiscientos veinte y cinco, de los cuales trescientos veinte eran protestantes y el resto católicos. — ¿Qué enfermedad domina en el país? — La del pecho..... pocos son los trabajadores cuya salud resiste al clima malsano de Berlin sin deteriorarse mucho. — ¿Tiene el hospital alguna renta? — Ninguna, señor....; pero contamos para nuestros pobres con el auxilio mas poderoso que puede desearse: contamos con la Divina Providencia, que nos asiste de un modo eficaz, proporcionándonos auxilios bastantes para llenar las necesidades de cada dia. Tenemos aquí católicos muy piadosos que se esmeran en ejercitar la caridad..... Entre otros los hay que sirven con su fortuna, y no bastando esto á su piedad, sirven tambien con su persona á los enfermos con una caridad edificante: son estos el príncipe Ceslao Radiwisky y la familia del príncipe Poniatowski. Hoy mismo vendrán ambos, y VV. podrán presenciar hasta dónde se extiende el fervor de estos ilustres Polacos.... »

Mas yo deseaba ver el asilo para inválidos anexo al hospital, y pedí á la superiora me llevase á él. Creo que cuando no recibiese la sociedad otro servicio de las congregaciones religiosas que el alivio del crecido número de desgraciados que le recoge, habrian con él compensádole sobradamente la proteccion que le demandan de vez en

(1) Diderot.

cuando contra las maquinaciones de hombres sin corazon que gozarian en su ruina, aun cuando fuese á precio de sumir en la miseria mil criaturas infelices que de ellas reciben los medios de su bienestar. Ví en aquel hospicio algunos hombres sumamente viejos, otros baldados y sin arbitrio para adquirir la subsistencia con el trabajo de sus manos; cerca de estos ví algunos niños pequeños, todos fueron ántes del número de los infelices que recorren las calles y los lugares públicos, excitando la compasion de los que pueden socorrerles, todos de los que reniegan de su suerte puesta en frente de la de los ricos que nadan en la opulencia, y todos de los que á cada paso recibieron un duro rechazo, en vez de la limosna que pedian. Aquí en el seno de la caridad cristiana encontraron el abrigo que les negó la filantropía fria y egoísta, que ni comprende, ni compadece las miserias de los demas, ocupada solamente de las necesidades propias. El gobierno de Prusia, gastando millones de florines en su hospital dirigido por Bethanias y en su casa de asilo entregada á una especulacion particular, hace infinitamente ménos que unas pòbres religiosas, que no cuentan para sostener sus pobres mas que con ofrendas voluntarias que el católico fervoroso deposita en su caja, y ellas multiplican con su diligencia, su ingenio y su ardiente caridad. ¡ Cuánto no puede esta inspirada por el Cielo y dirigida en sus empresas por los sentimientos mas altos que pueden animar al corazon humano! Y al contrario, ¡ qué triste es ver especulando á su nombre á personas sin corazon y sin conciencia, y que buscan medrar cuando simulan ocuparse del provecho de los demas! Mas ha llegado el tiempo de las realidades: la generacion humana, que juzga hoy comparando la naturaleza y los efectos de las cosas, concluye por rechazar instituciones que, como la de las Bethanias, nada poseen ménos que esa caridad para cuyo cuyo ejercicio ellas mismas se proclaman asociadas. El individuo que no alimenta en su espíritu el desprendi-

miento absoluto de la tierra, la abnegacion perfecta de sí mismo y la completa consagracion de sus fuerzas al cristiano objeto que se propuso cuando abrazó un estado penoso de por sí, no es llamado para edificar la sociedad con ejemplos de caridad ardiente. La imparcialidad fallará si en las Bethanias se encuentran ó no estas calidades.

## CAPÍTULO XIX.

Inconsecuencias de los Evangélicos. — Mezclas sacrílegas. — Teatros populares. — Armas indignas de nuestro siglo. — Visita á la Biblioteca real. — Los manuscritos de Lutero. — Observacion. — Los palacios de Postdam. — El paraíso de los filósofos. — Federico el Grande y los filósofos. — Una burla á los hombres ilustres del imperio romano.

En esa larga cadena cuyos eslabones todos son alternativas, incertidumbres y variaciones que forman la historia del protestantismo en tres siglos, he creido ver siempre el retrato fiel de la agitacion constante que inspira á los espíritus un símbolo que no puede tener solidez desde que cada hombre está autorizado por él para constituirse en juez de su fe y de su conciencia. La Alemania como la Inglaterra, y la Prusia como los Estados Unidos, no presentan por eso esa multitud diversa de prácticas religiosas que se contrarian unas á otras, no obstante que todas se llaman depositarias fieles del espíritu del cristianismo, uno, solo é invariable por su naturaleza. La reforma, adoptando los errores de los iconoclastas, arrojó de los templos las imágenes de los Santos; y ya hemos notado como en Inglaterra los anglicanos han mantenido en su vigor las prácticas introducidas por Lutero, miéntras que los puseístas declinan acercándose á la disciplina católica. Del mismo modo ha sucedido en Alemania: la multitud de opiniones religiosas, principiando por desterrar la fe de la mayoría de los que creían en Jesucristo, ha lanzado á los que todavía creen en el

campo de las contradicciones, donde luchando entre sí, pero sin encontrar jamas solucion para sus dudas, terminan arrojándose en los brazos de la irreligion. Todos conocemos el odio encarnizado de los reformadores á las imágenes de los Santos, así como las profanaciones de todo género de que fueron estas objeto en toda la Alemania en la época de la reforma. — Este fanatismo fué tan exaltado que las estampas acopiadas en los almacenes entre los demas artículos de comercio, dieron ocasion alguna vez para reducir á cenizas fortunas colosales, y dejar pereciendo familias enteras, que no podian prever al hacer sus especulaciones un fanatismo tal en personas que predicaban tolerancia, y la demandaban á sus adversarios.

Estos antecedentes, conocidos de todos, no me prometian ciertamente que podria encontrar imágenes en los templos de los evangélicos, pero me equivocaba; y bien lo conocí cuando entrando en el de S. Miguel, en el de S. Pedro y en la capilla del palacio, ví diversas imágenes, colocadas, segun se me dijo, por el deseo de lisonjear la voluntad de la reina, educada en una fe que venera las imágenes. Ya habia yo visto oficiar poco ántes en Dusseldorf á un ministro de los evangélicos en un altar consagrado al culto católico, y en el que se veneraba el santo Crucifijo; mas entónces se me dió por razon que siendo comun esta iglesia para la guarnicion, oficiaban en ella así los católicos como sus disidentes : pero estos no habian hecho alto en las imágenes, aun cuando, segun su símbolo, es idolatrar darlas culto; pero en presencia de las de Berlin divisé otra causa que obraba sustancialmente en las creencias de los evangélicos prusianos. La voluntad de la reina. ¡Puede esta mas para ellos que la fe de diez y nueve siglos de la Iglesia universal! Yo no sé cómo podrán los *pietistas* mas exaltados de Berlin disfrazar esta solemne desmentida que da su clero á la doctrina y á las tradiciones mas pronunciadas de la reforma. Los que no há mucho quemaban despues de arrastrar igno-

miniosamente las cruces de Colonia y de Manheim, los que rompian las imágenes de la santa Madre de Dios despues de profanarlas soezmente, hoy las colocan en los templos, y no rehusan celebrar sus oficios en los altares que les están dedicados. Pero inconsecuencias tan flagrantes como esta hemos encontrado á cada paso en la comunion evangélica, la mas numerosa entre las protestantes de Prusia, y protegida por el gobierno como religion del Estado.

No me ha parecido ménos chocante ver decorados ciertos edificios públicos destinados para establecimientos de beneficencia con relieves que presentan mezclados los hechos de la Biblia con las fábulas de la mitología; de manera que el Salvador, rodeado de los niños que acerca á sí como personificacion de la inocencia que nos une á él, vale tanto como los dioses del paganismo que se nos presentan corrompiendo esa misma inocencia á la que allí se ofrecen como tutelares. Mas de una vez, á vista de estos espectáculos, me he acordado del dicho del inmortal Bossuet: « Los protes- » tantes todo lo corrompen, todo lo confunden y todo lo » alteran: despues de haber corrompido el sentido de las » Escrituras, continuaron con las tradiciones y con los dog- » mas, concluyendo con viciar la disciplina y los ritos de la » Iglesia, y hasta los usos mas pequeños de los fieles. » Mezclas semejantes distan mucho de recomendar el gusto de los artistas que las producen, por esa veracidad severa que debe escribirse en los objetos que se destinan á traducir al pueblo el fin de cada institucion.

Mas de una vez hemos levantado la voz para contradecir con hechos á la vista la injusticia con que el protestantismo se llama tolerante; mas de una vez hemos dicho que si las naciones católicas tomasen por regla para proceder con los disidientes de su fe la conducta que estos observan para con los católicos, veríamos renovadas las épocas de Felipe II en España y del duque de Alba en los Países Bajos; y mas de una vez tambien hemos tenido ocasion de notar que no co-

nocen sino de un modo inexacto el curso de los sucesos religiosos que dia por dia presencian los países protestantes de Europa y de la América los escritores que los proponen por modelo de tolerancia. Las hostilidades de que son víctimas en la actualidad los católicos de Báden y Mecklembourg, la desigualdad que pesa sobre los de Prusia, y las arbitrariedades que afligen de continuo á los de Suecia y Dinamarca, hablan mas recio que la insulsa pedantería de aquellos; pero esta intolerancia toma en Prusia mayores proporciones, cuanto son mas perceptibles las que toma el catolicismo á quien con ellas se hostiliza.

Nuestro siglo rechaza como indignas de su ilustracion algunas de las armas con que se combaten allí públicamente las creencias de cinco millones de ciudadanos, de los cuales no pocos ocupan asiento en los bancos del cuerpo legislativo, en los tribunales de la nacion y en los consejos del gobierno: tales son las representaciones en los teatros populares de piezas en que aparecen desempeñando su papel, ridículo á veces y á veces inmoral, las categorías del clero católico ó los individuos de sus monasterios. Las personas de política ilustrada saben hasta qué punto es fatal herir de un modo semejante las susceptibilidades religiosas de conciudadanos, y hasta dónde pueden ser funestas á los países sus consecuencias; y nosotros al presenciar alguna vez tales exhibiciones en los jardines de Thiergarten, tuvimos ocasion de conocer tambien cuán profunda es la herida que abren en el corazon de quien respeta los objetos que allí se ofrecen al escarnio y al ridículo de la plebe. Desde que en un país donde se encuentran establecidas legalmente diversas comuniones, los individuos de unas se creen con derecho para provocar el desprecio y el ridículo sobre las creencias de las otras, las escisiones civiles seguirán presto á las divisiones religiosas; pues pensar que puede existir unidad civil donde hay odios de corazon, es desconocer la naturaleza del hombre. El respeto mutuo se debe en tales

casos, y á la autoridad incumbe hacerlo efectivo cuando la intolerancia ó el fanatismo vengan á turbarlo.

La real biblioteca de Berlin, abierta, como se lee en su pórtico, para *alimento del espíritu*, contiene seiscientos cincuenta mil volúmenes. Esta cantidad inmensa de libros sorprende; mas debe observarse que entre estos existen un número crecidísimo de diarios y de otros impresos de igual naturaleza, que hacen parecer cifra tan abultada, por mas que en realidad la biblioteca no sea rica en obras clásicas antiguas, ni en manuscritos raros de los siglos pasados que hacen la principal fortuna de las mas famosas de Europa. Sin embargo, entre los que existen de esta clase ví una Biblia de Lutero, comentada de su letra. Las enmendaduras, los borrones y las correcciones unas sobre otras que se ven en tales notas, parecen destinadas á manifestar la movilidad de ideas del reformador. Miéntras los manuscritos de las celebridades religiosas ó literarias se conservan en las bibliotecas europeas, de cualquier creencia que sea el país, como preciosos tesoros de valor incalculable; miéntras que los sabios procuran con avidez se les permita registrarlos en alguna ocasion, como si pudiesen participar de su genio recorriendo los preciosos manuscritos en que lo dejaron retratado, los manuscritos de Lutero guardados en Berlin y en Hanóver, es decir, en dos centros de la reforma, distan mucho de gozar aquella celebridad aun entre los mismos de su comunion. Ellos recuerdan un fanático que irritado porque veía alzada una barrera á su ambicion, estampó allí los arranques de su genio turbulento y de su corazon corrompido. La Biblia de Lutero es visitada, pero como lo son los libros egipcios, árabes, turcos y chinos de épocas recientes colocados cerca de él. El Sr. Waddingthon, mi compañero, manifestó deseo de tomar nota sobre cierto particular de aquella Biblia, mas no le fué permitido, asegurándosele ademas que no lo era á ninguna persona sin que llenase ántes requisitos tan largos como molestos. Ved

ahí, dije yo para mí, la inculpacion que escritores protestantes han hecho á la biblioteca Vaticana verificada en la de Berlin : en aquella los pretendidos manuscritos *reservados* no lo están para persona alguna que solicite examinarlos; han estado á disposicion de los enemigos mismos de la curia romana (1), y recientemente ha visto la luz pública una obra escrita en sentido opuesto á esa política tenebrosa que se atribuye á los Jesuitas, y escrita en vista de los archivos mismos del Vaticano (2). ¿Dónde hay pues mas libertad? ¿dónde ménos reserva? Allí se permite examinar detenidamente los manuscritos, miéntras acá no se deja tomar una simple nota. «Llegando á palpar los hechos es cuando mas bien se encuentra la verdad desnuda.»

El pueblo de Postdam ofrece á la vista material el grandioso espectáculo de cinco palacios ó moradas reales, todas magníficas, que contiene su vasto recinto. El visitador no sabe allí qué admirar con preferencia : si el Charlotemberg, soberbio sobre toda ponderacion, donde se muestra el estudio de Federico, el rey literato de Prusia que en él trabajó sus ensayos literarios en sus *Memorias históricas* y en su *Refutacion de Maquiavelo;* ó el Sans-Soucí, cuyo nombre tomó el mismo Federico al dar á luz sus *Composiciones poéticas*, y Voltaire llamaba *El Paraiso de los filósofos.* En todas estas moradas reales se han empleado con profusion los mármoles y las pinturas; y los soberanos, no obstante llamarse *padres del pueblo*, derramando en todas ellas el oro sin medida, no pensaron en aliviar á sus vasallos de contribuciones ahorrando gastos inspirados por la vanidad y sostenidos por la emulacion. Mas las estatuas, los jardines, los juegos de aguas, los paseos, los galerías de pinturas, las sucesiones de soberbios edificios, la memoria misma de diferentes individuos que los habitaron en otro

(1) Hurter tomó notas de ellos, segun él mismo nos asegura.
(2) Por el Rev. P. Agustin Theyner.

tiempo y cuyo nombre conservan hasta hoy, llevan la consideracion á objetos mucho mas positivos y tambien infinitamente mas nobles que todos aquellos.

Un rey rodeado de sabios, llamados por él de todas partes, que les consulta los negocios del Estado y les colma de fortuna y de honores debidos á su virtud y á su talento, no es ciertamente un espectáculo nuevo para la sociedad; mas un rey filósofo que se rodea en su palacio de hombres que hacen alarde de principios disolventes de la moral, del órden público y de la sociedad en general; un soberano que se acompaña en sus recreaciones familiares de hombres perseguidos en su patria por su impiedad y su licencia; un soberano que en sus escritos emplea la sátira y el ridículo contra el principio religioso que debe servir de base á las leyes y al órden público, era indudablemente para la Europa y para el mundo entero un espectáculo del todo inusitado, por no decir único, en su época. El mundo, que admiró el valor y la prudencia de Federico II en repetidos lances de su vida, le condena no obstante como impío y como protector de la impiedad. Ligado estrechamente por amistad y por idénticos principios con Voltaire, Diderot, d'Alembert y con otros filósofos del mismo género que estos, participó de sus desvaríos, y trabajó por hacerlos prevalecer en la lucha que sostenian contra la religion y contra la moral. La falsa filosofía extravió su razon como á todos aquellos: creyendo en un Dios, pero existente á su modo, como sucedia á Voltaire; respetando las verdades morales, pero explicadas á su antojo, él se hizo distinguir por ese acento irónico con que habla de cuanto tiene relacion con el mundo espiritual y religioso: él, como todos aquellos, nos dejó en su vida una mezcla de caprichos y de faltas que, colocadas sobre el trono, fueron tanto mas conocidas y altamente reprobadas.

De aquellos tenia yo delante de mis ojos una prueba en Sans-Soucí. Triste cosa me era por cierto ver por uno de esos

actos indefinibles ridiculizada la memoria de personas cuyos hechos excitaron la admiracion del género humano; pero esto radicaba mejor en mí la conviccion de que nada respeta el que despreció su fe, y que nada importa burlar la memoria de Augusto y Vespasiano despues de haber entregado al ridículo la de Cristo, que adoraron sus progenitores. Creía, sí, encontrarme en algun cementerio de personas de la familia real, paseando uno que está en el centro de los jardines de Sans-Soucí. Las estatuas de los Césares mas célebres de la antigua Roma colocadas allí parecian acompañar en la tumba los restos de ilustres finados. Mas yo me engañaba. El rey filósofo destinó ese panteon para los cuerpos muertos de sus perros y de su caballo, y en el *Paraiso de los filósofos* les alzó tumbas que decoró con epitafios sepulcrales y rodeó de las imágenes de los emperadores. De las segundas nos restan sus *Memorias,* que nos las conservan frescas hasta hoy. Él probó, al fin, la maledicencia que abunda en los corazones que no conocen la influencia de la Religion, probó que en ellos no hay virtud, no hay razon, no hay fidelidad, ni nada hay fuera de egoísmo, de ambicion y de sensualidad. Convertido en blanco de sátiras picantes y de venganzas innobles de estos mismos filósofos, concluyó por arrojarles de su lado, y cortar con ellos toda especie de relaciones. Dotado de talento fino y de genio penetrante, habia podido conocerles bien, sondear hasta qué punto se extendia la malicia de cada uno, y aseguraba «que eran estos mas temibles para la sociedad que lo que fueron para la Europa las antiguas inundaciones de los Bárbaros... que podria gobernar naciones salvajes, belicosas é indomables; pero que carecia de fuerza para dirigir un pueblo de filósofos.»

## CAPÍTULO XX.

La mas insoportable de las tiranías. — La Iglesia oprimida por pequeños soberanos. — El gobierno de Báden y el Arzobispo de Fribourg. — Nassau. — El Sr Blum en el banco de los criminales. — Los gobiernos de Mecklembourg, Wurtemberg y Cassel. — El viejo castillo de Wilhelmshœhe. — Una tumba. — La persecucion realiza el triunfo. — Un espectáculo grande para nuestra época. — La Sajonia. — La torre de Lutero. — Las preocupaciones se desvanecen.

El hombre es responsable á la sociedad de su conducta; ella tiene derecho para pedirle razon de sus acciones, y para castigar las que no sean conformes con sus principios fundamentales. Pero hay en ese mismo hombre algo mas noble que el individuo social, algo que conserva esa noble independencia que le dió su Hacedor al formarle semejante á sí mismo, algo que no se somete al poder de la tierra, y que se inclina tan solo á la suprema voz del Rey del cielo. Este noble ser es su espíritu: el sentimiento de libertad que recibió al inspirársele el soplo de Dios, se encuentra identificado con su conciencia; y no hay poder alguno de la tierra tan fuerte que pueda lastimarla con sus golpes, ni tan enérgico que llegue á humillarla con su autoridad. Imágen de Dios, por cuya voz existe, no se somete sino á sus leyes, ni respeta sino al poder que le habla en su nombre y en virtud de jurisdiccion recibida de él. Este principio, examinado por todo el género humano á la luz de las civilizaciones de tantos siglos, y respetado como inconcuso durante todos ellos, el nuestro lo ha visto violado escandalosamente por tiranuelos que en Alemania hacen pesar su despotismo

sobre las conciencias que acataron como sagradas los soberanos mas augustos de la Europa.

Los mandatarios de Báden, de Nassau, de Wurtemberg y de Mecklembourg han querido ofrecer al mundo moderno este triste espectáculo, indigno de la civilizacion, de la libertad y de las luces que tanto decanta nuestra época. Yo no haré de aquellos una reseña minuciosa, sí aduciré solamente algunos de los que á mi juicio mas injusticia han inferido al cuerpo social, mas ultraje á la conciencia del individuo, y puesto mas de manifiesto la falacia que abunda en los que hablan siempre al género humano en nombre de la libertad y del progreso, miéntras que toman estas palabras especiosas tan solo como escudo para herir á mansalva esa misma libertad en los derechos que ella garantiza como los mas sagrados del ciudadano. Ellos han despotizado las conciencias, pretendiendo obligarlas por medio de la fuerza bruta á renunciar sus convicciones; ellos, como Jeroboam, tendieron su mano sacrílega sobre el altar, y dieron la señal para meter en captura á los ministros de Dios; ellos han hecho enseñar principios erróneos y esparcir doctrinas hostiles á la fe del pueblo; ellos quisieron someter á sus leyes el culto del Señor, reglamentar la administracion de sus sacramentos, y cambiar los ritos que consagró la Iglesia inspirada por el mismo Dios; ellos se apoderaron de hecho del gobierno espiritual, privaron á la Religion de toda accion sobre el pueblo, despues de despojarla de su enseñanza y de sus bienes; ellos, en fin, han querido que prevalezca en el gobierno y en el pueblo, en el clero y entre los fieles esta absurda proposicion de los novadores alemanes: « El gobierno puede cambiar á su arbitrio todo el derecho eclesiástico. » La prensa europea ha denunciado al mundo todos estos hechos, y yo he tenido ocasion de palpar sus consecuencias en los lugares mismos que los presenciaron.

Vengamos á Báden, y allí veremos al gobierno luchar ar-

mado contra los principios católicos, no perdonar medio de hostilizar al sacerdocio, ni de humillar á la Iglesia, excitando contra sí la indignacion general que sigue siempre á los perseguidores, miéntras da lugar á que los obispos perseguidos manifiesten mejor su grandeza de alma. Él ha prohibido á los pastores ejercer diversos actos de su jurisdiccion espiritual sin el previo permiso del gobierno civil (1); él ha modificado las constituciones y los ritos de las congregaciones religiosas de mujeres, dictando providencias reservadas por derecho al Papa solamente; él se ha arrogado poder para hacer continuar en las funciones parroquiales á individuos suspensos por la autoridad legítima de su prelado; él ha declarado no respetar las penas eclesiásticas aplicadas á ciertos individuos, asegurando al contrario de una manera auténtica que por ese motivo le eran mas meritorios y apreciables (2); él ha metido la mano en la enseñanza eclesiástica, tratando de esparcir por medio de sus adictos doctrinas que la Iglesia rechaza, y cuyas tendencias se dirigen á procurar su ruina; él ha ultrajado la religion, poniéndola bajo tutela de los consejos eclesiásticos, compuestos de individuos que le eran hostiles los unos é indiferentes los otros; él concluyó, en fin, por condenar al destierro al decano de los obispos del Rhin, que á la edad octogenaria ha edificado al catolicismo entero con su valor denodado y digno del discípulo de Cristo, que jamas sabe temer.

En Nassau encontraremos obrando con todo su vigor este mismo despotismo horrible que se empeña en subyugar la conciencia de los ciudadanos á sus leyes injustas y mas que temerarias. Allí se castiga á una princesa, porque abjura

(1) Hé aquí el texto del decreto : « El comisario del gobierno hará saber á los miembros de la curia arzobispal que ninguna órden del arzobispo podrá ser puesta en ejecucion desde hoy en adelante, sin haber recibido el *visto bueno* del comisario del gobierno. »

(2) Decreto de 18 de noviembre de 1853.

el protestantismo y busca en la creencia católica la tranquilidad que su espíritu no encontró en aquel; se le arrebata su hijo, á pretexto que la influencia materna le habria de decidir á abrazar la misma fe, y se castiga al obispo Blum, porque habia tenido una conferencia con aquellos ilustres perseguidos. El obispo de Limbourg, acusado criminalmente y sentado en el banco de los asesinos en Wiesbade, porque ejercia actos correspondientes á su jurisdiccion, y que de modo alguno afectaban al gobierno civil, sino que al contrario estaban en perfecta armonía con las leyes existentes, es no ménos arbitrario y despótico que aquellos. Todos estos hechos pudieran sin duda figurar muy bien en la misma línea que los que dia por dia echa en cara el protestantismo á la Inquisicion de Felipe II, sin necesidad de los adornos postizos con que se desfiguran y ponderan por algunos escritores apasionados.

Mecklembourg, por su parte, se asocia á la persecucion, violando en el personal de los sacerdotes la inmunidad que garantizan sus leyes á todo ciudadano sin excepcion, miéntras que Wurtemberg disputa á los obispos el derecho de examinar á los clérigos que han de ser promovidos á los beneficios espirituales. En Cassel, donde tantos vestigios del celo y de la piedad de sus católicos soberanos han prevalecido sobre las agitacionas religiosas y políticas que en diversas épocas lo conmovieron, la suerte de la Iglesia no es mucho mas ventajosa. Ese aspecto sombrío que se percibe en la fisonomía de sus pueblos parece retratar fielmente el moral y religioso de sus habitantes. En el castillo donde residieron sus electores durante cinco generaciones, se eleva un viejo palacio gótico, y en su centro el templo destinado para los ejercicios de la familia real: este ha conservado su gusto, sus adornos y hasta sus imágenes primitivas, y solo un pequeño altar que se alza en el presbiterio permite conocer que está destinado al servicio luterano. Los árboles que crecen en aquel lugar recortados en forma piramidal,

el espeso bosque que lo rodea, los adornos y el gusto del edificio le hacen parecer tumba en que sepultada la piedad de sus primitivos señores, apénas le sobreviven vacíos recuerdos y la tristeza inseparable del rededor de los sepulcros. Pero este templo medio derruido, levantado hace cuatro siglos para dar culto á Dios en el centro de la morada real, este templo, enriquecido con estatuas y pinturas de célebres artistas, este templo donde un soberano de la tierra venia á arrodillarse en presencia del Rey del cielo, dispierta en la imaginacion de quien lo observa sentimientos mas nobles y elevados que las estatuas obscenas que adornan el palacio Cárlos, actual residencia de los soberanos de Cassel. La inspiracion de aquel nacia del fervor que alimenta el catolicismo, miéntras que la idea de inmortalizar con ricas estatuas los excesos del paganismo es propio de la fe que parece haber heredado su criminal materialismo.

Las ideas protestantes que han dominado en los gabinetes de Báden y Nassau encontraron simpatías en el gobierno de Cassel, cuyos ministros no escrupulizaron coartar la libertad individual, con el fin de impedir la marcha progresiva del catolicismo en los dominios del elector. ¡Ved ahí la libertad que los prohombres de estos Estados ofrecen cada dia, procurando con un nombre vano halagar á los pueblos que gobiernan! Enemigos del catolicismo, como lo son de los intereses de los individuos que despotizan, apuran sus arbitrios para arruinarlo, desmintiendo con su conducta falaz el tenor de cien decretos dados para garantir las libertades de la Iglesia. Pero miéntras tanto ellos mal de su grado contribuyen á realzar mas el triunfo de esta, y la espada que desenvainaron para perseguir á la Esposa inocente del Rey del cielo, vuelta contra ellos mismos por la mano todopoderosa, les llena de terror y les detiene en el desarrollo de sus proyectos inicuos. Tal vez alguno abre los ojos y comprende asombrado este fenómeno, tal vez

reflexionándolo dentro de sí mismo toma de él la leccion que le conviene y la medicina que le cura. Señal de contradiccion en todas partes la Iglesia de Cristo, su vida es combatir, y su gloria vencer siempre en los combates. Los gobiernos de Alemania, poniéndola en conflicto, humillándola con vejámenes inauditos, y cargándola de cadenas en la persona de sus ministros, la han hecho aparecer con toda la pompa solemne que ofrece el conjunto de las virtudes heróicas que profesa, y exhibe para honor y edificacion de sus creyentes.

En vano el gobierno de Nassau ha puesto inhumanamente en tortura el amor materno para inducir á la apostasía; de boca de una mujer ha oido que los intereses de la tierra son lodo al lado de los bienes del cielo, y que los vínculos de la sangre son mas fuertes cuando una misma fe viene á unir los corazones ligados ántes por aquellos. En vano arrastró á los obispos al banco de los criminales, porque en estos se pronunció entónces, y quizá por primera vez, existir un tribunal que condena á los jueces que abusan del poder: « Sobre vosotros hay otro Juez, y ese es el que yo reconozco; vosotros no teneis, en este caso, poder alguno sobre mí; y si he comparecido, no es para oir vuestra sentencia, sino para haceros notar vuestra incompetencia. » En vano el de Báden desarrolla un largo plan calculado para anonadarla: cuando él espera que un anciano octogenario ha de encorvarse el primero bajo el peso de la persecucion, oye de su boca: « Vuestras leyes atacan la libertad de conciencia, al mismo tiempo que son incompatibles con los derechos que cada obispo recibió de Jesucristo, con los deberes que Jesucristo le impuso, y con los derechos y con los deberes que le están fijados por el dogma y por los cánones; en este caso yo debo hacer cuanto de mí depende hasta conseguir su revocacion. Si mis ruegos no bastan, el derecho autoriza mi resistencia pasiva; pero la responsabilidad de conflicto que de esta nacerá necesariamente pesa

todo sobre el gobierno que lo provocó, arrogándose atribuciones que no le pertenecen. Nada es mas justo que el ciudadano obedezca las leyes del poder civil que le gobierna, pero no lo es ménos que ese poder respete tambien las de la Iglesia, de un órden espiritual y del todo extrañas al que él administra.... Los obispos conservarán su poder, pues no les es dado renunciarlo jamas....; renunciarlo seria cometer traicion, seria abandonar la causa de Dios, seria despojarse de la mas grande, de la mas alta de las funciones que se les han confiado por el Espíritu Santo al encomendarles su grey. » Pero respuesta tan franca y á la vez tan elocuente no encontró generosidad bastante para ser apreciada por los ministros á quienes se dirigia. Los que se alimentan de la lisonja no pueden tolerar que se les diga : « Conviene ántes obedecer á Dios que á vosotros. »

El arzobispo de Fribourg recibió el premio de su franqueza; el anciano venerable que habia defendido con su palabra la inmunidad de su Iglesia, selló, resignándose al destierro, una conducta que para él y para la causa que defiende ha de ser siempre gloriosa. Igual suerte que el pastor debian correr las ovejas del rebaño, y la mano que hirió á aquel no tardó en repetir sus golpes para dispersar las que no pudo atar. Las cárceles se abren para recibir sacerdotes, quedan acéfalas las parroquias, porque sus curas son desterrados, y los que no van á purgar el delito de que se les acusa en la prision ó en el destierro, son condenados á satisfacer multas pecuniarias impuestas arbitrariamente por los magistrados. El clero se agolpa en el momento del peligro en rededor al obispo, y la causa de este, que es la causa del dogma, encuentra en el sacerdocio de Baden celosos y esforzados defensores. Los estudiantes mismos de la universidad católica se apresuran á publicar sus manifestaciones, cuando un periódico protestante se atreve á suponerlos de opiniones diferentes al sentir de su prelado. Los disidentes del catolicismo siguen con interes esta cuestion,

donde brillan de un lado unidas la energía y la paciencia llevadas hasta el heroísmo, y del otro el despotismo y la arbitrariedad ejercidas sin rebozo; y sean cuales fueren sus opiniones religiosas, no han podido ménos de admirar las virtudes de que estos campeones han dado pruebas tan relevantes.

El sucesor de S. Pedro habla al heróico señor Vicari para fortalecerle en la lucha que sostiene por la causa de Dios, para recomendarle á la oracion comun de los fieles, y para endulzar lo amargo de su situacion con los consuelos inefables que derrama su paternal amor. Los obispos de la Europa toda se apresuran á manifestarle la admiracion que les merecen su constancia y su valor, y los fieles corren á depositar sus ofrendas que han de alimenter á los sacerdotes á quienes despojó de sus rentas el gobierno de Báden. Pero, fuera de todo esto, nuestro siglo ha presenciado en esta lucha otro espectáculo grande y bien consolador por cierto para la Iglesia católica. Á la vez que ha visto levantarse una encarnizada persecucion contra hombres que prefieren perderlo todo, sin excluir la libertad, ántes que vender al poder su conciencia; á la vez que ha oido con horror gemir en el destierro y en las cárceles ancianos octogenarios, beneméritos á la Religion y al Estado, cargados de decoraciones con que recompensaron gobiernos mas justos sus servicios distinguidos; á la vez que ha contemplado con indignacion obispos sentados en el banco de los criminales, ocupando el lugar que corresponde á los malhechores, ha oido alzarse imponente la voz de la unidad católica condenando tamaños atentados. Mas no es esto solamente lo que el mundo admira: ese empeño de los fieles de todas las naciones europeas que se apresuran á asociarse al clero católico de Alemania nos admira ménos que la conducta de este. Encerrado en las cárceles, desterrado, multado y convertido en blanco de indignos tratamientos, no desmiente su carácter evangélico, y por única venganza

dice al pueblo conmovido : « Mostrémonos en estas circunstancias difíciles dignos de la Iglesia de que somos miembros. Seamos sumisos á Dios, prontos á cualquier sacrificio, y obedientes como Jesucristo, *que fué obediente hasta sufrir la muerte y muerte de cruz.* Que el Dios omnipotente nos conceda fuerza para serviros de modelo, manteniéndonos fieles á esta exhortacion divina : *Trabajad con todas las fuerzas de vuestra alma por la justicia, combatid por ella hasta la muerte. Y Dios quebrantará por vos vuestros enemigos....* Abandonad á mis viejas espaldas todo el peso de este combate por la gloria de Dios y por la libertad de su santa Iglesia, permaneced fieles y obedientes al padre de la patria que Dios os ha dado; pero sin olvidar vuestra fe, y sin permitir que se la ofenda. » ¡Tales fueron siempre las armas con que la Iglesia vengó los ultrajes recibidos! ¡tales las armas con que venció en todos los siglos! Con las mismas vencerá el injusto combate á que la provocaron los gobiernos de Báden, de Nassau y demas reyezuelos de Alemania. Sí : ella triunfará con la paciencia y la constancia, y despues de encargar á sus adictos no oponer armas de otra especie á la violencia de sus opresores.

La sociedad, sometida hoy, como lo ha estado siempre, á merced del mas fuerte, necesita lecciones semejantes que puedan inspirarle mansedumbre. ¡Qué hermoso es contemplar su práctica en medio de la Europa conmovida por soberanos que disputan sus derechos con las armas en la mano! Pero este contraste brilla tanto mas cuando al frente de esta conducta evangélica se pone otra ménos digna, la del patriarca griego de Constantinopla, por ejemplo, instigador de la Rusia para la actual guerra contra la Turquía, ó la de los papás *ortodoxos,* predicadores de las revueltas contra el sultan en los principados del Danubio. ¡Ah! los que sirven de instrumentos á extrañas pasiones, miéntras que no saben dominar las suyas propias, no entienden este lenguaje del Maestro del cielo, en cuyo nombre pretenden

hablar á los pueblos: « Mi reino no es de este mundo..... » Los reyes de las gentes gobiernan, pero vosotros no estais » llamados á mandar: el mayor será como el menor, y el » que manda se hará como el que sirve. » La filosofía admirable que encierran estas máximas del cristianismo que han nivelado la conducta de los obispos católicos alemanes, no son por cierto la regla de German ni de sus correligionarios de Constantinopla y de los principados del Danubio.

Por fortuna el reino de Sajonia no ofrece el mismo espectáculo que los otros países protestantes de Alemania. Lugar de preferencia para Lutero, tan favorecido por sus soberanos, conservó la doctrina y el culto del reformador hasta el reinado de Federico Augusto II, que habiendo abrazado el catolicismo permitió su culto público, y cuidó él mismo de restablecerlo en Maurisbourg, Dresde y Leipzig (1). La sucesion de los monarcas católicos que desde aquella época han dirigido los negocios de este pequeño Estado nada ha influido sin embargo para propagar sus principios en el pueblo, de tal modo que puede asegurarse que su propagacion es debida á la accion de ella misma, sin que deba una sola de sus victorias á la influencia de la corona. Ademas, la piedad ardiente de Federico, que abrió en Sajonia las iglesias católicas, no ha contado numerosos imitadores entre los que le sucedieron en el trono, aun cuando todos ellos se hayan conservado fieles.

El magnífico templo católico de Dresde, monumento secular alzado por aquellos soberanos para atestiguar su fe al mundo entero, descuella por su hermosura entre los antiguos de que despojó la reforma á los católicos, y entre los cuales existen todavía algunos que conservan sus nombres, inscripciones y tradiciones primitivas. La torre que se llama de *Lutero*, y existe dentro del antiguo palacio de los electores, en la que, segun tradicion popular, aquel reforma-

(1) 1698.

dor tuvo sus discusiones cuando organizaba su rebelion contra la Iglesia, no es un lugar que atrae hoy las miradas respetuosas de sus sectarios, á quienes no pueden ocultarse los vicios que mancharon la vida del fundador y primer propagador de la reforma. Hace poco mas de un siglo que no descubrirse la cabeza al pasar por su puerta, habria excitado la ira de los Sajones, demasiado intolerantes en materias religiosas. Mas hoy, nadie lo hará.... ; su propiedad misma no pertenece á individuos de su comunion, y á su lado se eleva un soberbio edificio religioso, rodeado de ochenta y seis estatuas que representan otros tantos personajes que condenan á una las doctrinas de Lutero. Estas han perdido y pierden cada dia mas su preponderancia, á medida que se alejan del foco de exaltacion fanática que les dió ser y las ha alimentado; á medida que se dilata y robustece la verdad perseguida y arrojada de aquellos países por el furor de los reformadores; y á medida, en fin, que preocupaciones, hijas de intereses privados y de mezquinos motivos, ceden el puesto al convencimiento que nace de la razon ilustrada, y de los hechos evidentes que aprecia y acepta una conciencia tranquila.

El luteranismo, que miró la Sajonia como su atrincheramiento inexpugnable, ve despues de dos siglos de combate caer poco á poco las preocupaciones que opuso al catolicismo, empeñado en reconquistar las conciencias que le arrebataron las pasiones fogosas de un apóstata. Caen, porque la fuerza de la verdad es irresistible para quien la conoce y considera desapasionadamente; caen, porque el mundo cristiano debe volver á la unidad que dividió el cisma, separando los miembros de la Iglesia de su Cabeza, y trasformando en monstruo el cuerpo de Cristo, « hermoso sobre todos los hijos de los hombres; » caen, finalmente, porque toda escision de este cuerpo está destinada á perecer, no debiendo subsistir mas que una sola fe y una sola Iglesia hasta la consumacion de los siglos.

Estas ideas me ocupaban contemplando el torreon de Lutero envejecido, y á su lado el suntuoso templo adornado de estatuas colosales que representan algunos de los varones mas esclarecidos por su santidad de vida. Los oficios que en él se celebran son concurridos, y los fieles se manifiestan devotos, como son regularmente los que viven en países donde la Iglesia está llamada á combatir cuerpo á cuerpo con sus enemigos. Las misiones católicas de Dresde, Maurisbourg, Leipzig y demas del reino de Sajonia dependen de la Propaganda de Roma, y como comisionado de esta de un obispo titular que se llama *capellan mayor del rey;* en todas ellas existen escuelas primarias para instruccion de los pobres, dirigidas por los sacerdotes que sirven la mision. La de Dresde, bastante numerosa, concurrió á misa en circunstancia que yo la celebraba, y el canto del *Te Deum*, ejecutado á coro por los niños, me pareció sublime.

Los siete templos disidentes que existen en la capital de Sajonia están manifestando la division que el protestantismo sufre allí como en los demas puntos de Alemania. Cada uno de ellos pertenece á diferente secta: los creyentes de Lutero, los novadores que siguen á Calvino, los Espiritualistas, los Evangélicos tienen sus ministros, su servicio y tambien sus rivalidades mutuas que les dividen entre sí. La demasiada susceptibilidad religiosa que caracteriza especialmente á esta parte de la Alemania, hace mas notables aquellas escisiones. Pero estas contribuyen á su vez al triunfo de la doctrina que no admite variacion, cuya primera gloria es la unidad; y que descansando sobre la palabra inmutable de Dios, atravesará pura la corriente emponzoñada de los siglos, sin que su infeccion la manche, ni sus errores la corrompan.

## CAPÍTULO XXI.

Hildeshein. — Vestigios de la revolucion. — El seminario. — La mision de Hanóver. — Recuerdos de Leibnitz. — Una reflexion en la Biblioteca nacional. — El manuscrito de S. Hilario. — La copia del Tridentino. — El libro de Éster. — Universidad de Gottingen. — Observaciones acerca de su régimen. — Vicios que la trabajan. — Sociedades secretas. — Visita á su grandiosa Biblioteca. — Las ciudades anseáticas. — Un hecho que asusta. — Conclusion.

La revolucion religiosa que acompañó á los cambios políticos obrados en Europa á principios del presente siglo, no puede gloriarse de haber dejado un solo rastro que la recuerde con honor á las edades venideras: la desolacion, la ruina, la miseria y la impiedad, ved hoy cuanto legó á los pueblos, que se resienten aun de su contagio. Hildeshein es uno de los Estados de la Alemania del Norte que mas recuerdos conservan de aquella época aciaga para la fe y para la sociedad, conmovidas por el brazo de un hombre que se propuso cambiar el aspecto político del mundo entero. Hildeshein, que triunfó del furor de los reformadores del siglo diez y seis, conservando íntegra esa fe tan celosamente defendida por Carlo Magno, á quien cuenta entre sus ilustres fundadores, nos ofrece en sus templos despojados, en sus monasterios arrasados y en sus instituciones de beneficencia suprimidas, los amargos frutos que las revueltas religiosas hacen saborear á los pueblos que afligen. Poco se ha reparado de lo que destruyó aquel pesado azote, esto es obra del tiempo; pues lo que el furor de la revolucion destruye en

un momento, la paciencia y la constancia apénas pueden reponerlo en muchos años de fatiga.

No obstante, el seminario donde bajo la direccion del diocesano son educados los individuos que abrazan la carrera sacerdotal, y las diversas congregaciones que allí se han establecido, prueban hasta qué grado es verdad que el catolicismo, en cualquiera region ó punto de la tierra en que se encuentre, emprende obras útiles para los pueblos, consumando para realizarlas toda especie de sacrificios. El seminario de Hildeshein provee de párrocos á los ciento cincuenta mil católicos que cuenta el reino de Hanóver entre sus habitantes. En la capital, donde el número de estos es de tres mil, el celo que los sacerdotes manifiestan en el púlpito y en la escuela es aquel lleno de mansedumbre y de dulzura que gana tanto con la eficacia de la palabra como con la fuerza irresistible de los ejemplos. Yo les ví en el templo predicar con el fervor y la sabiduría del perfecto sacerdote, y en la escuela hechos niños para ganar el corazon de los niños; les ví consagrados á dirigir asociaciones privadas que tienen por objeto consolar en la desgracia á los que sufren, auxiliar en sus postreros instantes á los que agonizan, y prestar tambien socorros materiales á los indigentes. ¡Oh, cuántas victorias no alcanza la fe cuando sensibiliza de este modo los tesoros inefables que encierra en sí misma! Por estos medios la mision católica de Hanóver toma mayores proporciones cada dia; y quien conozca los excesos cometidos por el furor luterano y la intolerancia fanática que caracteriza á los evangélicos dominantes allí, admirará la existencia de un templo católico donde tuvieron lugar algunas de las trágicas escenas que provocaron la funcion de Mühlbegr. Mas por todas partes la fe de Lutero cae dividida en mil pedazos, y en Hanóver los templos que ahora poco eran todos destinados al culto prescrito por este reformador, hoy corresponden unos á los sectarios de Calvino, otros á la fusion evangélica, y el de la corte al

servicio anglicano, á cuya comunion pertenece el rey y su familia.

La estatua de Leibnitz, en actitud de arrojar una mirada profunda sobre Alemania, parece repetir ahora aquel vivo deseo que expresaba entónces, contemplando las agitaciones de su país. ¡Ojalá todos los sabios reunieran sus esfuerzos para derribar el mònstruo del ateísmo, no permitiendo que crezca un mal que acarreará al mundo la anarquía universal! Él vivió persuadido que la reforma no era mas que « una consecuencia lamentable de las pasiones exaltadas de sus propagadores, y que aun cuando pareciese necesaria, la manera de realizarla adoptada por aquellos no habia sido legítima; » él trabajó en union de Bossuet por ligar de nuevo á la Iglesia universal este ramo que, cortado del tronco, ha de ser siempre estéril é infructuoso; él creyó con seguridad « que la reforma habia de fracasar al fin, » como obra humana, y que sus divisiones eran ya el preludio de su próxima ruina. En la antigua catedral de S. Jorge, hoy iglesia de los reformados evangélicos, se ve su tumba, y sobre ella escritas estas dos palabras : *Ossa Leibnitz.*

El secretario de la biblioteca pública, pietista exaltado segun dejaba ver en su conversacion, me mostraba con entusiasmo algunas preciosidades que guarda entre los libros de su cargo : una copia de S. Hilario, manuscrita en el siglo octavo, un ejemplar de la primera edicion del concilio de Trento con la signatura autógrafa del secretario y notarios sinodales, y todos los pasajes del libro de Éster dibujados en pergamino con la pluma, con trabajo tan prolijo como delicadeza de gusto, estos fueron los que puestos en su mano me parecieron todavía mas apreciables que si hubieran sido mostrados por otro. Porque, en efecto, en estas tres obras veía yo la condenacion mas solemne de los principios y de las consecuencias de la reforma, de que tan celoso se mostraba aquel en su conversacion. El primero batalló constantemente contra los disidentes de su época, y

opuso en sus obras un muro impenetrable á la herejía; el segundo condenó solemnemente las doctrinas de Lutero, y su reforma persiguió de muerte los institutos de produjeron obras tan bellas y tan artísticas como la última. Esta era trabajo de una monja de la cartuja de Hildeshein, que en concluirla empleó durante diez y seis años todas las horas que le quedaban disponibles cada dia despues de absueltos sus deberes religiosos.

La universidad *Georgia Augusta*, fundada en Gottingen en 1735 por el rey Jorge II, y célebre desde esa época por diversas notabilidades con que ha enriquecido al mundo literario, es reputada como la primera de las universidades de Alemania; y hasta hoy, no obstante que su estado no es ya el primitivo, recibe un número considerable de estudiantes de los diversos Estados de la Confederacion. La universidad tiene jurisdiccion exclusiva sobre sus escolares; á ella pertenece juzgarlos, corregirlos y castigarlos por cualesquiera delitos, y aun entender de los negocios de su policía. La universidad tiene á su cabeza un consejo que la gobierna, compuesto de los diputados que designa su ley orgánica; mas no es á él á quien corresponde juzgar de los delitos de los estudiantes, sino á jurados elegidos del cuerpo de profesores. Gottingen contó en otro tiempo hasta mil quinientos alumnos; mas posteriormente ha decaido, y con especialidad desde 1848, en que por opiniones políticas la dejaron cinco de sus mas acreditados profesores: hoy llega tan solo á setecientos el número de los que concurren á sus clases. Sea cual fuere el mérito científico de la universidad de Gottingen, sea cual fuere la celebridad que algunos de sus profesores hayan alcanzado en el mundo literario, existen en ella vacíos inmensos, y que la ponen muy distante de poder llenar su objeto con la perfeccion que se deseara.

Hé aquí algunas de las observaciones que hice y me inducen á emitir aquel juicio. La universidad descuida mucho la moral de sus alumnos, y no reprime del modo debido los

desórdenes que públicamente suelen cometerse. Una multa pecuniaria que no pasa de trescientos florines (1) es, por ejemplo, el único castigo que se impone al que deshonra á una mujer; y este delito podrá pasar inapercibido, si ella no entabla su demanda y pide la aplicacion de aquella multa, que le corresponde como único precio de su honor. El duelo es permitido, y las academias de esgrima son públicamente concurridas por los jóvenes que en ellas ensayan la venganza miserable que á su vez tomarán de ofensas supuestas, y que no tienen generosidad suficiente para perdonar. Un bofeton dado en un primer ímpetu de cólera, será castigado severamente por la universidad, que no se apercibe de las heridas graves recibidas en duelo, ó quizá de la muerte dada á uno de sus alumnos por su cólega de colegio. Estos hechos por desgracia son frecuentes; ni hay freno alguno que pueda contenerlos : no el de la religion, porque esta no es conocida de la mayoría de los escolares; la universidad no cuida de inspirarla, y público es, al contrario, el ateísmo ó el indiferentismo de algunos de sus profesores; ni la moral, porque esta no puede existir sino basada sobre la conciencia religiosa; separada de la fe no es mas que sombra, y sus inspiraciones tan variadas y tan contradictorias como las pasiones que agitan al individuo.

Existe en Gottingen una escuela de ciencias sagradas, y anexa á esta una academia donde los que la siguen practican la oratoria del púlpito. Consultando los programas de los cursos, luego se echan de ver los mismos vicios de que adolecen todas las escuelas de teología disidentes de la comunion católica. La suprema autoridad del espíritu privado en materia de fe, la interpretacion individual y arbitraria de las Santas Escrituras, la condenacion de las tradiciones y todos los otros errores que incluyen los símbolos diversos de los diferentes reformadores del siglo diez y seis, se en-

1) 150 pesos.

cuentran sentados en ellas como dogmas; pero para desenvolverlos, agregan los sistemas mas absurdos y mas contrarios al juicio comun de la Iglesia universal. Mas esto no es bastante: como los profesores de teología no están conformes en todos los puntos de doctrina, ni todos pertenecen á una misma comunion, resulta de aquí que entre los escolares hay diversas creencias y sectas tambien diversas que los dividen entre sí. Una fe semejante no puede ser ni sólida ni ilustrada: no lo primero, porque deja al hombre vacíos inmensos que debe él mismo suplir con su razon débil y susceptible de errores de toda especie; no lo segundo, porque el entendimiento no es en este caso mas que un campo de batalla donde luchan á brazo partido las incertidumbres y las dudas que nacen de la razon, y conducen al individuo á la incredulidad. Este cabalmente es el vicio que carcome hoy una parte del clero protestante de Alemania.... He dicho que una academia anexa á la escuela teológica se ocupa de ejercitar á los aspirantes al sacerdocio en la oratoria sagrada; y en efecto, uno de los templos de la ciudad está destinado á la recitacion de los sermones que señala el presidente á sus miembros, y tienen lugar en el oficio del domingo. Yo creía ver en este acto algun considerable concurso de escolares, pero me equivoqué; los jóvenes ministros son menospreciados por la mayoría de los universitarios, que estiman como ridículos sus actos religiosos.

Los principios disolventes del socialismo cunden tambien entre los alumnos; logias diferentes existen organizadas, y cuyos individuos se distinguen por alguna señal que llevan en la gorra. En ellas se declama contra el órden social mejor establecido, contra todo gobierno, por liberal que parezca, y contra todo lo que puede representar, aunque sea remotamente, la autoridad. Al rey de Hanóver, á quien tanto ha costado contener la exaltacion liberal que distingue á los diputados de su parlamento, se le preparan sin duda nuevos azares para cuando la generacion que hoy se educa

en Gottingen sea llamada á influir en los negocios del Estado. Se asusta sin duda la imaginacion descubriendo las tormentas que se preparan en el seno de la sociedad contra la sociedad misma, y que esta mira impasible, aun cuando ellas envuelven los elementos de su ruina. Pero desde que esta sociedad ha alejado de sí el único elemento salvador que existe, desde que al formar la conciencia de sus individuos ha suprimido la fe, la culpa de los efectos que sobre ella han de pesar á nadie debe atribuirla sino á sí propia. Estos efectos por desgracia son ya bien perceptibles: las logias de Gottingen no son mas que miniatura de las que trabajan toda la Alemania; los pueblos y los gobiernos se aperciben de sus tendencias, y las temen. El Austria prohibe se dé por la prensa publicidad á sus acuerdos, miéntras que la policía de otros Estados de la Confederacion persigue sus reuniones clandestinas. ¡Medidas bien ineficaces ciertamente! Miéntras la causa del mal subsista, este ha de subsistir tambien, preparando el sacudimiento que trastornará la sociedad, minada ya y colocada á los bordes de su precipicio. Nada me asombra por eso que las sociedades secretas se propaguen rápidamente en Alemania, nada que doscientos ministros protestantes, tan sin religion como el resto de sus correligionarios de *complot*, se cuenten entre sus afiliados (1), ni nada que la juventud con especialidad se encuentre viciada por sus malhadados principios. Todo esto no es mas que el efecto de aquel mal que tomará cada dia mayores proporciones. Las leyes humanas, por eficaces que parezcan, no alcanzan mas allá de las acciones externas; la conciencia necesita sus prescripciones, y estas no pueden recibirlas sino de la Religion.

La biblioteca de Gottingen es una de las mas copiosas que existen hoy en número de obras, aunque no sea muy rica

(1) Este hecho lo ha publicado *El Tiempo*, diario protestante de Berlin.

en manuscritos ni en producciones literarias antiguas. Sus volúmenes llegan á quinientos mil, perteneciendo de ellos una gran parte á los que formaban las bibliotecas particulares de las casas religiosas suprimidas en diversos puntos de Hanóver durante la revolucion. Un manuscrito del Pentateuco, escrito en malabar, me llamó mucho la atencion por la singularidad de los caractéres y por la naturaleza de los volúmenes. Eran estos tantos manojos de hojas finísimas de palma cuantos son los capítulos de los libros de Moises, de tal modo que cada volúmen contenia un capítulo; las hojas atadas luego con cordones permitian la lectura de aquellos libros á los que la procuraban. La biblioteca pertenece á la universidad, y está abierta al público todos los dias.

Hamburgo fué la última parte de Alemania donde me detuve ántes de dirigirme á visitar los reinos del Norte de Europa, que, ménos conocidos para mí, mas me llamaban la atencion. ¿Mas qué podia ofrecer á mi propósito Hamburgo, ocupado exclusivamente de su comercio, y sin otro proyecto entre manos sus ciudadanos que el de acumular riquezas que aumenten sus conveniencias sociales? Los ciento ochenta mil habitantes que componen su poblacion son casi todos comerciantes, cuyo único interes es la ganancia, y cuya felicidad es el dinero. Para tomar idea de su moralidad, basta saber el número de mujeres que allí trafican con su honor, que es superior comparativamente al de las que existen en cualquiera de las grandes capitales de Europa. Pero este tráfico, profundamente inmoral y degradante, se hace en público, y sin que la autoridad se muestre apercibida de lo que á nadie se oculta.

La mayoría de la poblacion no profesa creencia religiosa, y aquellos que tienen alguna están divididos entre las reformas de Lutero y de Calvino, el protestantismo anglicano, la comunion evangélica, el puseísmo, el judaísmo y la religion católica: el número de los que siguen esta llega á diez

mil. Todas las comuniones poseen sus templos, y la católica ademas tres escuelas numerosas para hombres y dos para mujeres. Á mi juicio, es en estas tan solamente donde los niños reciben educacion religiosa, pues en las del Estado y en otras particulares ninguna se da, bajo pretexto que teniendo cada familia su creencia particular, enseñar alguna en la escuela es promover obstáculos á la enseñanza, presentando á los de diversa fe un serio inconveniente que debe separarlos del maestro, que profesa y enseña otra que la suya. Este raciocinio monstruoso que engendra hoy una generacion sin conciencia y sin fe, es el agente mas fuerte del ateísmo que devora la sociedad alemana. Cuál puede ser la causa de ese espantoso materialismo que preocupa á los ciudadanos de Hamburgo, no hay que preguntarlo sino á él. Es un hecho que asusta; pero desgraciadamente no por eso ménos verdadero que la division de fe que en la actualidad asesina al protestantismo legada á la sociedad entera, es la semilla del ateísmo impío que mas tarde ocasionará su ruina. No podré olvidar la impresion que recibí visitando en un domingo los principales templos de Hamburgo. La iglesia católica, pobre pero bastante hermosa para recibir un número crecido de personas, se habia llenado completamente en tres ocasiones para la celebracion de la misa: ¡ miéntras tanto á la hora de los oficios trece personas habia en S. Miguel, doce en S. Pedro y no alcanzaban á treinta las de S. Nicolas! El protestantismo que al nacer pretendió, lleno de furor y de exaltacion, destruir la fe católica, devorándola como el áspid á su madre, y que creyendo en su juventud llegar á dominar la conciencia universal con la libertad ilimitada que concede al espíritu humano, cubrió la deformidad que es natural á la herejía y al cisma con el bello disfraz de *cristianismo puro*, que en su edad perfecta anegó en sangre la Europa, sembrando en todas partes la guerra, la desolacion y la muerte; quiere en su vejez, al morir, legar todavía á las edades futuras estos

mismos males, y sobrevivir en las nuevas calamidades que aflijan á la humanidad, fatigada ya demasiado de las que ántes le hizo experimentar. Sí; él es quien, despues de haberla hecho nacer, alimenta esa generacion de incrédulos « duros de carácter y ambiciosos por pasion, hombres capaces por mero placer de incendiar el universo, que insinuándose poco á poco en el espíritu de los demas, poseen el arte de introducirse en los gobiernos y de llegar á reglar la conducta de aquellos de quienes dependen los negocios, y derramando por medio de libros sus principios disolventes, todo lo disponen para una revolucion general (1). » El mundo entero ha visto hasta qué punto eran fundadas las previsiones de Leibnitz; pero la época va á renovarse, porque el agente del mal, tomando cada vez mayores proporciones, prepara nuevos y mas certeros golpes. ¡ Ojalá se aperciba de ellos la sociedad á tiempo de evitarlos !

Ni es mas ventajosa la situacion moral de las otras ciudades anseáticas que el protestantismo ha considerado como sus fortalezas inexpugnables, y lo han sido efectivamente porque la intolerancia las hacia en otro tiempo casi impenetrables al catolicismo. Lubeck, que de su magnificencia pasada conserva aun vestigios numerosos; Lubeck, que por la riqueza de sus palacios, la suntuosidad de sus templos y la vasta extension de su comercio fué llamada la *Cartago del Norte*, esa misma Lubeck es hoy una ciudad desierta : esas largas calles por donde doscientos mil habitantes paseaban, y esos palacios donde mil familias nadaban en la opulencia, apénas tienen hoy una cuarta parte de poblacion, formada de comerciantes. En este espejo debian mirar los que creyeron ver en el catolicismo la causa del atraso de ciertas naciones : Lubeck nunca fué tan afortunada como cuando abria los fundamentos de templos tan magníficos como los de Santa María y Santa Catalina : entónces era

(1) *Nuevos ensayos sobre el entendimiento humano.* (Leibnitz.)

cuando su pabellon flotaba en todas partes, y su puerto estaba lleno de navíos cargados de riquezas de todas las naciones. La época de su decadencia data desde los furores de la reforma, que alejó de su seno á cuantos se negaron á suscribir la nueva fe. Ni hay ciudad tan aferrada al protestantismo como Lubeck: un oratorio pequeño y como escondido en el fondo de una calle solitaria es el único templo que posee allí el catolicismo; un Cristo fijado sobre la puerta me lo hizo conocer, despues de haber preguntado por él á muchos inútilmente. Sin embargo, Lubeck ha descendido, Lubeck no tiene de su primitivo esplendor sino una débil sombra; ni de sus riquezas pasadas le queda mas que la memoria. ¿Cuál será pues la causa de su decadencia? podríamos preguntar. ¿Será el catolicismo, como dijeron algunos hablando de la España?...

Los suntuosos templos de Lubeck se encuentran ahora en el mismo estado que los sostenia el catolicismo que los levantó: sus altares, sus estatuas, sus pinturas, todo existe aun; y por cierto que al mirar un grupo que representa á varios doctores de la primera edad del cristianismo en actitud de predicar en el púlpito de Santa María, me pareció oir á uno de ellos: « Conservemos la unidad, temamos la separacion; si la unidad no nos liga, no podemos ser miembros de Jesucristo (1). » Una sola variacion hizo el protestantismo en los bellos templos de Lubeck, despues que se los hubo apropiado, y fué borrar el *San* al nombre de las imágenes. Hasta hoy se perciben bien los rastros de ese furor iconoclasta que les arrastraba á degradar á los fieles servidores de Dios.

(1) Sermon 27 sobre el Evangelio de S. Juan. (S. Agustin.)

## CAPÍTULO XXII.

Espectáculo nuevo que ofrece al mundo Dinamarca. — Rasgo heróico de la reina madre y princesa de Mecklembourg. — El cambio. — Clero dependiente del gobierno. — Su organizacion. — Variaciones. — Elsseneur. — Multitud de pobres. — ¿Qué se hicieron sus bienhechores? — Ingratitud.

Es innegable que el protestantismo imprimió el materialismo con todos sus tristes efectos sobre la fisonomía de los países que conquistó para sí. El pensamiento eterno que como primero y principal de sus fines inspira el catolicismo, lo alejó aquel de la reflexion de sus miembros, como si quisiera ocultarlo de nuestro entendimiento, que no decide sus grandes negocios sino despues de meditarlos. Lo visible y positivo fué lo que rodeó entónces la imaginacion del hombre arrancada de ese mundo espiritual adonde le conducen las máximas puras del Evangelio, y lo visible y positivo el primer objeto de unos cuidados que debiera consagrar á otro negocio del que la fortuna y la felicidad terrena no deben ser sino la añadidura. Las almas sensatas para quienes reflexionar es un deber, encuentran al fin de su meditacion la deformidad de aquel sistema : su espíritu no puede vivir sino animado por un pensamiento eterno, sus acciones ningun objeto noble pueden proponerse sino ligadas al mismo pensamiento, y su vida es vacía, amarga é insoportable, si la llama radiante de la fe no les muestra en el término de su carrera la corona de la inmortalidad. Las resoluciones que inspiran y realizan estos nobles sentimientos aventajan á los

mas bellos ideales de la poesía, y en sus efectos son fecundas para dispertar el espíritu de los que duermen en el seno de la indiferencia y de la incredulidad.

Una reina que cambia el esplendor del trono por la modesta condicion de un simple particular, porque rodeada de aquel no puede profesar libremente la fe que le dictan sus convicciones; una reina á quien no detienen los vínculos del parentesco ni las relaciones de la amistad en la noble resolucion de abrazar en país extranjero una religion no permitida en el suyo, es indudablemente una de esas espléndidas victorias que solo puede ostentar el catolicismo como prueba de la nobleza y generosidad de sentimientos que inspira. Á los ojos del materialismo esto tendria el valor de una paradoja, si nuestro siglo no lo hubiera visto realizarse en la princesa de Mecklembourg Schwerin, primera mujer de Cristiano VIII y madre de Federico VII, rey actual de Dinamarca. Las leyes entónces vigentes condenaban á destierro perpetuo al ciudadano que abandonase el protestantismo para hacerse católico; mas esta consideracion no la retrajo de su propósito, que realizó en la capital del mundo cristiano. La sublime filosofía que encierra tal conducta no se deja comprender por entendimientos vulgares, ni apreciar por almas bajas, que no divisan en las acciones sino lo material, ni nada admiran fuera de aquello que se armoniza con sus propias ideas. Mas al espíritu que comprende el mérito de la abnegacion, y que conoce el valor de las victorias que se alcanzan sobre sí mismo, no se le oculta el de esta, una de las mas gloriosas que pueden citar los tiempos modernos. Una reina que abandona la corte para abrazar una vida oscura, que profesa una fe de humildad y abnegacion, y que busca en ella la tranquilidad de conciencia que no halló en medio de la pompa y esplendor del trono, es un espectáculo grandioso, y que habla elocuentemente á una generacion materialista.

La sensacion profunda que este hecho causó en Dina-

marca, excitó naturalmente las reflexiones que fueron disponiendo los cambios obrados despues en las leyes concernientes á religion. Estos se realizaron en 1848, y hasta esa época subsistió aquella ley que dejaba atras por cierto todas las de España contra los Moros y Judíos, que los disidentes tan á menudo echan en cara á los católicos. Desde entónces estos tienen perfecta libertad para profesar su culto, erigir templos, hacer en estos su propaganda, y establecer escuelas. Los católicos pagan á su parroquia el derecho de culto, y con él los párrocos subvencionan los gastos de iglesia y la instruccion primaria de los niños. Siete son las misiones establecidas hasta hoy en el reino de Dinamarca, y que dependen del vicario apostólico de Osnabruck.

El gobierno sostiene, como uno de sus principios, que el clero nacional es su dependiente en el mero hecho que lo paga, que nombra los obispos, y aprueba y manda reconocer los párrocos. Y en efecto, por absurda que parezca aquella proposicion, de hecho está reconocida y en ejercicio: el rey se llama soberano espiritual del Estado, suspende y aun depone los obispos cuando lo tiene á bien, é interviene en todos los negocios que suponen jurisdiccion espiritual, ó mas bien la suma de este poder. Solo así pueden explicarse hechos como el suceso de Monrad, obispo luterano de Goetland y Faster, depuesto recientemente porque hizo en la cámara á que pertenecia como diputado una sostenida oposicion á los proyectos de la corona. El hecho no es único; pero este es el mas moderno. Tan inmediata como esta es la dependencia de los otros miembros del clero que ocupan algun destino en la jerarquía de la Iglesia. Sin embargo, en la eleccion de sus altos funcionarios y pastores existen notables variaciones entre los diferentes Estados que componen el reino de Dinamarca: voy á notar las principales, para que sea conocida mejor la falta de uniformidad de su disciplina.

En Dinamarca son los obispos nombrados simplemente

por el rey; mas los párrocos son elegidos por este de entre los diversos sugetos que le proponen aquellos. En Sleswig, uno de sus ducados, los curas son nombrados por la misma parroquia, que elige uno de tres que le propone el rey. El pueblo todo, hombres y mujeres, viejos y niños, se constituyen en electores, y á ellos se presentan en la iglesia por su órden los candidatos en tres domingos sucesivos para hacer el servicio. En el sermon el postulante trata de lucirse y de hacer sus propuestas á los feligreses. Cual ofrece bajarles algo de los derechos, quien repetirles mas á menudo los sermones, quien abrir una nueva escuela, y quien tambien empeña en su favor al bello sexo haciendo presente ser soltero todavía, y que, acomodado en la parroquia, naturalmente elegirá de ella su compañera de por vida.... En fin, el último domingo el pueblo elige, el consejo de la parroquia hace el escrutinio, y el nuevo párroco entra á desempeñar su oficio con aprobacion del rey. Como son presbiterianos, no tienen obispo á quien pedir jurisdiccion. Inútil es preguntar si cumplen despues con sus promesas: yo no podré decir sino que los parroquianos se quejan casi siempre, diciendo haber sido engañados; y los párrocos se lamentan tambien poco satisfechos de las obvenciones de su curato. Por lo que hace al rayo de esperanza vislumbrado por alguna de un cómodo porvenir, él se convertirá en una realidad, si las ventajas se presentan en favor del pastor; de lo contrario él quitará el hombro *á ese precepto del Apóstol* que tanto decantan los reformadores, y no lo observará sino en la vejez, y cuando una condicion mas brillante le dé derecho para pedir una mano llena de riquezas. En el ducado de Holstein el nombramiento de párrocos corresponde á los consejos parroquiales, emitiendo los miembros de este su voto por cédulas secretas.

Las rentas del clero dinamarques son el producto de los bienes de que la reforma despojó á las iglesias y congregaciones católicas, y su distribucion corresponde á empleados

especiales del gobierno encargados de su administracion y distribucion. Las categorías eclesiásticas y los párrocos son poco numerosos, y esta indudablemente es una razon para que sus rentas sean mas pingües que en los otros países del Norte de la Europa. Sus ocupaciones no corresponden á su renta, pues que solo se reducen al servicio de los domingos. Él no tiene escuelas ni cátedras en los establecimientos de instruccion pública, y en las universidades de Kiel y Copenhague apénas dirige las lecciones de teología que reciben los candidatos para el sacerdocio. Por eso es que en el pueblo, y especialmente entre los jóvenes, se dispiertan fuertes prevenciones en su contra.

Quien se detenga para contemplar un instante las diversas fases que descubre el protestantismo en los países dominados por su fe, estimará esto desde luego como efecto de su orígen. Hemos indicado poco há que existen altas dignidades en el clero dinamarques, como existen tambien en Inglaterra y en Suecia, miéntras tanto otros países que aceptaron la misma reforma condenan como viciosas tales dignidades, y borraron su nombre de su programa religioso. Esta falta de unidad que en todas partes donde existe deja ver el protestantismo, no puede ménos de excitar desconfianzas entre sus mismos adeptos. Puedo asegurar que despues de examinar escrupulosamente el sistema de disciplina del clero protestante de Alemania, de Inglalerra, de Dinamarca, de Suecia y de los Estados Unidos, sin hallar contacto en sus puntos cardinales, encuentro, al contrario, que se condenan mutuamente algunos de sus usos.

Elsseneur, adonde me dirigí al salir de Copenhague, me presentó entre los matices de su bellísimo paisaje uno de esos espectáculos que lastiman el corazon sensible. Era este una multitud de pobres, que en su desnudez, en su fisonomía y en sus maneras demuestran la necesidad que les oprime. Pero mas tolerante la policía danesa que la de otros países que trabajan por echar un velo sobre la mise-

ria de sus pobres, permite á estos lidiar con el extranjero hasta arrancarle la limosna. Yo no he visto en otro país del mundo un número tan crecido de mendigos: madres que piden á una con sus hijos, viejos encorvados que apénas pueden sostenerse, muchachos vestidos de harapos, niñas en la edad mas peligrosa de su vida, y todos con su mano extendida para recibir algo, ¡ ved ahí un cuadro de mayores dimensiones que cuantos de igual naturaleza se presentan en Italia y en España! Una diferencia existe sin embargo en favor de los pobres de estas dos últimas naciones, á saber: cuando los achaques les imposibiliten para recorrer las calles pidiendo limosna, los hospicios, las casas de asilo y los hospitales abrirán sus puertas para recibirles, y en estos no les faltará ni vestuario para cubrirse, ni alimento para vivir; mas ni en Elsseneur, ni en Copenhague encontrarán tales auxilios: el hospital les recibirá para curarse, si están enfermos; pero esto si merecieron ántes una recomendacion que les haga abrir las puertas de aquel establecimiento humanitario. ¿Y por qué no trabajan estos pobres? Estos muchachos robustos, esas jóvenes que por su edad pueden tener una ocupacion útil en los talleres ó en las fábricas, ¿por qué no van allá? — Porque no hay quien los reciba. En Italia, en Francia y en Austria la caridad abrió establecimientos para dar ocupacion á aquel muchacho y á esa niña, encontró medios para recogerlos y para inspirarles hábitos de trabajo; pero en Dinamarca la filantropía nada de esto ha hecho todavía.

Una generacion de hombres existió en los reinos del Norte que cuidó especialmente de aliviar la suerte de los pobres. Siguiendo las leyes de su instituto, dividia el total de sus rentas entre sus propias necesidades y el socorro de las ajenas. Fundaron hospitales para los enfermos, y los curaron con sus manos; establecieron hospicios para inválidos, y les servian la comida personalmente; recogieron los huérfanos en casas de asilo, y en medio de ellos eran

como su padre; salvaron las tiernas doncellas de los peligros, y en la extension inmensa de su caridad encontraron arbitrios para establecerlas ventajosamente; las viudas, las casadas abandonadas de sus maridos, los esclavos mismos y todos los seres desgraciados que conoce el mundo, tuvieron cabida en el pensamiento vastísimo y en las empresas prodigiosas de aquellos hombres que la sociedad en arranques de gratitud pudo muy bien llamar brazo de Dios, siempre en accion para colmar de beneficios á sus criaturas. Y como si tantas y tan bellas obras no pudiesen llenar el inmenso programa de la caridad que les animaba, en la sucesion de los siglos y en la variacion de las circunstancias las fueron reproduciendo bajo formas diferentes y con objetos tambien diversos. Dinamarca y todos los países del Norte llenos están aun de las reliquias de aquellas instituciones: á ellas pertenecen las rentas que hoy posee el clero protestante, los templos en que cumplen las ceremonias de su culto, los hospitales en que cuidan sus enfermos, y aun sus establecimientos mas clásicos de educacion científica se remontan para buscar en ellos el principio de su ser. Esta generacion vivió en los países daneses á la sombra del catolicismo, y en las congregaciones religiosas que fueron un dia por su regularidad y beneficencia una de las mas bellas flores que hermoscaron la Iglesia de Jesucristo. Los recuerdos de los monjes de Elsseneur, de su famoso hospicio, de la proteccion que concedieron á las familias agrícolas, y de los arbitrios que empleaban para fomentar el trabajo y la industria en aquel país pobre, viven aun y vivirán principalmente miéntras no existan nuevos recursos que llenen el vacío que dejaron aquellos.

La reforma, en sus arrebatos de furor, sofocó tan bellas instituciones, y los elementos con que contó para causar el bien perecieron tambien entre sus manos. Sin ese noble ardor que supera lo difícil y acomete lo mas arduo en beneficio ajeno, llenar todas las necesidades del que sufre

es imposible. Aquel es el espíritu que anima al corazon generoso: al que deja de vivir para sí mismo por consagrarse al servicio de los otros; al que se entrega por voto heróico como siervo á los demas, y puede decir sin exageracion: « Esclavo soy de todos por la caridad de Jesucristo. »

Y los miembros de estos institutos ¿qué premio recibieron de esa sociedad á quien habian colmado de beneficios? Es indisputable que al ménos un título podian alegar para su defensa, despues del largo proceso que les iniciaba el fanatismo de los reformadores; pero un título el mas á propósito para salvarles á los ojos de hombres, que no ven sino lo material, ni reconocen otro bien que el perceptible à sus sentidos: era su beneficencia. Mas este título no bastó: el bien comun se encorvó para abrir paso á intereses mezquinos; y la causa de los pobres, de los inválidos y de los huérfanos fué condenada, á trueque de saciar á todo precio pasiones violentas, empeñadas en hacer triunfar la causa del cisma y del delito. Los regulares fueron perseguidos por la reforma en Dinamarca como en todas partes: en la terrible disyuntiva de apostatar ó emigrar, la inmensa mayoría eligió lo segundo; y entónces *los que venian á reformar la Iglesia y á administrar justicia segun el Evangelio*, dejaron morir de hambre á los que acababan de despojar. ¡Ved ahí el premio que recibe de los hombres frecuentemente la caridad! Pero miéntras tanto esa misma sociedad injusta que les condena, les persigue y les destierra, siguiendo su curso natural, encuentra un vacío inmenso en su seno, y que no tiene arbitrios para llenar. Si al cristiano fuese permitido gozarse alguna vez en las desgracias de sus adversarios, ¡oh, cuántos motivos le presentarian al católico las miserias que pesan sobre los desgraciados países que abrazaron la reforma!

## CAPITULO XXIII.

Palacios de Cristiania. — La pequeña grey. — Visita á un desgraciado en Gottembourg. — El interior de Suecia. — Poesía del Norte de la Europa. — Wastanes. — Las parroquias protestantes. — Stokolmo. — Costumbres paganas. — La fiesta del Sol. — El divorcio y los cambios que se hacen á su sombra. — Emigracion anual. — Una cosa que compadece.

Cristiania tiene cierta fisonomía melancólica que armoniza bien con el resto de la Noruega. Sus palacios, habitados en otro tiempo por reyes y próceres, hoy desiertos, dispiertan en la imaginacion no sé qué especie de ideas siniestras y de imágenes sombrías. Los que viven de la poesía y divisan en las ciudades que decaen, en los bosques solitarios y en los páramos mas remotos paraísos donde pasan mil escenas románticas, encontrarian en Noruega un anchuroso campo donde alimentar su genio. Yo, que no gusto de semejantes ilusiones, hallé allí un objeto real que contemplar, mucho mas en armonía con mis ideas y con el propósito de mi viaje. Un número reducido de personas que arrostraron todo género de sacrificios por su fe, y que no obstante el ridículo, los desprecios y los vejámenes de que fueron víctimas largo tiempo, la conservan ilesa con valor heróico, es un espectáculo que llena de entusiasmo al alma que cree y conoce el valor de su creencia. Este era el que yo veía en Cristiania en un ciento de católicos fervorosos que, aprovechando la libertad de cultos obtenida por el influjo y el dinero de los judíos, profesan su religion públi-

camente, y erigen con este objeto uno de los mas bellos templos de la capital de la Noruega.

Los que muestran maravillarse encontrando en Noruega un número tan diminuto de católicos, deben reflexionar que hasta nuestros tiempos han existido allí dificultades insuperables para profesar otro culto que el protestante, y entre otras la pena de muerte fulminada contra cualquier misionero católico que osase establecer allí su propaganda; leyes que aun cuando fueron derogadas (1), *una existe todavía en vigor, que niega la entrada á individuos de congregaciones religiosas.*

En Gottembourg, primera ciudad de Suecia que se encuentra viniendo de Noruega, tenia un encargo que llenar: encargo ciertamente triste, mirado con la vista corporal, pero noble y divino si se considera con el ojo penetrante de la fe. Yo confieso que jamas habia recibido mi corazon impresiones mas amargas que cuando me ví en la prision pública, puesto en presencia de un jóven que hablaba mi mismo idioma, y se encontraba sentenciado á morir por mano de verdugo á distancia de tres mil leguas de la patria. Sus pocos años, su fisonomía, ser él extranjero y sin relacion alguna en aquel país remoto, y sobre todo oyéndole: « Voy á morir abandonado de todos é injustamente.... » me hacian comprender todo el horror de su situacion desesperada. En aquellas circunstancias recordaba con ternura á su madre: el deseo de viajar le habia separado de su lado, y llevádole de lance en lance hasta.... los calabozos de Gottembourg, de donde se le sacaria en breve á morir en un patíbulo. « Pero Dios, le dije despues de un largo silencio, Dios no ha abandonado á V.: la Religion ahora mismo le ofrece sus consuelos. — Es verdad. ¡Oh, si jamas hubiese olvidado yo esa Religion! ¡cuán distinta seria hoy mi suerte!.... » La presencia del carcelero, que no nos perdia de vista, no embar-

(1) En el año de 1845.

garon las tiernas efusiones del corazon del desgraciado *** : su triste historia era uno de los frecuentes desenlaces que siguen al drama que representa léjos de su país el que por una parte se ve señor de su voluntad y de su dinero, y por otra carece de principios religiosos que le sirvan de barrera para no precipitarse. Yo permanecí algunos dias á su lado: su docilidad y su ingenio natural nada dejaron que desear á mi ministerio; á cada momento estaba con él.... ¡Ah! no me atreví á decir á aquel jóven infeliz que no volveria á visitarle: sin embargo mi postrer abrazo era una despedida de por vida.... ¡no le veré jamas sino en la patria comun de los cristianos!....

El interior de la Suecia abunda en poesía como la Noruega: sus lagos sembrados de pequeñas islas, sus bosques sombríos y sus valles solitarios hablan con viveza á la imaginacion que busca de qué alimentarse entre la espesura de las selvas ó al traves de las llanuras. Wastanes me habló con mas fuerza que Trollatham: poca impresion me podia causar esta magnífica cascada, despues de haber contemplado la caida majestuosa, soberbia é imponente del Niágara; mas las ruinas de Wastanes publicarán, miéntras subsistan, con voz harto elocuente la injusticia de los hombres que, despues de expulsar á sus pacíficos moradores, redujo á montones de ruinas la obra mas bella de un vástago ilustre de los soberanos de la Suecia. En Wastanes, donde los *Salvatoristas* hospedaban á los pobres y partian las viandas de su mesa con los extranjeros y peregrinos, hoy no ví mas que una taberna, donde un mercader vendia á peso de oro pan negro á los miserables que acababan de recibir algunos sueldos del viajero. Los campos vecinos que, merced á las fatigas de los piadosos reclusos, producian la comida para mil familias indigentes, hoy, cubiertos de bosque y de malezas, reclaman la mano robusta y el espíritu emprendedor que les hicieran fructíferos. Ese pueblo, trabajado por la miseria y sin muchos recursos para su subsistencia, parece estuviera

acusando la crueldad de los que les arrebataron sus únicos bienhechores.

Muchas veces tuve ocasion de palpar en el interior de la Suecia la infinita superioridad de las intituciones católicas sobre las que le introdujo el protestantismo. Allá cuando los sucesores de S. Aschario presidian las parroquias, eran estas la providencia de los pobres; pero desde que los ministros de la fe de Gustavo Wasa invadieron el santuario, las convirtieron en casas de especulacion, donde el que se llama pastor de los fieles amontona riquezas destinadas en su orígen á servir de alimento para él pobre, convirtiendo así en beneficio propio lo que debiera distribuirse en bien de los demas. No ví en las casas de los curas alguno de esos mendigos que acosan al viajero en los caminos, ni uno solo de tantos niños andrajosos que inundan los pueblos ví rodear á los *padres de los pobres :* el lugar de todos aquellos lo ocupa la familia; y la asistencia debida á los menesterosos, el cuidado de los animales y las faenas que dan á los pastores la fisonomía de ricos labradores. Como era la época de vacaciones cuando yo pasaba por allí, algunas casas parroquiales estaban de gran fiesta *por la llegada de los hijos del pastor que venian de la universidad.*

Entrando en Stokolmo, me pareció ver una de las grandes capitales del paganismo. En esa Stokolmo, edificada sobre colinas, cortada por canales que unen las aguas de los lagos, y poseedora de la forma aristocrática que le imprimen los palacios habitados por sus grandes, reinaba un silencio profundo. Llegaba en circunstancia de celebrarse el dia mas largo del año (1) : Stokolmo estaba casi desierta, pero en cambio sus alrededores presentaban un aspecto muy animado. Grupos de hombres y mujeres bailando y saltando en rededor de un árbol adornado de cintas y banderas, alegres banquetes en que los licores se derramaban con profusion,

(1) 23 de junio de 1854.

voces descompasadas que manifestaban bien el efecto de las bebidas espirituosas, y todo esto celebrando el dia mas largo, me hacian recordar las saturnales y las famosas fiestas de la diosa Sanambona solemnizadas por el paganismo. Las jóvenes coronadas de flores y la libertad con que se mezclaban los individuos de sexos diferentes, servian tambien de puntos de contacto á mi comparacion. Bien veo que las personas educadas estimarán todo esto como una diversion popular, y ni el motivo que lo produce será para ellas mas que un pretexto que se encontró en su orígen para tolerar los excesos que con este motivo se cometen; mas la plebe lo estima como una fiesta que realmente se consagra al sol, como si este hubiera conseguido un mérito nuevo con los largos dias que les alumbra. La fiesta del sol preocupa tan generalmente al pueblo de Stokolmo, que su dia principal (1) es tan sagrado como los domingos. En todas las provincias del reino se repiten escenas semejantes, y cuanto mas lejanas son aquellas de la capital, su analogía con las del paganismo es todavía mas patente.

Mas no son escenas de esta naturaleza tan solo las que relacionan al protestantismo sueco con el paganismo: quien observe las costumbres que este autoriza, encontrará otras no ménos repugnantes. El divorcio, por ejemplo, tan comun entre personas de fortuna, da lugar á mil lances que despues de ofender la moral de las familias en cuyo seno pasan, lastiman la de la sociedad entera, á cuyo conocimiento no tardan en llegar sus consecuencias. El protestantismo, que relajó completamente el vínculo indisoluble del matrimonio, cobija en Suecia bajo el manto del divorcio la conducta mas opuesta á los principios del Evangelio; y sin necesidad de suscribir las historietas que se refieren en los círculos de su sociedad, ni las que se cuentan en el extranjero, en que se hace jugar su papel á los primeros perso-

(1) 24 de junio.

najes del Estado, es innegable que los casados se separan con la mayor facilidad, y pasan á contraer segundas nupcias, tomando quizá un amigo la mujer que deja su amigo y este la de aquel. ¡Ved ahí un cambio que autoriza el protestantismo y que condena la moral del Evangelio! ¡Ved ahí las costumbres del paganismo elevadas sobre las ruinas del cristianismo, que despedazó el furor de la reforma en los países desgraciados del Norte de la Europa!

Los que miden el bienestar de las naciones por sus conveniencias materiales, y hacen consistir la felicidad del individuo en los goces que puede proporcionarle la ilimitada libertad de que disfrutan, encontrarian sin duda en Suecia y en Noruega los pueblos mas felices de la tierra, si sus teorías fuesen ciertas. ¡Pero qué al contrario sucede! El protestantismo, persiguiendo primeramente á los católicos, apoderándose de los bienes de la Iglesia, fulminando pena de muerte contra los regulares que llegasen á penetrar en su territorio y la de perpetuo destierro contra los ciudadanos que cambiasen de religion, sancionando despues de tres siglos la libertad de cultos, y dejando, en fin, subsistente cuanto servia de traba para impedir el desarrollo del catolicismo; la Suecia, repetimos, con la ilimitada libertad que le garantizan sus leyes, llenó el programa de los mas entusiastas liberales. ¿Y qué ha ganado despues de todo? Ella no ha dejado por eso de ser pobre, ni sus masas de pueblo han avanzado una línea mas en civilizacion. Al contrario, los medios que existieron ántes de la reforma para propagar las luces en sus provincias del Norte, hoy no existen, y forzosamente esos millares de hombres que habitan las orillas del Tornea, permanecerán tan idiotas como los renos que les proveen de subsistencia, hasta que otros medios mas eficaces que los que les ofrece el protestantismo vengan á operar su civilizacion. El catolicismo estableció con este objeto el célebre monasterio cisterciense de Buro en 1250. Doce monjes y un abad recorrian constantemente la Laponia, habitaban durante el in-

vierno entre la nieve, del mismo modo que las gentes que trataban de evangelizar les acompañaban á la pesca, y participaban de sus mismas privaciones, á trueque de no desperdiciar momento favorable para su ministerio. La serie de hombres apostólicos que desempeñaron esta mision desde su fundador Herse Jalesson, bajo el reinado de Erico IX, hasta Juan de Buris, arrancado de la Laponia como una de esas hermosas plantas que desentierra el huracan del jardin que embellecia, no puede leerse sin recordar cien rasgos los mas brillantes de abnegacion, de constancia y de heroísmo. En 1601 subsistia aun lo material del monasterio, y hoy se ven todavía algunos de sus escombros esparcidos por una vasta soledad. Los caidos chapiteles y las columnas tronchadas por el furor de los Bárbaros que contempla el viajero en Cesarea y Tolemáida no inspiran reflexiones mas tristes que aquellos sembrados por el furor de la reforma. ¡Cuántas generaciones fué necesario que pasasen ántes que la institucion de Buro estuviese en aptitud de llenar su objeto! ¡Y cuántas otras pasaron despues contándola entre las mas bellas obras de su época! Cinco siglos corrieron, y durante ellos no pasó un solo dia sin que alguna piedra viniese á señalar alguna nueva empresa ó una accion generosa; sin embargo un solo instante bastó para derruir el inmenso monumento que formaban reunidos los trabajos de diez generaciones.

El gobierno sueco, se nos dirá, ha sustituido al monasterio de Buro cierto número de misioneros que él paga, para que se ocupen de la instruccion de aquellos infelices. Es verdad, les responderemos; pero ¿qué hacen aquellos misioneros pagados por el gobierno para llenar el lugar de los monjes de Buro? ¿Dónde están los sacrificios espontáneos con que señalan como aquellos su apostolado? Disfrutando su renta, viven con sus familias en las aldeas que mejor comodidad pueden proporcionar á ellos, á sus mujeres y sus hijos. Una vez al año penetran algunos al término mas remoto de su mision, pero no es para llevar allí consuelos

espirituales, ni para auxiliar á sus habitantes con ciertos recursos que contribuyen siempre á hacer amable la predicacion; es para cobrar el diezmo de la pesca y de las crias de los renos á aquellos infelices que no los vieron venir sino un año ántes con el mismo objeto. Los niños que los monjes recogian de las chozas miserables para que recibiesen en su monasterio una educacion mas esmerada, quedan hoy con sus padres, y vivirán en la misma barbarie que estos; ninguno traerán consigo los pastores, porque ese diezmo que paga el pobre tiene otro destino, y es sostener los hijos propios con preferencia á los ajenos.

Causa compasion la ignorancia en que viven y mueren esas gentes, que despues de haber contribuido al sosten de sus pastores, ningun auxilio reciben de ellos para conocer la religion que profesan. Su fe es una serie de supersticiones, y las prácticas de su culto ciertas ritualidades, que bien manifiestan tener orígen en una mezcla de usos tomados del paganismo los unos y del catolicismo los demas. Para ellos es una misma cosa ser católico que protestante, mahometano que cristiano; pues la religion no es á sus ojos mas que un nombre que importa bien poco sea este ó aquel. Á vista de todo esto, yo no sé si poniendo la mano sobre su conciencia, podria alguno decirnos que el protestantismo ha llenado para los Lapones el lugar que dejó vacío las expulsion del catolicismo. Ni lo ha llenado tampoco en el resto de la Suecia. Acercaos á ese pueblo que no ha tenido la fortuna de frecuentar los colegios ni las universidades, y preguntadle cuáles son las ideas que tiene sobre religion, sobre sus deberes para con la sociedad y para consigo mismo, y presto os persuadiréis que ningunas posee, porque no ha tenido ocasion ni medios de adquirirlas. Ni el bienestar material hallaréis ser mas ventajoso que el moral en unas clases roidas por la pobreza, sin arbitrios para trabajar con algun lucro, y lo que es peor sin esperanzas de mejorar su situacion. Los que ponderan el atraso de los países meridionales de la

Europa, observando la Suecia, no la hallarian mas avanzada que el de aquellos: su número de mendigos es mayor comparativamente, y lo que es mas triste, estos echan ménos los establecimientos de beneficencia que tanto honor hacen á la piedad de aquellos. ¿Quién no compadece esa pobreza que asusta al viajero atravesando la provincia de Dalykarly? ¿Y cuál es la casa de asilo provista para recibir á los infelices que despues de trabajar toda su vida nada pudieron guardar para su vejez? Stokolmo, durante el verano, está llena de personas que emigran de su provincia, para buscar en otras alguna ocupacion que les proporcione medios para vivir. Las mujeres, puestas al remo ó llenando por las calles el lugar de las bestias de carga, descalzas las mas y cubiertas de vestidos en que compiten la pobreza con la singularidad, ofrecen un espectáculo que no he visto semejante sino en las tribus errantes de los Árabes, cuyas mujeres alternan la carga con los camellos y los asnos. Aquellas, quemadas por la nieve como lo están estas por el sol, soportan las mismas fatigas y las mismas penalidades, sin que la una encuentre en el cristianismo, del que no conoce mas que el nombre, los consuelos que la otra en los risueños paraísos adonde le pasea á cada instante su imaginacion oriental. Yo sufria contemplando la suerte de tantas infelices, y estoy cierto que lo mismo sufrirá cualquiera que se detenga á reflexionar un momento sobre tan triste situacion.

Á los que frecuentan los establecimientos literarios consume otro mal, que si á primera vista no produce las siniestras impresiones que la pobreza de los mendigos, sin embargo ni es ménos grave por su naturaleza, ni sus consecuencias son ménos trascendentales. Este mal es la irreligion. La generacion que acepta como principio la incredulidad y hace alarde de las teorías absurdas del materialismo, los espíritus fuertes que á nada se someten que no sea positivo y palpable para sus sentidos, se han propagado rápidamente en Stokolmo, Upsal y Gottembourg. Logias de francmasones cuyas tenden-

cias y fin irreligioso todos conocen, y en las que personas de la primera categoría han inscrito sus nombres; sociedades filosóficas cuyo objeto, segun sus miembros, es derramar las luces del siglo en la juventud del país, pero que realmente dirigen sus esfuerzos á extinguir del todo esa fe que, como lámpara que en sus últimos momentos apénas arroja una luz confusa y para nada provechosa, conservan algunos de la clase rica; literatos viciados por los sistemas de Eygle y de otros materialistas aprendidos en las universidades, orgullosos de teorías que ellos no inventaron, y creen destinadas á regenerar el mundo, esperan impacientes ese momento que será preparado por la revolucion universal de la sociedad; un clero, en fin, que formó su conciencia en la escuela de Rudelbach, Neander y Schleger-Macher, cuyas obras le sirvieron de texto para adoptar como principios todos los errores del panteísmo, ved ahí el cáncer gravísimo que devora y consume á los reinos septentrionales de la Europa que el protestantismo arrebató á la fe de la Iglesia universal.

No tememos equivocarnos en denunciar las infinitas proporciones de este mal, cuando ellas se dejan conocer á primera vista: los templos solitarios en el oficio de los domingos, la falta de obras aparentes para robustecer el principio religioso en la conciencia del pueblo, la lectura de todo lo mas impío é inmoral que vomitan las prensas materialistas de Francia é Inglaterra, y cuidadosamente se traduce al idioma de los Escandinavos, para ponerlo al alcance de todos, bien lo hace conocer sin necesidad de comentarios. Los antiguos conservadores, que miraron en su religion la mejor salvaguardia del Estado, conocen este mal; la autoridad misma lo conoce tambien, pero es débil y retrocede ante una prensa que la insulta del modo mas grosero. ¿Cuál será el desenlace final de este órden de cosas? ¿Dónde irá á parar un Estado carcomido por males tan graves de por sí? Fácil es á cualquiera preverlo, sin necesidad que otro le sugiera sus ideas.

## CAPÍTULO XXIV.

Intriga que se percibe á primera vista. — Los templos y sus oficios. — Legislacion intolerante. — Hechos recientes. — Las asambleas. — El clero. — Su influencia para mantener el órden actual. — Confesion por ley civil. — Penas á los transgresores. — Accion del gobierno sobre la Iglesia. — Ocupaciones y privilegio social del clero. — Observacion importante. — Beneficencia pública. — Upsal. — Desmentida dada por un protestante inglés al protestantismo sueco. — La universidad. — Avances del materialismo. — Los textos para la enseñanza. — Decadencia. — Dos cosas que quedan intactas. — ¿Quién ha de prevalecer? Síntomas. — Una impresion.

Visitando la Suecia se percibe á primera vista que alguna intriga política separó del catolicismo este reino, uno de los bellos florones que adornaban la tiara del pontificado. Los templos conservando su forma, sus altares, imágenes y adornos estrictamente católicos, las ceremonias del culto y hasta las vestiduras sacerdotales, muy semejantes á las del catolicismo, hacen pensar que el cisma debió allí su orígen á un abuso del poder mas bien que á la voluntad y al convencimiento de la nacion. Ese pueblo, que se dice católico y que cree realmente pertenecer á la comunion universal, fué engañado en efecto por Gustavo Wasa, que, abusando de su ignorancia, le hizo aceptar los errores de Lutero como doctrina pura del catolicismo, y le dió obispos sin ordenacion legítima, diciéndole estar consagrados en la capital del mundo cristiano. Por eso nada me sorprendió ver en los templos á los ministros luteranos haciendo su simulacion de misa, vestidos con los ornamentos latinos, y usando el

mismo cáliz que prescribe el rito de estos. Ni me asombró oir llamar misa á su servicio, ni ver á los obispos llevar el pectoral y el anillo, y engalanarse con los vestidos pontificales en los dias de gran solemnidad. El misal romano subsistió en las diócesis del Norte hasta la mitad del siglo pasado, en que fué mandado recoger por decreto de la dieta eclesiástica. El pueclo ignorante no pudo percibir fácilmente el engaño cuando ninguna diferencia notaba en las ceremonias del culto, cuando muchos de sus párrocos y sacerdotes habian caido en el mismo lazo, y cuando el gobierno con exquisita diligencia separaba del ministerio parroquial á los que poseían la energía suficiente para denunciar aquella intriga vergonzosa. Mas este error debia durar poco; y el pueblo, que era su víctima, comprender en fin la realidad: las leyes mas formidables se sancionaron entónces para prevenir ese caso, leyes que imponen á la conciencia una fe, y sancionan la proscripcion, la confiscacion y la muerte para quien no se conforme con sus tiránicas prescripciones.

Segun estas, todo Sueco debe profesar el protestantismo luterano; el cambio de religion es castigado con la pena de destierro de por vida y confiscacion de su propiedad; el padre es responsable del cambio de sus hijos, y sufrirá la pena á una con aquel; lo es tambien el marido de la fe de su mujer, de suerte que, segun estas sanciones, ni el hijo ni la mujer pueden tener jamas conciencia propia sino siempre sometida á la del padre ó del esposo. Ningun sacerdote católico puede establecerse en el país; y el individuo de cualquier instituto regular que osase entrar en él incurrirá en la pena capital. Ninguna clase de culto público se permitió á los católicos, que llevaron en Suecia desde entónces el nombre de *papistas*. Un código semejante sancionado para encadenar el espíritu del hombre asusta verdaderamente; y el protestantismo, al producirlo, no pudo encontrar modelo sino en los hechos entónces recientes de

la reforma anglicana ó en la religion de los ulemas. Estos son borrones que manchan cada uno de los pasos del protestantismo, que para extenderse tuvo que echar mano del engaño y de la espada, de la misma manera que el autor del Alcoran. Ni se diga que tales sanciones fueron obra del momento, y que el buen sentido y la tolerancia protestante las rechazó tan presto como la calma sucedió á la excitacion consiguiente á una gran revolucion religiosa, porque realmente no es así. La Suecia ha conservado intacta la mayoría de estas leyes, vergonzoso ejemplo de intolerancia; y cuando las asambleas se vieron forzadas á conceder la libertad de cultos que exigian las circunstancias, no fueron revocadas otras sino aquellas que prohibian la ereccion de iglesias y la permanencia de sacerdotes católicos, quedando subsistentes todas las demas. Recientemente (1) han sido aplicadas por los tribunales de Stokolmo contra las familias de Junk, de Offerman y cinco mas, las que castigan con destierro la abjuracion del protestantismo; y consultada la dieta si estaban ó no en vigor tales disposiciones, dos de sus asambleas han votado ya afirmativamente. Á despecho de la tolerancia que inspira el Evangelio, de las luces del siglo en que vivimos, y del lenguaje mentiroso con que los disidentes han predicado siempre tolerancia donde no son fuertes, las dos restantes votarán lo mismo; y esas leyes, eternamente afrentosas para la comunion en cuyo seno se formaron, permanecerán intactas miéntras dure la Suecia protestante. Estos son hechos que pasan á la mitad del siglo diez y nueve y á la faz del mundo civilizado, que los reprueba, porque sabe cuáles son los derechos de la conciencia y cuál el agravio que se le infiere, pretendiendo imponerle por fuerza creencias que rechaza. «Ningun cristiano » podrá jamas recordarlos sin rubor, escribia un juicioso » protestante, pues ellos equivalen á declarar que la fe es

(1) 3 de febrero de 1853.

» ya entre nosotros, no un negocio de conciencia, sino de
» Estado, que va á ventilarse delante de los tribunales; y
» que los miembros de la iglesia luterana de Suecia no tie-
» nen libertad para separarse de su antigua fe, sino que
» deben hipócritamente continuar en ella, aun cuando su
» conciencia lo resista (1). »

Hemos manifestado francamente el recelo que nos asiste de que este órden de cosas continúe todavía en Suecia durante muchos años, y nace nuestro temor de la organizacion actual del poder legislativo del Estado. Existe entre tres de las cuatro cámaras ó asambleas que componen la Dieta, una especie de alianza para conservar las antiguas leyes, sin permitir reforma ni variacion alguna radical. Estas asambleas son las de los nobles, del clero y de los paisanos: uniéndose han querido oponer una barrera formidable á los avances de los propietarios y comerciantes que forman la tercera cámara, pronunciada tantas veces por las reformas que piden las circunstancias del país y de la Europa toda. Estos quieren la abolicion del diezmo, que se ponga coto á las rentas del clero, que se sancionen leyes que le obliguen á llenar las funciones de su ministerio, que no continúen los nobles en posesion de privilegios que ofenden á la igualdad, base del sistema representativo, que los impuestos graven igualmente sobre todas las clases, y que no exista culto alguno pagado por la nacion, sino que cada particular contribuya para sostener el que fuese de su agrado. Tal programa debió unir naturalmente á las clases cuyos intereses amagaba; y así sucedió en efecto, porque los clérigos y los nobles se unieron para hacerle oposicion. La cámara de los paisanos, compuesta en su mayoría de hombres ignorantes y unidos por otra parte con el clero

(1) Carta del sínodo de la Iglesia evangélico-francesa al arzobispo de Upsal, primado de Suecia, en 15 de abril de 1854, publicada en el *Journal des Débats* de 20 de junio de 1854.

por vínculos de parentesco, marchará siempre con este y con los nobles, á quienes tambien le ligan ciertas obligaciones de gratitud. Nada pues hay tan difícil como introducir reformas que den en tierra con el prestigio clerical, robusteciendo en el seno de la nacion la influencia de su formidable adversario el catolicismo. A quien reflexione sobre este órden de cosas no podrá maravillar la resolucion de que hicimos mérito arriba.

El clero, falto de instruccion por lo general, es intolerante, y sabe aprovechar perfectamente los instintos religiosos de la plebe, para conmoverla cuando conviene á sus intereses. La prensa europea ha publicado diferentes cartas que le han dirigido sus correligionarios de Francia, de Suiza y de Alemania, para inspirarle moderacion en los excesos á que le arrastra su fanatismo (E). Stokolmo ha visto repetidas veces invadir los pastores las casas de los particulares y arrancar de las habitaciones privadas á la hija de familia, á la esposa ó á la madre que abjuró los errores de Lutero, conducirlas públicamente á la prision como si fuesen corchetes de la justicia, é incitar á la plebe para que insultase en el tránsito á sus víctimas, que manifestaban respetar su conciencia mas que ellos. De esta naturaleza son los hechos que los protestantes ilustrados denunciaron á la indignacion del mundo entero. Pero no son aquellas circunstancias solamente las que favorecen la dominacion del clero : existen todavía en Suecia ciertas prácticas que si por una parte demuestran con evidencia su orígen católico, por otra degeneradas sacrílegamente, corrompidas y convertidas en medios de accion, dan al clero un poder inmenso en todos los círculos de la sociedad. La confesion, por ejemplo : la confesion, repetimos, porque, hablando de un país protestante, dudaria alguno oyéndola nombrar. Para disfrazar mejor sus intenciones, los fautores del cisma sueco dejaron vigentes los preceptos de la confesion sacramental y de la comunion pascual; mas en aquella

cuidaron de quitar cuanto pudiera parecer molesto al amor propio de los novadores, es decir, quitaron la confesion de las culpas. El cumplimiento del precepto está reducido á presentarse el penitente al párroco, quien dice con él algunas oraciones, le absuelve en seguida, y concluye llevándole al altar, donde le da la comunion bajo ambas especies.

La ley civil que declara vigente el precepto de la confesion ha venido á ser una de las fuentes de riqueza que proveen al clero y á las iglesias de Suecia de pingües rentas. El que no hace su confesion anual en el término fijado por las ordenanzas incurre en una multa de cincuenta y cuatro rixdollars, y en la misma el que comulga sin haber precedido la confesion; fuera de pagar aquella multa el trasgresor queda inhabilitado para servir de testigo en juicio, y todo el que necesita deducir en los tribunales esta tacha, toma del párroco un certificado que lo acredita. Este, por su parte, cobra las multas por medio de los agentes de policía, que arrancan dineros por fuerza al que rehusó purificar á tiempo su conciencia.

El clero sueco luterano se compone hoy del arzobispo de Upsal, que es el primado eclesiástico, de once obispos y tres mil trescientos cincuenta y cuatro clérigos. Los obispos son nombrados por el rey á propuesta en terna de los curas de la diócesis reunidos en capítulo. Mas el rey, *príncipe y soberano espiritual*, como se titula, tiene derecho para indicar al capítulo la persona que desea se le proponga, y tambien para devolver las ternas, hasta que haya sido obedecida su voluntad. De este modo no es raro ver ascendidos al episcopado á hombres seglares que prestaron sus servicios al Estado en negocios ajenos de la Iglesia. El diplomático, el naturalista, el literato mismo que hizo distinguir su talento en producciones poéticas, puede pretender un obispado y descansar á la sombra del Santuario de las fatigas que le produjeron los cuidados del siglo. De este modo

han ascendido en nuestros dias el diplomático Kullberg, el botánico Agardh y el poeta Tegner, muy conocido por la licencia y la inmoralidad que presiden en sus composiciones. El nombramiento de los párrocos corresponde al rey á presentacion de los obispos, quienes para proponer consultan ántes su capítulo; mas el rey por su parte puede nombrar otro que no le haya sido propuesto, y de esta manera la Suecia ha visto no hace mucho ser instalado en una de las mejores parroquias un materialista é incrédulo, que despues de predicar á sus feligreses, decia francamente que él nada creía de cuanto acababa de decir en el sermon, y que lo habia repetido tan solo por llenar su obligacion y ganar su sueldo. Esta accion tan directa del gobierno sobre la Iglesia encadena de tal modo la religion y sus ministros al poder civil, que con toda exactitud puede decirse no ser aquella en Suecia ni en Noruega mas que un medio de administracion. El clero por su parte mira tranquilo usurpar el rey las atribuciones que Dios no quiso confiar á los hombres, y léjos de reclamarlas con la paciencia y energía que encargaban los Apóstoles, adula al poder, de quien es mero dependiente, y de quien tambien todo lo espera. Sabido es que á él dirige las consultas sobre disciplina, á él somete sus decisiones en materias puramente eclesiásticas; y aun llegándolo á creer árbitro para dispensar en el derecho divino, á él ha pedido que cambie la materia que eligió Jesucristo para sus sacramentos. Recordando la célebre peticion de tres obispos á Cárlos XIV á fin que les autorizase para usar en el servicio y en la comunion de sus creyentes otro licor que el vino, muy escaso y muy caro entónces en el Norte de la Suecia, se conoce bien hasta dónde llega aquella sumision, ó por mejor decir aquella esclavitud. El rey, al responder entónces: « *No me creo autorizado para eso,* » comprendió su deber mejor que el clero.

Fuera de los individuos ocupados en el servicio de la Igle-

sia y algunos pocos que enseñan en la universidad y en los colegios, el resto de los eclesiásticos vive ocupado de negocios que le proporcionan ventajas mas positivas que las funciones de su ministerio. Los párrocos con especialidad, como que administran las propiedades de su iglesia, se dedican á su cultivo, y especulan con ellas como cualquier individuo del siglo. Sus costumbres del mismo modo ni son mas austeras, ni mas morigeradas que las de aquellos, de suerte que bien difícil es distinguirlos cuando no llevan una golilla blanca, señal de su carácter.

Aunque la gente del pueblo es ignorante en Suecia, alcanza sin embargo á percibir muy bien no ser aquellas las ocupaciones naturales de los eclesiásticos : le choca verlos hojear el libro de caja en vez de la Biblia, dirigirse cada dia á visitar los establos de sus bestias y los sembrados de su pertenencia, en vez de ir á las casas de los enfermos y á los establecimientos de caridad, y dotar sus hijas con el producto de las rentas con que debian socorrer las necesidades de sus parroquianos. Le retira ese cariño filial que le profesó en otro tiempo, y la confianza que depositó en él á nada comparable sino á la solicitud con que la correspondieron los individuos que supieron merecerla en época mas feliz que la presente. «Nuestro clero, me decia un profesor de Upsal, tuvo ántes un influjo desmedido sobre el pueblo, pero que desgraciadamente va perdiendo muy aprisa : la multitud veía en él la autoridad del sacerdocio, la voz del Cielo y nada mas; mas esa voz salia siempre de un individuo que la acompañaba con mil obras bellas en que el pueblo veía las señales de su mision. Pero esto hoy ha pasado, y cabalmente cuando esa multitud mas instruida que ántes nada mas ve en el sacerdote que un hombre vestido de dignidad, y se cree con derecho para preguntarle : ¿En nombre de quién V. habla? Y á la verdad ni los campos que cultiva, ni los graneros de sus haciendas, ni los instrumentos de labranza que lleva entre sus manos son el

mejor antecedente para conservarle el amor y respeto de sus fieles; ni título para poder decir : « Yo os hablo en nombre de Dios. » Esta reflexion bastante sensata, hecha por un protestante, es el pensamiento de la mayoría, y el clero experimenta muy bien sus efectos, viéndose cada dia mas aislado.

Hemos dicho que existen en Suecia tres mil trescientos cincuenta y cuatro clérigos (1), y observaremos que de estos no son casados mas de una tercera parte. En este número se comprenden los que no son párrocos, ni han logrado todavía una ventajosa posicion. La sociedad distingue á estos con el nombre de *comprometidos*, que ellos aceptan, como si esperasen solo una circunstancia favorable para desposarse. No son jóvenes todos estos eclesiásticos célibes; los hay tambien entre ellos viejos, y no pocos que mueren sin haber recibido jamas la bendicion nupcial. Á mi juicio, esta es una desmentida formal que recibe el protestantismo, que ha pretendido sostener contra el catolicismo la imposibilidad del celibato clerical : no hay medio, ó este es posible, ó la mitad de sus ministros en Suecia son hombres corrompidos y que ofenden sin rubor los preceptos de la moral.

Algunos de esos bellos monumentos en que el catolicismo retrató en Suecia su genio emprendedor, se dejan contemplar aun, pero sin esplendor, sin vida, ruinosos y semejantes á los vestigios de soberbios palacios que el viajero se pára á mirar en lugares hoy desiertos, pero ocupados en otro tiempo por las ciudades mas florecientes de Asia y África. El hospital de Serafin (*Seraphimem Lazarettet*), el hospicio de ciegos, el colegio de huérfanos y la catedral de San Nicolas, templo majestuoso, donde reposan las cenizas de sus reyes, fundaciones serán por siempre memorables, pues en ellas compite la grandeza material con el objeto moral de las instituciones. Mas ¿qué

(1) Estadística publicada por el gobierno en 1853.

encontré en esos lugares, asilos de ese amor generoso que reprochando al mundo su dureza los crió para perpetuar en ellos sus oficios maternales? En el hospital un clérigo casado iba de cuando en cuando á leer á los enfermos en el libro de Job, pero desde un lugar distante, porque temia llevar contagio á su familia. Por este mismo motivo no administraba la confesion ni la comunion á muchos de sus moribundos, como lo manda su ritual. Unas pocas mujeres servian en virtud de la paga que recibian de sus administradores; y á la verdad sus diligencias no podian ser las mas eficaces, teniendo delante el ejemplo de su pastor. En la casa de huérfanos ví algunos niños puestos bajo la tutela de un viejo sarjento retirado, que á sus funciones de director unia las de profesor, inspector y ecónomo; y en rededor de las tumbas de los reyes reinaba un silencio pavoroso desde que cesaron de oirse las armonías del órgano católico, que acompañaba al coro de sacerdotes ocupado en pedir á Dios descanso eterno para las almas de sus soberanos. Sin embargo aquellos establecimientos poseen una renta anual de dos millones de francos, que muestran bien hasta dónde fueron generosos sus ilustres fundadores. Pero preguntad á sus ecónomos y administradores cuál es el que presta gratúitamente sus servicios; preguntadles si despues que la reforma invadió tos establecimientos de beneficencia, se ha levantado alguna generacion de hombres filantrópicos que se consagrase al cuidado de los pobres, de los enfermos y de los huérfanos. El pueblo os contestará que ninguna, y los datos oficiales os instruirán que la tercera parte de las rentas de beneficencia quedan como paga en manos de sus administradores.

En la vieja catedral de Upsal encontré el sepulcro de Erico IX, aquel piadoso rey de Suecia, insigne protector del cristianismo, y á cuyos cuidados debió Finlandia su nacimiento á la fe. El pueblo visita aun su sepulcro, y los ministros de la reforma, que declaman en todas partes contra el

culto de los Santos, fomentan en Upsal la piedad de los cristianos, que se arrodillan delante de los restos de un soberano que unió al cetro real la palma del martirio, y reciben sin escrúpulo las donaciones que depositan sobre su sepulcro en señal de amor y gratitud. No me sorprendió ménos oir la invitacion de uno de los guardianes para que fuese á ver un hábito de santa Brígida; él referia *milagros* obtenidos besando aquella ropa, lo que me hizo conocer que no era el custodio de la fuente de S. Patricio el único que negociaba á precio de su fe.

La *Revista de Edimburgo*, á quien tanto entretienen historietas como las del cuervo de la catedral de Lisboa y los angelitos de la ciudad de Valparaíso, acercándose á las catedrales de Upsal y de Dublin, podria explotar con inmenso provecho mil lances infinitamente mas curiosos que aquellos, y en los que son actores personas de su misma comunion protestante. La bella catedral de Upsal, católica en su orígen, me recordaba las asambleas en que los obispos luteranos, en union de su clero, han pretendido uniformar sus creencias sin arribar á resultado favorable; pues de las mismas discusiones nacian nuevos motivos de discordia sin quitar su fuerza á las antiguas. En escribir cartas contra el catolicismo, en denunciar á sus miembros como el enemigo mas perjudicial á la *fe nacional*, ved ahí los únicos puntos en que siempre estuvieron de acuerdo. Famosas han sido algunas disputas á que dieron lugar tales pastorales: entre otras, es muy reciente una terminada por la solemne desmentida dada á la asamblea de Upsal por un ilustrado protestante, encargado de negocios de la Gran Bretaña en Stokolmo (1). La asamblea condenaba la desidia de los *obispos romanos, que durante su dominacion en Suecia ningun catecismo ni libro de piedad habian dado al pueblo para alimento de su fe.* El sabio diplomático, re-

(1) G. J. R. Gordon, Esq.

volviendo los antiguos libros que conserva la biblioteca de Stokolmo, encontró diversos que manifiestan bien la solicitud del clero católico por la instruccion de los Suecos; y entre ellos especialmente uno cuya fecha monta al año de 1525, y que acaba de reimprimir la solicitud de un literato de Stokolmo (F).

La universidad de Upsal ha venido á ser poco á poco el atrincheramiento mas formidable del racionalismo en los países del Norte. No pueden ménos de asombrar las doctrinas que profesan sin rebozo algunos de sus profesores, y que necesariamente han de producir sus efectos en la opinion de los alumnos. Ya hemos indicado algunos de los textos que se entregan á los estudiantes; y cualquiera que los conozca convendrá ser absolutamente imposible la existencia de ninguna religion en un país donde lleguen á dominar doctrinas semejantes. Examinándolo todo en el crisol de la razon humana, necesariamente los dogmas vienen por tierra, porque son sobre la razon, y sin dogmas la existencia de una fe cualquiera es ilusion. El gobierno ha hecho obligatorio el estudio de la religion en todos los colegios del Estado; mas él no evita que la direccion de esta enseñanza recaiga en individuos contaminados por la incredulidad, que la instruccion religiosa trata de combatir. Ni el primado, ni los obispos tienen intervencion de ninguna especie en la enseñanza de la religion. ¿Ni producirian acaso algun saludable influjo los cuidados de unos intrusos? Este es el lugar que ocupan los obispos luteranos en el juicio de la mayoría de los universitarios de Upsal: ellos no creen la sucesion apostólica del primado, ni de sus cólegas, y el que no desconoce abiertamente, duda al ménos de la legitimidad de su jurisdiccion.

La universidad, como hoy se encuentra en decadencia, apénas cuenta novecientos escolares; pero dos cosas le restan intactas, bien preciosas por cierto para quien sabe apreciar los recuerdos que honran al género humano: la rica

biblioteca donde vinieron á reunirse millares de volúmenes debidos al cuidado de instituciones anteriores á la reforma, ved ahí la primera; la memoria de los arzobispos de Upsal, fundadores de la universidad, que despues de enriquecerla con cuantiosas rentas continuaron durante un siglo siendo sus insignes bienhechores, cuya memoria vive, y sus recuerdos han atravesado frescos las revoluciones de tres siglos, ved ahí la segunda. La universidad se instaló en 1476: un siglo despues la invadió el protestantismo; desde entónces ni un solo bienhechor que merezca el nombre de insigne ha venido á enriquecerla con legados.

El catolicismo, que bajo el imperio romano midió sus fuerzas con el paganismo y triunfó del poder formidable de los soberanos que lo protegian, que en la Gran Bretaña y Alemania prevalece despues de una persecucion constante de tres siglos, y que en el Oriente lucha cuerpo á cuerpo con el cisma y la herejía, triunfará tambien en el Septentrion europeo de las leyes formidables que le opone el protestantismo sueco. ¡Ah! bien lo auguran ya el pequeño templo edificado en el centro de Stokolmo, y que encontré siempre lleno de católicos fervorosos, y el pequeño asilo donde las *Señoras de la Providencia* con caridad incomparable atienden á los huérfanos católicos. Diez años atras un pobre sacerdote frances tenia que desempeñar los oficios de comisionista, y que mendigar de puerta en puerta, para no morir de hambre, con algunos huérfanos que habia recogido; y un triste oratorio en el fondo de una habitacion particular era todo lo que poseían cincuenta familias de católicos que habia en Suecia. Hoy, á pesar que una ley bárbara prohibe á los ciudadanos abrazar el catolicismo dejando el culto nacional, una bella iglesia, un vicario apostólico, sabio y celoso, y algunos sacerdotes ejemplares representan bien los derechos del catolicismo. Quitad aquella barrera, podrá decir este al protestantismo, quitad esas leyes semejantes á las que se registran en el código musulman, y con-

denan á perder la patria al que abandone vuestra comunion, y yo os preguntaré poco despues: ¿Hay todavía protestantes en Suecia?

Me maravillaba ver en la misa solemne de los domingos una multitud de ministros protestantes que se disputaban los mejores asientos de la iglesia católica, miéntras estaban vacíos los templos de su comunion: no tardé en saber el motivo de su asistencia; era escuchar un coro, compuesto de voces escogidas entre los huérfanos. Yo oí en diversas ocasiones este coro admirable; y la primera vez, un sábado, su canto del *Salve, Regina,* que resonaba en el seno de un pueblo tan intolerante, y que hasta poco há persiguió de muerte á los católicos, me pareció una semejanza de aquellas armonías celestiales que noticiaron á los hombres los albores de su próxima redencion.

## CAPÍTULO XXV.

Un país singular en un extremo de la Europa. — Su legislacion vergonzosa. — El soberano y el pueblo. — Los grandes y los pequeños. — Su política proclamada en Europa y en América. — ¿Cuál es su civilizacion? — Ignorancia. — Sus producciones literarias. — Intolerancia. — Logias secretas. — Su situacion favorece la propaganda de estas. — La Rusia atormentada sin cesar. — La Europa conmovida. — Una leccion.

Un país existe en el canto septentrional de Europa, separado del resto de esta mas por sus leyes y por sus costumbres semibárbaras que por dificultades con que la naturaleza le haya aislado de las naciones civilizadas del viejo continente; mas por la voluntad de un soberano que convertido en déspota hace respetar como de orígen divino sus extravagancias, y obedecer su voluntad á sesenta millones de individuos, sus esclavos en vez de súbditos, que por predisposicion alguna que exista en el pueblo para someterse al despotismo; y mas todavía por la falta de luces convenientes en la multitud, que por la de disposicion en esta cuando llega á poseer los medios de obtenerlas.

Este país existe aislado por trabas de todo género que se presentan al que pretende introducirse ó salir de él, aun cuando sea por el motivo imperioso de la propia conservacion. Sus habitantes, para ausentarse temporalmente, tienen que satisfacer una ingente multa, como si se quisiese con ella castigar las luces y la experiencia que se ganan con el conocimiento de otros países. Existe aislado, porque el

roce con pueblos educados bajo diversos principios debilitaria las ideas supersticiosas y los hábitos fanáticos que prestan apoyo al despotismo del soberano; y existe aislado, porque conviene á los intereses de la corona conservarlo sumido en la ignorancia ignominiosa que le distingue del resto de las naciones europeas.

El nombre mágico de *libertad* proferido en ese país es un delito imperdonable. La obediencia ciega es el primer requisito que debe concurrir en el ciudadano; este no tiene derecho para indagar el motivo de las disposiciones cuya observancia se le intima, ni ménos para criticarlas, por mas que parezcan injustas y aun perjudiciales á la nacion. La menor señal de independencia, de conciencia propia, ó de ménos sumision á la voluntad soberana del que manda, es castigada del modo mas severo, pero sin que la aplicacion de leyes existentes intervenga en su castigo. Una sola es la ley, y esta cada dia se amplía ó se restringe, se dilata ó se modifica segun la voluntad del legislador, de tal modo que, segun el dicho de un magistrado: « Allí no se sabe á punto fijo, ni qué debe aprobarse, ni qué castigarse, porque la única ley es el querer del monarca (1). »

Educado este en una corte que fué despótica desde su orígen, sus tendencias son las que pueden inspirar las lecciones recibidas en escuela semejante. Él principió por tiranizar las conciencies, obligando á los católicos á suscribir la apostasía, empleando para vencer su constancia torturas que dejan atras las que inventó la rabia de Neron y Diocleciano para vencer la de los discípulos de Cristo. Él arrasó un reino heróico, devastó sus campiñas, quemó sus ciudades, y desterró un número tan crecido de ciudadanos, que « la Siberia parece trasformada en reino, miéntras que la Polonia va quedando desierta. » Él protege la ignorancia mas vergonzosa y el envilecimiento llevado hasta mas allá de lo que pudiera

(1) *La Russie en* 1839. (M. le marquis de Custine.)

pensar cualquiera, personificados en los popes ó sacerdotes de su fe, que llaman ellos *ortodoxa*, y de la que él se titula *padre* y *protector;* pero bajo el manto de esta proteccion, ocultando con astucia sus proyectos ambiciosos. Él prodiga preciosos ornamentos á las iglesias cismáticas de los Principados para ganarse el afecto de su clero simoníaco, y disponer por su influjo la voluntad de los pueblos á levantarse contra el sultan, su legítimo soberano; miéntras que invade á mano armada las provincias del Danubio, para proteger, como él dice, á los cristianos, como si no lo fuesen los que persiguió en Polonia, en Lituania y en todas las provincias de la Rusia, ni creyesen en Cristo los millares que ha hecho ó perecer en los tormentos, ó gemir bajo el hielo de las minas de la Siberia. Sin palabra y sin honor se propone engañar á los gabinetes de Europa, que no tardan en apercibirse de sus embustes, ni en castigarlos con justa indignacion. Preguntad á este soberano cuáles son los derechos del pueblo que gobierna, y os responderá que « no tiene otros mas que servir y obedecer las órdenes de su rey. » Preguntadle si es libre la conciencia del individuo para conservar ó no sus creencias, y os dirá que « el pueblo no debe tener mas religion que la del Estado, ni otra creencia que la de su señor. » Aquel país tan desgraciado es la *Rusia*, y este soberano despótico es su *emperador*.

Los ultraliberales de nuestro siglo que así en Europa como en América, fascinando á los pueblos con bellos programas, arribaron al fin al poder que ambicionaban, han producido en sus actos tan arbitrarios y tan ilegales la copia fiel de lo que pasa en Rusia entre el monarca y sus vasallos, entre el pueblo y su soberano. La República francesa, persiguiendo con el puñal á sus propios ciudadanos y ofreciendo al mundo horrorizado el espectáculo de mil víctimas sacrificadas en odio á la libertad, á las garantías y á los derechos individuales; los revolucionarios de Roma, organizando hordas de bandidos que llevan á todas partes el terror, quitando la vida

á hombres inocentes y despojando de la propiedad, sin mas ley que la del puñal y sin otra fórmula que *yo lo quiero;* los radicales de la Suiza, metiendo en los calabozos á quienes defienden como sagrado su derecho de libre sufragio, y supliendo en las mesas electorales con la punta de las bayonetas lo que les falta de popularidad; los progresistas del Piamonte poniendo trabas á la voluntad individual, derecho el mas augusto é imprescriptible que conoce el hombre; y en fin los socialistas de la Nueva Granada y Venezuela apropiándose las rentas arrebatadas al culto que durante tres siglos fué el único que tuvo existencia legal en la nacion, desterrando á los obispos y á los ciudadanos mas dignos, secuestrando en provecho propio sus propiedades, y llevando á las sillas de la alta magistratura y de la representacion nacional la ignorancia y las novedades mas repugnantes: todos ellos en el Viejo y en el Nuevo Mundo representan las escenas que pasan en el gobierno y en el pueblo de la Rusia. Lógicamente hablando, la revolucion que proclaman hoy en Europa y América sus modernos reformadores, no es mas que la política del zar que pretenden introducir, y esto á precio de las verdaderas libertades de los pueblos; así lo manifiestan los hechos mejor que las palabras.

« Como es el príncipe, así son tambien los habitantes: » los Rusos, considerados en general, ofrecen el espectáculo de un malestar material y moral que aflige verdaderamente, cuando se considera que á sesenta millones de individuos cabe la triste condicion de la esclavitud en el seno de la civilizacion, y á las puertas mismas de los pueblos que con mas nobleza y con mas abnegacion han sostenido los derechos del hombre contra las pretensiones de los tiranos, legando al mundo el ejemplo mas bello de amor patrio hasta el heroísmo. En las grandes ciudades se percibe algun género de civilizacion, pero no es esta mas que un barniz: la nobleza es la única que lo posee, y sin que se extienda hasta la clase média, ni ménos hasta la ínfima del pueblo. Saliendo

de la capital y de una que otra de las ciudades populosas, la situacion de los grandes así como la de los pequeños, la de los ricos como la de los pobres, en punto de civilizacion es una misma. Preguntad al noble que habita los viejos castillos de Thernigor ó las márgenes del Volga, qué entiende por civilizacion, cuáles son sus relaciones con los pobres paisanos que cultivan sus tierras, y cuáles los principios que reglan su conducta para con ellos. Él os responderá que su civilizacion son sus riquezas, que ó esconde miserablemente, ó consume en placeres groseros; y sus relaciones con sus feudatarios no otras que el derecho que considera tener para hostilizarlos á su placer, sin mas regla que sus perversos caprichos. Preguntad al plebeyo cuál es su civilizacion, por qué sufre el intolerable yugo de sus señores, cuáles son los consuelos que alguna vez puede proporcionarse en esa vida abyecta que soporta: os dirá que no conoce otra que el trabajo duro que le da el sustento escaso y miserable con que en Rusia entretienen la vida los de su clase; que sufre la mano de hierro de su señor, porque carece de medios para obligarle á levantarla y de coraje suficiente para hacerse justicia; os dirá que sufre, porque la autoridad está dispuesta siempre para proteger á los superiores contra sus inferiores y á los amos contra sus esclavos; os dirá, en fin, con su lenguaje tímido, que está envilecido, porque su alma desconoce la dignidad que da al hombre el conocimiento de sus derechos: envilecido, porque vive en ignorancia absoluta de sus obligaciones tanto morales como civiles; y envilecido, porque su única creencia es la que le enseña la religion material en que vive, y el fanatismo que le inspira.

Nada extraño debe parecernos que á una situacion tan monstruosa sigan vicios los mas degradantes á la condicion humana, aquellos que manifiestan mejor el estado de atraso intelectual en los individuos de algun país. En efecto, bien se dejan conocer en Rusia á primera vista, y por cierto no

tan solo en el pueblo bajo. Sin educacion conveniente, la generalidad es ignorante, hasta tal punto que los principios esencialmente necesarios al hombre espiritual le son desconocidos. En ciertos países de Europa que viven separados del catolicismo, hemos notado que la mayoría de la clase baja vive extranjera á todo conocimiento religioso; pero en Rusia esta situacion es aun mas degradante que la de aquellos, porque á la falta de instruccion se agrega un fanatismo insoportable. Dicen que son cristianos, pero no saben cuál sea el significado de este nombre augusto : han oido que existió un *Kristos;* pero para ellos vale tanto como Mahoma, pues no conocen ni su mision ni sus virtudes : su fe consiste en la mera palabra de cristianos, y su símbolo en mil ceremonias exteriores y supersticiosas. Estos hombres miran como sus enemigos á los que difieren de su religion; y dirigidos por pastores poco ménos ignorantes que ellos, están siempre dispuestos á cometer crímenes que estiman como virtudes, por dirigirse contra personas que pertenecen á distinta fe. — Así es como se explica en gran parte esa ejecucion prolija y esmerada que ha secundado en todas las provincias del imperio á los edictos crueles del emperador Nicolas contra los católicos, y en la que se ven mezclados los popes con los seglares para realizar las medidas mas inhumanas, mas injustas y á veces tambien mas inmorales. Un decreto de la naturaleza de los *ukases* que figuran en la supresion y destierro de los Dominicos de Wilna, en la persecucion de los católicos de la Iglesia griega unida de las provincias Ruthenas, en la devastacion de los establecimientos católicos de Polonia y Lituania, habria provocado justamente un grito de execracion y de horror de parte de otros agentes que no fuesen Rusos, hubiera arrancado al ménos una súplica al soberano de ejecutores que fuesen mas ilustrados que los súbditos del autócrata. Mas nada de todo esto sucedió; y su ejecucion en nuestra época y en medio de la Europa es un feo borron para la civilizacion del siglo diez y nueve, y un

baldon eterno que prueba bien el oscurantismo en que viven sumidos los pueblos de la Rusia.

Aunque hemos dicho que en las ciudades principales del imperio existe algun género de ilustracion en la clase superior del pueblo, fácil es conocer cuán débil sea el número de los que la poseen, cuando la actualidad de la literatura rusa, el número y el nombre de sus escritores y el mérito literario de sus producciones nos es casi desconocido. Dos libros salidos de su prensa he tenido recientemente entre mis manos, traducidos al frances por dos nobles súbditos del zar : ambos pertenecen al género teológico; y es tanta la ignorancia que manifiestan de la historia como su falta de lógica en la argumentacion que emplean, « para llamar, como ellos dicen, á buen sendero á las iglesias extraviadas del Occidente. » La Francia, la España, la Italia, la Alemania prestan cada dia servicios numerosos á la ilustracion, á la civilizacion y á la humanidad en general; la América misma (á pesar de su juventud) exhibe un largo catálogo de honrosos servicios de esta naturaleza, pero ninguno, « ni el mas lijero, presenta la Rusia, ocupada en oprimir todo pensamiento noble, en sofocar todo sentimiento generoso, y en apagar cualquiera especie de luz destinada á brillar en su hemisferio. » Los que, deslumbrados por los pomposos decretos del gobierno ruso relativos á la institucion de universidades, de colegios y de escuelas, han creido ver realizados los vastos planes de educacion que en ellos se formulan, juzgaron lógicamente que el emperador moscovita es uno de los que mas han hecho por derramar entre sus vasallos los beneficios de la civilizacion; pero sin embargo la realidad falsifica completamente su juicio. El contenido de aquellos decretos jamas se llevó á cabo, ni tuvieron mas objeto que el que expresaba la emperatriz Catalina II escribiendo á un favorito suyo : « Mis súbditos rusos no desean instruirse; y si he mandado establecer escuelas, no ha sido tanto por nosotros cuanto por respeto á la Europa

toda que nos observa, y para sostener nuestra opinion en el concepto de los extranjeros que nos visitan. Estoy cierta que cuando el pueblo ruso principie á instruirse, ni yo seré mas emperatriz, ni vos gobernador (1). »

¡Qué extrañas parecen al lado de un estado de cosas semejante las bellas utopias de aquellos que van á estudiar al seno de la Rusia, el Estado modelo cuya política querrian ver extendida por todas las naciones europeas! Yo creo que un sistema semejante es tan opuesto á los principios eternos de la justicia como el que hasta hoy haya desconocido mas los derechos imprescriptibles de los hombres, y tan contrario á la moral del Evangelio como pueden serlo los que ni conocen ni respetan la divinidad de este libro celestial. Todo sistema de gobierno que no esté basado en la justicia, ni es cristiano, ni puede ser aceptable, y no lo está ciertamente el que establece de hecho la voluntad del soberano como ley suprema, y la obediencia *en todo caso* como legítima deuda que los pueblos deben al poder, por mucho que les oprima su tiránica arbitrariedad. Yo creo asimismo que una política de tal naturaleza acarrea al género humano tantos males como le acarrearian los excesos que predica el socialismo cada vez que llegasen á realizarse.

Su política restrictiva y las trabas de todo género que opone la Rusia á la introduccion de libros extranjeros no bastaron sin embargo para impedir la organizacion de logias secretas en San Petersburgo, Moscou y en Kiew. Segun datos positivos publicados en Francia y Alemania, son aquellas numerosas, y cuentan en su seno gran número de personas influyentes en el Estado; mas bien se guardan estos de hacerse distinguir por su desapego á las costumbres nacionales y su desprecio á la religion ortodoxa, como sucede á sus correligionarios de otras naciones : el mas lijero indicio basta-

(1) *La Russie devant l'Europe.* (Léouzon-Leduc.)

ria para comprometerlos fuertemente, haciéndoles *el blanco* de los resentimientos de un soberano que castiga hasta el pensamiento de conspiracion contra su política. Pero debe decirse francamente que el régimen actual de la Rusia y de cualquier otro gobierno que adopte su política, es el mas aparente para la rápida propagacion de aquellas sociedades, porque él produce el descontento en los que quisieran verse gobernados por una política mas franca, y halaga á los que por vivir en la ignorancia no tienen la cordura suficiente para penetrar la mentira que constituye la base de tales sociedades. Al mismo sistema opresor del zar debe atribuirse pues principalmente la propagacion de las logias masónicas en las mas populosas ciudades de su imperio.

Pero la Rusia, cargada de delitos que atormentan sin cesar su conciencia; la Rusia, cismática y perseguidora de un culto que fué ántes el suyo; la Rusia, que ha sepultado en las nieves de la Siberia ciento y cincuenta mil Polacos en el corto espacio de diez años (1); la Rusia, sin palabra y sin crédito delante del mundo civilizado, que mira con borror sus manejos ambiciosos, lleva todavía en su política otro elemento de ruina. Lo lleva en su poder público basado sobre la opresion, en la mala inteligencia que existe entre el gobierno y los pueblos oprimidos, en la condicion misma de las masas ignorantes y viciosas, en su extension inmensa de territorio, en las violentas exacciones de los altos funcionarios, y en fin en el mismo poder absoluto de su soberano. Bien podrá alimentarse con las ilusiones de su grandeza colosal, desafiar las tormentas mas bravas y provocarlas aun con actos repugnantes á los principios de justicia; pero recibirá al fin el castigo que merece. La opresion puede pesar largo tiempo, es verdad, y el engaño fascinar tambien durante muchos años; pero la justicia es eterna, y triunfa de uno y otro. Los acontecimientos que vemos sucederse rá-

(1) Desde 1825 hasta 1835.

pidamente parecen indicar que el tiempo en que debe operarse un movimiento trascendental para la Rusia es llegado ya. El plan gigantesco de fundar un imperio universal viene á fracasar en los obstáculos que oponen á su desarrollo los esfuerzos generosos de los gobiernos mas ilustrados de la Europa.

Todas las naciones se conmueven en este momento solemne en que aparece empeñada una lucha sangrienta entre la civilizacion y la barbarie, entre la justicia y la arbitrariedad. La Francia, la Inglaterra y el Austria se lanzan desde el Occidente al Oriente de la Europa para contener la nueva irrupcion de Bárbaros que se precipita sobre el Danubio, llevando consigo el terror y la desolacion. Cuál será el desenlace de una situacion semejante, no es fácil preverlo; pero miéntras tanto los montones de cadáveres que se divisan en los bordes del Danubio y en las playas del mar Negro, los rios de sangre que riegan los Principados y la costa de Asia, la ruina de millares de familias causada por la guerra, y la excitacion que agita á la Europa toda, colocada sobre el cráter, forman un terrible proceso contra el hombre orígen único de tantos males.

Pero el juicio que debia prevenir al castigo de la Rusia no podia ser de otra manera. Los soberanos que abusan de su poder para oprimir á los pueblos, para hacer servir á su autoridad de azote contra el género humano, están destinados regularmente á servir de leccion saludable á los demas. Si el golpe que la Rusia se ha preparado humilla su orgullosa cerviz, ¡ quiera Dios aprovechen los soberanos de la Europa este ejemplo, en el que habla aquella voz que impera sobre los tronos, y dice á los soberanos de la tierra : « Ahora, reyes, entended; aprended, los que juzgais la tierra (1). »

(1) *Libros de los Salmos*, cap. II.

Digitized by Google

IMP. SIMON RAÇON.

PONTIFICAL GRIEGO-RUSO

## CAPÍTULO XXVI.

Situacion religiosa. — Petrificacion del cisma fociano. — Patriarcado abolido. — El zar pontífice. — El santo sínodo. — Inconvenientes gravísimos. — Esclavitud y relajacion. — Solo el catolicismo es libre. — Las dignidades. — Los conventos. — Vicios lamentables en los claustros. — El clero seglar degradado. — Nota estadística. — Los seminarios.

Una Iglesia esclava del poder civil de quien recibe los raros movimientos que indican su vida; una Iglesia sin instruccion religiosa, sin inspiraciones celestiales, sin libertad individual y sin consuelos para el alma; una Iglesia, en fin, que no muestra á sus creyentes mas que la sangrienta *knuta,* las cadenas ignominiosas de la esclavitud, y su mision de conquistar prosélitos con el terror, como el profeta del Koran; tal es la rusa *ortodoxa,* como ella se llama, ó *cismática,* como debe llamársela hablando con propiedad. Depositaria de la mala fe y de la impiedad del tristemente célebre Focio de Constantinopla, lleva inoculado en su seno el entrometimiento, el intolerable fanatismo y el espíritu turbulento que distinguió al patriarca del cisma del Oriente. Las mismas intrigas que á este abrieron camino para apoderarse de la silla de Ignacio, arrojando de ella con violencia á su legítimo poseedor, la misma bajeza para captarse la benevolencia de los grandes y hacerlos servir á sus proyectos, y el mismo egoísmo miserable para preferir la propia conveniencia al interes general, se perciben hoy en el sacerdocio de esta Iglesia, con tan perfecta semejanza que hacen exacto el juicio del eminente orador

que en el púlpito de Nuestra Señora de Paris la llamaba *una durable petrificacion* (1). Aquellos mismos vicios de cuyo seno abortó el cisma del Oriente, reproducidos hasta hoy y protegidos por el poder que hace servir á sus intereses el nombre de la fe, la presentan de la misma manera que la Iglesia bizantina se dejó ver despotizada por el cismático Focio en el siglo noveno del cristianismo.

Una patriarcado obtenido á precio de oro por el gran duque de Moscou, fué durante dos siglos el centro de unidad de la comunion rusa; pero era el soberano quien hablaba por boca del patriarca simoníaco durante ese largo período. Mas no obstante, los soberanos de Rusia, venidos cada vez mas exigentes, no quisieron ver delante de sí ese fantasmon que parecia disputarles algo de la autoridad omnímoda que constituye la autocracia. Suprimido el patriarcado moscovita, un sínodo establecido por el zar vino á suceder en la direccion de los negocios eclesiásticos al patriarca inaugurado por un obispo intruso y simoníaco. Pedro I, creador del *santo sínodo*, tenia, á decir verdad, tanta jurisdiccion sobre la Iglesia *ortodoxa*, como Job I, instituido patriarca moscovita por Jeremías II de Constantinopla.

El sínodo, en su primera creacion, se componia de un presidente, que tomaba el título de *procurador supremo*, dos vicepresidentes, cuatro consejeros y cuatro asesores. Asesores podian ser no solamente los metropolitanos, arzobispos y obispos, sino tambien los archimandritas, igumenos y protopopes; pero los miembros del sínodo debian elegirse de entre los metropolitanos, los arzobispos, el confesor del emperador y los capellanes mayores del ejército y marina (2). El emperador actual dividió el conocimiento de

(1) Lacordaire.

(2) En 1839 componian el sínodo Serafin, metropolitano de Norgorod y Petersburgo, que como mas anciano tenia su presidencia; Filareto, me-

los negocios del sínodo en cuatro departamentos, que denominó santo sínodo, instruccion, administracion y secretaría del supremo procurador. El sínodo no puede ser considerado sino como el instrumento de la voluntad del poder temporal en todos los negocios de la Iglesia, bien sea relativamente á su constitucion, á su disciplina, á sus derechos ó á sus instituciones. El emperador es el único que ordena y resuelve en el sínodo; él da sus órdenes al procurador supremo ó presidente, encargándole la ejecucion de sus resoluciones, y castigar á los obispos ó á otros funcionarios eclesiásticos, que se manifiesten remisos para ejecutarlas prontamente. De este modo el sínodo no viene á ser mas que un tribunal de ejecucion de las órdenes que impone el zar como cabeza de la Iglesia nacional rusa.

La instruccion eclesiástica muy poca materia da de que ocuparse á la comision respectiva, supuesto que ella de doscientos años á esta parte ningun progreso ha hecho, y se encuentra hoy tan en su infancia como entónces lo estaba. Merece, sí, advertirse que los obispos no son árbitros de poner entre las manos de los educandos en sus seminarios los libros que juzguen á propósito para su instruccion. El zar es quien los aprueba ántes, y el zar mismo por medio de su procurador quien los manda admitir en los colegios eclesiásticos.

El ramo de administracion abraza la economía de las rentas eclesiásticas, y todos los negocios que tienen relacion con los gastos de culto. Una parte muy principal de entrada son en la Iglesia moscovita la venta de candelas benditas, la de coronas que deben llevar las novias en su desposorio, y la de *salvoconductos para la eternidad* que son puestos á una con el cadáver en la sepultura. Cada dió-

tropolitano de Moscou; Filareto, metropolitano de Kiovia; Jonas, metropolitano honorario; Vladimiro, arzobispo de Kasan; Nicolas Musowski, confesor del emperador y protopope; y Basilio Kulucvicz, protopope.

cesis podia disponer de las oblaciones hechas voluntariamente por los fieles en sus iglesias, hasta el tiempo de Alejandro I, que ordenó fuesen todas aquellas remitidas al sínodo, para que este las distribuyese segun viere convenir.

La secretaría del procurador supremo abraza todo el resto de los negocios eclesiásticos, y puede considerarse muy bien que es como el muelle real que mueve toda la máquina de la Iglesia *ortodoxa*. Leyendo las actas ó relacion de estos sínodos se comprende que ella no es puramente mas que una oficina de Estado; sus actas necesitan la aprobacion del soberano para que merezcan la proclamacion de los sinodales. Las relaciones que muy á menudo presenta esta oficina al emperador nos prueban de una manera concluyente que nuestro juicio es exacto, cuando estimamos al sínodo como el ministerio por cuyo órgano la Iglesia recibe las órdenes imperiales. El procurador no habla de ninguna otra cosa tanto como de la voluntad soberana, de los mandatos del emperador y de la urgencia de llenarlos escrupulosamente. La disciplina existente y las leyes eclesiásticas en vigor nada figuran en las actas de este prelado, cuyo Dios, cuya religion y cuya conciencia parecen estar personificados en el zar.

Fáciles son de prever las tristes consecuencias que origina este órden de cosas, tan en contradiccion á la entera independencia de todo poder humano que dió á la Iglesia cristiana su Divino Fundador. Pero dos son, á mi juicio, las mas pronunciadas, y por lo mismo las que se notan á primera vista, á saber: la esclavitud y la relajacion.

Una religion sin vida, sin inspiracion ni conciencia propia no tiene la mision de producir bienes: sostenida por una mano vigorosa, podrá conservarse, pero como el cadáver á quien auxiliado de la química un inteligente naturalista preserva de la disolucion, para conservarlo como uno de tantos objetos de estudio que llenan los cajones de su mu-

seo. Esa momia no tiene movimiento, esa momia ni habla ni piensa, esa momia no comprende su estado, y quedará disuelta luego que falten los cuidados que le dedica su dueño. Exactamente sucede lo mismo á la Iglesia rusa, separada del centro de la unidad católica por el cisma; ella existe, pero muerta para producir cualquier bien, sin vida para combatir los vicios llenando el ministerio de la predicacion, sin inteligencia para conocer los males que la consumen, y sin arbitrios para curarlos: la disolucion, consecuencia de la muerte, seguirá tan luego como el brazo que la sostiene le haya retirado su proteccion. Recorriendo las diferentes jerarquías de esta Iglesia, es donde mejor puede ser conocido el horrible cáncer que la devora.

El episcopado ruso, criatura del zar, de quien recibe su nombramiento personal, así como su subvencion y sus honores, depende del soberano de un modo tan directo é inmediato como los generales del ejército ó los jefes de la marina. Heredero de la política de Pedro I, el zar actual mira como peligroso para el gobierno investir de dignidades elevadas á los eclesiásticos, y se limita á proveer solo de obispos á las diócesis que vacan, aun cuando sean de rango superior: él traslada á los diocesanos de una diócesis á otra, pero sin permitirles usar del nombre de la segunda, si pertenece á una jerarquía mas elevada, hasta que él mismo se lo acuerde por nuevo favor, y como premio á la fidelidad mostrada *mas de una vez á su augusta persona:* ni vale el celo manifestado por la fe *ortodoxa,* pues bastante mostró Filareto, arzobispo de Moscou, y no obstante, no recibió sino despues de muchos años el título de metropolitano que le correspondia; ni la dignidad episcopal concede á los prelados alguna garantía que les ponga á cubierto de los avances despóticos del zar; para este no son aquellos de mejor condicion que un jefe cualquiera del ejército, y como á uno de estos es el trato que le acuerda.

Nicolas I se complace en hacerles sentir á menudo los

efectos de su indignacion con reprensiones injuriosas dadas en público y aun en la iglesia misma al tiempo de los oficios : se ha visto á este celosísimo defensor de la fe *ortodoxa* ultrajar con las palabras mas injuriosas á dos arzobispos, que poco versados en las ceremonias de la corte, omitieron algunas de las acostumbradas al hablar á S. M., y se le ha visto tambien desterrar á Kursk en la Siberia á un obispo octogenario, á quien el frio del invierno y las nieves impidieron venir en el acto de ser llamado por el autócrata (1). « Es necesario que cambie aire, dijo el zar entónces, y que se acostumbre al agradable y tónico clima de la Siberia, muy oportuno tanto á la ancianidad como á la salud. » Pero estos obispos no son tan solo esclavos del poder civil, sino que lo son de la pobreza y de la miseria.

No existia en Europa Iglesia tan opulenta como la rusa bajo Ivan III, Pedro III y Catalina II, pero hoy está reducida á la mendicidad, porque aquellos se aprovecharon de sus bienes, rentándola con fondos del Tesoro público. En efecto, los metropolitanos y arzobispos reciben un estipendio de cinco mil francos cada año, de tres mil los obispos y de cuatrocientos los eclesiásticos inferiores, resultando de aquí que sin tener con suma tan mezquina lo bastante para sus necesidades, recurren ordinariamente á granjerías vergonzosas, que les proporcionen ganancias mas pingües que la mitra episcopal ó la estola del presbiterado.

Los institutos monásticos son los que proveen á la Iglesia de obispos y dignidades, y á las academias y seminarios de directores y profesores. Pero esa noble y generosa voluntad que hace al hombre renunciar al mundo y acogerse al claustro para servir á Dios en el silencio de la soledad, orando, estudiando las ciencias sagradas y sirviendo al prójimo, en vano la buscaríamos entre los monjes rusos; pues que muy diversos son los fines que los han llevado al monasterio.

(1) *La Chiesa cismática rusa*, cap. II. (Theiner.)

Ningun individuo puede ser admitido en los *satnujes* ni en los *sastalnujes* (1), sin haber completado la edad de cuarenta años, si es hombre, ó de cincuenta, si es mujer : es decir, despues que han apurado el cáliz de los placeres, y cuando ya no se sienten con vida para la disipacion del siglo, ni con fuerzas vigorosas para prestar servicios á la sociedad civil. La voz celestial que debe servir de fundamento á la resolucion de abrazar una vida semejante, no deben escucharla sino cuando la sociedad humana se dispone para rechazarlos como inútiles, y cuando ordinariamente la relajacion de costumbres debiera alejarlos mas bien de la profesion monástica. No debe sorprendernos pues que los cuerpos regulares no entrañen allí algunas de esas bellas flores de la juventud que suele arrebatar á la disipacion del siglo el fervor cristiano, ni que puedan engalanarse aquellos con el ropaje que es propio de la virtud mas alta del Evangelio, y que hace la hermosura de los claustros del catolicismo... la virginidad... Lo sublime de esta virtud así como el bellísimo conjunto que forman las demas que la acompañan, están muy distantes de hermosear las lauras y los *satnujes* de la Rusia. — Repugnante es descender á bosquejar siquiera lo que sucede en los monasterios de aquella nacion desventurada; y lo omitiria ciertamente sin la conviccion que me asiste de que un malestar tan general como el que trabaja á la Iglesia *ortodoxa*, no es mas que una nueva desmentida que reciben los que suponen posible la existencia del cristianismo separado de su centro.

Regularmente son de dos clases las personas que hacen en Rusia la profesion monástica : los unos pertenecen á familias de mediana condicion, que despues de haber concluido sus estudios, entran en un instituto religioso, con la seguridad

(1) Los primeros son los conventos ordinarios ó pagados por el gobierno, y los segundos los extraordinarios y sostenidos por limosnas de particulares.

de ser elegidos obispos, archimandritas, ó para alguna otra alta dignidad de la Iglesia. El gobierno ruso tiene siempre á su disposicion un número considerable de estos, que coloca en los primeros puestos eclesiásticos, despues de haber recibido de ellos pruebas repetidas de incontestable fidelidad. Á estos el gobierno dispensa graciosamente la edad requerida por las leyes para hacer los votos religiosos, y el sínodo los nombra luego profesores para las academias ó seminarios eclesiásticos del imperio. Los segundos, y los mas numerosos, son de la clase ínfima, soldados retirados ó hijos de paisanos sin ningun género de educacion, y lo que es mas, sin poseer las cualidades morales que requiere el estado de vida á que se dedican. Pero el número de solicitantes aun en esta clase de personas no es tan considerable como pudiera creerse. En un imperio tan dilatado como la Rusia y poblado con cuarenta millones de cristianos, son comparativamente pocas las personas que abrazan el monacato (1).

Aunque el gobierno tiene fijado el número de religiosos de uno y otro sexo que deben existir en los monasterios que él paga, y aunque este es tan solo de cuatro mil cuatrocientos cincuenta y seis hombres, no estaba lleno sino en poco mas de la mitad en 1836. Varias causas pueden contribuir para este corto número de individuos que se dedican á la vida religiosa : entre otras la falta de disciplina en los monasterios debe retraer naturalmente á los que desean vida

(1) En 1836 llegaron apénas á doscientos noventa y uno : de estas doscientos diez y nueve hombres, y setenta y dos mujeres; ciento cuarenta y seis eran hijos de presbíteros casados, veinte y cuatro de nobles ó de oficiales del ejército, y cuarenta soldados retirados; diez y ocho pertenecian á la clase negociante, treinta y uno eran de la plebe mas baja, y entre estos mismos siete eran libertos y nueve esclavos todavía. Lo mismo sucedia respecto á las mujeres : doce eran hijas de sacerdotes, quince lo eran de oficiales subalternos de tropa, cuatro de negociantes y cuarenta y dos de labradores, de las cuales siete eran libertas y cinco esclavas aun.

mas perfecta; pero otra juzgo yo todavía mas poderosa y mas eficaz para la mayoría de las personas que pudieran abrazar allí la vida religiosa, y *es el menosprecio que el hijo primogénito de la Iglesia ortodoxa, el defensor de los cristianos en el Oriente, ha hecho estudiosamente recaer sobre sus monjes.* Él los mira con el desprecio mas alto, hace desistir de su propósito á las personas notables que alguna vez pretendieron abrazar la vida de los claustros, y despues de haberles despojado de sus bienes, que les daban cierto prestigio entre la multitud, que les respetaba como dueños de una inmensa fortuna, ha concluido por reducirles á la miseria, asignando por única pension ¡cuatrocientos francos por año á cada uno! *Moriremos de hambre*, es la voz unánime que se escucha entre aquellos miserables vestidos de ropas andrajosas, que, para ganar su comida, necesitan ocuparse en negocios ajenos de su profesion. Ningun hombre de mediana conveniencia quiere abrazar aquel estado, que léjos de traerle la paz que da el retiro, no le produce mas que los sinsabores que acompañan al desprecio y á la mendicidad. Los que abrazan el monacato como escala para las dignidades, entran en las lauras ó en los conventos anexos al obispado, donde mediante la renta que se han procurado ántes, obteniendo una cátedra ó un beneficio, viven con cierta mediana comodidad, que no podrian encontrar entre los monjes de los *satnujes.*

Á vista de un desórden tan lamentable, que ha viciado naturalmente los vínculos de la disciplina, no debemos extrañar la completa relajacion de los institutos monásticos en la Iglesia *ortodoxa.* Y efectivamente aquella excede toda ponderacion. Desde Ivan III é Ivan IV hasta Pedro I, el gobierno ha probado por diferentes caminos reformar los institutos religiosos del imperio, mas todos sus esfuerzos han sido vanos. Ellos están hoy de la misma manera que cuando el concilio de Moscou dictaba numerosas leyes para regenerarlos, y que cuando Pedro I confiaba la ejecucion de esta

misma reforma al coronel Baskakoff, capitan de las guardias imperiales.

Vengamos ahora al clero secular, á ese clero mas degradado aun, si decirse puede, que el regular; á ese clero que entraña un enjambre de arciprestes ó protopopes, presbíteros ó popes, diáconos, lectores, cantores, sacristanes y demas empleados inferiores de la Iglesia rusa, rodeados todos del repugnante cortejo de hijos y mujeres; á ese clero á quien sus obispos hasta hoy se han limitado á pedirle una conducta regular y poder leer, para ejercer el ministerio augusto del sacerdocio, y que sin embargo de ser tan limitadas como justas estas calidades, no han encontrado entre sus postulantes muchos individuos que las poseyesen; á ese clero que desde siglos atras ha ido recibiendo de sus predecesores como triste herencia el fanatismo, la ignorancia, la supersticion, y como consecuencia de estos vicios el abatimiento, la degradacion y el sacrilegio.

No pretendo constituirme acusador de este clero infeliz, y que reclama toda nuestra compasion, asegurando que su suerte es mas miserable y desgraciada que la de ningun otro del mundo cristiano, y que su actualidad pudiera muy bien estimarse como el castigo merecido que la justicia de Dios impone á su doble delito de cisma y herejía. ¡Ojalá que los pueblos inexpertos del Nuevo Mundo que prestan atencion á demagogos interesados, que sin mas título que su audacia les dirigen la palabra pretendiendo inspirarles aversion al centro de unidad; ojalá contemplen, repetimos, alguna vez el espantoso cuadro que ofrece al mundo el clero cismático de Rusia, á pesar de los esfuerzos del poder imperial para mantenerlo cual conviene á la alta dignidad del sacerdocio cristiano!!!

Los lances que pasan en el seno de este clero son en extremo curiosos. Los jóvenes que tratan de ponerse en carrera para entrar en el sacerdocio principian por cortejar á la hija de algun protopope ó cura de pueblo, y llegando á

obtener su voluntad para el matrimonio, queda á cargo del suegro poner en juego sus relaciones, á fin de alcanzar para el futuro hijo alguna parroquia en que su hija vaya á ser la *santipe* (1), ya que su demasiado módica condicion no le permite pretender para ella una fortuna mayor. La *santipe,* como principio de la elevacion de su marido, ejerce entre los sacerdotes rusos una influencia directa, y que se extiende mucho mas allá de lo lícito. Condenado el presbítero por la ley á llevar vida monacal en caso de viudedad, él estima la existencia de su consorte como una necesidad absoluta para su felicidad presente.

Mas esa misma parte integrante, por decirlo así, que forma la mujer en el sacerdote ruso es otra de las causas de desprecio en que lo vemos caido. El pueblo no considera ya tanto las calidades de su párroco, llamado por su ministerio á ser su consultor, su director y su oráculo, cuanto las de una mujer que le domina, que posee todos sus secretos, y que se ha hecho perfecto señor de sus acciones y de su voluntad. De aquí nace la distancia que se percibe entre el párroco y sus feligreses. La alta sociedad les expele de su seno, el pueblo sano mira con desprecio su ignorancia y sus vicios vergonzosos, y los cristianos les han retirado su confianza, porque la experiencia les enseña que la traicionan, sin excluir aquellas que tuvieron lugar en el secreto de la confesion sacramental. Nadie crea que exageramos al hacer cargos tan graves, pues los hechos son los que garantizan nuestro dicho, sin necesidad de otros argumentos.

La estadística eclesiástica formada por el santo sínodo en 1852 nos revela que ese mismo año fueron degradados en el imperio por delitos graves doscientos sesenta sacerdotes; que de estos lo fueron ciento veinte y dos por diferentes curias episcopales, y los restantes por el sínodo; y que el número de los que estas mismas autoridades condenaron

(1) *Santipes* se llaman las mujeres de los presbíteros griegos.

por delitos leves ese mismo año ascendió á mil novecientos ochenta y cinco. Subiendo un poco mas arriba, encontramos que en 1839 los condenados por delitos correspondian á uno por cada veinte de la totalidad del clero.

El número de establecimientos para la educacion eclesiástica es muy diminuto ciertamente : jamas existió en el mundo clero tan rico ni tan poderoso como lo fué el moscovita ántes de su expoliacion, cuando se veía colmado de los tesoros que le prodigaba la liberalidad de los grandes y de los poderosos; pero ni uno existe al mismo tiempo que haya hecho ménos por el adelanto de la Iglesia. Los zares de cuando en cuando han venido á estimular la apatía de los obispos, formulando en largos decretos colegios-modelo para formar un clero sabio y virtuoso. Pedro I, Catalina II, Alejandro I y otros establecieron algunos seminarios, y abrieron ademas las cuatro academias eclesiásticas de Petersburgo y Moscou, Kiovia y Kasan, de que dependen aquellos, como asimismo las escuelas primarias. En el seno de cada academia existe una especie de comision, que se llama *conferencia*, á la cual corresponde someter al *supremo procurador imperial* las mejoras ó arreglos que se cree conveniente introducir en aquellos establecimientos. Oigamos lo que se dice al procurador supremo sobre los trabajos de estas conferencias : « La comision de ciencias eclesiásticas se ocupa de perfeccionar los estudios teológicos en las academias y seminarios, para arreglarlos no tan solo al dogma, sino tambien á las tradiciones y á la disciplina de la Iglesia universal de Oriente. Se ha juzgado necesario nombrar en la conferencia de Petersburgo una comision particular para el exámen de los libros teológicos, y para deliberar cuáles deben considerarse como de escuela, y cuáles como obras auxiliares, como tambien cuáles deben ser reformados, y qué materias sea necesario introducir en nuevos libros.

» Se ha mandado al mismo tiempo á los directores de las academias y de los seminarios que presenten prospectos de

las materias teológicas que deben enseñarse, sobre la correccion y duracion de sus cursos, indicando ademas los libros que sirven para enseñarlas, especialmente cuando se trata de materias sobre las cuales faltan todavía fuentes suficientes. Á los autores de los prospectos que se piden se les ha concedido emitir su parecer sobre la manera como la enseñanza vendria á ser mas fácil y perfecta. Se deben, empero, dejar aparte todas las sutilezas escolásticas y toda polémica superflúa, y atenerse solo á aquello que es útil y necesario al sagrado servicio de la Iglesia, al que los alumnos quieren dedicarse.

» En cuanto á los libros de enseñanza, la junta ha dado su parecer. Del mismo modo se han unido á esta los prospectos teológicos de todos los rectores, á excepcion de unos pocos; y la comision se ocupa con urgencia de examinar todos los proyectos relativos á este objeto importantísimo, del que dependen la instruccion ortodoxa de la patria y la seguridad de la fe en el porvenir.

» Todas las academias y los seminarios han sido provistos de obras de historia nuevamente publicadas, las cuales, despues que sean examinadas, servirán como auxiliares á la enseñanza (1). »

En 1838 fueron presentados todos los proyectos de reforma de la enseñanza teológica, y el procurador supremo quedó profundamente sorprendido, así de la imperfeccion de la instruccion como de la confusion de los métodos, de la falta de principios en los sistemas y del verdadero desórden en el conjunto completo de los cursos. No habia un compendio de teología adaptable al estudio de esta ciencia fundamental del dogma: el estudio de la Sagrada Escritura jamas se habia hecho, ménos el de las obras de los Padres, y el de la Historia era absolutamente desconocido de aquellos reguladores de la instruccion clerical. Se persuadió

(1) Actas del santo sínodo. 1838.

tambien que tanto los seminarios como las escuelas eran por su número insuficientes para llenar la necesidad de educacion, que se deja sentir en Rusia mas que en ningun otro país de Europa, y que por su naturaleza se encontraban muy distantes de prestar el servicio que les señala su objeto.

Pero esta educacion, ademas de ser mezquina y atrasada, arrastra la ignominiosa cadena que todos los otros ramos de la Iglesia rusa: la conferencia, la academia, el procurador imperial, ved ahí los poderes que la despotizan; y esto no es suficiente. Al clero le son vedadas las controversias dogmáticas, porque, á juicio del gobierno, « introducen la division en los espíritus, y turban la paz de las familias. » Al clero le está prohibido el libre ejercicio de la predicacion, porque en ella « pueden escapársele doctrinas disconformes de las que profesa la Iglesia nacional; y esto es tanto mas de temer cuanto es mayor el número de los ignorantes que el de los instruidos. » Al clero le está prohibido enseñar la doctrina de viva voz en las escuelas... ¿Á qué viene entónces á quedar reducido el ministerio de ese clero, y á qué esa Iglesia á quien se le manda ocultar sus dogmas?...

## CAPÍTULO XXVII.

Consecuencias de la situacion. — ¿Qué han conseguido los cismáticos? Iglesia petrificada. — Las sectas. — Propaganda *ortodoxa*. — Los deberes sacerdotales traicionados. — Las Monjas y sus escenas lúbricas. — Los Santos nacionales. — Las fiestas religiosas. — El *Te Deum* á domicilio.

Nada noble en sí mismo, nada próspero para la humanidad, ni nada digno de un sentimiento elevado puede nacer de una situacion de cosas tal como la que acabamos de recorrer. Los panegiristas de la Rusia, los que quisieran ver extendida por toda la Europa la política del autócrata, y atado al carro triunfante del absolutismo el porvenir de las naciones, podrán contestar si un estado semejante es lisonjero para la existencia civil y religiosa de los pueblos. Yo no me ocupo de la situacion política, amarga ciertamente mas que lo que pudiera creerse posible; la religiosa es la única que hace á mi propósito, y las consecuencias mas perceptibles las que voy á referir.

Dije poco ántes que jamas existió en el mundo un clero tan opulento como el ruso, colmado de riquezas por la liberalidad de los grandes. ¿Pero qué hizo este clero durante sus dias felices, y miéntras que sus inmensos tesoros le daban una influencia desmedida en el gobierno y un prestigio colosal en todas las clases de la sociedad? Él no pensó entónces en fundar escuelas para el pueblo, ni seminarios para sus clérigos; él no instituyó hospitales donde dar pábulo á la caridad ardiente que debe inflamar el pecho del discípulo de Jesucristo; él no abrió asilos para reunir en torno de sí

los huérfanos y las viudas, ni edificó templos en que se tributase á Dios el culto que se le debe. *Las riquezas estuvieron en su mano, pero para labrar su ruina.* La sustancia destinada á derramarse en beneficio del enfermo, del pupilo y de la viuda, lo que debia alimentar la instruccion y fomentar el culto religioso, lo hizo solo servir á su propio alimento. En vez de seminarios convirtió en orgías las casas religiosas, y en ellas formó presbíteros herederos de los desórdenes de sus padres; en vez de asilos para el infortunio no escrupulizó invertir el dinero de los pobres en corromper la inocencia, aumentando con sus crímenes el número de los desgraciados; y en vez de erigir templos al Señor, se contentó con profanar los que arrebató al catolicismo, haciéndolos servir de teatro en que su ignorancia, su crápula y su sensualidad representasen las escenas mas repugnantes y sacrílegas. Una mano de hierro vino á dispertarle de su dulce letargo, un acto despótico le arrancó los tesoros que él disipaba; y entónces, cuando se vió sin elementos para obrar algun bien, comprendió que nada habia hecho hasta entónces sino labrar su propia ruina.

La Iglesia occidental, agitada casi constantemente por deshechas borrascas, y despojada del oro que le ofreciera como tributo la devocion de los príncipes, ostenta en mil maravillosos monumentos su beneficencia, derramada sobre los pueblos que debió asegurarle el reconocimiento eterno de la sociedad civil; no ménos que un sinnúmero de templos en cuya suntuosidad contemplamos asombrados el retrato fiel de la piedad ardiente y generosidad sin límites de sus grandiosos fundadores. En Alemania, España, Francia, Italia, Portugal, y aun en Inglaterra, Suecia, Noruega y Dinamarca, los mas soberbios edificios que vemos erigidos, ó para cultivar las ciencias, ó para aliviar la miseria de la humanidad que sufre, debieron su orígen al fervor católico, y su ocupacion fué casi siempre un nuevo título que vino á realzar el mérito de su clero, capaz de proyectar y de realizar

tan grandiosas empresas. La Iglesia rusa, al contrario, ha sufrido sus quebrantos, pero sin poder alegar mérito de ningun género que la haga acreedora al respeto de sus fieles, y será borrada de la tierra sin que haya alzado ántes un solo monumento que recuerde su existencia á las edades futuras. Durante cuatro siglos ha dominado el imperio mas vasto de la Europa: continuará dominándole miéntras sus crímenes *completen su medida;* pero al fin desaparecerá, sin que resten siquiera estampados sobre el polvo los vestigios que dejó al atravesar la tierra. ¡Ved ahí la Iglesia sin alma, sin vida, ni animacion alguna para lo que es grande y útil! Ella está petrificada, y su vida no producirá mas fruto que el que daria la piedra que una mano atrevida arrancase del viejo templo de Sion, y echase á rodar por los abrasados desiertos de la Arabia.

La fuerza de la autoridad ha podido apénas mantener una lánguida unidad de fe en el exterior de este clero, mas no en el pueblo, dividido entre mil sectas que se disputan la conciencia de una muchedumbre ignorante y supersticiosa. El número de aquellas es infinito: todos saben que el obispo de Rostoff contaba en su provincia mas de doscientas al principio del siglo pasado, y que aun cuando han desaparecido algunas de las que existieron entónces, aparecieron otras nuevas en número mayor que las anteriores. Las principales ó cabezas de las demas son los *Morelstohikis* ó inmolados, nombre que toman del sacrificio que hacen de sí mismos en el suicidio, que consideran como verdadero martirio. Los viajeros nos refieren algunos hechos horribles de estos sectarios, y que manifiestan cuánto abundan en ellos el fanatismo, la ignorancia y la supersticion. «Hace pocos años que cincuenta *Morelstohikis* resolvieron degollarse mutuamente. Ya treinta y seis de estos fanáticos habian caido bajo el cuchillo de sus correligionarios, cuando una jóven les denunció. No tardó la autoridad en acudir al lugar de aquella espantosa carnicería; pero dos individuos quedaban ya solamente

vivos en medio de cuarenta y ocho cadáveres (1).» Aquellos recibieron en el cadalso el castigo de su delito; pero tanto estos como aquellos son tenidos por verdaderos mártires entre sus correligionarios.

Los *Scoptzi* reunen en su símbolo todos los errores de los heresiarcas con los ritos mas repugnantes de la antigüedad pagana. Segun ellos, Dios Padre es eterno; pero su Hijo ni es Dios, ni ha muerto, ni morirá jamas, sino que viaja sobre la tierra hace mas de diez y ocho siglos. Sus hermanos los *Chlisti* (flagelantes), reunidos en un salon, saltan, bailan y se azotan, hasta que trabajados por la debilidad y la fatiga caen en tierra. La noche de la víspera de Pascua los *Scoptzi* y los *Chlisti* se reunen para asistir en comun á un oficio en honor de la Vírgen María. Durante la misa una niña de quince á diez y seis años, llevada allí por engaño, es colocada desnuda en una tina de agua tibia: luego que la han atado fuertemente, le ponen entre sus manos una figura, que dicen ser representacion del Espíritu Santo, y acercándosele un número considerable de viejas le hacen una profunda incision, le arrancan el pecho del lado derecho, y luego le estancan la sangre con una preparacion maravillosa. El pecho amputado, cortado luego en pequeños pedazos y puesto sobre un plato, es presentado á los circunstantes, que lo comen. Cuando estos caníbales han concluido su monstruosa comunion, la niña es colocada sobre un altar, y toda la congregacion danza á su rededor cantando: « Dancemos y saltemos sobre los montes de Sion. » El baile cada momento se hace mas vivo, hasta que convertido en frenesí y apagadas las luces, principian escenas horribles, y de las que en vano se buscaria ejemplo en la antigüedad pagana. En diversas épocas, el gobierno ha enviado á la Siberia centenares de estos sectarios, despues de haber marcado á los mas notables con señales grabadas con fuego sobre su rostro.

(1) Haxthausen, vol. I.

Los *Berslowesstnis,* ó mudos, y los *Sabatnikis*, ú observadores del sábado, fundados por un judío que con su dinero convirtió algunos popes, que hizo apóstoles de su doctrina (1), son en gran parte una reproduccion del judaísmo.

La reunion á la Iglesia nacional de todas estas sectas, emprendida por el patriarca Nicon (2), no tanto por la conversion del corazon cuanto por la violencia, arbitrio ordinario del zar, que las sugeria y apoyaba, léjos de producir el efecto que se proponian sus autores, hizo abortar todavía un enjambre de nuevas doctrinas formadas en el calor de las discusiones que naturalmente motivaron las medidas del patriarca moscovita. Por otra parte, la ignorancia del clero dispuesta á adherirse á toda doctrina cuyas apariencias se conformasen con los textos viciados de la Escritura que tenian entre sus manos; la diversidad de ritos que dividia á ese mismo clero en las prácticas litúrgicas llamadas en gran parte á representar la unidad á los ojos de la multitud, que no penetra mas adelante; y por fin una infinidad de tradiciones supersticiosas arraigadas en el pueblo y protegidas por el mismo clero con provecho propio, sublevando, como era natural, una oposicion formidable á las innovaciones de Nicon, dieron lugar á que las diferentes creencias de los sectarios apareciesen mas pronunciadas. El patriarca excomulgó á sus disidentes, quienes entónces tomaron el nombre de *Starowertri* (viejos creyentes), y rechazando hasta hoy toda reforma religiosa, condenan como sacrílegas innovaciones las reformas de los obispos y sínodos de la *ortodoxia.* Estos sectarios son ordinariamente los mas instruidos entre los Rusos, y ejercen por lo mismo cierta influencia sobre el pueblo, y alguna vez sobre el gobierno. Su centro ó silla metropolitana existió durante muchos años en las cercanías de Irgis, donde se conservaban tambien cuatro

(1) Año de 1470.
(2) Año de 1659.

grandes monasterios de su comunion, cuyas comunidades se engrosaban cada dia con los fugitivos de la Siberia, que venian á ocultarse entre los monjes de las pesquisas de la policía, y con los clérigos degradados que ponian los obispos en manos de la justicia secular. El gobierno arrasó en 1838 este centro de unidad de los viejos *ortodoxos*, y mandó á la Siberia á sus presbíteros y monjes.

Los *Starowertri* se subdividen en diversas fracciones, que tienen sus símbolos y ritos tambien diversos; y mas ó ménos separados de los que usa la Iglesia nacional. Siendo la clase sacerdotal de estos sectarios formada de los tránsfugos de la *ortodoxia*, ó propiamente hablando de los que ella arroja de su seno, su condicion claro es que no puede ser mejor que la del clero de la Iglesia nacional: advertiremos, sí, que esta considera á los presbíteros *Starowertri* como su verdadera escoria.

Los *Berpoporststchine*, ó sin presbíteros, se subdividen en una multitud de sectas, que derivan sus nombres de sus corifeos. Entre ellas la de los *Filipinos* reemplaza á los popes *ortodoxos* con los *Stavikis* (ancianos), los que son reclutados cuando jóvenes y preparados para las funciones del culto. El *Staviki* se distingue de los demas por una larga vestidura negra y un bonete igualmente negro, bordado de colorado; vive de la limosna, y su ministerio se limita á leer, á cantar y servir en la Iglesia. Su fe participa de todos los errores del cisma griego y de las contradicciones monstruosas de todos los sectarios del Oriente.

Entre los *Teodosianos* no asisten á una misma iglesia los hombres y las mujeres: estas tienen sus templos separados, y en ellos una especie de sacerdotisas que llaman *Chistora neviesta* (novias de Cristo). Un largo velo les cae por delante y les cubre la cabeza, la frente y hasta mas abajo de la cara, segun la costumbre oriental. Para ser enrolada una persona entre las *novias de Cristo*, debe haber cumplido cincuenta años.

Los *Douchobortri* (luchadores del espíritu) se subdividen tambien en una muchedumbre de fracciones, y por cierto las mas perniciosas para la Iglesia rusa, porque su doctrina presenta un sistema teológico mas completo y mas desarrollado que el de cualquiera otra de aquellas sectas. Con todo son tan generales y tan vagos los preceptos de estos espiritualistas, que no es raro encontrar observados en un lugar como fundamentales principios que los correligionarios del lugar vecino miran como mera hipótesis.

Miéntras que los *Starowertri* respetan profundamente la tradicion, los *Douchobortri* con ideas reformadoras procuran destruir los fundamentos de la Iglesia nacional. Conservadores austeros del antiguo régimen, quieren los primeros inmobilizar las formas exteriores, miéntras que aquellos, enemigos radicales de toda especie de culto y sectarios del espiritualismo puro, procuran la completa espiritualizacion de la Iglesia.

Otra secta de espiritualistas ó *Douchobortri* existe en la Rusia, y es la que el pueblo ha solido llamar *Franmasones*. Esta apareció por primera vez en el imperio en 1770, y sus propagandistas se decian descendientes de uno de los tres niños arrojados por Nabucodonosor al horno de Babilonia. Su símbolo de fe admite las doctrinas mas absurdas y repugnantes, y á su jefe lo suponen representante y depositario legítimo de la dignidad del Hijo de Dios. « Yo soy vuestro Cristo, adoradme, » decia á estos sectarios uno de sus jefes de mas nombradía. Ellos no tienen templo, culto externo ni sacerdotes; ni nada de esto existirá en su comunion hasta el dia en que los *Douchobortri*, extendidos por toda la tierra y árbitros de los destinos de todas las naciones, consagren á un culto que se les ha de revelar los templos de todas las comuniones de la tierra. No obstante algunos de ellos se reunen ciertos dias del año en orgías secretas: en estas se entregan á toda clase de excesos, despues de cantar salmos delante de un jóven vestido de blanco y colocado

sobre un altar, el que á su modo de ver es el símbolo del Espíritu Santo, que vivifica á los *Douchobortri*.

El gobierno ha perseguido á las cabezas de estos sectarios, y con especialidad á los que pertenecen á la division que introdujo en ellos J. Kapoustin, cuyas doctrinas, ménos especulativas que aquellas, daban á la secta mas consistencia y visibilidad. Melitopol en la Táuridis, donde se habian propagado considerablemente, fué en aquella ocasion el teatro de las crueldades que inspira el fanatismo ruso, cuando se trata de perseguir hombres que profesan doctrinas opuestas á las suyas. Los *Douchobortri* fueron trasportados al Cáucaso en 1839, y el proceso iniciado contra sus cabezas instruyó al gobierno de una serie de enormes delitos cometidos impunemente por estos espiritualistas. Pero en las soledades del Cáucaso esperan ellos su redencion, que aparecerá algun dia, y ocultan cuidadosamente de las averiguaciones de la policía rusa á los hijos de Kapoustin, esperando que en alguno de ellos revivirá el Cristo, y será adorado como cabeza del universo.

Muy distante se encuentran las anteriores indicaciones de nombrar siquiera todas las sectas de la Rusia: las mas conocidas son tan solo las que hemos enumerado, considerando que los errores monstruosos, las aberraciones de todo género y la enorme corrupcion que abrigan, manifiestan suficientemente el estado deplorable de los intereses de la religion en el imperio ruso. Disolucion de los vínculos sociales, lujuria, robo, crueldad, sacrilegio, ved ahí la religion de millares de hombres en el seno de un Estado europeo, cuya ilustracion y cuyas instituciones han elevado hasta las nubes algunos escritores. Pero la Iglesia rusa, separada del centro universal del cristianismo, debia correr la misma suerte que todas las cismáticas. Su triste ejemplo añadirá una mas á las mil pruebas existentes, y que demuestran hasta la evidencia « ser la Silla de Roma el único anillo que puede mantener á los hombres unidos en la fe. »

Fuera de las mil sectas que dividen la fe de la Iglesia rusa, en el seno de este grande imperio existe el islamismo, cuyos creyentes no han abandonado su Alcoran, á pesar de las medidas violentas del zar, empeñado en hacerles *ortodoxos*. Reciente (1) es el lance ocurrido entre el autócrata y el muftí de la Crimea. Recibiendo este un ejemplar de la version árabe de la Biblia, magníficamente encuadernado, presente que le hacia el santo sínodo por comision del zar, que quisiera trasformar al sumo sacerdote de Mahoma en obispo *ortodoxo*, no tardó él en corresponder el obsequio, remitiendo al emperador por medio del mismo sínodo un rico ejemplar del Alcoran, rogándole *lo leyese con meditacion, pues esperaba podria penetrarse de sus verdades.*

El judaísmo subsiste tambien, no obstante los crueles tratamientos de que allí han sido víctimas los israelitas desde siglos atras, y del desprecio cada dia creciente con que les tratan las leyes y los ciudadanos del imperio.

El protestantismo cuenta del mismo modo un número considerable de prosélitos, con especialidad en la Lituania rusa, donde cundió la reforma de Lutero.

El catolicismo, en fin, mantiene bajo su estandarte poblaciones casi enteras en la parte polaca del imperio, y está diseminado en todas las provincias, á pesar de la rabia intensa con que lo persigue la autocracia.

Segun las memorias del santo sínodo, « sus cuidados se han dirigido muy especialmente á destinar misioneros competentes que propaguen la *ortodoxia* entre todos estos disidentes de su fe, y hagan brillar en Rusia el hermoso sol de la unidad religiosa como con tan fervoroso celo procura el piadoso zar. » Pero ¿qué es lo que hacen estos misioneros para llenar su ministerio entre los disidentes? El clero *ortodoxo* ha manifestado su incapacidad para ocuparse de la propaganda : sin ciencia para la controversia, sin paciencia

(1) 1839.

para soportar las fatigas del apostolado, sin celo que acredite comprender la importancia de su ministerio, sus individuos se presentan en los pueblos armados del ukase del autócrata que los envia y de la *knuta* (1), con que amenazan á los que resisten la doctrina que predican. Su conducta corresponde á su mision. Codiciosos de conveniencias temporales, ellos se manifiestan avaros del dinero, y no perdonan ocasion alguna que se les presente favorable para obtenerlo; viciosos, introducen en los pueblos la desmoralizacion con los funestos ejemplos de sus desórdenes, mas bien que las virtudes evangélicas con la viva amonestacion de su santa vida; é ignorantes, inoculan entre sus pretendidos neófitos la supersticion, la hipocresía y el fanatismo que les distingue, en vez de la doctrina pura del Evangelio enseñada por el Salvador del mundo.

Las memorias del sínodo anuncian un número considerable de conversiones obradas entre mahometanos, israelitas y demas disidentes de la *ortodoxia;* al mismo tiempo que las pastorales de diversos prelados *ortodoxos* lamentan lo efímero de aquellas conversiones. Por estas conocemos que las tribus del lago Baical, despues de suscribir la promesa de profesar la *ortodoxia,* amedrentadas por las violencias de los agentes del zar, abrazaron el *lamismo,* luego que estuvieron en libertad para elegir. — Conocemos que los propagandistas de Kascon infligian frecuentemente la pena de azotes á sus neófitos para reducirlos á recibir el bautismo. — Conocemos que los mahometanos, despues de abrazar el cristianismo puro para poder ser enrolados en la milicia, continúan haciendo la misma reverencia á la cruz que á la mezquita, y asistiendo

(1) *Knuta* es un instrumento del que se sirven en Rusia para azotar á los delincuentes, compuesto ordinariamente de cuerdas guarnecidas de ganchos afilados, que al caer sobre el cuerpo lo maltratan dolorosamente. — Véase sobre las misiones rusas la preciosa obra escrita en aleman por el Rev. P. Theyner, cuyo título es: *La Iglesia rusa cismática segun las últimas relaciones del santo sínodo.*

tan sin escrúpulo á las abluciones del Alcoran como á la misa del Evangelio. —Conocemos que los hebreos enrolados en la *ortodoxia* no saben otro dogma ni otro principio de fe que la palabra *catecúmeno* que les habia impuesto en el bautismo su misionero (1). — Conocemos que la ignorancia de los Turcos convertidos es tan grosera que ignoraban si debian, despues de entrados en la *ortodoxia,* continuar ó no adorando á Mahoma (2); y que las luchas violentas que se encienden cada dia entre los neófitos demuestran que estos carecen absolutamente de toda especie de instruccion religiosa, de tal modo que el bautismo que se les habia administrado no podia estimarse sino como una profanacion del sacramento (3). — Conocemos que existen aun paganos en el seno del imperio ruso, y que de estos los que llegan á recibir el bautismo de sus misioneros abandonaron por ignorancia y casi siempre la Iglesia nacional, para unirse á sus connacionales (4). — Conocemos, en fin, que el zar, « siempre inclinado á la dulzura, encargó á sus misioneros por medio del sínodo *no fuesen muy liberales* en distribuir azotes á los que rehusaban convertirse (5); » prueba inequívoca de los medios monstruosos que emplean estos hombres impunemente, para obligar á sus oyentes á profesar una religion que rechazan, violando de este modo el sagrado de la conciencia, donde no deben imperar sino las convicciones del individuo (6).

Pero si todo esto asusta al hombre que tiene religion y respeta sus principios violados por aquel proceder anticristiano, no asusta ménos observar cómo llena su mision este

(1) *Cartas á varios amigos.* (Jeofanes Prosopowier, arzobispo de Pera.) Edicion de Moscou, 1776.

(2) *L'Eglise catholique justifiée contre les attaques d'A. Stouvral, écrivain orthodoxe.* Paris, 1822.

(3) *Relaciones sinodales.* Año 1837.

(4) *Idem.* 1838.

(5) *Idem.* 1837.

(6) *Idem. Idem.*

clero en medio del pueblo fiel. No son solamente las relaciones de los viajeros y las prolijas memorias de los que se dedicaron á investigar el estado religioso de la Rusia los que nos hablan de los graves abusos que comete el clero cismático en el desempeño de la mision de que se cree investido; los procesos iniciados por el sínodo y por los obispos, y las penas aplicadas por el zar, nos abren mejor el triste rol donde figuran encaramados en el santuario los crímenes mas graves que pueden manchar la estola sacerdotal en el acto mismo de llenar las funciones que le competen. Allí se ven presbíteros degradados, porque revelaron el sigilo de la confesion, alzando, para satisfacer la curiosidad de sus mujeres, el velo denso con que el sacramento cubrió la conciencia que los penitentes pusieron en sus manos en medio del secreto mas solemne; allí se ven sacerdotes convertidos en soldados por sentencia pronunciada en castigo de actos abusivos, cometidos en el ejercicio de las funciones parroquiales; allí se oyen las quejas de los feligreses contra su pastor, porque les niega el pan de la doctrina que les debe de justicia, y allá el grito de la inocencia escandalizada en el santuario, donde llegaba creyendo encontrar la Majestad de Dios para adorarla con toda su admirable grandeza. Nos repugna profundizar esta herida cuya gangrena devora el cuerpo de la Iglesia rusa y la conduce á los bordes de su sepulcro. Ni son ménos repugnantes las escenas que se representan en los lugares puestos bajo la direccion de este clero, cuya influencia inmediata reciben.

Las escenas lúbricas que pasan entre las monjas, y que en vano pretendió atajar el sínodo de la Iglesia nacional, y las severas providencias del poder civil prueban bien que dejaron de ser sus monasterios asilos de la inocencia para trasformarse en orgías, donde se consuman los crímenes mas abominables. Las religiosas sin clausura recibiendo visitas á toda hora, paseando por las calles como cualquiera otra persona del siglo; las religiosas cultivando fuera de sus claus-

tros relaciones vedadas, y que disipan necesariamente todo cuanto alimenta el espíritu de la vida claustral; las religiosas procesadas, en fin, por el pueblo mismo, testigo de sus desórdenes, ocuparon la atencion del zar, que se constituyó su reformador en 1845, sin mas fruto que excitar graves alarmas en Moscou y en otras ciudades principales del imperio. Los que deseen detalles de la situacion triste de la disciplina de estos monasterios, los encontrarán en escritores sabios y concienzudos que los dieron, teniendo los hechos á la vista. Nosotros repetiremos solo el dicho de uno de estos: «El respeto á nosotros mismos y á nuestros lectores nos recomienda cierto pudor, que no podríamos guardar si tocásemos mas de cerca los secretos de las vírgenes *ortodoxas*. Dejémoslas mejor dormir, envueltas en sus mortajas de ignominia: otros vendrán despues, y revolverán este cieno.»

Las monjas *ortodoxas* profesan alguno de los antiguos institutos orientales. Á los de S. Basilio, de S. Antonio ó de S. Macario pertenecen los monasterios que nos ocupan; y por cierto que la severidad de la regla de aquellos Padres de la vida monástica parece tanto mas austera cuando se compara con la relajacion extrema de estas sus profesas. Una triste experiencia ha demostrado hasta la evidencia que los institutos monásticos, separados de su centro de accion, pierden su virtud y marchan á su ruina: en el Oriente, esta es la situacion de todos los monasterios; semilleros en otro siglo de perfeccion cristiana, hoy llevan tan solo el nombre de los hombres eminentes que asombraron al mundo con sus virtudes heróicas, y marcharon á la vanguardia de la reforma que operó el Evangelio en las costumbres licenciosas de su época. Mas hoy sucede todo lo contrario: el siglo no irá ya á buscar en los claustros *ortodoxos* ejemplos que edifiquen su piedad, que reformen sus costumbres, ni que alimenten su fervor: los seglares podrán decir á los monjes: «Reformad vuestra vida, imitando la nuestra.» Esta misma observacion la he repetido mil veces durante mi viaje por los principados

del Danubio, la Turquía asiática y la Grecia. ¿Y qué arbitrio resta miéntras tanto al gobierno ruso para poner término al estado monstruoso en que yacen sus monasterios? ¿Dónde irá á encontrar un espíritu renovador que anime á sus individuos postrados en tan lamentable situacion? Yo no lo diviso: principiando por el santo sínodo y siguiendo por la jerarquía de las dignidades eclesiásticas, veo á todos trabajados poco mas ó ménos por el mismo mal, veo que entre sus manos se han prostituido estos asilos de la piedad; y veo que ellos los miraron impasibles marchar á su ruina, sin aplicarles el remedio conveniente. Lo encuentro ménos en el zar, pues, por omnipotente que lo crea el servilismo de la Iglesia rusa, sus arbitrios todos han fracasado cuando fueron á estrellarse en la relajacion monacal. Las leyes que no ligan la conciencia son ineficaces para reformar institutos espirituales: podrán producir á veces efectos saludables exteriores, que durarán solo el tiempo que un brazo de hierro las mantenga en vigor, pero sin producir el objeto á que se las destina, ni bien alguno material de cualquiera especie que sea. Este no puede ser sino el resultado de la conciencia que, ó se somete á los preceptos que la ligan, ú obedece á las propias convicciones, porque experimenta en sí misma una fuerza eficaz que la hace obrar bajo la influencia saludable de aquella autoridad, cuya voz secreta sabe que debe respetar. ¿Qué valieron las tentativas del autócrata para reformar los monasterios de su imperio? Nada. Él ha podido por medio de la fuerza bruta arrasar las iglesias católicas, convertir los conventos en casernas, darlos á los cismáticos y apóstatas, sepultar sus frailes y sus monjes en las nieves de la Siberia; pero á la vez que perseguia estas instituciones, tan ejemplares como las que subsisten aun en la Polonia austríaca, y cuyos miembros en su glorioso martirio mostraron conservar el fervor de su instituto, no ha podido mejorar ni una línea la disciplina de las instituciones *ortodoxas*, de que él se llama padre y protector. El principio

del deber no existe en la conciencia de sus claustrales : su reforma, por consiguiente, es imposible.

Pero en vez de virtudes, fruto del fervor cristiano, hallamos en Rusia una profusion de fiestas y ceremonias religiosas cual no se ve semejante en otro país del mundo. Los presbíteros por su parte multiplican las procesiones, que recorren distritos enteros, y cuyo tránsito por los pueblos es celebrado con regocijos en que reinan la embriaguez y la disolucion. Los milagros que atribuyen á tales ó cuales imágenes de santos son anunciados á los devotos con gran solemnidad, y los labios de los popes, que no se desplegan para predicar al pueblo la doctrina del Evangelio, se desatan entónces para referir una multitud de patrañas que prueban la eficacia de la devocion al héroe que solemnizan, y arrancan de paso á la multitud ignorante limosnas que entran á llenar el déficit de sus presupuestos individuales.

Yo encuentro mucha semejanza entre las prácticas de los mahometanos para honrar á sus *Evlialer* ó santones, y las de los Rusos para dar culto á los cismáticos que los decretos del zar colocan en sus altares. Allá, recorriendo los campos de la Turquía, acontece con frecuencia hallarse cerca de los caminos algun *tiulbe* ú oratorio, en cuyos muros se ven colgadas las ofrendas que los fieles han venido á colocar como muestras de agradecimiento, y en su rededor de vez en cuando se oye la bulliciosa algazara de los devotos que celebran un pretendido milagro obrado por el fiel servidor de Alá : las genuflexiones del mueslin, sus movimientos del cuerpo y contorsiones de brazo ofrecen un conjunto ridículo que autoriza la fe del Alcoran. Acá, entre los que se dicen *ortodoxos*, el cadáver de un viejo monje, encontrado en el coro de un monasterio cualquiera, recibe, sin otro título que el deseo de poseer nuevos obradores de milagros, el título de santo. El honor de los altares le es concedido sin mas prueba de santidad que la codicia de los popes, que no cesan de proclamar el poder milagrosa del nuevo taumaturgo.

Al templo acude en tropel una turba que rodea el altar del nuevo santo, y no cesa de cubrirse dia por dia de ricos dones que le lleva la piedad de los creyentes. La tumba se hace célebre : largas peregrinaciones se establecen periódicamente, y hé aquí asegurada una pingüe renta para el convento ó la parroquia, que ántes era la mas pobre de la diócesis. Pero oid ahora los lances que siguen bien frecuentemente á las patrañas que tienen virtud de producir en Rusia estas reputaciones colosales de santidad : « Ciertos monjes del gobierno de Eskoff descubrieron en los subterráneos de su convento los huesos de un cadáver, que perteneció probablemente á un viejo individuo de la comunidad. No tardaron en canonizarle : ruidosos milagros hicieron famoso al nuevo santo, y ricos dones comenzaron á entrar en las arcas de los *piadosos* reclusos. Una sequedad extraordinaria vino al mismo tiempo á afligir el país, y los acongojados paisanos acudieron á pedir las aguas por intercesion de su nuevo protector. Mas la lluvia no vino, á pesar de las ofrendas puestas en mano de los monjes. Furiosos los paisanos creyéndose engañados, escalaron por la noche los muros del convento, entraron en la iglesia, y sacando al santo de la caja, le desnudaron de las galas que le cubrian, y le maltrataron con golpes desapiadados (1). »

Es sabido que canonizar un muerto corresponde en la Rusia al pueblo con los obispos, así como al soberano aprobar el culto de que aquellos lo creyeron digno. Nada debe por eso asombrarnos ver á la Iglesia *ortodoxa* honrando entre los santos á Alejandro Newski, que ciertamente no dejó al mundo los ejemplos mas perfectos de buena fe ni de generosidad, y al patriarca griego Sergio, tan famoso por su ambicion como por sus imposturas, un siglo despues del cisma del Oriente. La Iglesia *ortodoxa* fué harto fecunda para producir santos de esta especie todo el tiempo que pudo contar

(1) Léouzon-Leduc.

con la voluntad del autócrata para insertarlos en su calendario; mas desde que aquel al presentar á la pública veneracion los descuadernados restos de un individuo de la especie humana encontrados en Kasan : « Basta de santos, dijo, este será el último, » se esterilizó hasta el punto de no encontrar uno solo que pueda alegar título para el honor de los altares. Esta multitud de santos y de festividades, léjos de hacer al pueblo mas religioso y mas moral, sirve al contrario para dar pábulo á licencias que él se permite en tales oportunidades.

« Yo, dice un hombre bien conocido por su circunspeccion y amor á la verdad, asistí á una fiesta popular que se hacia en rededor del monasterio de Devitscheipol, en conmemoracion de un santo cuyas reliquias visitaban los devotos entre dos copiosas libaciones de *kuscas* (1). El consumo hecho de esta bebida nacional en aquella tarde cualquiera lo estimaria como fabuloso. Los puestos para beber están cerca del cementerio, porque el culto de los muertos sirve de pretexto á los placeres de los vivos. La vírgen milagrosa de Smolensko, segun otros su copia, se guarda en este convento, que encierra ocho iglesias. Á la caida del dia entré en la principal; ella me pareció imponente : la oscuridad ayudaba á la impresion del lugar. Las monjas cuidan del adorno de las capillas interiores; ellas desempeñan con exactitud este deber, el mas fácil por cierto de su estado; los mas difíciles se me asegura que son muy mal guardados, porque si se ha de creer á personas competentes, la conducta de las monjas de Moscou nada es ménos que edificante... — Una multitud de Cosacos se veían mezclados entre los concurrentes que se paseaban y entre los bebedores que llenaban la plaza. Grupos silenciosos se formaban en rededor de algunos hombres, cuyas voces penetrantes cantaban palabras melancólicas (2). »

(1) Especie de aguardiente muy usado en Rusia.
(2) M. le marquis de Custine. Lettre XXVIII.

Fácil es conocer que una fiesta que se reduce á dar al pueblo ocasion de diversiones licenciosas, no es á propósito para inspirarle sentimientos religiosos; y á la verdad tan distante de estos se encuentra el pueblo ruso, que entre los individuos que concurren á tomar parte en sus solemnidades, muy pocos podrán dar razon de la causa que las motiva. Esa multitud ha estado dentro del templo, pero sin haber recibido en él nada que pueda mejorarle, ni oido máxima alguna que ilustre su conciencia. Los repetidos *Kyries* de que se compone el oficio de sus monjes y los estériles signos de cruz que estos le enseñan como su único símbolo de fe, ved ahí todo lo que ha visto y aprendido durante los oficios de la iglesia.

Concluyamos este cuadro, donde tan solo se perciben imágenes repugnantes, con la ceremonia del *Te Deum*, que los *ortodoxos* repiten no solo en las públicas solemnidades de sus templos, sino tambien en los actos mas privados de familia. Como su religion se alimenta de exterioridades, no debe sorprendernos que las ceremonias exteriores se repitan con tanta frecuencia entre los miembros de la *ortodoxia*. Un acaecimiento cualquiera, realizado en la familia de un hombre rico, trasforma repentinamente los salones privados de la casa en oratorios, donde ofician los popes de la parroquia con las mismas genuflexiones, con el mismo canto y con las mismas ritualidades que en la iglesia: concluido el oficio, se come y se bebe allí mismo; y al conjunto de todo esto se da el nombre de *Te Deum*. Nadie podrá asegurar que la dignidad del culto consigue alguna ventaja en estas funciones domésticas, donde la religion y sus ministros, el culto y sus sacerdotes parecen prosternarse en presencia de los ricos, y entrar figurando entre los medios que halagan su miserable vanidad.

## CAPÍTULO XXVIII.

La Religion necesita independencia. — Solo el catolicismo es libre. — La ambicion de dominar es orígen de la intolerancia. — Primeras tentativas del cisma. — Persecuciones sangrientas. — El sínodo y la Iglesia unida. — Persecucion de siete años. — El autócrata en presencia de Gregorio XVI. — Falsas promesas. — Situacion actual. — Los Dominicanos en Rusia y sus trabajos. — El protestantismo en Lituania. — Un hecho curioso. — Conclusion.

La experiencia alcanzada en una larga sucesion de siglos ha hecho conocer que la existencia del principio religioso en la conciencia del pueblo está siempre unida á la libertad de la Iglesia, así como el desarrollo de la virtud mas noble de los pueblos, — la fe, — está ligada á la dignidad del sacerdocio. La palabra del sacerdote tendrá eco en el pueblo miéntras este la reciba, no como inspirada por la carne ni por la sangre, no como resultado de combinaciones políticas ni como medio de proteger pasiones extrañas, sino como la traduccion fiel del Evangelio, del que es ministro cuando desempeña las funciones augustas de su alto ministerio. Esta consideracion desaparece en el instante que el presbítero, segregado de la autoridad legítima que le señaló el Fundador de la fe, es sometido á otra de cuya influencia debiera permanecer perpetuamente extranjero. El clero ruso, sublevado contra su Jefe espiritual, perdió su fuerza; y esa humillacion que hoy le vemos arrastrando, bien podríamos estimarla como el primer castigo del doble delito de cisma y herejía que lleva estampado sobre su frente. No obstante

la proteccion que el poder civil dispensa á su ministerio, este perdió en la conciencia del pueblo que piensa el carácter de mision divina, y en el fondo de su corazon no tendrá mas cabida que las órdenes del soberano temporal, cuyo tenor se respeta miéntras la autoridad vela su ejecucion. El pueblo, libre para creer, no somete su conciencia á un clero que arrastra las cadenas vergonzosas del esclavo.

El catolicismo conserva entre sus dogmas esta libertad, que será en sus manos el elemento que le salvará del abismo en que vemos perecer precipitados á todos sus disidentes. Es el elemento mismo que con este objeto recibió del Salvador del mundo, al que identificó este su asistencia durante la consumacion de los siglos, y por el que ha de prevalecer la obra de Dios por excelencia de los contrastes y de las vicisitudes en que fracasan las instituciones humanas. Cuando el catolicismo haya perdido esta independencia, dejará de ser la Iglesia de Cristo, y su situacion no será diferente de la de los sectarios que el cisma y la herejía separan hoy de su seno.

La ambicion por dominar absolutamente que distingue á los zares moscovitas, les inspira odio al catolicismo, que proclama como uno de sus principios su independencia de todo poder humano. El despotismo no soporta que otra autoridad venga á dividir con él los cuidados de gobierno, ni que individuo alguno deje de doblar su rodilla delante de sus mandatos, so pena de ser arrojado á las llamas, como los nobles Hebreos que rehusaron adorar la estatua de Nabuco. En vano pretenderia buscarse otro orígen á esa rabia contra el catolicismo que devora el pecho de los soberanos moscovitas, y cuyos efectos escandalizan al mundo entero tanto como catorce siglos atras escandalizaron los edictos sangrientos de los emperadores romanos. ¡ Dominar !.... y como si un Estado cuyo territorio bañan las playas de tres mares no fuese bastante para saciar su ambicion desmesurada, ni sesenta millones de hombres sometidos por la con-

quista al imperio de su voluntad calmar su pasion terrible de mandar, quiere conquistar todavía la conciencia de sus vasallos, y plantar su trono sobre la ruina del derecho mas sagrado que tiene el individuo: — el de creer. ¡ Dominar las conciencias !.... para lograrlo, ningun género de coaccion ha dejado de ponerse en ejecucion, ni suplicio, por duro é ignominioso que fuese tanto para los verdugos como para sus víctimas, que no haya figurado. La intolerancia de los autócratas no encuentra ejemplos fuera de los siglos de persecucion contra el catolicismo, cuando los tiranos anegaron el mundo en sangre cristiana, ó fuera de las horribles tragedias en que de vez en cuando sirven de víctima los misioneros y los cristianos de la China. El rol de estas persecuciones abraza hechos de todas las provincias del imperio; obispos sumidos en calabozos, templos entregados á las llamas, monasterios arrasados, sacerdotes conducidos, unos á las minas de la Siberia y arrebatados otros de su claustro repentinamente, para ser llevados á morir en lugares remotos, y desde donde ni noticia puedan dar de su penosa situacion, ni ménos recibir consuelos de los suyos. ¿Y cuál es el delito de estos hombres? — Profesar otra religion que la del Estado; no quieren conformar su fe con la del soberano; mantienen correspondencia con el Pontífice de Roma; han escrito al superior de su instituto... ¡ Ved ahí el proceso que se les forma, y sobre el que recae la serie de castigos los mas graves que conoce la legislacion humana!

Para no divagar recogiendo en el territorio inmenso de este grande imperio los hechos que nos informan con exactitud el punto hasta donde ha llegado la persecucion que sufre el catolicismo, fijémonos en el Occidente del imperio, allí donde tantos dolorosos sucesos realizados por la violencia y la injusticia rusa absorbieron la atencion de la Europa en nuestros dias, allí donde se representaron las sangrientas tragedias que leemos en las relaciones de sor Makrina y del religioso Buratewich, que han hecho levantar un

grito universal de horror é indignacion al mismo tiempo.

La division de la Polonia hizo entrar en la dominacion del zar seis millones de católicos. Las intrigas y la seduccion se pusieron en juego primeramente para inducir á la apostasía los provincias Ruthenas, cuya mayoría, aun cuando del rito oriental, vivia unida sinceramente al catolicismo por su obediencia á los sucesores de S. Pedro. Una numerosa propaganda de popes las invadió, y sus afiliados pagados por el gobierno tenian la incumbencia de predicar la fe *ortodoxa,* no con la dulzura y persuasion evangélicas, sino con amenazas y con promesas hechas en nombre del emperador. No era para la Rusia una empresa nueva la de procurar la apostasía de las provincias polacas. Los trabajos emprendidos con este objeto por Catalina II son bastante conocidos; sus manejos entablados por medio de los popes para obrar la division religiosa entre los ciudadanos é introducirse despues llenando las funciones augustas de protector de la *ortodoxia,* ocupan un lugar muy prominente en la historia europea del siglo pasado. *Divide et regna* ha sido siempre la política moscovita. La Podolia habia caido ya bajo su dominacion, pero los habitantes se mantuvieron firmes en su creencia, á pesar de las instigaciones de sus tiranos por llevarlos al cisma. Los sucesos de *Onofre Buratewich,* miembro de una de las familias mas opulentas de Podolia y profeso en el instituto dominicano, nos descubre bien algunos de los pormenores de aquella primera prueba, sostenida con tanto heroísmo por el catolicismo polaco.

Pero desde el año de 1835 providencias de otra especie fueron adoptadas por el gobierno del autócrata, poco satisfecho del éxito de las primeras. Estas se redujeron á cerrar las escuelas católicas, quedando sus individuos obligados á buscar su instruccion primaria en las fuentes viciadas del cisma y de la herejía; el uso de la lengua polaca fué prohibido bajo severas penas en todos los establecimientos; los gobernadores de las provincias tuvieron órden de auxiliar

con fuerza armada las disposiciones de los popes, concernientes á introducir el cisma en el pueblo, dado caso que este lo resistiese; los templos católicos no tardaron en ser convertidos en iglesias rusas, y en vez del culto solemne y majestuoso de la liturgia de Occidente con que en aquellos se daba culto á Dios, se entablaron las ceremonias orientales con la lijereza y falta de seriedad que distingue á los sacerdotes *ortodoxos*. Las medidas adoptadas por estos para llenar su mision, será eternamente uno de los mas feos borrones que manchan la Iglesia nacional de Rusia: la knuta sangrienta, la confiscacion y el destierro estuvieron á la órden del dia en aquel país desgraciado desde 1837, hasta el punto de hacerse vulgar en el imperio el dicho: «La Siberia será convertida en un reino, miéntras la Polonia quedará destruida;» mas á pesar de esto en aquel año no alcanzaron á veinte y un mil los individuos que abrazaron la comunion *ortodoxa*. Hasta qué punto subieron la coaccion y la violencia en el tiempo posterior, nadie lo ignora. Los pormenores de los combates sangrientos que los católicos ruthenos fueron llamados á sostener en esta ocasion, recuerdan las épocas de Decio y Diocleciano. «Á la knuta, ya bendita de antemano y mandada aplicar á los católicos por la piedad incomparable del emperador, se añadieron las bayonetas, las lanzas y los cañones; no obstante, el número de las apostasías no fué superior, y la fe de los apóstatas tan vacilante que nuevas leyes, las mas ignominiosas para el poder que las dictó, fueron necesarias para impedir su vuelta al seno de la comunion católica del que una mano violenta les habia arrancado: las penas de confiscacion de bienes, prision y destierro fueron al mismo tiempo sancionadas contra los sacerdotes católicos que administrasen sacramento alguno al que abandonase el cisma ruso para volver al seno del catolicismo (1).» Á todos los católicos del rito griego unido se

(1) Varias leyes en mayo de 1843.

pretendió forzar á suscribir el cisma ruso en 1839, y los sucesos de esa misma data nos imponen suficientemente del espíritu que animaba al autócrata al realizar el inicuo proyecto de violentar las conciencias de sus vasallos, haciéndoles abrazar una religion que rechazaban con toda la energía de su alma.

El sínodo nacional, tan intolerante y tan falto del verdadero espíritu del cristianismo como el autócrata, de cuyas violentas pasiones no es mas que ciego instrumento, impulsó por su parte la horrenda persecucion levantada contra los católicos. Asombra observar la conducta guardada por individuos que se dicen ministros de Dios y depositarios de su fe; asombra verles con espada desnuda persiguiendo á cristianos conciudadanos suyos, llevando á unos á la knuta, condenando á otros á expatriacion, é intimidando á todos por medio de sus popes convertidos en verdugos. En la relacion formada por este tribunal de la conversion de los Ruthenos, se habla « de la fuerza irresistible de la *ortodoxia,* y de la grande influencia que esta ejerce en las provincias meridionales del imperio, de los nuevos templos que se consagran á su culto y de la emigracion al Cáucaso de los que han rehusado abrazar la creencia nacional. » ¡ Ved ahí á los pretendidos jueces de la fe formando su propio proceso ! Á la historia contemporánea tocará solo aclarar estos hechos, bosquejados ya por el hipócrita tribunal supremo de la *ortodoxia.* Mas ya lo ha hecho; y con su auxilio conocemos que por una parte las seducciones y las promesas de los agentes del gobierno, y por otra la fuerza bruta empleada por el poder civil, los vejámenes inauditos de los popes, los golpes de la knuta, las prisiones y el destierro han arrebatado á la Iglesia católica un número crecido de individuos del rito griego unido en las provincias Ruthenas, que formaron parte en otro tiempo del reino polaco, y conocemos qué el gobierno ha obligado á los católicos á levantar á sus expensas templos para el rito griego

ruso, y á emigrar al Cáucaso á todos los que rehusaron suscribir el cisma de los sucesores de Focio. Miéntras tanto, al lado de los hechos que hipócritamente refiere el sínodo, nosotros colocaremos todavía algunos mas. — Las inmensas riquezas secuestradas á los templos y monasterios católicos entraron en el tesoro del zar (1), y sus esclavos pasaron á ocuparse en trabajos de este mismo, á excepcion de algunos cedidos á los miembros del *santísimo sínodo, para compensarles el celo que les inflama por la exaltacion de la ortodoxia.*

Un individuo, á quien la crueldad del autócrata ó de sus agentes ha hecho célebre, viene á figurar en primera línea en la historia de estos sucesos. ¡Sor Makrena Mieczyslawska! Por horrorosos que sean los hechos que entraña la triste relacion de los padecimientos de esa heróica religiosa á una con su comunidad, no es por eso ménos cierta, ni deja de representar muy al vivo la situacion del catolicismo en las provincias del reino polaco, sometidas á la espada del autócrata. Yo, despues de haber visitado la Polonia, despues de haber tratado diversas personas que corrieron suerte semejante á la de sor Makrena, y despues de haber juzgado por mí mismo la espantosa esclavitud en que vive sumido ese país heróico y digno de mejor suerte, no tengo la menor duda de la realidad de los diversos actos que componen aquel sangriento drama. Efectivos son los trabajos forzados á que vivieron sometidas personas delicadas del sexo débil durante siete años; efectivas las flagelaciones repetidas sufridas por las mismas con admirable constancia; efectivas las lúbricas orgías en cuyo calor los popes y las czernizes tramaban la serie de padecimientos con que habian de afligir á las inocentes religiosas; efectivos los ultrajes cometidos en ofensa de su persona, de su pudor y de su inocencia misma; efec-

(1) Importaban aproximativamente 549,732,118 rublos, á los que se unian 50,468 esclavos.

tivos los asesinatos que cerraron el sacrificio de algunas de aquellas ilustres víctimas en presencia de un pueblo entero; y efectiva, en fin, la serie de sufrimientos que no concluyó sino con la fuga de cuatro que resolvieron aprovecharse de la ocasion que les ofrecia la frecuente embriaguez de sus guardianes y verdugos y con la vida de las demas. Mas las escenas sangrientas de las heróicas Basilias de Minsk no nos representan mas que el tipo de las persecuciones que en la misma época sufrian las Carmelitas, las Catalinas y Claras en diversos puntos de Polonia, de las que sufrieron ántes los Jesuitas allí mismo, y de las que han sufrido durante tres siglos y sufren hasta hoy los Dominicos en la Rusia entera.

La naturaleza tiembla contemplando que tales hechos hayan podido realizarse en un país que se dice *cristiano*, bajo el gobierno del monarca que se llama *defensor de los cristianos*, y á la mitad de un siglo tan civilizado como el nuestro. La vergüenza debió oprimir sin duda al autócrata, cuando en presencia de Gregorio XVI suponia serle desconocidos totalmente. El soberano mas despótico de la Europa, agobiado por el peso de sus enormes injusticias, se arrodilla delante de un monje octogenario, á quien la dignidad de Vicario de Jesucristo constituye jefe y defensor de aqeullos oprimidos. El llamó *padre* al Pontífice Romano, cuya autoridad rechaza, cuyas funciones le usurpa, y cuya soberanía espiritual persigue á muerte; le llamó *padre*, del mismo modo que pudiera un hijo sublevado contra el poder sacrosanto de su padre. Aun mas, le preguntaba: qué haria de tantos millones de súbditos que Dios habia sometido á su obediencia; y á la vez sublevaba su conciencia contra esa misma voz augusta cuyo oráculo consultaba, afectando una tímida conciencia, desmentida en mil ocasiones por los hechos. Su lenguaje era entónces tan falaz y tan poco digno de un grande soberano, como son indignos de un mandatario cristiano aquellos hechos que motivaban las quejas

del Pontífice. Protestaba su inocencia, y prometia repararlos con medidas llenas de benignidad y tolerancia; y apénas vuelve á ocuparse en San Petersburgo de los negocios de gobierno, cuando declara guerra á muerte á los conventos dominicanos, único instituto católico que ha sobrevivido en Rusia á la persecucion sistemática establecida por los zares contra las raras comunidades religiosas que subsistian en el imperio. Expele á los religiosos de Vilna, se apodera de sus rentas que aplica al Tesoro nacional, de su biblioteca que une á la pública de Varsovia, y de su convento é iglesia que da á los Basilios cismáticos. Ocho conventos del mismo instituto corren en seguida igual suerte que el de Vilna; prohibe se hagan votos en los que restan, á no concurrir en los novicios calidades poco ménos que imposibles, y que deberian ser aprobadas por los agentes imperiales. ¡Prometia repararlos! y grava poco despues con un nuevo impuesto á los católicos que hagan bautizar á sus hijos por el párroco de su comunion (1), logrando de este modo que los miserables, sin caudal para satisfacer una gabela semejante, prefieran llevarlos á los popes, sobre cuyo bautismo no cobra el zar tributo alguno. ¡Prometia repararlos! y manda á las nieves de la Siberia cinco religiosos, acusados de estar en comunicacion con sus superiores de Roma (2), pone en la cárcel y destierra al religioso que desempeñaba las funciones de párroco católico en Odesa, porque se niega á traspasar su jurisdiccion, bendiciendo un matrimonio mixto, y cierra absolutamente para todo sacerdote católico extranjero la entrada al vastísimo territorio de su imperio. ¡Prometia repararlos! y se hace sordo á las reclamaciones del Papa, para que no ponga trabas de todo género á los vicarios apostólicos en el libre ejercicio de sus funciones espirituales sobre sus fieles, y para que permita á los párrocos

(1) 1842.
(2) 1849.

desempeñar su ministerio entre los católicos. ¡Prometia, en fin, repararlos! y cierra la mayor parte de las escuelas dirigidas por católicos, y pretende en las pocas que permite continuar abiertas introducir libros que contienen doctrinas opuestas á la fe de la Iglesia universal. Esta persecucion se alarga sin que la alteren ni la modifiquen ni el tiempo, ni los principios de justicia que sustituyen en otros gabinetes al absolutismo que alguna vez sirvió de base á sus procederes.

La Europa entera conoce el tratamiento que del zar acaba de recibir el prior del convento de Santa Catalina de San Petersburgo, cuando, tratando de llenar una comision recibida de la curia de Roma relativa á la canonizacion de un individuo de su órden muerto en Polstok, envió al convento de este lugar el rescripto de Su Santidad, que ordenaba evacuar ciertas diligencias. El negocio, por su naturaleza, llegó al conocimiento de algunos y tambien al emperador. La policía de Polstok no tardó en allanar el convento, y en apoderarse del expediente en que figuraban los breves del Papa, cuya lectura descubrió la comision recibida por aquel prelado. Un comisario del emperador se apoderó de su persona en la média noche, y sin permitirle tomar sus ropas, ni ménos dar alguna disposicion en órden á su comunidad, le sacó de San Petersburgo, sin que nadie haya sabido hasta hoy la suerte que cupo á este individuo respetable por su ciencia y por su piedad. Contra él existian desde atras las quejas del metropolitano y de sus protopopes, que le acusaban de ser el instrumento de algunas conversiones obradas entre la nobleza, y especialmente de la de una familia entera que habia hecho su abjuracion pocos dias ántes. Una órden dada por el jefe de policía á nombre del emperador mandó al subprior llenar los oficios del preso. ¡Con hechos semejantes ha cumplido el zar las promesas hechas al Pontífice Gregorio!!!

Pero esa fe que vivió bajo la cuchilla de Neron y Domi-

ciano, y se conservó íntegra en medio de las hogueras encendidas por Sapor para reducir á cenizas á los adoradores de la Cruz, se conserva tambien sin mengua bajo la knuta del zar. Ella espera siempre, y su esperanza la salva. — En Petersburgo existen cerca de veinte mil católicos; pocos ménos son los de Moscou, y en casi todos los pueblos grandes del imperio hay un considerable número de la misma comunion. De entre las personas que se distinguen por su nobleza, un número grande profesa fuertes simpatías al catolicismo, que consideran como la única comunion que garantiza al hombre la divinidad incontrovertible de su fe, mostrándole su marcha seguida sin interrupcion desde Jesucristo hasta nuestros dias, y que seguirá desde nosotros hasta la consumacion de los tiempos, en que volverá al cielo, de donde descendió, tan pura como la predicó su divino Autor. Las abjuraciones del cisma no son raras entre estas personas, no obstante la certidumbre que les asiste de que un paso semejante les hará perder para siempre las ventajas de su posicion social, así como al mediador de su reconciliacion con la Iglesia católica la paz y el propio hogar. Los obispos de Cherson, Mohilow, Polosko y Samogizia tienen en Rusia el cuidado de estos fieles bajo un delegado apostólico especial que reside en Vladimiria. He indicado ántes que los Padres Dominicos conservan aun algunos conventos en las provincias del imperio, y esto á pesar de las severas pruebas por que ha tenido que pasar su constancia para no abandonarlos.

La Europa toda conoce, repetimos, la muerte cruel dada en la Crimea á un misionero dominicano, enterrándole vivo porque se negó constantemente á dejar la mision que le encomendaron sus superiores, porque su virtud ejemplar ofendia la relajacion de los popes, y hacia aumentar cada dia el número de los católicos. La Europa entera, decimos, en fin, conoce la causa por que fueron cinco mas encerrados en los calabozos, y desde allí internados á las

minas, donde terminaron su apostolado pereciendo entre la nieve, y recordando al mundo con su muerte los baños helados de Sebaste, en que el furor de los tiranos procuró extinguir el fervor de los cristianos primitivos. Pero el instituto dominicano, siempre tan fiel á la unidad católica y tan constante en su adhesion á la fe universal, sostiene hace tres siglos el mismo género de combates en que allí muriendo triunfaron Sadoc en Sandomiria y Pablo con ochenta mas en las márgenes del Danubio. Penetrando el interior de estos asilos de piedad, bien se deja conocer la espantosa tiranía que pesa sobre ellos. Una ley imperial prohibe reparar sus edificios, y mucho mas embellecerlos con cualquier género de ornato. El de Petersburgo, situado en la *Perspectiva Newski*, la mas bella calle de la capital del imperio, tiene un aire de tristeza que se deja percibir tambien en la comunidad. La iglesia no es magnífica, pero sí muy decente, y sus claustros silenciosos. En Rusia, la tolerancia no tiene por garantía ni la opinion pública, ni la constitucion del Estado; como todo lo demas, es una gracia otorgada por un hombre, en cuya mano está retirar mañana lo que concedió hoy. Á los conventos están anexos algunos pequeños seminarios, donde son preparados los que se educan para el sacerdocio, y á las parroquias servidas por los mismos las escuelas para los niños de ambos sexos. Los conventos existentes despues de tantas persecuciones son apénas quince, y los religiosos esparcidos en las diversas misiones de Rusia, Lituania, Crimea y demas provincias del imperio llegan á ciento cincuenta. La estricta prohibicion que impide á los sacerdotes católicos extranjeros entrar en el territorio ruso priva á los misioneros de tantos poderosos auxiliares que vendrian á ayudarles en el trabajo de propagar la verdadera fe en aquel vasto imperio, sumido en las tinieblas del cisma y de la herejía.

Las misiones de la Lituania hacen frecuentes conversiones entre los protestantes luteranos. El protestantismo de la

Lituania es, á mi ver, un hecho material mas bien que formal : tal es la ignorancia en que viven respecto á la religion la mayoría de los que se dicen protestantes, que no distinguen al protestantismo del catolicismo, ni á este de sus disidentes. Miéntras tanto la supersticion, el fanatismo y un tejido de ridículas preocupaciones, ved ahí lo que forma su religion. Hechos frecuentes y muy conocidos nos dan derecho para juzgar así : entre otros muchos, conocemos uno sucedido en un pueblo pequeño el dia de Resurreccion (1). Un paisano hizo presente al pastor hallarse poseido del demonio. Reunida la congregacion á la hora de los oficios, el pastor le hizo saber el mal de que se quejaba aquel, y luego despues principió en la sacristía el acto solemne de su exorcismo, dando de palos al infeliz creyente, que los sufria sin quejarse, atado fuertemente á una argolla. Tales fueron los golpes, y tanta mas aun la resistencia de Satanas para salir, que el infeliz murió en el exorcismo. Mas el pastor creyó que dormia : en este estado le encontró la policía, cuando informada del suceso llegó allí para indagarlo y apoderarse de los culpados. Nada se inmutó el pastor cuando se vió preso por los gendarmes ; pues, como decia á estos, despues de pocas horas aquel infeliz habia de volver en sí libre de su antiguo mal, y él seria entónces puesto en libertad con mucho honor. Á hechos de esta naturaleza son á los que aludimos al decir que hombres capaces de llevar tan léjos su ignorancia supersticiosa carecen necesariamente del verdadero espíritu y de la ilustracion cristiana que los rechazan y los condenan.

La marcha del catolicismo en Rusia bajo el sistema opresor de los zares, luchando con la persecucion encarnizada, y sometidos tantas veces á la knuta sangrienta, es un prodigio tal como el que la Iglesia cristiana ofreció al mundo en los siglos de tiranía. Signo de contradiccion entónces,

(1) Marzo de 1853.

apénas dejó las humildes chozas de la Judea, que fueron su primer abrigo, para disputar al paganismo los palacios de los príncipes y el trono mismo de los Césares, cuando los edictos de los reyes lo condenaron á morir en las hogueras, en los patíbulos y en las catastas preparadas por la crueldad de los tiranos. Signo de contradiccion aquí tambien, se ve envuelto en la tempestad que le levanta el poder de su perseguidor; pero el que allá triunfó del mundo entero, acá desafia tambien ese mismo poder, descansando inmutable en la promesa del que le aseguró su eterna duracion. Será perseguido, habrá de gemir bajo los hierros de los calabozos, la confiscacion y el destierro le diezmarán; pero miéntras tanto subsistirá hasta la consumacion de los siglos, *porque las puertas del infierno jamas prevalecerán contra él.*

## CAPÍTULO XXIX.

Polonia. — Varsovia bajo la dominacion moscovita. — Seis millones de católicos triunfarán al fin. — Los condenados á la Siberia. — Una historia que descubre los sufrimientos de tantas víctimas. — Cracovia. — Primeras impresiones. — Visita á la catedral. — Sepulcros de héroes. — Un héroe de otra especie. — Lance curioso. — La Universidad. — La tumba de S. Jacinto. — Los Premostratenses de Bielani. — Silesia.

No quiero tocar de nuevo la cuerda destemplada que lleva el alma á considerar horrores que serán por siempre el borron de nuestro siglo; no quiero pasear la imaginacion por campos arrasados por la guerra, ni por pueblos que el fuego redujo á pavesas, ni por ciudades que la persecucion dejó desiertas; no quiero fijarme en esas grandes capitales por cuyas calles atravesando no encontraba á cada paso sino ruinas, que se dejan contemplar en medio del silencio mas profundo. ¡Varsovia.... Cracovia!.... ¡Cuántas impresiones recibe el alma visitando estas ciudades, en otro tiempo célebres y hoy reducidas por la adversidad á poco ménos que un monton de escombros! ¡La corte de los Boleslaos y Casimiros, cuyas glorias oscurecieron las hazañas mas esclarecidas de los héroes contemporáneos, y subiendo siglos mas distantes, el reino de Krakus y de la bella Wancla, cuyos hechos conservados por la tradicion han dado orígen á mil leyendas populares en Polonia! Pero tal es la condicion de lo humano; nada es durable de cuanto pertenece al hombre: ¿quién hoy mismo podria asegurar estar muy

distante la época en que el viajero visite las ruinas solitarias de Lóndres y Paris, cuya grandeza admiramos sorprendidos?

La dominacion del zar se dejó sentir sobre Varsovia mas que sobre alguna otra parte de Polonia. Como la mas rica y mas floreciente ciudad del país, se la creía con mas recursos para intentar la rebelion, y se la afligió tambien mas y mas para debilitarla hasta reducirla á la miseria. En vano se buscaria hoy alguna de esas gloriosas instituciones científicas que fueron en otro tiempo su orgullo y ornamento; en vano la inmensa biblioteca, una de las mas copiosas y mas selectas de Europa; y en vano los objetos grandiosos que en otro tiempo encerraron los palacios que, cual inmenso anfiteatro, se dejan admirar, dominando la que medio siglo atras se llamaba capital de la Polonia. Nada queda fuera del despotismo militar que pesa sobre sus desgraciados ciudadanos; nada fuera de lágrimas que derraman inconsolables las esposas, los hijos y las madres de mil víctimas que trabajan en las minas de la Siberia, ó soportan los horrores del destierro en naciones remotas; ni nada sino el aspecto grosero de los popes y de los militares rusos, que emplean la fuerza para introducir la *ortodoxia* en las conciencias eminentemente católicas de seis millones de Polacos. En los colegios y en las escuelas se echará ménos la lengua nacional, prohibida por ukase del emperador, en las instituciones nacionales se percibirá el desaliento que acarrea el despotismo; pero á la vez en todo corazon polaco se encontrará vivo é indeleble ese amor á la patria que en todos los siglos hizo de Polonia el santuario de la libertad.

El clero católico, á quien repetidas veces los agentes imperiales han asegurado en nombre de su soberano la libertad en el ejercicio de sus funciones sacerdotales, no goza alguna, ni aun aquella que absolutamente necesita para desempeñar las que son de primera necesidad. Él no puede predicar sin que sus sermones sean revisados ántes por una

comision nombrada por la autoridad civil. — Él no puede recibir las abjuraciones que frecuentemente vienen á ofrecer los que fueron obligados á entrar en la *ortodoxia,* apostatando del catolicismo. — Á él está vedado administrar el bautismo á los recien nacidos, sin que sus padres presenten ántes un boleto del juez territorial por el que conste haber pagado un impuesto crecido que exige el zar de sus vasallos que quieren entrar en la comunion católica romana. — Los obispos no pueden administrar las órdenes á individuo alguno que no haya tramitado ántes un largo expediente ante la autoridad local y esperado su fallo para acreditar sus aptitudes. Nada me admira á vista de todo esto la actitud alarmante que la nacion polaca sostiene constantemente contra el autócrata, que despues de despojarla de su libertad, hostiliza sus creencias de un modo tan atroz. Considerando esta conducta tiránica del zar respecto á la Iglesia católica, nadie esperaria que él abrigase pretensiones de influir en el nombramiento de obispos para la Polonia. Mas el que despues de regar la heróica patria de Casimiro con sangre cristiana, y de sepultar por millares bajo las nieves de la Siberia los adoradores de Jesucristo, ha querido llamarse *protector del cristianismo ortodoxo,* pretendia tambien influir en Roma por medio de su agente diplomático para el nombramiento de los que habian de suceder en el episcopado á los que hizo él perecer en los calabozos ó en el destierro (1). ¡Arrogancia que el sucesor de S. Pedro no podia consentir! La Iglesia hará de vez en cuando concesiones graciosas al que defendió con celo sus derechos heridos por el poderoso, al que desenvainó su espada para restituir á su augusta tiara el esplendor que ajó el déspota ó el demagogo; pero jamas consentirá en robustecer la mano de hierro que desgarra la conciencia de sus fieles; jamas en servir de instrumento miserable para afianzar sobre los

(1) Estas pretensiones se dejaron conocer especialmente en 1853.

pueblos la injusta opresion de los tiranos. Cuando una nacion lo ha perdido todo con su nacionalidad, cuando esa libertad misma que recibió de Dios espiró entre los hierros del cautiverio, á sus individuos queda todavía algo libre: es el pensamiento, es la conciencia. La Iglesia católica, que no tiene otras armas que sus principios para defender los derechos de sus fieles, tiene suficiente energía para gritar al tirano: « Deteneos: no podeis mandar sobre la fe; pudisteis conquistar los pueblos reduciéndolos ántes á montones de ruinas, pero aquí espiró vuestro poder. Ese pueblo que entre las desgracias de que le ha rodeado vuestra ambicion conserva todavía su fe, no encontrará en mí, que vivo para proteger y consolar, nuevos motivos de afliccion.»

La provision de los obispados de la Polonia rusa que han quedado vacantes despues de la invasion moscovita encuentra mil dificultades que opone la arbitrariedad del zar. Pero la paciencia de seis millones de católicos podrá alguna vez gastarse del todo.... El patriotismo de los Polacos, que salvó á la Europa de la dominacion otomana, ¿no tendrá fuerza para libertar alguna vez la propia patria del yugo moscovita? La injusticia suele triunfar; pero como su situacion naturalmente es violenta, y necesita oprimir para conservarse, su imperio no puede ser duradero. La Polonia, separada de la Rusia por costumbres, idioma, genio y religion, no podrá vivir tranquila sometida al cetro de los autócratas.

Frecuentemente hemos nombrado á la Siberia hablando de la Rusia, y no podria ser de otra manera despues que las frecuentes deportaciones por causas políticas y religiosas han dado á esas regiones un renombre tristemente célebre. Los deportados allí por verdaderos crímenes son empleados por lo regular cerca de las poblaciones ó en el beneficio de las minas, en cuyo vecindario se encuentran por lo ménos algunas chozas, y la compañía de otras personas; mas los desterrados por crímenes políticos son internados á

lugares mas distantes, y colocados léjos unos de otros se les señala un distrito que deben recorrer buscando caza. Aquí con nadie tratan ni á nadie ven sino á los osos y lobos, que les han de proveer las pieles que necesitan entregar cada mes al comisionado para recogerlas.

La siguiente historia nos da alguna idea de las escenas que pasan en la Siberia; ellas, por bárbaras que parezcan, están en perfecta armonía con el carácter del gobierno moscovita, que tantas veces hemos tenido ocasion de conocer. — Era el año de 1796, cuando Onofre Buratewich, apénas ordenado subdiácono por el ilustrísimo señor Dembouski, obispo de Kaminick, predicaba lleno de celo exhortando á sus compatriotas á mantenerse fieles en su fe. Como era de esperar, el celoso predicador, arrestado por el magistrado civil, fué cargado de cadenas y sumido en un calabozo, donde recibió repetidas visitas del magistrado, y asimismo el ofrecimiento de los primeros puestos eclesiásticos que le prometia en nombre de la imperatriz, caso que abrazase el cisma nacional. El generoso confesor permaneció constante; pero su paciencia y su magnanimidad fueron luego sometidas á nuevas pruebas. Conducido á Tobolsk, azotado ignominiosamente por mano de verdugo, llamado á frecuentes interrogatorios entre los criminales, puesto tres ocasiones en la knuta, que dejó sembrado su cuerpo de hondas heridas, fué al fin vestido de groseras ropas y mandado á la Siberia. Allí cerca de millares de compatriotas que vivian en fosas cavadas en la nieve, y á quienes jamas tuvo el consuelo de ver, sin otro menaje que el fusil y municiones que reciben los condenados para emplearse en la caza, y sin otra provision que un poco de galleta negra que concede á sus presos políticos ó religiosos la munificencia del zar, la caza de osos, de tigres y de lobos debia proveerle de comida, y la piel de estos animales enriquecer al emperador, que le castigaba injustamente. El inspector le visitaba cada mes, acompañado de dos popes; aquel recogia las pieles de la

caza, y estos le colmaban de maldiciones, porque no abandonaba sus principios religiosos.

Tres años iban ya corridos de martirio, y Onofre Buratewich no habia podido ver á ninguno de los otros condenados, porque las fosas distan mucho las unas de las otras, y la nieve cubre con frecuencia el rastro que podria seguirse para encontrar alguna. Extraviado llegó cierto dia cerca de una de ellas. Un hombre estaba tendido; él creyó que dormia, y tirándole de la mano se propuso dispertarle. Mas esa mano se desencaja.... el hombre que veía era un cadáver. Una cruz pendiente de su cuello, y en la que estaba escrito un nombre, le hizo ver en el muerto al obispo Dembouski. Era el de este, en efecto, el cadáver que miraba; y aquella mano yerta que él habia apretado, tomándola por la de un vivo, era la misma que alguna vez, extendida sobre su cabeza, le habia segregado de los hombres y consagrado al ministerio del altar. El hambre, el frio y todos los horrores de su situacion le habian hecho morir... Diez y siete años despues Onofre estaba aun en la Siberia, y su vida era casi concluida cuando la amnistía del emperador Alejandro vino á librarle de aquel tan espantoso como dilatado suplicio. Cualquiera ha de percibir en esta triste situacion que arrastran los católicos bajo la dominacion del zar, la misma que soportaron los mártires bajo el cetro de los emperadores enemigos del nombre cristiano.

Las primeras impresiones que me causó Cracovia no podian ser muy diversas de aquellas que se reciben en Varsovia. Hay no obstante una gran diferencia entre la situacion de la Polonia rusa y la que sufre la Polonia austríaca : aquella soporta una doble tiranía; despues de ser sometida por la fuerza, se la persigue por sus creencias, se la combate incesantemente por causa de su religion, á la vez que se prohibe en las escuelas el uso de su idioma nativo; miéntras que la Polonia austríaca es solamente político el yugo que soporta. No obstante, el aspecto terrible de esta ciudad, to-

mada y asolada por la guerra de 1847, incendiada en gran parte en 1850, despoblada por emigraciones y por expatriaciones, seria tambien como los montones de escombros que se divisan en medio del desierto de la Tebáida, á no quedar aun una parte pequeña de la poblacion que habitó en otro tiempo la primera capital del reino polaco, la *segunda Roma*, como fué llamada en algun tiempo por el brillante esplendor de sus riquezas. Pero la mayoría de los habitantes de Cracovia son, como los de Varsovia, pobres, medio desnudos, andrajosos y descalzos. Una multitud de judíos se encuentra por las calles, quienes con su barba larga y espesa, con su hábito talar y su gesto desagradable, aumentan la monotonía de esta tristísima ciudad. Acompañado por uno de estos que tenia oficio de *ciceroni*, me eché á correr por aquellas calles, casi solitarias pero llenas de interesantísimos recuerdos.

La catedral, una de las mas antiguas y suntuosas de Europa, verdadero museo histórico en el que se ven representados en oro, plata, piedras y maderas exquisitas los hechos y personajes importantes del reino de Polonia, ha presenciado desde el siglo once todos los acontecimientos importantes de Cracovia. En el centro de la inmensa basílica se ven todavía vestigios del antiguo trono donde los reyes se sentaban el dia de su coronacion, y el coro inmediato á este lugar recuerda los funerales que se hacian por los mismos soberanos. Allí el escudo, la espada y el yelmo del rey muerto eran quebrados al pié del altar, al mismo tiempo que su cadáver bajaba á reposar en las entrañas de la tierra. Pero ¡cuántos nombres ilustres de reyes, de príncipes y de generales se leen allí! ¡Cuántas glorias nacionales se ven representadas en estandartes arrebatados al enemigo, en trofeos alzados á los guerreros victoriosos y en dones ofrecidos al templo despues de batallas ganadas al enemigo! Casimiro el Grande, Ladislao IV, Juan Sobieski, Cociuszko y Poniatowski, los reyes y los guerreros mas famosos de

Polonia, aquellos cuyas glorias son las de la patria allí descansan... Pero esas glorias pasaron... ese trono ya no existe, esa patria pereció... un silencio profundo reina sobre todas aquellas tumbas; y nadie se acercará para coronarlas de flores en los grandes aniversarios de la nacion. « Dios solo es grande : la fortuna es inconstante, » decia aquí mismo un sabio en presencia del conquistador Cárlos Gustavo que acababa de tomar á Cracovia; y ciertamente no hay verdad que palpe mas de cerca quien se detenga á contemplar sobre los recuerdos que encierra el templo metropolitano de Cracovia.

Un solo monumento existe entre tantos cuyo héroe recibió veneracion bajo el imperio de todas las circunstancias y de todas las vicisitudes que atravesó el reino de Polonia, porque sus glorias no están ligadas con hechos de armas ni con la fortuna del guerrero que da celebridad á uno con el abatimiento del otro. Este héroe, sin derramar sangre, vertió la suya, ciñendo su frente con la auréola del martirio. Víctima de la injusticia de un príncipe, legó al mundo ejemplos gloriosos de amor á la justicia que cien generaciones citarán todavía con respeto, repitiendo el nombre siempre ilustre del invencible Estanislao. Su sepulcro está enriquecido no con los despojos de enemigos vencidos, sino con las ofrendas que le presentan corazones reconocidos á señalados beneficios que recibieron de su munificencia y de su amor.

El riquísimo tesoro de la Iglesia conserva aun alhajas de precio inestimable, no tanto por su valor intrínseco cuanto porque en ellas se nos legan documentos irrecusables de otra época mas feliz para la fe. Un cáliz que trabajó por sus propias manos Ladislao I, una casulla bordada por la princesa Cunegunda, y los paramentos sacerdotales, obra de la reina Ana, prendas son todas estas así de la piedad de sus artífices como del hábito de trabajo de los príncipes que no podria ménos de influir en las costumbres de sus vasallos.

Los vicios que suelen acompañar á los grandes son incompatibles con la larga y asidua fatiga que acreditan estas obras, y mucho mas incompatibles aun con el fervor sincero y ardiente que ellas prueban.

Salia del templo llena mi imaginacion de estas ideas, y deteniéndome para tomar nota de un letrero que orna el centro de su soberbio fróntis, al instante el cabo de la guardia vecina, llamado por el centinela que me observaba, se acercó á mí para ver qué era lo que yo apuntaba. ¿Creeria acaso que hacia alguna observacion sobre las fortificaciones que rodean el palacio real contiguo á la catedral? ¿Creeria que me ocupaba de la ciudadela en que están contenidos ambos edificios? Yo no lo sé. Pero ni la ciudadela ni sus fortificaciones eran el objeto de mis notas.... El militar tuvo ocasion de persuadirse leyendo: *Exaltare super cœlos, Deus, et super omnem terram gloriam tuam.* Tristes son las impresiones que dejan hechos de esta naturaleza: ellos arguyen que la autoridad que vigila hasta ese extremo lo que pasa en su territorio no se apoya tanto en el amor de sus gobernados cuanto en la fuerza que le prestan las bayonetas de que dispone. En Cracovia eran para mí aquellas todavía mas profundas, pues oía en todas partes que el obispo, anciano y achacoso, acababa de morir en el destierro. ¿Qué influencia política podria tener un hombre que contaba ochenta y dos años de edad, y á quien sus enfermedades le tenian colocado desde mucho tiempo atras en los umbrales de la muerte?

La antiquísima universidad de Cracovia y la academia de Santa Ana, á ella anexa, han podido sostenerse á pesar de las convulsiones políticas de la guerra y de las calamidades sin número que han devastado este desgraciado país. Verdad es que, comparando su estado actual con el de otro tiempo, podrá llamarse apénas débil sombra de un esplendor pasado; la universidad de Cracovia, que llegó á registrar, en el año 1400, cerca de quince mil alumnos, venidos de toda la

Alemania y de Hungría para asistir á sus cursos, hoy cuenta apénas cuatrocientos que concurren, y entre estos algunos eclesiásticos enrolados en la universidad para obtener grados académicos. Mas feliz Cracovia que Varsovia, ha conservado su preciosa biblioteca, en la que existen treinta mil volúmenes y dos mil antiguos manuscritos. Si hoy lás ciencias no tienen allí entre sus estudiantes ese lustre que la hacia tan célebre como la de Paris, cúlpese á discordias que dividieron á los ciudadanos; cúlpese á las ruidosas disputas de dos siglos entre los universitarios y los Jesuitas; cúlpese, en fin, á las repetidas variaciones hechas en su sistema bajo la monarquía, la república y el imperio, que sucesivamente presidieron los destinos de Cracovia; mas nada de esto disminuirá ni un ápice el mérito de los Polacos, siempre tan celosos de la ilustracion y de la gloria de su país.

Pocas universidades cuentan entre sus bienhechores un número tan crecido de individuos particulares como la de Cracovia: prescindiendo de los obispos, protectores siempre los mas decididos de las ciencias, los párrocos, los profesores, los nobles, los simples ciudadanos, las señoras mismas parece haberse disputado la noble satisfaccion de cooperar con sus ofrendas al esplendor de un establecimiento destinado á desarrollar las luces en el seno de la nacion. Mil hombres eminentes, gloria de diversos ramos del saber humano, prueban hasta qué grado llenó su objeto la universidad de Cracovia. Nosotros les pagámos un justo tributo visitando sus cenizas en la iglesia de Santa Ana. Dos arrebaron entónces principalmente mi admiracion. ¡Copérnico... el gran Copérnico! Yo contemplaba su estatua de pié sobre su modesta tumba, y me parecia oirle desarrollar en las aulas de la universidad su nuevo sistema, que conmovió la sociedad entera. ¡Juan Kancio! Su sepulcro lo sostienen todas las facultades, porque en todas brilló su ingenio esclarecido, pero aun mas porque á todas edificó con los ejemplos de su

esclarecida virtud. Las altas columnas y los preciosos mármoles que embellecen estos dos monumentos caerán derruidos algun dia; el templo mismo y la universidad, monumentos seculares en los que tantas generaciones de hombres sabios legaron al mundo las herencias preciosas de la virtud y de las ciencias, perecerán tambien. Vendrá dia en que el viajero no encuentre mas que montones de escombros donde florecieron instituciones que fueron la primera gloria de una nacion heróica é ilustrada; mas ese sabio que atravesó la Europa para visitar las ruinas de un pueblo que, como Cartago y Esparta, sucumbió lidiando por su libertad, al pasearse sobre las caidas columnas del templo de la academia: « Aquí, dirá, estuvieron los sepulcros de Juan Kancio y de Copérnico.... » La inmortalidad es privilegio del verdadero mérito.

La tumba de san Jacinto es monumento que no puede visitar el extranjero sin admirar la magnificencia de sus fundadores: los mármoles mas bellos, las esculturas mas costosas, las piedras y los metales mas ricos fueron empleados con profusion para honrar en él la memoria del patron de los Polacos. El incendio que devoró una parte considerable de Cracovia en 1850, deterioró tambien esta obra, que hoy no parece mas que pálido reflejo de lo que ántes fuera. Este monumento, despojado de sus preciosidades, subsiste todavía en medio de montones de piedras calcinadas por el fuego, de chapiteles despedazados y de escombros de toda especie, semejante al árbol solitario que en tierra inhabitada permanece cual postrer recuerdo del desolado jardin. Una cosa, á pesar de todo, ví conservarse intacta en rededor de este sepulcro: ese espíritu fuerte, activo, generoso que animó aquellas cenizas y hoy anima á sus hermanos que, como los profetas que sobrevivieron al cautiverio, habitan entre las ruinas de Sion y en las soledades de Cedar. ¡ Cuántos encontré entre estos buenos religiosos que habian vivido largo tiempo en la Siberia! ¡Cuántos otros que atravesaron

á pié, escapando de la persecucion del zar, las provincias mas vastas de su imperio!

Las órdenes monásticas conservan por lo general en el reino polaco su fervorosa disciplina; y uno de los motivos que á mi juicio ha obrado este efecto saludable, es la accion directa que sobre ellas han tenido sus jefes superiores. No olvidaré las impresiones que experimenté visitando el monasterio de Bielani, tan célebre por su rigidez desde dos siglos atras. Bajaba de la colina de Kociuszko, desde cuya altura largo rato habia contemplado las campiñas desiertas de los alrededores. Los movimientos del Vístula describian un inmenso territorio, pero ni un individuo se divisaba atravesando este para cargar las embarcaciones que habian de exportar las ricas manufacturas de Cracovia, ni el caudaloso rio contenia un solo esquife miserable sobre sus aguas. Cracovia parecia un inmenso monton de ruinas sobre las que reinaba un pavoroso silencio... Descendí, y despues de atravesar durante média hora una selva espesa, descubrí el monasterio de Bielani. Ninguna persona se veía por allí; entrando al monasterio, vimos en la iglesia reunidos los monjes para el canto de la *Salve*. No me admira que Bernardino de Saint-Pierre se arrodillase por un movimiento involuntario oyendo los acentos majestuosos de un coro de Capuchinos. Yo, delante de los Camaldulenses de Bielani, delante de la devocion profunda que se dejaba ver en cada religioso, oyendo los acentos acordes de tantas voces que resonaban en aquel desierto, siempre silencioso, percibí hasta dónde puede animarse ese sentimiento que revela bien á nuestro espíritu la grandeza incomprensible de su soberano Autor y le anonada en su presencia. Los monjes de Bielani, expulsados de su monasterio en diversas ocasiones, como lo fueron todos los regulares de Polonia, han vuelto á él sin que el contagio del siglo ni las vicisitudes de las diferentes épocas que atravesaron les haya hecho perder algo de su primer fervor. La desnudez de los monjes, la

estrechez y pobreza de sus celdas, absolutamente separadas unas de otras, la austeridad de la regla á que viven sometidos, me mostraban bien conservarse aun en el seno del catolicismo el espíritu que brilló en Oriente y en Occidente durante los bellos dias en que vivieron los santos Romualdo, Pacomio, Antonio y Benedicto. ¿Mas qué ventajas reporta la sociedad de una institucion como la de Bielani? Á los que buscan solamente lo material y positivo para satisfacer sus deseos, contestaremos que estos monjes distribuyen en limosnas todo lo que les sobra despues de satisfacer sus escasísimas necesidades. Mas en mi juicio no es este el primero entre los bienes que dispensa: « El alma vale mas que la comida, y el espíritu mas que los vestidos. » Los monjes con sus ejemplos edifican á la sociedad, dispiertan la fe adormecida de una generacion materialista, y condenan las costumbres relajadas de los que no viven sino para el placer. Entre ellos encuentra un asilo seguro el desgraciado; allí va á ocultar sus miserias el arrepentido, y á lavarse con lágrimas de por vida el que insultó á Dios y manchó á la sociedad con crímenes abominables. No vive siempre con el hombre ese incentivo que le arrastra á los placeres; la pena y el remordimiento vienen tras él como castigo que merecen sus delitos; el mundo fastidia entónces, el corazon busca otras compañías, el silencio y el retiro, el dolor y la compuncion le saben mejor que cuantas satisfacciones experimentó: la sociedad ha perdido todos sus atractivos, el individuo quiere abandonarla, porque le es insoportable, sus deseos se hacen cada vez mas vehementes; y cuando en el silencio de la média noche oye el sonido de la campana que llama á los monjes á la oracion, descubre que existe un lugar donde el arrepentimiento encuentra las amistades que le convienen: allá corre; y al entrar, su alma se inunda de gozo, leyendo escrito: « Venid los que estais cansados y fatigados, aquí encontraréis alivio. »

En la provincia de Silesia se deja sentir el mismo movimiento hácia la unidad católica que en el resto del reino prusiano, á que fué agregada con la disolucion del Estado polaco. Mas felices los católicos de Silesia que los de Varsovia y de Lituania, tienen toda la libertad necesaria para asociarse en grandes reuniones populares anualmente, y discutir en público las medidas que deben adoptarse para conservar intacta la independencia espiritual de la Iglesia, que conquistaron con tantos y tan heróicos sacrificios. Estas reuniones se hacen por parroquias y por departamentos, y cada miembro á quien el presidente concede la palabra tiene derecho para expresar su opinion acerca de los puntos que se han de discutir, y para proponer tambien otros nuevos. Estas mismas *asambleas católicas* se han propagado últimamente en las provincias austríacas y del Rhin con provecho incontestable de la causa de la unidad de fe.

## CAPÍTULO XXX.

Imperio austríaco. — Un gobierno paternal. — Los soberanos padres de su pueblo. — Transicion violenta. — Leyes opresoras de José II. — Sus efectos se palpan en el clero y en el pueblo. — ¿Qué debe juzgarse de los Josefistas? — Los disidentes. — Matrimonios mixtos, y efectos que han producido en el Austria. — Los Israelitas. — Deber de las naciones

La Europa vió durante una larga sucesion de años un gobierno que, establecido en su centro, reinó sobre los pueblos, mas por el amor de estos ganado con beneficios que por la fuerza que pudiera emplear para someter su voluntad; mas por la confianza que existia en los vasallos de la rectitud de sus soberanos, que por alguna de esas intrigas que dirige la suspicacia de políticos empeñados en hacer incomprensible á sus gobernados la administracion de los negocios públicos; y mas, en fin, por el influjo de la virtud que conquistaba la adhesion de aquellos, que por medidas administrativas calculadas mejor para deslumbrar que para producir bienes efectivos.

Quien haya recorrido los antiguos Estados de los archiduques de Austria, habrá encontrado por todas partes vestigios nada equívocos de esa tierna solicitud por sus vasallos, que tanto les honró, y cuya memoria será eternamente el blason mas glorioso de aquellos augustos soberanos. En esos obeliscos sobre cuya cima corrieron ya tres siglos, en esas columnas que han visto subir y descender del trono una larga serie de monarcas, y en esos templos soberbios sobre cuyas cornisas y chapiteles se leen los nombres mas glorio-

ses para la nacion, se encuentra consignada la historia monumental del genio bienhechor que presidió en los consejos y en las resoluciones de los soberanos de Austria. Aquellos obeliscos nos recuerdan algun voto hecho á Dios para salvar al pueblo mortificado por plagas; aquellas columnas se levantaron donde un dia, despues de haber corrido visitando á los enfermos en los hospitales y en las habitaciones particulares, se sentaron fatigados para oir á los afligidos que les pedian socorro; y en aquellos templos vinieron á colgar los trofeos militares arrancados á los enemigos de su pueblo. Muchas veces me detuve para leer las inscripciones de estos monumentos, y siempre experimentando esa satisfaccion que inspira en el alma la memoria de bellas acciones, que son el orgullo del linaje humano.

Ningun Estado de Europa manifiesta tantos monumentos de esta clase como el Austria, cuya capital vemos llena de templos, obeliscos y pirámides, que recuerdan los sacrificios que sus monarcas hicieron por el pueblo en todas las edades. Los hospitales y las casas de beneficencia forman el epílogo de esta narracion, presentando los mas entre sus fundadores ó insignes bienhechores algun miembro de la familia real; y el título de *padres del pueblo* que este mismo les dió espontáneamente, es la mas honrosa y mas dulce recompensa que pudieron esperar sobre la tierra. Sobre este título augusto descansaron en las circunstancias difíciles de la patria; y cuando las pasiones, agitadas por ideas revolucionarias, todo lo trastornaban, todo lo destrozaban, sin exceptuar la propiedad ni la vida del ciudadano, «el amor á su soberano no fué desmentido ni un instante por el pueblo austríaco; en los dias de mayor conflicto el emperador atravesó las calles de Viena, recibiendo en todas partes señales de la afeccion mas entusiasta.» La nobleza, los propietarios, los artistas y hasta los trabajadores del campo corrieron á las armas cuando vieron vacilar el trono de Fernando II por los esfuerzos de la democracia, que encerraba en sus

entrañas á los descontentos, á los estudiantes y á los vagos. Todas las clases se conmovieron cuando el puñal del asesino vino á herir al jóven y caballeroso Francisco José, y todo el mundo corrió á depositar sus ofrendas voluntarias para elevar un monumento que recordase la salvacion milagrosa de su vida.

Sin embargo, un largo paréntesis sirve de lunar en esa bella página: hubo una época, y no muy distante de la nuestra, en que uno de esos soberanos, desmintiendo los antecedentes seculares de su trono, separándose de la política tradicional de sus antepasados, y violando los estatutos del imperio, se constituyó en verdadero déspota; é insultando la fe de un pueblo eminentemente católico, cargó de cadenas y redujo á cautiverio la Iglesia de Dios. Este soberano fué José II; y esa larga cadena de infinitos males que han pesado en el Austria sobre la religion, sobre la moral y sobre la conciencia del pueblo, en él tuvo su principio.

Miéntras que los gobiernos protestantes permitian comunicar libremente á los obispos católicos con el Papa, y cuando los sultanes de la Sublime Puerta no se entrometian en averiguar si los vicarios apostólicos de su territorio recibian ó no breves de Roma, á los obispos de Austria se prohibió severamente dirigirse al Papa por otro conducto que el gobierno. Los altos funcionarios de la Iglesia, los obispos mismos y los párrocos fueron considerados como empleados del Estado, y declarados amovibles á la voluntad de este. Los seminarios eclesiásticos fueron emancipados de sus legítimos superiores, y sometidos á funcionarios extraños; las comunidades religiosas recibieron el golpe mortal de esta misma emancipacion; el poder civil modificó los votos de sus individuos; todos los bienes eclesiásticos fueron trasladados al fisco, y la nacion se llamó legítima propietaria de lo que particulares donaron para el culto de Dios, usando del dominio natural que cada hombre tiene sobre su propiedad. La predicacion del Evangelio quedó sometida á un

reglamento, la controversia fué prohibida, abolidas las inmunidades eclesiásticas, y deshecha en un instante por un monarca impío la obra que con trabajo inmenso habian erigido los emperadores mas augustos en diez siglos. Ved ahí en resúmen el contenido de las leyes de José II. Él probó el fruto bien amargo de sus innovaciones: insensible á los ruegos de Pio VI, así como lo fuera al clamor de los obispos, vió con indiferencia venir al Pontífice á pedirle « justicia para la Iglesia de Dios; » hizo alianza con los enemigos dados del catolicismo, sin que esta pudiese suplir la fuerza vital que él quitó al Estado, inspirando con sus violencias descontento y aversion en los ciudadanos. Un ejército enemigo avanzó victorioso hasta el centro de sus dominios (1), miéntras que la insurreccion cundió en los Países Bajos, sublevando los pueblos contra su autoridad. Él tuvo motivos frecuentes para conocer que, invadiendo un poder que no le pertenecia, habia debilitado el suyo. « Sumido en una profunda tristeza acabó sus dias. »

Vanas fueron las tentativas de sus sucesores para volver atras, y restituir á la Iglesia lo que las usurpaciones del trono le habian arrebatado. Las *leyes josefinas* tenian levantada una fuerte barrera al poder mismo de los mandatarios, y era preciso primero vencerla para obtener despues aquel resultado. Tal podemos considerar á los que medraban con el desórden, á los oficinistas especialmente, que se habian apoderado de la Iglesia, y la dominaban de la misma manera que podrian á la aduana ó á la policía. Esta era la honda llaga de la monarquía austríaca. Una legislacion sombría, audaz y despótica habia petrificado todas las instituciones eclesiásticas. Los obispos no eran mas que consejeros de palacio, ni jamas se subia al episcopado sino despues de haberse hecho en las oficinas del gobierno un aprendizaje de los principios jansenistas, que era necesario esparcir en todos los

(1) Youssouf-Pachá en 1786.

establecimientos de la Iglesia. Los magistrados de provincia perseguian á los pastores mas dignos; los párrocos estaban trasformados en jefes de oficina, y aun á veces en agentes de policía. Con muy cortas excepciones los predicadores habian enmudecido, y la palabra de Dios no se oía en los templos sino rara vez. «En los cursos de estudio de la religion se habian adoptado textos condenados por el *Índice* de Roma; y como si quisiera darse á esta un reproche por tales condenaciones no respetadas, se insertaron en el *Índice* de Viena el Expurgatorio y el Breviario Romano. Las sociedades piadosas, las congregaciones y las cofradías aprobadas por el Papa fueron prohibidas por la autoridad civil, y aun á veces por el poder episcopal (1).»

Un desórden semejante, nacido de aquellos avances tiránicos del trono, era el primer muro donde venian á morir los esfuerzos que se hacian por derribar la legislacion josefina, y volver á la Iglesia su libertad perdida. El tiempo le habia dado consistencia, ó, si decir se puede, habia legalizado este monstruoso estado, y la nacion necesitaba sentir y lamentar toda la enorme extension de sus consecuencias ántes de verlo desaparecer. No se hicieron estas esperar mucho: el cuerpo de los obispos contó en su seno individuos que, debiendo su elevacion á este desórden, lo sostenian con todas sus fuerzas, defendiendo las leyes que lo provocaban; una parte muy considerable del alto clero participaba de iguales ideas, y no podia esperarse que el que se educaba con modelos semejantes á su vista fuese ni mas mesurado, ni mas católico. Emancipados los empleados de la Iglesia de la jurisdiccion inmediata á que están sometidos por derecho divino, estos se encontraron sin arbitrios para hacerles llenar las funciones de su ministerio; los negocios seculares, las especulaciones de comercio y todas las demas que prohibe la Iglesia á sus ministros, dieron ocu-

(1) *Coup d'œil sur la révolution autrichienne.* (Mislin.)

pacion á un clero que, despojado de sus rentas, moria de hambre. La instruccion del pueblo fué descuidada por pastores que, sin tener celo suficiente, habian escalado los muros del Santuario, y apoderádose violentamente del rebaño de Jesucristo. Las congregaciones religiosas, auxiliares esforzados de la Iglesia en todas partes, puestas en entredicho con sus legítimos superiores, decayeron de su disciplina; sacados sus miembros de los claustros para servir de profesores en los gimnasios y de maestros en las escuelas, modificado su régimen por autoridad incompetente, y sin llevar los mas el hábito de su instituto, quedaron léjos de llenar su objeto, y mortificando mejor que sirviendo á la causa de la Religion, que con tan noble celo y abnegacion tan ejemplar sirven en otros países de la tierra. El clero en general dejó de ser ese cuerpo compacto destinado á servir de muro á la Casa de Dios, y de salvaguardia á sus mas santos y mas caros intereses : los de la fe.

Tan graves como estos fueron todos los demas efectos que aquellas leyes produjeron en el pueblo. Miéntras que una censura rigorosa prevenia toda especie de publicacion que tuviese su orígen en individuos del clero, sin excluir las pastorales mismas de los obispos, el Austria recibió con entusiasmo el torrente de libros inmorales que le envió la Francia, y se vendian públicamente en Viena como en todas las ciudades y pueblos del imperio. Esta licencia produjo, como era de esperar, notables cambios en las costumbres de la juventud inexperta, y fácil de impresionarse por novedades. Los clubs, compuestos de estudiantes, de abogados y de hombres conocidos solo por sus tendencias revolucionarias, dirigian aquel torrente corruptor, poniendo al alcance de todos las ideas licenciosas que envolvia en sus corrientes. Las primeras necesidades de un pueblo son la Religion y la instruccion : el gobierno, anulando completamente la accion de la Iglesia, le habia quitado los medios de satisfacer una y otra; y sin Religion y sin instruccion, no

teniendo esa barrera de la conciencia, única que puede contener á la multitud, se dispertaron en ella las ideas revolucionarias. El momento llegó, y el Austria vió atónita correr la sangre de sus ciudadanos en diversas provincias del imperio. Uno de sus mas altos funcionarios en la administracion del poder civil baja arrastrado los escalones del ministerio de gobierno (1), y espira acribillado de heridas por un populacho amotinado; la plebe pide la muerte, ó al ménos el destierro para los nobles; los israelitas fomentan las sediciones, y el Estado principia á hundirse violentamente en la anarquía. Los políticos buscan en medio de esta catástrofe espantosa el elemento salvador de la patria; pero ese elemento, blanco de persecucion para esos políticos tan celosos de su autoridad, si no ha sucumbido porque vive identificado con la Virtud divina que lo anima, está aniquilado por los golpes de la tiranía, y pide tolerancia á sus opresores mismos, que se propone salvar. El gobierno conoce, aunque tarde, que hostilizando á la Iglesia ha preparado su ruina, vuelve atras, y como primer acto de reparacion le vuelve la libertad, de que la despojó por los actos mas injustos y mas atentatorios.

Hemos observado que las leyes de José II encontraron eco en algunos individuos del alto clero austríaco, que en estos, en los regalistas y en las autoridades políticas se habian levantado una trinchera que no podrian destruir sino la constancia y la decidida proteccion prestada á los verdaderos intereses de la Iglesia, y que á los jefes de provincia acomodaba este órden de cosas, y lo habian de prolongar, á pesar de la firme voluntad del soberano; y en efecto así sucedió. Los primeros, miéntras que mostraban un celo ardiente por la religion, suscitaban sutiles obstáculos á la voluntad del Papa, y demoraban sin escrúpulo el cumplimiento de disposiciones que pudieran inferir menoscabo á

(1) El conde de Latour.

su jurisdiccion; los segundos á brazo partido luchaban sosteniendo la legitimidad del estado actual, y se empeñaban en poner al pié del trono memorias en que pretendian conciliar la esclavitud de la Iglesia con su libertad y con la tolerancia que se le debe de justicia; y los últimos, aunque ciegos ejecutores por lo regular de las órdenes de su soberano, ni dejaban de ingerirse en los negocios espirituales, ni de imperar caprichosamente sobre los eclesiásticos empleados en la cura de almas, ni moderaban la pretension que desde medio siglo atras abrigaron de someterlo todo á su voluntad. La Providencia, que hace servir los designios, la agitacion y aun los planes mismos de sus adversarios al triunfo de su causa, dió á un jóven la energía de que carecieron sus padres y sus abuelos, y colocándole sobre el trono del imperio austríaco de una manera providencial, restituyó á este, con un acto que reclamaban la justicia y la religion, el esplendor augusto que le dieron las virtudes de san Leopoldo y las hazañas de Cárlos V.

No aventuraria su juicio quien desconfiase de la catolicidad de los adictos á las leyes eclesiásticas de José II; puesto que la independencia espiritual de la Iglesia, completamente anulada por aquellas, es uno de los dogmas que consagra el símbolo de fe que une á los católicos entre sí. Las explicaciones vagas con que los sectarios de Febronio han pretendido disfrazar su conducta, no les vindican mejor que las disertaciones oscuras que los disidentes de todos los siglos han dado de sus sistemas religiosos. El catolicismo es uno, su fe es indivisible, es sobrehumana, y no se presta á las explicaciones que al espíritu de cada cual le plazca darle. Jesucristo le dió la única que le conviene, y todo el que de ella se separa ha de estrellarse sobre esta piedra angular de la fe, y caerá roto en mil pedazos. Los políticos y los letrados, que fueron en Austria los mas incansables enemigos de la Iglesia, sosteniendo las cadenas que pesaban sobre su hermoso cuello, los obispos que besaban estas cadenas ántes

de hacer esfuerzos para romperlas, y los defensores todos del cautiverio de la Esposa de Dios no podrán jamas justificar su conducta delante de la conciencia católica, que enseña respetar ántes de todo los deberes que impone la Religion. La costumbre, es verdad, hace perder mucho de su deformidad aun á los objetos mas monstruosos: educados el alto clero y los políticos austríacos bajo la influencia de un régimen semejante, acostumbrados á oir su apología y aun elogiar sus efectos, no han tenido quizá ocasion para percibir su monstruosa injusticia, sus tendencias irreligiosas y su espíritu opuesto á las doctrinas católicas; pero al individuo que despues de pesar en un maduro exámen sus principios y sus consecuencias, al que despues de oir al Vicario de Jesucristo que lo lamenta como la herida de muerte que la mano traidora del hijo dió en el seno á su inocente madre, y al que despues de ver protestando contra él á los pastores mas sabios y virtuosos, se empeñase todavía por justificarlo, puesta la mano sobre su conciencia quien conserve intacto el sentimiento católico, no podrá por cierto persuadirse poseer aquellos idénticos sentimientos que los suyos. Un solo paso dista del cisma el que segun sus principios se cree autorizado para suscitar obstáculos al Pastor de la Iglesia universal, embargándole el ejercicio del poder que recibió de Dios; y la experiencia constante de diez y nueve siglos acredita no ser difícil negar abiertamente la obediencia al que principió dando excusas simuladas para someterse á los preceptos.

Á la vez que las leyes de José II embargaban de mil maneras la accion del catolicismo, daban franquicias de todo género á los cultos disidentes, y declaraban gozar los israelitas mismos las garantías que el derecho concede á todo ciudadano sin excepcion. No tardaron en aparecer en los pueblos numerosos propagandistas del cisma y de la herejía, ni en levantarse altares sacrílegos al lado de los templos dedicados al culto de la fe que predicaron los Apóstoles. Los

sectarios de Focio y los ministros de Lutero y de Calvino fueron los que particularmente trabajaron por ganarse prosélitos entre los individuos de esa clase sencilla y mas dispuesta á dejarse seducir. En Viena, Pesth, Presbourg y en todas las ciudades principales del imperio se erigieron templos donde se hacia sin rebozo guerra mortal á la primitiva creencia del pueblo austríaco; pero, católico este de corazon, opuso en la sinceridad de su fe una barrera inexpugnable á los ataques. Los propagandistas no podian desear circunstancias tan favorables para ganarse prosélitos, como las que les ofrecian el cautiverio de la Iglesia católica y la inaccion en que constituia aquel á sus pastores; mas con todas estas ventajas nada hicieron, porque sus armas se rompen empleadas contra la Iglesia, de quien son miembros rebeldes. Los regalistas no les escucharon, porque bien persuadidos estaban de la falsedad de sus doctrinas; ni los revolucionarios, porque estos no olvidan una fe para abrazar otra, y sacudido el yugo de una religion, no lo irán á someter de corazon al de otra nueva. La propaganda pues concluyó; y los templos levantados para reunir á sus creyentes han quedado reducidos á recibir uno que otro viajero ó negociante que entra en ellos buscando el culto de su nacion. Pero conversiones obradas por el celo de los nuevos predicadores, ó por los ejemplos de alguna vida irreprensible, ó por la fuerza de la verdad que cautiva el alma con sus convencimientos, ninguna contaron hasta hoy. El catolicismo, debilitado y exánime como se encontraba, no rehusó combatirlos: — la victoria estuvo siempre de su lado.

Los matrimonios mixtos, que arrancaron á la Iglesia un grito constante de dolor, han hecho ver en Austria cuán justos son los temores que abriga aquella al procurar con todas sus fuerzas evitarlos entre sus hijos. Obligados los obispos á autorizarlos en virtud de las leyes josefinas, observan cada dia ser el foco de la indiferencia religiosa, prestando el arma mas terrible que puede emplearse en todas

partes para combatir el elemento religioso. El marido que conserva su propia fe deja de practicarla por no desemejarse de su mujer; esta olvida tambien la suya por no disgustar á aquel, y los hijos nacidos segun su sexo en el culto de su padre no reciben alguna educacion cristiana, porque ninguna fe conservan aquellos despues que prefirieron las conveniencias materiales al primero y mas sagrado de los intereses: el de la conciencia. Este es un hecho que toma cada vez mayores proporciones, con especialidad en los pueblos mercantiles, donde es mas numerosa la afluencia de disidentes. Los propagandistas, que celebrarian como la mas espléndida de sus victorias la apostasía de los católicos, nada trabajan por dispertar el sentimiento religioso entre los individuos de su comunion. Aflige ciertamente observar esa multitud de extranjeros que se agita en Trieste, Zara, Ragusa y demas puertos del imperio, siguiendo afanada el curso de sus negocios: ningun pensamiento le recuerda su gran destino, y sus acciones todas se manifiestan dominadas por el mas refinado materialismo. En Trieste, por ejemplo, que mantiene en su seno treinta mil disidentes, del Levante su mayor parte, ni el menor indicio de la religion de estos podrá encontrarse. Yo visité los templos de la comunion griego-slava, la mas numerosa, y los hallé desiertos; el de los luteranos estaba cerrado los domingos por falta de concurrentes, y en el de los *ortodoxos* nada ví, fuera de mujeres que hacian cruces con agua bendita á las imágenes de los santos colocados en las paredes. ¿Qué hacen miéntras tanto los popes que se llaman encargados de la salvacion de aquella multitud? Yo no diré lo que hacen realmente, porque no lo sé; lo único que he visto cada dia es al *protopope* en el mercado de frutas y legumbres, acompañado de su diácono é hijos, altercando con las vendedoras por los precios. La voz que debia resonar en el templo para combatir la irreligion, la incredulidad, el materialismo y los demas vicios, no se oía en público sino para quejarse de la carestía de los

víveres, que iba á buscar en persona á los mercados. Tienen sus escuelas, es verdad; pero el número de sus alumnos es muy diminuto, porque les hacen pagar á precio subido la enseñanza. Sus creyentes mismos protestan mil veces contra tal inaccion, y viven persuadidos que no están animados por el espíritu de Dios los que descuidan hasta tal extremo sus obligaciones. « Yo estoy convencido de nuestra falsa posicion, decia uno, pero un temor me retrae cuando trato de romper el lazo que me ata al cisma; y es la influencia de los popes, que se convertirán contra mí para arruinar mi fortuna. » Ved ahí otro negocio que traen siempre entre manos: castigar á los que estimulados por las inspiraciones de su conciencia mudan de religion. Los que no alentaron la fe de sus creyentes cuando vivian en el seno de su Iglesia, los que les dejaron dormir tranquilamente en el sueño profundo de la ignorancia y de los vicios, van á buscarles despues que salen para intimarles la maldicion de Dios; y no les olvidarán jamas, no para rogar por su conversion, no para llamarles á discutir sobre principios religiosos, ni para recomendarles á las oraciones de sus correligionarios, sino para alimentar en su contra un odio intenso, para provocar conflictos á cada paso con las injurias de que les colmarán, si llegan á encontrarles, y para dispertar contra ellos, en el ánimo de sus favorecedores, prevenciones que acarrearán al fin necesariamente la ruina de sus intereses.

Los israelitas son numerosísimos en todas las provincias del imperio austríaco. Su mayor parte se hace distinguir por un vestido peculiar que lleva, como asimismo por la clase de especulaciones á que de ordinario se dedican. Enemigos encarnizados del cristianismo, pero con especialidad del catolicismo, ellos contribuyeron con su influencia á la persecucion que este fué llamado á sostener en 1848; y en los dias de peligro, cuando una autoridad vacilante tendia sus brazos para pedir á sus áulicos y consejeros sostuviesen un trono sin cimiento, fueron los primeros en volverle la espalda,

pasando á engrosar las filas enemigas en el campo de batalla. « Como las aves de rapiña que se dejan ver donde hay muertos que devorar, los judíos aparecieron proclamando la revolucion al lado de los que se proponian sembrar con cadáveres las vastas provincias del imperio. Sin embargo ellos, y á pesar de todo, encontraron proteccion que no tuvieron los mas leales súbditos de la corona. » Los judíos, que turbaron tantas veces con sus gritos sediciosos la tranquilidad pública, que gritaban en Viena, en Pesth, en Presbourg y en todas partes *revolucion* é *independencia*, que unidos á unos pocos revolucionarios en Viena convirtieron en blanco de sus ataques á hombres y mujeres indefensos, insultándolos y maltratándolos hasta conseguir su expulsion por la autoridad; aquellos hombres, repito, eran recomendados á la nacion por un ministerio débil y que simpatizaba con la revolucion (1), á la vez que las víctimas de sus atentados, los Jesuitas y las congregaciones ligorianas, eran arrojados del país, imputándoles la causa que existia realmente en los judíos. *¡ Habian dado ocasion para que fuese turbada la tranquilidad pùblica!* Miéntras tanto los verdaderos instigadores de esas asonadas eran recomendados á las consideraciones del público. Contradicciones flagrantes en que nuestra época ha visto caer con frecuancia al espíritu revolucionario.

Los israelitas de Austria, en posesion de todas las consideraciones y de todas las garantías *que las leyes aseguran á los ciudadanos sin distincion*, ni se muestran observantes de sus antiguos ritos, ni celosos por el decoro de sus sinagogas. Los sábados son para ellos como los demas dias, sus ritos son las fórmulas de los negocios, y sus únicas sinagogas la bolsa y los demas lugares donde suelen tener sus reuniones los contratistas. Existiendo en su comunion ricos capitalistas en número muy considerable, ninguna sinagoga

(1) 8 de mayo de 1848.

he visto que merezca el nombre de grande ni de bella; ni algun sábado asistir al servicio un número tal de fieles que pudiera llamarse siquiera considerable. Las escuelas, uno que otro devoto, algunos viejos y los rabinos, ved ahí todos los concurrentes. Los ricos banqueros, los cooperadores de las asonadas revolucionarias de 1848, los que pedian la expulsion de los Ligorianos, esos no concurren, esos no tienen fe, ni mas religion que la conveniencia de su individuo y el progreso de sus intereses.

El Evangelio, que inspira beneficencia y amor hácia los enemigos, fué quien primero predicó á los cristianos tolerancia en favor de los judíos, que de voz en cuello pidieron « cayese la sangre del Redentor del mundo sobre ellos y sobre sus hijos. » Mas cuando, abusando de la hospitalidad que generosamente les concedieron los pueblos católicos, aparecen mezclándose en las divisiones intestinas, fomentando los elementos de anarquía, y tomando una parte activa en favor de la revolucion, entónces renuncian aquel beneficio que quiso dispensarles el Mesías, que desconocieron, y que ciertamente pone mas en relieve la nefanda perfidia del pueblo que le sacrificó, y que hasta hoy sin patria ni domicilio, sin religion y sin ley, vemos, cual raza maldita de Dios, derramada sobre toda la tierra. Las naciones deben ser generosas, miéntras no comprometan su seguridad, ni pongan en conflicto la majestad augusta de sus instituciones; de otra manera su propia generosidad se convertirá en puñal, y recibirá la muerte en vez del reconocimiento que tenia derecho para esperar por los beneficios dispensados. Mas los sentimientos de gratitud no viven sino en el pecho noble á quien anima el celestial espíritu de la fe; en el alma generosa para quien agradecer es deber de conciencia, y corresponder los beneficios recibidos obligacion solemne que impone al cristiano la justicia. ¡Oh, si los pueblos y los gobiernos llegaren á persuadirse que nada tienen que esperar de los miembros de la sociedad en quienes aquel noble

sentimiento ha muerto! Entónces los que hoy viven abusando de la inexperiencia de unos, y explotando las preocupaciones de otros, sabrian no tener cabida en una sociedad que ha penetrado el egoísmo y la corrupcion de sus sentimientos; y los que creyeron poder ver al individuo separado de su corazon y al hombre con un prisma diverso que á su conciencia, sabrian tambien que nada deben esperar del que no da en su fe la garantía de su proceder social. ¡Libre Dios á las naciones de verse invadidas por hombres que, abusando del beneficio de la hospitalidad que les dispensan, burlan y combaten sus instituciones, y aun la mas sagrada de todas, cual es su religion!

Digitized by Google

## CAPÍTULO XXXI.

Libertad restituida á la Iglesia en Austria. — Las asambleas de Viena y de Gran. — Proceso. — La Iglesia luchando por la libertad. — Reaccion que se opera en las provincias del imperio. — Sociedades católicas. — ¡Ved ahí para lo que la Iglesia católica pide libertad! — Falsa política y sus efectos sufridos por el Austria. — Hechos que se repiten en América. — ¿Imitará esta el ejemplo del Austria?

Al recordar el acto solemne de justicia con que restituyendo á la Iglesia católica su libertad ennobleció su gobierno el emperador Francisco José, permítasenos repetir el elogio que de él hacia un Pontífice bajo las impresiones de regocijo que experimentaba su corazon ardientemente católico. « Un gran consuelo nos ha dado la Providencia, en medio de las amarguras que rodean nuestro espíritu, en los decretos de nuestro amado hijo Francisco José, emperador de Austria y rey apostólico de Hungría y de Bohemia. Oyendo las inspiraciones de su piedad, y llenando nuestros deseos y nuestras instancias, así como los votos y las instancias de los obispos de su vasto imperio, con gloria de su nombre, alegría de los buenos ciudadanos, obrando de acuerdo con sus ministros y en armonía con su ardiente celo, ha asegurado en sus Estados á la Iglesia católica su deseada libertad. Accion tan noble y tan digna de un príncipe católico, hace á este ilustre emperador y rey digno de nuestras alabanzas y de las felicitaciones que le damos en el Señor. Alimentando la dulce esperanza que un monarca tan religioso, escuchando las inspiraciones del ardiente celo que

le anima por la gloria de la Religion, continuará la obra que ha principiado, y perfeccionándola pondrá á la vez el colmo á sus merecimientos (1). » Apénas, en efecto, el emperador Francisco José tomó la direccion de los negocios del Estado, cuando trató de llevar á cabo la medida que no pudo la perseverante voluntad de Francisco I, ni la piedad sincera de Fernando II. Auxiliado por el consejo de los obispos reunidos en asamblea, expidió el 18 de abril de 1850 el decreto por siempre memorable que dió en tierra con las leyes josefinas, y destruyó para siempre la formidable prision que un monarca alucinado fabricó para encerrar á la Esposa de Dios, y las exigencias de palaciegos ambiciosos hicieron todavía mas formidable con sus incesantes pretensiones.

Las actas de las asambleas de los obispos de Austria y de Bohemia reunidos en Viena (2), y de los de Hungría, Eslavonia, Croacia, Transilvania, Dalmacia y Vosvodia habida en Gran (3), pueden considerarse como el compendio de los inmensos bienes que con su libertad recogió el catolicismo de Austria. Los prelados, fijando la atencion del príncipe sobre cada una de las hondas heridas que recibió la Iglesia durante su duro cautiverio, le señalan respetuosamente las medicinas que podrian curarle. Le felicitan por el acto solemne de justicia con que ha hecho para siempre memorable el principio de su reinado; reconocen que no existe sobre la tierra poder alguno que pueda legítimamente impedir á los obispos católicos la libre comunicacion con el Vicario de Jesucristo; le ruegan con encarecimiento que en lo sucesivo no haga de por sí la demarcacion de diócesis sin consultar ántes al Sumo Pontífice y sin oir su decision; y se exhortan mutuamente á permanecer unidos en la sujecion al Papa, y á comunicarse sus acuerdos y letras pastorales. Adoptan

(1) Alocucion de 20 de mayo de 1850.
(2) 1849.
(3) 1850.

mejoras vitales para los seminarios, y resuelven que « la Iglesia tiene derecho indispensable para educar sus alumnos, y que entre las obligaciones del cargo pastoral una de las mas estrechas es la direccion de esta enseñanza...; para que sus efectos sean mas eficaces en el clero y en el pueblo, resuelven tambien que sea uniforme la educacion de todos los seminarios del imperio, y que no solo sea la instruccion teológica la que en ellos se dé, sino toda la que exigen la cultura é ilustracion de la edad en que vivimos (1). » Piden al emperador que los decanos de teología de las universidades sean nombrados por los obispos reunidos en asamblea. Protestan contra el despojo de sus rentas hecho á las iglesias, y piden su compensacion; protestan contra la usurpacion hecha á los obispos en la presentacion para ciertos beneficios que ántes proveían ellos sin necesidad de tal trámite; y protestan, en fin, contra las leyes existentes sobre matrimonios mixtos que « aumentaron las calamidades religiosas de un siglo en que la indiferencia y la incredulidad dejan sentir su influencia en todas partes. » Ruegan que se provean con prontitud las diócesis sin pastor, ya por efecto de convulsiones políticas, ya por otros motivos diferentes; que sean restituidos á sus iglesias los obispos desterrados, y puestos en libertad los sacerdotes enjuiciados en todas las provincias del imperio.

Todos estos acuerdos que nos representan al vivo la miseria y la degradacion á que sometieron al catolicismo las leyes josefinas, podemos considerar como el proceso que la Religion, cobrando su augusta dignidad, que en vano pretendiera degradarle una mano impía, levanta contra sus adversarios haciendo resaltar al vivo su injusticia.

Los que predican constantemente á los pueblos la justicia que les asiste para conquistarse una ilimitada libertad con sacrificio de instituciones de mil años y de códigos que se-

(1) *Protocolum conferentiarum.* Strigoniæ, 1850.

rán llamados perpetuamente *honor de la inteligencia humana*, observarán atónitos esta lucha que sostiene en todas partes la fe contra las malas pasiones. Sin haber aquella jamas demandado á los hombres nada fuera de tolerancia, y sin haber nada pretendido dominar fuera de la conciencia de sus sinceros creyentes, ella no obstante ha sostenido y sostiene el mas largo y doloroso de los combates que recuerda la historia del linaje humano. Tres siglos de persecucion se concluyeron para principiar otros tres de herejía, y en los que la intolerancia de los herejes arrojase á las cárceles y al destierro á los obispos y sacerdotes que perdonó la crueldad de los tiranos. El cisma y las divisiones intestinas abren luego una nueva era de persecucion, y la Iglesia de Dios atraviesa cien generaciones luchando siempre sin desmayar un solo instante. Los campeones mas célebres de todos los sistemas y de todos los principios que han agitado á la sociedad han desaparecido, sus ruidosas cuestiones ya no viven sino en la historia que las recogió, sus prosélitos perdieron las inspiraciones de sus maestros; pero la lucha de la Iglesia existe, y sus campeones combaten despues de casi veinte siglos con la misma energía que cuando inclinaban sus cuellos bajo la espada de los verdugos, ó penetraban alegres las hogueras. Ella combate hoy por el mismo principio que combatió el primer dia de su vida: — su libertad.— Pero cuando vencido su enemigo, lo ha visto tantas veces rendirse á sus piés, no abusó de su victoria, ni trató de imponer leyes al que era su adversario, ni de encadenar su pensamiento, sometiéndole á odiosas prescripciones. Jamas. Ella dió ejemplo de esa tolerancia que demandaba, y enseñó prácticamente la libertad, por que combatiera tantos siglos. Los reformadores del nuestro, miéntras que emancipan á los pueblos de las leyes existentes, los someten á su voluntad caprichosa; y á la vez que en sus ruidosos programas autorizan la licencia absoluta, levantan el puñal para castigar con el último suplicio al que no acepta sus opiniones,

sacrificándoles una razon y una conciencia que deben permanecer perfectamente libres del poder de la tierra. ¡ Monstruosa inconsecuencia en que caen los que han querido proclamarse libertadores del género humano ! Tan cierto es que en las combinaciones políticas á cada cual anima, y con muy escasas excepciones, el interes individual ántes que el triunfo de principios que pudieran dar por resultado la felicidad de los demas. Los hechos lo han manifestado bien. Esa libertad misma que sirve de tema á programas que tienden á revolucionar el mundo, fué constantemente la primera entre las víctimas que sacrificaron sus pretendidos propagandistas. Uno solo fué el mas constante, el mas noble y el mas desinteresado defensor de la verdadera libertad; uno el que ni retrocedió jamas á vista de los peligros que se ofrecian á su demanda, ni de las amenazas opuestas á su justicia; y uno el que lidiando ha triunfado y triunfará siempre, porque no son las pasiones las que le animan, ni los mezquinos intereses de este mundo los que le dirigen; ni la fuerza humana los medios que emplea para vencer. Este es la Iglesia católica: lidió porque le incumbe el deber de conservar intacto un depósito celestial que le ha sido confiado, lidió por el amor ardiente á la justicia de su causa, y en esta lucha el poder irresistible del brazo divino es quien la sostiene y la conforta. ¡ Ojalá que la sociedad aproveche sus ejemplos de tan noble abnegacion, y que los políticos, al dirigirse á hablar á la sociedad en nombre de la libertad, aprendan de la Iglesia á ser consecuentes á su palabra, y á no desmentir con hechos sus promesas !

Inútil nos parece repetir que el jóven emperador, que con tanta nobleza como piedad cortó las cadenas á la Iglesia cautiva, estuvo siempre dispuesto á prestarle cuantos auxilios le reclamó despues. El que á la mitad de un siglo anegado en materialismo dijo en uno de sus decretos *contar como la primera de sus glorias servir á la causa de su Religion,* jamas desmentirá ese celo que le coloca ya entre los

monarcas mas esclarecidos y mas beneméritos para el catolicismo. En el clero se dispierta un celo que, adormecido durante medio siglo, permitió empañarse el hermoso brillo de la Germania católica. La predicacion celosa y esforzada deja oirse de nuevo en las antiguas basílicas donde resonó tantas veces la voz de Bonifacio y de Wolfango; los grandes y pequeños seminarios se establecen en considerable número, y las parroquias, dejando de ser oficinas fiscales como lo fueron ántes de las ordenanzas de Francisco José, vuelven á llenar el santo objeto de su establecimiento; es decir, vuelven á ser « escuela donde el pueblo recibe la primera y principal de sus ilustraciones, que es *el conocimiento de su noble fin sobre la tierra.* » Por todas partes se abren casas de educacion para los pobres, y se confia á los párrocos su inspeccion; los obispos ponen en manos de los niños los libros que contienen los primeros rudimentos de la fe, sin necesidad de someterlos *á revision,* á la vez que sus pastorales atraviesan de un extremo al otro el inmenso territorio del imperio, sin prosternarse primero al pié del trono para pedir un beneplácito humillante. Los breves del Papa son obedecidos por los fieles sin someterlos ántes á un *placet,* vergonzoso para el Pastor universal; y la voz del Padre comun de los cristianos puede ser oida de todos, sin que sus palabras pasen por el crisol de una autoridad suspicaz y antojadiza. En los simples fieles se deja sentir el mismo movimiento que en el clero para aprovechar la libertad dada á la Iglesia, trabajando por su engrandecimiento y esplendor. Fruto suyo son las sociedades católicas que nacen y se desarrollan con increible rapidez en el seno de esta monarquía, donde, á pesar de piedad tan sincera cómo la del emperador Fernando, no podia organizarse en público ni una asociacion espiritual de beatas, sin consultar primero la voluntad del gobierno.

La sociedad de San Severino cuenta innumerables afiliados en Austria, Croacia, Iliria y Bohemia, y sus consejos

directivos promueven en todas partes la difusion de los buenos principios : sus miembros se comprometen á trabajar por la causa católica enseñando en las escuelas, poniendo buenos libros en manos de los jóvenes, y promoviendo entre todos los ejercicios de piedad. Los movimientos revolucionarios, preparados con tanta anticipacion, derramaron en el pueblo una infinidad de libros y folletos perniciosos á la fe y á la moral, que no pudieron ménos de debilitarse por efecto de su lectura; los asociados, á la vez que derraman obras escritas en sentido contrario, recogen las primeras retirando con ellas de las manos del pueblo la fruta vedada, y en la que engañosamente se le prometia hallaria el secreto de su felicidad. El sexo débil se asocia á la empresa, y en la parte activa que toma, realiza un resultado que compensa bien á la Iglesia las pérdidas sufridas durante su cautiverio. En Carintia un obispo organiza otra sociedad para promover la conversion de los Slavos sumidos en el cisma, y á su invitacion, para trabajar en una obra tan propia de la caridad ardiente, responden asociándose por un movimiento espontáneo los fieles de todas las provincias del imperio. ¡Qué espectáculos tan bellos son estos que ofrece la accion católica, cuando para obrar se encuentra sin las trabas con que le atan poderes extraños! ¡Ved ahí para lo que la Iglesia pide libertad!

No son vanidad de ostentar independencia, ni deseo de imponer á su placer leyes á los hombres los motivos por que el catolicismo rehusa doblar su cuello bajo el yugo del poder civil; él ha recibido como herencia un espíritu celestial, inmenso en su extension, infinito en su ejercicio y eterno en su duracion. Sujeto á la autoridad del hombre, que ni lo comprende ni lo estima, necesita someterse tambien á reglas que traban y enervan su accion; y ved ya condenados de hecho á malograrse los preciosos frutos que debia producir, y defraudado á la vez el género humano de un tesoro que en las disposiciones eternas é inefables de la

Providencia se reservaba para enriquecerle. La Iglesia pide libertad para enseñar sus dogmas y su moral á un pueblo ignorante, para mejorar con su doctrina las costumbres de una muchedumbre viciosa, y para inspirar en la conciencia de todos el amor á los deberes religiosos y sociales. Pide libertad para dirigir instituciones donde han de mejorar su condicion mil individuos, que sin este recurso serian miembros perdidos para la sociedad á que pertenecen. Pide libertad para comunicarse con el centro de unidad católica, donde el Fundador Divino de la Religion depositó la fuente perenne de las gracias que le dió en dote. Pide libertad para asociar á sus individuos y conferenciar con ellos los medios de llegar con mas seguridad á la patria comun de los cristianos. Pide libertad para establecer y dirigir sus casas de educacion, sus asilos y sus hospitales; y pide que allí nadie le moleste, porque necesita de tranquilidad y de silencio para llevar á cabo sus empresas. Pide, en fin, libertad porque miéntras exista confusion entre individuos que forman un solo cuerpo social, este jamas podrá llenar su objeto, y porque en todas las regiones de la tierra estas augustas funciones le fueron encomendadas por un Poder supremo, eterno é inefable, con absoluta independencia de todo otro, sea cual fuere su rango y dignidad. ¡Ved ahí por qué la Iglesia pide libertad! ¡Ved ahí *todos los proyectos y todas las maquinaciones* que la ocupan al gritar de voz en cuello que no se le usurpen derechos que no está autorizada para renunciar! ¿Y qué temor puede inspirar al poder humano conducta tan noble y tan generosa? Ninguno, diríamos, si una sociedad que dia por dia se proclama justa y equitativa consignase sus principios mejor en hechos que en palabras; ninguno, si la Esposa de Jesucristo, maniatada y con grillos en sus piés, no se viese continuamente procesada; ninguno, si no oyésemos á gobiernos que se precian de católicos, ya imponerle silencio con aire jactancioso, ó ya concederle la palabra segun la inspiracion de sus caprichos.

Mas estos mismos hechos, considerados con toda la madurez é imparcialidad que pide su gravedad, manifiestan en sus efectos que si perjudicaron á la Iglesia vejándola, humillándola, invadiendo su administracion, arrebatando sus derechos, y despojándola de sus prerogativas, sus consecuencias tambien se dejaron sentir y muy dolorosamente en el Estado. Ese diario espectáculo en que la Iglesia de Dios aparecia de rodillas ante el poder civil como ante su amo y señor, y esa constante experiencia que la mostraba oprimida siempre bajo la planta de aquel mismo poder, llegó á producir el desprecio de su autoridad en el ánimo de los pueblos. Pero el que se creía victorioso no ganó con eso ni un ápice en prestigio ni en autoridad : al contrario, el materialismo, que entra á ocupar los vacíos que deja la fe saliendo del corazon de los que fueron sus creyentes, le amenazó é impuso trabas en el ejercicio de su autoridad, de la misma manera que él acababa de imponerlas á la Iglesia. Tal es por lo regular el desenlace de las medidas aconsejadas por la falsa política : ellas vienen á estrellarse contra la autoridad misma que las sancionó, acarreándole su cierta ruina. No tenemos que hojear mucho la historia para encontrar ejemplos de esta clase; sin separarnos del Austria, los tenemos á millares. ¡Ojalá que ese terrible espectáculo que ofreció al mundo una autoridad débil, vacilante y arruinada casi por los golpes de una muchedumbre de imberbes sin religion y de una plebe conmovida por principios subversivos, sea eficaz para sofocar en lo sucesivo los elementos que preparan en los pueblos lances semejantes! ¡y ojalá tambien que los sentimientos religiosos que él dispertó en tantos corazones augustos, no vuelvan á apagarse por lisonjas cortesanas, que acaban por hundir en la desgracia á las naciones y á sus gobiernos!

En los países recien civilizados al otro lado del Atlántico, donde las doctrinas de los legistas que esclavizan á la Iglesia encontraron tanta simpatía, los hechos han sido todavía

mas graves, y sus consecuencias por eso mismo mas funestas. Catorce Repúblicas que luchan con mil elementos de revolucion y de desórden que hacinaron en su seno los vaivenes políticos durante medio siglo; catorce Repúblicas que no aprovecharon (excepto una) los frutos de su independencia de la madre patria, y que en una sucesion de calamidades públicas, acarreadas por la guerra civil, agotan las riquezas de que con mano pródiga las colmó la Providencia, son un hecho que á fuerza de haberse prolongado tanto, ya no llama casi la atencion del mundo. Mas los prohombres de esos Estados, junto con derribar su antigua administracion política, extendieron tambien su mano sobre el órden religioso, y convertidos en déspotas de la Iglesia, quisieron someterla á leyes dictadas por un poder que ella no puede reconocer. Ved ahí nacida una lucha interminable : los atentados se multiplican, y en ellos es víctima quien no tiene fuerza que oponer á la fuerza, aquella cuyas únicas armas son los ruegos y la mansedumbre. Los pueblos ven atónitos á la Iglesia perseguida en sus leyes violadas, en sus inmunidades desconocidas, en su santuario profanado, en sus obispos deterrados y en sus bienes arrebatados; mas ese pueblo rudo que presenció cometerse con impunidad hechos que él imaginaba enormes sacrilegios, ó trató de arruinar á la autoridad que los cometia, ó perdió el respeto á esa fe que veía despreciada por un poder que debiera acatarla el primero. Pero en ambos casos el órden público vió levantarse á la vez nuevos elementos de desórden, y la sociedad entera tendrá que lamentar sus consecuencias quién sabe cuánto tiempo todavía. Es un espectáculo sin duda alguna extraño ver allí á militares atrevidos que despues de abordar el poder, quebrantando sin respeto las leyes existentes, se muestran celosos de las regalías de una autoridad cuyo decoro desapareció desde que se llegó á ella por medios vedados. ¡Estaba reservado á nuestro siglo dar fe de contradicciones semejantes, y á nosotros experi-

mentar de cerca sus dolorosas consecuencias! El ejemplo de una de las naciones mas poderosas y respetables de la Europa que, dando libertad á la Iglesia, aleja los elementos de revolucion que reunió esclavizándola, ¿encontrará en los Estados de América algun imitador? ¡Ojalá y mil veces ojalá que así suceda!

## CAPÍTULO XXXII.

Recuerdos que ofrecen los viejos castillos de Moravia y de Bohemia. — El gran puente de Praga. — La catedral de San Vito. — Propiedades ménos respetadas en todas partes. — Universidades austríacas. — Los Escolapios y las Ursulinas. — Observaciones sobre la Baviera. — Política diferente. — ¿De parte de quién están las probabilidades del triunfo? — Los asilos para inválidos en Viena. — Los Hermanos hospitalarios. — Un ejemplo para nuestro siglo. — Las casas de pobres de Austria puestas al frente de las de Lóndres. — Enemigos del catolicismo en Stiria, Croacia, Iliria y Dalmacia. — Observacion que consuela. — Contraste. — Impresiones en Capo de Istria. — Los Slavos cismáticos.

Bohemia y Moravia, en medio de un país agreste y erizado de montañas, señalan á cada paso viejos castillos levantados en lo mas escarpado de los cerros. La imaginacion, al contemplarlos, se traslada á una época distante; y atravesando los siglos que de aquella nos separan, va á detenerse en el tiempo en que los príncipes territoriales, encerrados en una fortaleza, ó resistian el sitio de otros de su misma categoría, ó salian de ella para tomar venganza del agravio que suponian haber recibido de su adversario. En estos parajes solitarios hoy no retumba el sonido de las armas de los feudos, que combaten vengando el honor de sus señores; la cruz que se ve enarbolada en los montes y caminos, ha hecho reinar la paz donde la violencia y el tumulto tuvieron su asiento durante una dilatada serie de años. Yo he visto centenares de personas subir descalzas hasta la cima de los cerros rezando el *Via Crucis*, y oídoles no tener en la vida momen-

tos tan dulces como aquellos que, bañados en lágrimas de ternura, descansaban abrazados al pié de la cruz. La Silesia, las provincias del Rhin y todas las del imperio austríaco ofrecen á cada paso este mismo espectáculo, consolador para el que posee un espíritu que en alas de su fe se remonta hasta su Autor dándole muestras de amor y de ternura.

Un viajero inglés (1) escribia que eran los paisanos y las mujeres los únicos á quienes habia visto practicar estos actos de devocion. Esto es verdad; los que se dicen ilustrados, los que poseen fortuna y en la sociedad tienen cierta posicion mas elevada que los simples labradores, no dan ordinariamente muestras de su religion de esta manera. Estos se avergonzarán de descubrir su cabeza delante del templo, ó de una imágen conducida en procesion; pero no de proferir en las calles y en las plazas gritos sediciosos al lado de los socialistas, y revueltos con una chusma donde ocupan su lugar los ladrones y los asesinos.

El gran puente de Praga, llamado de Cárlos IV, y la catedral de San Vito son los dos mas bellos monumentos que posee la capital del antigo reino de Bohemia. Al lado de un inmenso palacio real se eleva esta basílica, cuyo principio se remonta al tiempo de Wenceslao el Mártir, cuyas reliquias en ella se conservan en una suntuosa capilla, embellecida con piedras preciosas. El puente adornado con estatuas, no de héroes que con el estandarte patrio llevaron el terror y la muerte á países distantes dando con la ruina de otros brillo á las armas nacionales, sino de esos genios benéficos que en mil establecimientos de caridad proveyeron de remedio á las necesidades públicas, atrayéndose el reconocimiento y el amor de mil generaciones que les llaman los *padres de la patria.* Pero algunas de estas bellas instituciones ya no existen; y no es el tiempo quien las ha derribado, ni algun pensamiento mas ilustrado y mas sensato,

(1) Laird Patterson, Esq.

dando á luz otras mas convenientes á nuestro siglo las hizo desaparecer como inútiles: la revolucion fué quien se apoderó de sus rentas, y convirtió en elementos para destruir tesoros que fueron dejados para salvar á los hombres.

No hay propiedades ménos respetadas que las pertenecientes á instituciones de beneficencia, á congregaciones religiosas y á sociedades pias: ellas son invadidas fácilmente; no hay trastorno político que no las haga minorarse, ni jefe de partido que llegue al poder que no las derrame con profusion para cimentar su autoridad. Este fué el gusano roedor que consumió los bellos establecimientos que en época pasada fueron el mas precioso ornamento de la piadosa Bohemia. Yo ví en un inmenso hospital de caridad (1) cobrar á los enfermos veinte *krouser* cada dia para auxiliar su curacion: cuando este antiquísimo establecimiento era sostenido por los Hermanos hospitalarios que arrojó la revolucion, nada se exigia á los pobres, y sin embargo de no ser sus rentas muy crecidas, todo sobraba allí para llenar hasta su colmo las necesidades de los enfermos. ¿Y podria alguno levantar su voz en el seno de la sociedad para sostener que aquellas propiedades no están bajo la salvaguardia de las mismas leyes que las que constituyen la fortuna de los particulares? Mas no obstante, y á pesar de la ruina que todos estos establecimientos experimentaron en sus rentas así en Bohemia como en Moravia, en Austria como en Hungría, los que aun viven conservan bien todas las formas de aquella solemne majestad que les imprimió el espíritu de sus fundadores.

Entre ellos yo he visitado algunas de las universidades que, aun cuando nacidas en diferentes épocas y dirigidas tambien por diversos reglamentos, todas tuvieron un mismo fin, un solo é idéntico propósito: — ilustrar el entendimiento del hombre, dar vida á su pensamiento, formar el

(1) En el hospital real.

espíritu bajo las inspiraciones de la virtud sincera y de la sana filosofía. ¡ Idea grande, empresa noble y que honrará eternamente á los bienhechores del género humano que la concibieron y realizaron ! Las universidades austríacas están hoy montadas bajo un mismo plan; la doctrina que en ellas se enseña es una, y las tendencias de sus directores se dirigen tambien á un mismo propósito : — uniformar las ideas de la juventud. Imparcialmente hablando, sean cuales fueren los principios políticos que profesan estas universidades, sea cual fuere la reputacion de sus profesores, bien conocidos muchos de ellos por el mérito esclarecido de sus vastos conocimientos, la instruccion científica que en ellas se proporciona á la juventud, y la liberalidad con que se protege la verdadera capacidad, coloca especialmente á las de Viena, Praga, Padua y Pavía entre las primeras y mas célebres de Europa. Sus leyes fundamentales no han olvidado lo que se echa ménos en otras instituciones análogas : — el estudio de la Religion. — Las universidades austríacas, á mas de exigir que se haga detenidamente en los liceos y colegios de su dependencia, procuran que los profesores de las facultades y academias lo recomienden constantemente á sus oyentes (1).

Cuando acabo de insinuar el cuidado que se presta en Austria á la educacion religiosa, no puedo ménos de elogiar el esmero con que llenan su instituto dos congregaciones que, derramadas por toda la Europa, en toda ella llenan uno de los ministerios mas importantes en la sociedad, á saber, la enseñanza : tales son el de los Padres Escolapios y el de las religiosas Ursulinas, que luchando con todas las vicisitudes que experimentó la Iglesia durante su largo cautiverio, no abandonaron la mision de formar los tiernos corazones que les confió la Iglesia al aprobar la regla de su instituto. En su seno se educa una gran parte de la juventud aus-

(1) Acuerdo de 13 de marzo de 1850. Viena.

tríaca, que por eso los respeta y les consagra sus simpatías.

No marcha el gobierno de Baviera por la misma senda que el austríaco, ni su política con relacion á la Iglesia está en armonía con la de aquella. Allí donde hace poco que la voz de una bailarina era poderosa para producir cambios de ministerio, á la Religion nada favorable quedaba que esperar, pues sus intereses no están en armonía con los de actrices, ni el influjo de la fe se deja sentir donde impera la voluntad de una danzante de teatro. Asociaciones clandestinas en que aparecen el protestantismo y la democracia uniendo su influencia para triunfar « de la Babilonia papal, » toman por instrumento á una actriz, cuyo influjo habia separado del consejo de gobierno á los hombres mas íntegros, de la universidad á los profesores mas sabios, y de los tribunales á los magistrados mas justos y severos; mas la sensacion que produjeron escenas tan repugnantes contribuyó no poco al triunfo de la causa católica. Un nuevo soberano subió al trono de Baviera, y sus antecedentes, que contaban repetidos actos de piedad, prometian mucho al catolicismo. Mas esta esperanza quedó sin realizarse : el jóven príncipe que, visitando los lugares santos, describió en obras suntuosas su devocion ardiente; el vástago ilustre de los electores palatinos, que edificó templos para honrar á Dios en el lugar mismo en que la impiedad judáica le azotó cruel, separándose de las tradiciones de familia que le unen á la causa católica, y desmintiendo sus propios antecedentes, permite que la Iglesia continúe soportando el yugo ignominioso que sacudió en Austria. Y como si esto no fuese suficiente para contentar al partido anticatólico, irritado por los triunfos de la Iglesia, se muestra sordo á los ruegos de los obispos, que solicitan la derogacion del « edicto de Religion, » y la subsistencia de los antiguos concordatos anulados arbitrariamente (1). De este modo el soberano que

(1) Respuesta del ministerio á los obispos de Baviera. 8 de abril de 1852.

parecia llamado para segundar los designios del Austria, se obstina en mantener encadenada la accion de la Iglesia, vejando á esta con la subsistencia de leyes que la humillan.

Pero esto nada debilita esa accion omnipotente que atiza el fuego sagrado en el pecho de los católicos en las cinco partes de la tierra. Allí donde se organizaban compañías de incrédulos para emancipar la Alemania del yugo del catolicismo bajo el nombre de un conquistador que la devastó, reunidos los católicos en tres grandes asociaciones, marchan de frente para combatirlas, conquistando esa misma Alemania por la fe, la sumision y la caridad. Allí donde mil jóvenes incautos aplaudian ardientemente los discursos impíos de los agitadores de 1848, y tiraban á mano la carroza de la actriz, su protectora, que empeñaba su poder para que se suprimiesen las instituciones católicas, aparecen congregaciones de monjes y de Jesuitas, y al rededor de sus púlpitos se agolpa una muchedumbre asombrada por este espectáculo, del todo nuevo para ella. De esta manera el entusiasmo católico venga noblemente los ultrajes que recibe la Iglesia; y el protestantismo, el materialismo, la incredulidad y la falsa filosofía, unidos para combatirla, tienen que retroceder á vista de un denuedo y de una intrepidez semejantes. El pueblo bávaro, que constante en sus mas venerables tradiciones tantas pruebas ha dado de adhesion á la Iglesia católica, que único en Europa ha instituido rentas para que se cuide el decoro del sepulcro del Salvador, ofreciendo en nuestros dias un espectáculo digno del fervor de otras épocas que pasaron, y que en su clero y en sus congregaciones religiosas, tan numerosas como ejemplares, manifiesta conservar intacta la piedad que ha recibido como herencia de sus antepasados, no empañará sus glorias de tantos siglos siendo infiel á su fe y á sus simpatías.

Mas en esta lucha contra las pasiones desenfrenadas en

que vemos siguiendo una política opuesta al Austria y á Baviera, ¿cuál de las dos vendrá á triunfar finalmente? Los síntomas ya nos parecen indicarlo. El Austria, moralizando sus inmensas masas por el elemento religioso, dispertando la fe en el corazon de pueblos sometidos á la accion de la Iglesia, presenta á la incredulidad y á las empresas del socialismo una barrera formidable; miéntras que el gobierno de Baviera, obligado á hacer concesiones á una multitud sin mas principios ni mas ideas fijas que sus propios intereses, no tiene en sí mismo elementos que le salven en los nuevos conflictos que le prepara el espíritu revolucionario. Cuando este momento llegue, entónces tenderá sus brazos á la Religion; y esa Religion, que no pudo obtener de él ni la reparacion de sus ofensas, correrá á salvarle, sí, correrá á salvarle, repetimos, porque su proceder siempre es hijo de la caridad, que olvida los agravios y perdona las injurias que le infiere la ingratitud. Los hechos que confirman la verdad de nuestro dicho no son desconocidos en Baviera, que ha visto á la *Asociacion católica* correr á la defensa de la monarquía constitucional, olvidando noblemente los injustos reproches que de ella habia recibido tantas veces.

El Austria, dejando libre la accion de la Religion, ha visto aparecer de nuevo en el imperio las instituciones de beneficencia, suprimidas primero por las depredaciones de José II, y condenadas despues por la revolucion. Los asilos para inválidos, los colegios para ciegos y sordo-mudos, si no han nacido todos, al ménos fueron modificados por aquella, uniéndose la accion del poder civil con el elemento religioso para hacer su fin mas efectivo y real. Los Hermanos hospitalarios sirven y administran sus casas, y los enfermos, sujetos ántes á la dura necesidad de recibir consuelos de personas asalariadas, hoy ven cerca de sí hombres inspirados por la caridad, para consagrarse al servicio de los demas. En Viena los he visto desempeñar los meneste-

res mas repugnantes, y sin trepidar un instante, someterse á los caprichos mas molestos de los pacientes, á trueque de no incomodarles con una repulsa que pudiera ser perjudicial á su convalencia. La familia imperial de Habsbourg, que con tantos rasgos de su ardiente fe hermosea nuestra historia contemporánea, ha hecho amable su nombre á todos estos establecimientos, donde sus personas y su fortuna consuelan con frecuencia á los enfermos. ¡Qué bello espectáculo ofrece la madre de un monarca poderoso, cuando, rodeada de sus hijos, sirve personalmente la comida á los pacientes. La fe de nuestro siglo, fatigada y gastada en tantos individuos á causa de los recios golpes que recibió luchando con el materialismo y la impiedad de los indiferentistas, revive animada por ejemplos semejantes.

Comparando imparcialmente los asilos que la caridad mantiene abiertos en Austria con los que la filantropía protestante abrió en Lóndres y en otras ciudades de la Gran Bretaña, se penetra luego la inmensa diferencia que existe entre unos y otros. Allá en aquellas casas de trabajo donde centenares de pobres entretienen una vida ominosa, cada individuo parece abandonado á sus propios cuidados; y la filantropía que les abrió un asilo, da en él por único alivio á la miseria el continuo trabajo y la falta de consuelos. Acá donde la caridad, sin el estrépito de grandes reuniones ni de largas memorias puestas al alcance de todos, recoge sus pobres y los redime de la miseria, cuida de hablar al espíritu, haciéndoles sentir las dulces impresiones que ella sola conoce, y solo ella puede proporcionar.

En Stiria, Croacia, Iliria y Dalmacia el catolicismo aparece luchando cuerpo á cuerpo, mas con la ignorancia de un enjambre de sectarios que ignoran lo que deben creer, que con algun enemigo atrevido que arme á cada paso lazos á la fe de su adversario; mas con el indiferentismo de hombres que se ocupan exclusivamente de los intereses materiales, que con el fanatismo de cismáticos que traten de en-

grosar á todo precio el número de sus afiliados; y mas, en fin, con la corrupcion de costumbres, resultado necesario de la falta de fe, que con el espiritualismo de los que pretenden profesar una religion abstracta y forjada á su manera. Numerosos rastros se perciben aun por todas partes de esa postracion á que redujeron á la Iglesia los golpes recibidos en la legislacion josefina. Entre los viejos beneficiados de las iglesias no es raro encontrar quien abogue por aquellas, ni quien mostrando las iglesias de los disidentes erigidas en los puertos austríacos del Mediterráneo: «Todos somos amigos, diga, nada nos inquietamos unos á otros, haciendo conversiones entre individuos de mies ajena.» ¡Como si el catolicismo contemporizase jamas con el error, ó al ministro del Evangelio fuera permitido guardar silencio miéntras exista un solo individuo que convertir!

Pero consuela á la vez observar la devocion del pueblo católico que, radicada fuertemente, no ha desmayado en medio de tantas pruebas á que se ha visto sometida. ¡Ah, y qué bien la demuestra ese ardor entusiasta con que ví tropas inmensas de hombres y de mujeres correr con ramos y candelas acompañando las procesiones del *Córpus Christi* en Trieste y en Laivac (1)! La pompa militar desplegada por la autoridad nada era al lado de ese fervor ardiente con que un pueblo sencillo hace ostentacion de su fe honrando al Santo de los Santos. ¡Qué contraste formaba con aquella pompa y esta devocion la conducta de un obispo griego slavo, que en la plaza de Trieste se resistia formalmente á arrodillarse al desfilar por allí la procesion! La amenaza formal de la policía pudo tan solo reducirle á llenar un deber que le imponian su fe y la educacion. Su fe, he dicho, porque la Iglesia griega confiesa la real presencia de Cristo en la Eucaristía que consagran los sacerdotes católicos; y la educacion, porque sus reglas mandan no despreciar, al mé-

(1) Año de 1853.

nos en el exterior, lo que respetan otros. La conducta de este obispo cismático encuentra por desgracia imitadores en individuos llenos de preocupaciones, que se persuaden, como aquel, adquirir reputacion de hombres ilustrados cuando insultan la conciencia de la mayoría, cuando faltan á las reglas de la buena política, y cuando obran como no sucederia en las poblaciones mas ilustradas de la Europa. Aquella devocion ardiente se deja percibir todavía mas en los pueblos pequeños y en las campiñas, donde los paisanos adornan altares y capillitas en las grutas de los cerros, en los caminos, en los jardines y en todos los lugares donde agradó á sus antepasados colocar alguna devota imágen.

Hay circunstancias en que estos lugares hablan al corazon con cierta fuerza, que ni el mismo que la siente acertará quizá á explicar con precision todo lo que le inspira. Paseaba yo una siesta fuera de Istria (1); un silencio profundo reinaba en todos los contornos de la ciudad, y las olas del mar causaban apénas un lijero susurro que venia á morir sobre la arena bañada por aquellas. Un modesto edificio en el fondo de un bellísimo jardin me llamó la atencion, y estimándolo como realmente era por un cementerio, me dirigí á él para visitar sus muertos. Ninguna persona parecia miéntras tanto por allí, y sus puertas cerradas á nadie permitian entrar allí. Á la falda de un cerro continuaba una larga calle de árboles, y en su fin divisé algo que llamaba la atencion: poco á poco fuí llegando allá, pero no sin cierta especie de pavor secreto que inspiraban el silencio, la soledad y la cercanía de los muertos. ¡Un grande Crucifijo y á sus piés la Magdalena! ved ahí el objeto majestuoso que encontré en aquel lugar. La imágen de un Dios que espira por redimir á los que sufren, una mujer atribulada que á sus piés llorando encuentra los únicos consuelos que valen á su corazon, lacerado por los crímenes y los remordimien-

(1) La antigua Justinópolis.

tos; ¡ ved ahí la poesía mas sublime que puede concebirse ! y sin embargo ¡ es una realidad ! El corazon que la contempla, algun instante se siente conmovido; y no son por cierto las pasiones viles las que pueden agitarlo en presencia de un cuadro tan tierno y tan severo al mismo tiempo. Los reformadores de la sociedad no apreciaron lecciones tan provechosas que en un espacio de reflexion dan al espíritu tales representaciones : en los primeros ímpetus de su loco furor destruyeron cuantas encontraron en Francia, en Italia, en España y en todos los lugares que llegaron á dominar; pero subsisten en toda la Alemania católica y subsisten en todos los dominios austríacos, como bellas flores plantadas por el fervor y la piedad.

El servicio parroquial de todos estos Principados me llamó la atencion, particularmente porque sus encargados necesitan poseer al ménos tres idiomas para desempeñar su ministerio. En efecto, los domingos predican á las ocho en slavo, á las diez en aleman y á las tres de la tarde en italiano. En Goritzia y en Ragusa existen los seminarios que proveen de sacerdotes á las parroquias de estos países. El pueblo se presta con humildad á las indicaciones de su clero, y lo respeta íntimamente; el clero, por su parte, corresponde al amor del pueblo, llenando con caridad los deberes que le constituyen en bienhechor de los demas. En las escuelas, en los gimnasios, en los liceos y generalmente en todas las casas de educacion, él regularmente desempeña una parte muy principal de la enseñanza, pues los profesores son elegidos de su seno.

Los Slavos cismáticos que, como hemos indicado, son los disidentes del catolicismo mas numerosos en Austria, dependian ántes de obispos que les nombraba el patriarca sucesor de Focio; mas no creyendo despues aquellos tener este jurisdiccion para enviarles obispos, se emanciparon, y eligieron un patriarca y un sínodo que tuviesen la direccion de los negocios eclesiásticos, sin necesidad de recurrir jamas

al obispo de Constantinopla. Tuvo pues desde entónces seis patriarcas el cisma oriental, y á los de Constantinopla, Alejandría, Antioquía, Jerusalen y Moscou fué necesario añadir el de Croacia. Pero todavía se erigieron otros nuevos, y luego vamos á verlo. El patriarca griego de Croacia extiende su jurisdiccion sobre cinco obispos de su comunion que residen en los dominios austríacos. Estos, reunidos, eligen su patriarca, quien, segun pretenden los cismáticos, vive en comunion con el de Constantinopla, aunque jamas ocurre á él para negocio de ninguna especie.

# NOTAS

## DEL TOMO PRIMERO.

**Nota A**, página 24.

Cuando esto escribimos, dos de estos ilustres proscritos han muerto en el destierro, y la prensa europea anunciaba la muerte de uno de ellos del modo siguiente:

« El arzobispo de Bogotá acaba de morir en Marsella. Miéntras el mártir glorioso encaminaba sus pasos á Roma y sucumbia en el tránsito abrumado por los pesares que angustiaban su alma, desde que el rebaño cuya custodia le estuvo confiada sufria el yugo de los que en nombre de la libertad despojaban á la Iglesia de todos sus derechos, otro anciano octogenario defiende en Europa con el mismo celo los mismos derechos, y resiste con igual valor las hostilidades de la autoridad civil, empeñada en poner á sus plantas á esos confesores de la fe, á quienes conforta un Capitan que no será jamas vencido, y que anunció á la milicia que en su nombre lucha la victoria definitiva sobre todos los enemigos conjurados en su daño.

» El muy ilustre señor Mosquera lega á la Iglesia Americana un ejemplo de fidelidad al dogma que juró sostener, y al Jefe supremo del catolicismo, que tendrá sin duda imitadores en aquellos países, hasta que esos poderes transitorios, llamados con razon poderes temporales, no renuncien para siempre, y en provecho de los países que gobiernan, á la no ménos injustificable que odiosa intervencion en el dominio de las instituciones religiosas destinadas á imperar en todos tiempos y en todos los lugares. La ley que no pasa, el dogma de Nuestro Señor Jesucristo, que ha sobrevivido á todos sus adversarios, á todas las rebeliones contrarias á la doctrina como á la autoridad de la Iglesia, á las herejias no ménos que á las revoluciones,

á los ataques armados de los déspotas lo mismo que á los de las facciones, á los argumentos del racionalismo incrédulo tanto como á la fria indiferencia, esa ley divina y el tribunal sagrado que la interpreta y la aplica cuentan en una existencia de diez y ocho siglos la garantía de su marcha victoriosa en los tiempos que están por venir....

» Ese arzobispo de Bogotá, que muere hoy en el suelo frances, donde la admiracion de los extranjeros no ha bastado á consolarle de la cruel ingratitud de sus compatriotas, ha sido víctima, no digo en su persona, eso era lo ménos para él, pero en los sagrados derechos encomendados á su guarda, de las pasiones sublevadas en su desdichada patria por el ejemplo pernicioso de Paris. Socialistas hubo allí porque los habia en Francia. Los clubs se abrieron, la prensa desmandada se precipitó en los excesos de la licencia; mas democracia se pidió de todas partes, y el gobierno mismo quiso asociarse al movimiento que debia escandalizar la América y excitar la compasion de los que lo contemplaban desde Europa.

» Se oyó en uno de esos clubs la voz de un jóven, que ostentó ufano la inconsiderada energía de su patriotismo, ofreciendo su brazo para asesinar al arzobispo. El voto de la democracia revolucionaria se ha cumplido. El arzobispo no existe ya. No ha sido un puñal, es verdad, el que ha acabado con sus dias. Se le dejó con vida para que presenciara los golpes repetidos que debian descargarse sobre la Iglesia de su país; una despues de otra fué ella despojada de todas sus libertades; se quiso dispersar la grey proscribiendo á sus pastores; y despues de haberla ultrajado y perseguido en sus ministros, en sus prerogativas, en sus bienes, el Estado rompió los lazos que lo ligaban á ella, es decir, abdicó todos sus deberes respecto de la Esposa del Redentor, y la abandonó á los caprichos del mismo pueblo, al que se enseñaba en las predicaciones de los clubs y de la prensa á despreciar el dogma divino y vilipendiar á los servidores del altar, en una palabra, á emanciparse de Dios. »

*(Extracto de un artículo de* D. Félix Frias.)

---

**Nota B**, página 72.

El Dr Maltby que, escribiendo á un diario protestante de New-York, se expresa de este modo:

« Yo he visto en Roma al Dr Ives, antiguo obispo de North-Carolina, y aprovecho esta ocasion para asegurar, temiendo olvidarlo despues, que el Dr Ives no es loco, como han dicho algunos diarios americanos, sino tan perfectamente dueño de su razon cabal como ninguno de los obispos de la Iglesia de que se separa. Yo le he visto muy á menudo y le he oido contar muy paso á paso los motivos de su conversion, y estoy plenamente persuadido que su cambio de religion ha sido meditado con madurez, y no motivado por exaltacion dislocada ó por alguna influencia extraña. Su conversion no la ha obtenido ningun beato ni fanático; conferenciando con él no queda duda de la legitimidad de sus motivos, ni sospecha de debilidad de inteligencia. Si yo partiese del mismo punto que él, me veria atado, por la misma cadena lógica que él, á la misma conclusion. El obispo, tomando esta resolucion, ha hecho un gran sacrificio de amigos, de influencia y de fortuna, considera todo esto en muy poco, comparado con la tranquilidad que su alma ha ganado con su conversion. Mas su caso no es solo una excepcion: la Iglesia de Inglaterra envia constantemente sus mas esclarecidos sujetos para ocupar aqui un puesto entre los Jesuitas. He visto muchos predicadores distinguidos de esta Iglesia que son hoy en Roma simples estudiantes de teología católica, aunque hayan tocado hace tiempo la edad perfecta del hombre. Yo creía ántes que el esplendor del Ritual Romano poseía grande influencia para obrar conversiones; pero hoy veo que esta causa no obra sino en el número mas pequeño. Tan luego como se cree en la sucesion católica, la fuerza de la lógica os lleva de la casa mas moderna á la mas antigua morada de la fe. »

---

**Nota C**, página 72.

El 29 de octubre de 1853 fué leida la siguiente sentencia :

« Considerando que Levi Silliman Ives, obispo de la Iglesia protestante episcopal de los Estados Unidos en la diócesis de la Carolina del Norte, ha manifestado su designio de resignar su oficio de obispo por una nota de su propia mano, dada en Roma el 22 de diciembre de 1852, y que ademas ha declarado *su determinacion de someterse á la Iglesia católica*, entendiendo por esta la Iglesia Romana;

» Considerando que para los obispos de la Iglesia episcopal, obrando segun el cánon 1° de 1853, existe evidencia suficiente que dicho Levi Silliman Ives ha renunciado públicamente á la comunion de la Iglesia y ha realizado su conversion al Obispo de Roma, como á Obispo universal de la Iglesia de Dios y Vicario de Jesucristo sobre la tierra, reconociendo así las impías pretensiones de este Obispo, y violando ademas los votos solemnes hechos por el mismo Levi Ives en el acto de su consagracion como obispo de la Iglesia de Dios, abandonando esta porcion del rebaño de Cristo confiado á su cuidado, y adhiriéndose, sin embargo del anatema, á las doctrinas y prácticas anticristianas impuestas por el concilio de Trento á todas las Iglesias de la obediencia romana ;

» Hacemos saber que hoy dia 14 de octubre de 1853, nos Tomas Church *(Iglesia)* Browell, por la permision divina, obispo de la diócesis de Connecticut y presidente obispo de la Iglesia protestante episcopal de los Estados Unidos, con el consentimiento de la mayoría de los miembros de la cámara de los obispos y en los términos *del cánon hecho é instituido para el presente caso*, hemos declarado y declaramos al dicho Levi Silliman Ives despojado *ipso facto* de su oficio en la Iglesia de Dios, y privado de todos los derechos, privilegios, poderes y dignidades pertenecientes á este oficio. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amen.

» TOMAS CHURCH BROWELL,
» *Obispo de Connecticut y presidente obispo.* »

**Nota D**, página 177.

Hé aquí el estado de las casas religiosas :

CONVENTOS DE HOMBRES.

*Diócesis.*

| | | |
|---|---|---|
| Lóndres. | Westminster, | 3 |
| | Southwark, | 1 |
| Beverley, | | 1 |
| Salford, | | 1 |
| Clifton, | | 2 |
| Shrewsbury, | | 1 |
| Nottingham, | | 3 |
| Birmingham, | | 5 |
| | Total, | 17 |

CONVENTOS DE MUJERES.

*Diócesis.*

| | |
|---|---|
| Westminster, | 14 |
| Southwark, | 11 |
| Hexham, | 2 |
| Beverley, | 5 |
| Liverpoôl, | 6 |
| Salford, | 8 |
| Shrewsbury, | 3 |
| Newport ó Menevia, | 1 |
| Clifton, | 6 |
| Plymouth, | 3 |
| Nottingham, | 4 |
| Birmingham, | 16 |
| Northampton, | 2 |
| Scotland (Escocia), | 3 |
| Total, | 84 |

**Nota E**, página 291.

*Al Señor arzobispo de Upsal, primado de la Iglesia de Suecia.*

Paris, 15 de abril de 1854.

Señor arzobispo y muy honorable hermano,

Faltaríamos á nuestro deber si titubeásemos en dirigiros por tercera vez una carta acerca del régimen de intolerancia religiosa que existe todavía en Suecia. Los nuevos hechos que acaban de tener lugar no permiten que los cristianos evangélicos guarden silencio, y esperamos que de todas partes os vereis asaltado por súplicas fraternales no ménos activas que las nuestras; porque, en efecto, no se trata únicamente de la Iglesia sueca, sino tambien de todas las Iglesias evangélicas y de nuestra fe comun.

Bien sabemos, señor y honorable hermano, que no habeis dictado ni dictariais la intolerante legislacion que os rige; que la prudencia impide á veces alterar algunas instituciones antiguas, y por último que los cristianos suecos no pueden por sí solos revocar la ley de 1686. Pero sabemos tambien que Dios nos exige la fidelidad y no el triunfo; que Él es mas fuerte que los hombres, y bendice los esfuerzos que sus hijos hacen para obedecerle.

¡Que la Iglesia de Suecia eleve su voz! ¡que su protesta sea enérgica y brillante! El Señor no os pide mas. Principiad, caros hermanos, principiad en nombre de Cristo, y vereis grandes cosas.

Ya habeis leido, ruborizados como nosotros, ese requisitorio del 3 de febrero que reclama el despojo y destierro de siete mujeres que han abrazado los errores romanos; y habreis observado esos considerandos, reproducidos á estas horas por todos los periódicos del mundo entero, en los que la adhesion á « la Iglesia de S. M. » se impone forzadamente á todo el que ha nacido en su seno; en donde se declara abiertamente que la profesion de la fe evangélica no es negocio de conciencia; que solo depende de la administracion y de los tribunales; que quiérase ó no se quiera, y so pena de incurrir en « las consecuencias de semejante cambio, » las personas bautizadas en la Iglesia sueco-luterana deben continuar perteneciendo á ella, y mentir hipócritamente ante Dios y ante los hombres, si su alma se ha separado de su antigua creencia.

El corazon se aflige al ver profesar oficialmente tales doctrinas, y sin que una sola expresion de censura y de dolor haga notar el insulto hecho al Evangelio.

¡Si, el insulto! pues protegerle así, es negarlo y desconocer su fuerza divina y su divino Jefe. No nos detendremos en probarlo; para ello nos referimos á nuestras cartas precedentes. En ellas se establece (lo cual no hay cristiano alguno que lo contradiga) que el Señor, que llamó á sus discípulos á soportar las persecuciones, no les autorizó para servirse de ellas, y que el Apóstol S. Pablo no sancionó el régimen que protege el Evangelio á fuerza de confiscaciones y destierros, cuando recordó que « las armas de nuestra guerra no son carnales. »

Nos avergonzaríamos de reemplazar la invocacion de los principios con el cálculo de las consecuencias. Cuando Dios ha hablado, no nos toca mas que obedecer. Y por lo demas, si hubiera quien se atreviese á oponer á la obediencia las consecuencias *funestas* que podria tener, recordaríamos que entre ellas conviene no olvidar esta : se repite con frecuencia que los protestantes reclaman la libertad religiosa siempre que son los mas débiles, y se avienen bien con el despotismo cuando son los mas fuertes. Muchos hechos han desmentido ya esta acusacion; algunos grandes países protestantes han honrado el Evangelio asegurando la completa libertad de sus adversarios. Debe principiarse á comprender que las legislaciones intolerantes que han durado demasiado en ellos, no eran mas que un residuo de tradicion católica romana, y han desaparecido ante el despertador moderno que acaba de destruir lo que habia aun de romano en la Reforma. Pero al lado de este magnífico progreso que glorifica el nombre de Dios, asegura á nuestros adversarios el monopolio de la persecucion, y nos proporciona el glorioso privilegio de ser los únicos perseguidos, segun las palabras de Jesucristo ; al lado de este progreso se presenta, como una contradiccion perpetua, la legislacion protestante de la protestante suecia. ¡Es preciso que semejante escándalo desaparezca! es indispensable, hermanos carísimos.

Nuestra voz es muy débil ; ¿ pero qué importa ? Cada uno, por débil que sea, debe y tiene derecho para dar su testimonio, para advertir y para orar. Esto es lo que hacemos con fervor, y suplicamos al Señor disponga vuestros corazones, fortifique vuestras ma-

nos, y haga llegar pronto el dia en que, para gloria y adelanto entre vosotros del Evangelio, sea permitido abandonarle y atacarle.

Manos á la obra, pues, carísimos hermanos, y no os contenteis con un éxito incompleto; fácilmente sin duda se consentiria en abandonar las persecuciones dirigidas contra las señoras Funk, Offerman y otras cinco, y se concederian algunas conmutaciones de condena ó perdon completo; pero no se trata de eso. La ley de setiembre de 1686 no es de aquellas cuya aplicacion pueda dulcificarse, ó cuyo texto sea modificable; es, sí, de las que se suprimen pidiendo perdon á Dios de haberlas dejado durar.

Estamos seguros, señor arzobispo y muy honorable hermano, que en este paso nuestro no vereis mas que una nueva prueba de nuestra confianza cristiana, de nuestra adhesion al protestantismo sueco y de nuestro celo por su honra.

Con estos sentimientos os ofrecemos la seguridad de nuestra alta consideracion y de nuestro afecto en Jesucristo.

Por la Comision sinodal y de su órden,
FEDERICO MONOD, *Presidente.*

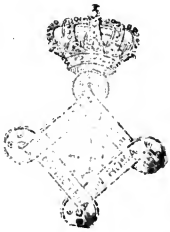
Por el secretario, ausente,
DE PRESSENSÉ, *Tesorero.*

---

**Nota F**, página 298.

La antiquísima obra á que nos referimos es un *Oficio parvo*, impreso en Upsal por Jorge Kicholff, en 1525: se publicó de nuevo en Stokolmo, por G. E. Klemming, en 1854, quien la dedicó á G. J. R. Gordon, Esq., encargado de negocios de S. M. B. en Suecia. Este lo habia encontrado entre los antiguos libros que contiene dicha biblioteca. Al *Oficio parvo* acompañan otros varios ejercicios de piedad, la *Doctrina sinodal*, y varias meditaciones piadosas.

---



HAG 2003810

# TABLA DE MATERIAS.

PRÓLOGO . . . . . *Página* V

CAPÍTULO PRIMERO. — El mar. — Atraso de las poblaciones de la costa del Pacífico. — Funcion religiosa de los indígenas de Iquique. — Ruinas de Arica. — Reflexiones sobre la actualidad moral de Lima. — Doctrinas extraviadas. — Qué debe juzgarse de los escritos de Vigil. — Reaccion de las buenas ideas . . . . . 1

CAPÍTULO II. — Nueva Granada. — Situacion de Panamá. — Rara especie de amalgamacion. — Degradacion producida por la ignorancia y por los vicios. — Suceso horrible. — Consecuencias que se sienten. — Invasion Norte-Americana. — ¿Quién es responsable de la situacion? — Ojeada sobre los actos del gobierno. — La libertad asesinada. — Persecucion sistemática. — Energía de los Obispos. — El Congreso Granadino. — Ilustres proscritos. — Los disidentes. — Una cosa que consuela . . . . . 13

CAPÍTULO III. — Paso del istmo. — Una parroquia. — El *Quasimodo*. — Discusion. — La libertad granadina al frente de la de los Estados Unidos. — El congreso sin máscara elogia el protestantismo. — Amagos anteriores del protestantismo anglicano. — La Sociedad bíblica y el Arzobispo de Bogotá. — Un secreto. — ¿Es posible el protestantismo en la América Española? — ¿Le conviene la libertad de cultos? — Respuesta elocuente que nos dan las Repúblicas que la proclamaron. — Colon . . . . . 27

CAPÍTULO IV. — Sainete ridículo que se representa en Mosquitos. — Los protestantes y los indígenas. — Cuba. — Numerosos vestigios de la piedad de una época pasada. — Efectos de la revolucion de España en sus colonias. — Sufren la religion, el clero, la educacion y la esclavitud. — Necesidad de una reaccion. — ¿Cuál está mas en armonía con los intereses nacionales? — Conducta de la España. — Reaccion única posible. — Su iniciativa . . . . . 37

CAPÍTULO V. — Estados Unidos. — Pasaje de la Habana á Charlesthon. — Primeras impresiones. — Una réflexion sobre el carácter de los

Norte-Americanos. — Educacion, colegios y universidades. — La prensa periódica. — Vacíos en la legislacion. — Desigualdad de condicion. — Esclavitud en el seno de la libertad. — ¿Qué debemos juzgar de la civilizacion de los Estados Unidos? . . . . . 49

Capítulo VI. — Tolerancia religiosa de los Estados Unidos. — Disidentes divididos hasta lo infinito. — Un sínodo. — El clero protestante. — Contradiccion manifiesta. — Establecimientos de beneficencia. — Los ciegos y los sordo-mudos. — Una visita á las Magdalenas de New-York. — Marcha progresiva del catolicismo. — Sus institutos de caridad. — Sus casas de educacion. — ¿Qué hacen allí los Regulares? — Los Jesuitas . . . . . 65

Capítulo VII. — Impresiones. — Grandes ciudades. — Inconvenientes que definen bien el carácter nacional. — Edificios religiosos. — El domingo. — Sermon en las calles de Wasingthon. — Mont-Vernon. — Una inconsecuencia. — Visita al Niágara. — Las llanuras del Canadá. — Travesía del Atlántico. — Los meetings democráticos y las jóvenes oradores. — Liverpool . . . . . 83

Capítulo VIII. — Reflexiones delante de Dublin. — Sus estatuas. — Un fenómeno. — Verdadera situacion de Irlanda. — ¿Por qué no reclaman los Irlandeses? — Multitud de mendigos. — La indigencia frente á los palacios. — Un recuerdo. — Ilusiones. — La célebre basílica de San Patricio. — Tradicion popular. — El lord primado. 93

Capítulo IX. — El cambio. — Educacion protestante. — Universidad de Dublin. — Los colegios de la Reina y las escuelas nacionales. — Conflictos de la política. — El gran seminario de Maynooth. — Tentativas del gabinete británico. — Colegios católicos. — Sociedades literarias. — Castlenock. — Las escuelas gratúitas. — Sacrificios. — El canto religioso. — Universidad católica de Irlanda . . . . 103

Capítulo X. — El libertador de Irlanda. — Emancipacion católica. — El culto restablecido. — Reflexion hecha sobre unas ruinas en Cork. — Triunfo que no consiguió el poder. — Sociedad de temperancia. — Una nota para los estadistas . . . . . 117

Capítulo XI. — Inglaterra. — Lóndres. — Manchas de sus palacios. — Catacumbas de San Pablo. — Westminster. — La silla de Eduardo el Confesor. — Los canónigos, los oficios y sus asistentes . . . 123

Capítulo XII. — El espectáculo de la época. — Realidades. — ¿Dónde está el elemento salvador? — El clero anglicano. — Su estado actual. — Es un servidor del poder civil. — La convencion. — Sus escisiones. — Inaccion completa. — ¿En qué se ocupa? — Sociedad bíblica y sus trabajos de propaganda. — Conversiones ruidosas al protestantismo. — Achili, Gavazzi y los revolucionarios de Italia. — Consecuencias . . . . . 133

CAPÍTULO XIII. — En la conciencia del pueblo no existe el elemento salvador. — La religion de los grandes. — La fe de los ricos. — Una reflexion que desconsuela. — La beneficencia en Inglaterra. — Diferencia esencial que existe entre esta y la que practica el catolicismo. — Una impresion en el hospital de San Bartolomé. — La condicion del pueblo son la ignorancia y la miseria. — Consecuencias. — Crímenes . . . . . 147

CAPÍTULO XIV. — Previsiones. — Avances del socialismo. — Solo la unidad salva. — Esta no existe. — El espectáculo. — La Inglaterra dispierta. — Desarrollo del catolicismo. — Cuadro de propagacion. — Las necesidades sociales socorridas por el catolicismo. — La abadía del Cister. — Las órdenes regulares. — El catolicismo penetra en todas partes. — Los conventos y las escuelas de los católicos. — Diferencia del sistema de educacion de católicos y protestantes. — Memorias de un noble lord. — La serie de victorias. 163

CAPÍTULO XV. — Holanda. — La lucha de tres siglos. — El catolicismo no triunfa sino por el convencimiento. — Conducta de la Iglesia á este respecto. — No es así el protestantismo. — La violencia perjudica al catolicismo. — Vestigios del furor pasado. — ¿Cómo explicar la tolerancia protestante? — Los Jesuitas y los Dominicanos. — Primeros templos. — Las concesiones. — El catolicismo triunfa. — Impresiones de la solemnidad del Córpus Christi. — La influencia católica se hace sentir en los Países Bajos. — Las hermanas de la Misericordia y su beneficencia. — Una reflexion. 183

CAPÍTULO XVI. — El protestantismo no comprendió su primera necesidad. — Treinta y dos sectas. — El fundador de una nueva y su mision. — Indiferencia. — Impudencia asombrosa. — Los hermanos Moravos. — ¿Es posible la subsistencia de un órden de cosas semejante? — El protestantismo ha sido estéril en Holanda como en todas partes. — Las obras que nos cita. — El viejo Kuákero y sus casas de refugio. — La sopa de los pobres en el Haya. — Los Israelitas y la gran sinagoga de Amsterdam. — Refutacion dada al judaísmo en el centro del barrio israelita . . . . 197

CAPÍTULO XVII. — Mirada religiosa sobre la Alemania. — Prusia. — Marcha del gobierno en su plan de combatir al catolicismo. — Triunfa este aprovechando las mismas armas con que era atacado. — Organizacion del protestantismo en Alemania. — Su division. — Su ruina . . . . . 207

CAPÍTULO XVIII. — Recuerdos de Carlo Magno. — La catedral de Colonia. — El espíritu de otro siglo encuentra todavía imitadores. — El seminario y los Jesuitas. — Mis reflexiones en el museo de pinturas. — Dusseldorf. — La pompa del culto católico. — Inconse-

cuencia de los Evangélicos. — Las Bethanias de Kayserberta. — Su instituto y sus trabajos. — Diferencia esencial de los institutos católicos. — Hospital general de Berlin. — Las hermanas de S. Cárlos Borromeo . . . . . 223

Capítulo XIX. — Inconsecuencias de los Evangélicos. — Mezclas sacrílegas. — Teatros populares. — Armas indignas de nuestro siglo. — Visita á la Biblioteca real. — Los manuscritos de Lutero. — Observacion. — Los palacios de Postdam. — El paraíso de los filósofos. — Federico el Grande y los filósofos. — Una burla á los hombres ilustres del imperio romano . . . . . 237

Capítulo XX. — La mas insoportable de las tiranías. — La Iglesia oprimida por pequeños soberanos. — El gobierno de Báden y el Arzobispo de Fribourg. — Nassau. — El Sr Blum en el banco de los criminales. — Los gobiernos de Mecklembourg, Wurtemberg y Cassel. — El viejo castillo de Wilhelmshœhe. — Una tumba. — La persecucion realiza el triunfo. — Un espectáculo grande para nuestra época. — La Sajonia. — La torre de Lutero. — Las preocupaciones se desvanecen . . . . . 245

Capítulo XXI. — Hildeshein. — Vestigios de la revolucion. — El seminario. — La mision de Hanóver. — Recuerdos de Leibnitz. — Una reflexion en la Biblioteca nacional. — El manuscrito de S. Hilario. — La copia del Tridentino. — El libro de Ester. — Universidad de Gottingen. — Observaciones acerca de su régimen. — Vicios que la trabajan. — Sociedades secretas. — Visita á su grandiosa Biblioteca. — Las ciudades anseáticas. — Un hecho que asusta. — Conclusion . . . . . 257

Capítulo XXII. — Espectáculo nuevo que ofrece al mundo Dinamarca. — Rasgo heróico de la reina madre y princesa de Mecklembourg. — El cambio. — Clero dependiente del gobierno. — Su organizacion. — Variaciones. — Elsseneur. — Multitud de pobres. — ¿Qué se hicieron sus bienhechores? — Ingratitud . . . . 269

Capítulo XXIII. — Palacios de Cristiania. — La pequeña grey. — Visita á un desgraciado en Gottembourg. — El interior de Suecia. — Poesía del Norte de la Europa. — Wastanes. — Las parroquias protestantes. — Stokolmo. — Costumbres paganas. — La fiesta del Sol. — El divorcio y los cambios que se hacen á su sombra. — Emigracion anual. — Una cosa que compadece . . . . . 277

Capítulo XXIV. — Intriga que se percibe á primera vista. — Los templos y sus oficios. — Legislacion intolerante. — Hechos recientes. — Las asambleas. — El clero. — Su influencia para mantener el órden actual. — Confesion por ley civil. — Penas á los transgresores. — Accion del gobierno sobre la Iglesia. — Ocupa-

ciones y privilegio social del clero. — Observacion importante. — Beneficencia pública. — Upsal. — Desmentida dada por un protestante inglés al protestantismo succo. — La universidad. — Avances del materialismo. — Los textos para la enseñanza. — Decadencia. — Dos cosas que quedan intactas. — ¿Quién ha de prevalecer? — Síntomas. — Una impresion . . . . . 287

CAPÍTULO XXV. — Un país singular en un extremo de la Europa. — Su legislacion vergonzosa. — El soberano y el pueblo. — Los grandes y los pequeños. — Su política proclamada en Europa y en América. — ¿Cuál es su civilizacion? — Ignorancia. — Sus producciones literarias. — Intolerancia. — Logias secretas. — Su situacion favorece la propaganda de estas. — La Rusia atormentada sin cesar. — La Europa conmovida. — Una leccion . . . 301

CAPÍTULO XXVI. — Situacion religiosa. — Petrificacion del cisma fociano. — Patriarcado abolido. — El zar pontífice. — El santo sínodo. — Inconvenientes gravísimos. — Esclavitud y relajacion. — Solo el catolicismo es libre. — Las dignidades. — Los conventos. — Vicios lamentables en los claustros. — El clero seglar degradado. — Nota estadística. — Los seminarios . . . . . 311

CAPÍTULO XXVII. — Consecuencias de la situacion. — ¿Qué han conseguido los cismáticos? Iglesia petrificada. — Las sectas. — Propaganda *ortodoxa*. — Los deberes sacerdotales traicionados. — Las Monjas y sus escenas lúbricas. — Los Santos nacionales. — Las fiestas religiosas. — El *Te Deum* á domicilio . . . . . 325

CAPÍTULO XXVIII. — La Religion necesita independencia. — Solo el catolicismo es libre. — La ambicion de dominar es orígen de la intolerancia. — Primeras tentativas del cisma. — Persecuciones sangrientas. — El sínodo y la Iglesia unida. — Persecucion de siete años. — El autócrata en presencia de Gregorio XVI. — Falsas promesas. — Situacion actual. — Los Dominicanos en Rusia y sus trabajos. — El protestantismo en Lituania. — Un hecho curioso. — Conclusion . . . . . 343

CAPÍTULO XXIX. — Polonia. — Varsovia bajo la dominacion moscovita. — Seis millones de católicos triunfarán al fin. — Los condenados á la Siberia. — Una historia que descubre los sufrimientos de tantas víctimas. — Cracovia. — Primeras impresiones. — Visita á la catedral. — Sepulcros de héroes. — Un héroe de otra especie. — Lance curioso. — La Universidad. — La tumba de S. Jacinto. — Los Premostratenses de Bielani. — Silesia . . 357

CAPÍTULO XXX. — Imperio austríaco. — Un gobierno paternal. — Los soberanos padres de su pueblo. — Transicion violenta. — Leyes opresoras de José II. — Sus efectos se palpan en el clero y

en el pueblo. — ¿Qué debe juzgarse de los Josefistas? — Los disidentes. — Matrimonios mixtos, y efectos que han producido en el Austria. — Los Israelitas. — Deber de las naciones . . . . . 371

Capítulo XXXI. — Libertad restituida á la Iglesia en Austria. — Las asambleas de Viena y de Gran. — Proceso. — La Iglesia luchando por la libertad. — Reaccion que se opera en las provincias del imperio. — Sociedades católicas. — ¡Ved ahí para lo que la Iglesia católica pide libertad! — Falsa política y sus efectos sufridos por el Austria. — Hechos que se repiten en América. — ¿Imitará esta el ejemplo del Austria? . . . . . 387

Capítulo XXXII. — Recuerdos que ofrecen los viejos castillos de Moravia y de Bohemia. — El gran puente de Praga. — La catedral de San Vito. — Propiedades ménos respetadas en todas partes. — Universidades austriacas. — Los Escolapios y las Ursulinas. — Observaciones sobre la Baviera. — Política diferente. — ¿De parte de quién están las probabilidades del triunfo? — Los asilos para inválidos en Viena. — Los Hermanos hospitalarios. — Un ejemplo para nuestro siglo. — Las casas de pobres de Austria puestas al frente de las de Lóndres. — Enemigos del catolicismo en Stiria, Croacia, Iliria y Dalmacia. — Observacion que consuela. — Contraste. — Impresiones en Capo de Istria. — Los Slavos cismáticos . . . . 399

Notas del tomo primero . . . . . 411

FIN DEL TOMO PRIMERO.

Besanzon. — Imprenta de la viuda Deis.

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google